
Un uruguayo en España

Artículos sueltos en diversos medios
de la prensa española y latinoamericana

1975-1992

Infidencia sobre Torres García

Son varias y no todas las que recuerdo. Para empeorar, infidencias en relación a un muerto —muy querido en mi caso— que, como es hábito, no puede refutar ni defenderse.

Pero sé muy bien que don Joaquín Torres García, que ya no está en ningún lado, se encuentra pintando y maldiciendo, siempre sonriente en el fondo, en algún círculo que Dante olvidó para refugio de santos y profetas.

La infidencia inicial consiste en el simple relato de mi primer encuentro o choque con Torres García y su tribu. Sumedía de noche, en mitad de la tercera década, tal vez el mismo día en que este hombre de inagotable fe y entusiasmo regresó definitivamente a Montevideo. Estábamos en un camarón sin muebles, acaso despojado por los innumerables fantasmas que Torres García estaba condenado a llevar consigo. Nos ayudaba una bujía desnuda y ya polvorienta colgada en mitad del cuarto; nos sentábamos en maletas o cajas de embalar con retintas, quemadas, incomprensibles palábras. Algún plato de belleza incongruente me sirvió de cenicero. Recuerdo que Torres García habló durante horas; aparte de la pintura nunca le conocí otro vicio.

Aquella noche distante y nunca olvidada yo era joven, necesitado de discusiones, incapaz de comprender y respetar la grandeza de aquel hombre obsesionado que murió sin conocer más derrota que ésa.

Contra sus afirmaciones, contra sus frases rotundas y alegres sólo pude levantar parapetos de ideas corrientes. Yo ya estaba queriendo a Torres García, ya estaba temeroso de su posible fracaso montevidеоano. Con dulzura, quise expulsarlo de su patria y de su ambición: «Váyase a Perú, a México, a Guatemala. En esos países existieron culturas que pueden emparejarse con su concepción del arte. En el Uruguay nunca hubo una civilización indígena. Aquí, si a una señora se le

rompe la infaltable maceta de malvones la tira en un basural. Y unos años después algún prevenido descubre un fatigado borde de barro, publica un artículo, un ensayo, un libro hablando de la cultura artística de los indios charruás».

Usé otros elementos disuasivos, sabiendo que resultarían inútiles. Traté de explicarle que el ambiente literario, filosófico, artístico de nuestra querida patria común equivalía a cero. Que su mensaje no encontraría eco.

A todo esto, en lugar de recoger maletas y cajas marineras, Torres García respondió, como en una partida de ajedrez, con un jaque mate que, horas después, en algún café o reflexionando en mi cama, me pareció levemente tramposo.

Torres García me había dicho que justamente le interesaba el Uruguay, Montevideo, porque no teníamos un pasado de civilización india, porque las culturas indígenas que yo había mencionado podían considerarse completas, terminadas, gracias a una barbarie cuyo mérito no viene al caso recordar. Pero que, misteriosamente, continuaban vivas, imponiendo modos de ver y sentir. Y él no quería imposiciones de ninguna clase. Buscaba hacer surgir de la nada un arte nuevo que tal vez tuviera siglos de edad. En fin, el constructivismo era el único dios verdadero y Torres García su profeta.

Acepté mi derrota; por otra parte me resultaba injusto y cruel decirle a una persona como Torres García, que volvía al Uruguay cargado con su pobreza material y tan joven de ilusiones y voluntades, que el resultado de su admirable aventura iba a ser el fracaso. Además, esta elección significaba un regalo para todos nosotros; un regalo que el país sigue sin merecer.

Pensaba que intentar desilusionarlo era una de las formas de la infamia. En eso quedó, aquella noche, la discusión. Luego él me mostró algunos de sus cuadros—cartones sin marcos—y ya nos hundimos en el constructivismo.

Afortunadamente, poco después me demostró que, por lo menos en parte, él tenía razón. Mi habitual pesimismo fue desmentido por un grupo de gente que comprendió o pudo intuir quién y qué era Torres García. Lo ayudaron con dinero, difundieron la noticia. Así se formó el taller. Muchos pin-

tores o presuntos, ellas y ellos, todos jóvenes, lograron un caballo y las negativas del maestro. «Así no; comienza de nuevo.»

Porque todos ellos estaban regresando del folklore, de academismo, de dulces paisajes con rancho y ombú, con vacas extrañadas y algún caballo atado al palenque. Algunos de los discípulos pagaban las lecciones; otros eran más pobres que Torres García. El maestro nunca supo distinguir. El constructivismo a todo y por igual.

Es indudable que las raíces filosóficas, estéticas—y también se puede hablar de poesía—no eran comprendidas de verdad por todos los alumnos. Pero intuían que alguien les estaba abriendo ventanitas para interpretar el mundo con mayor rigor, con una nueva claridad.

De modo que el pequeño taller—me refiero a su espacio físico—comenzó a funcionar y los Torres García no se murieron de hambre; sólo languidecían. Pero cosas tan buenas nunca pueden durar. Una mala tarde el maestro entró en el salón y descubrió sin demora que una de sus discípulas—luego, excelente pintora—estaba entregada a la herejía de trabajar en un cuadro superrrealista. No hubo explicaciones. Sin gritos, Torres García los expulsó a todos, liquidó el primer taller. Acaso haya hecho derramar agua bendita sobre óleos, pomos y bocetos.

A pesar de haberse quedado, como al llegar, económicamente desvalido, creo que este aspecto material del asunto no fue excesivamente doloroso para Torres García, porque, según mis tristes experiencias gastronómicas, en su casa se daba muy poca importancia a la comida. Eran felices con un poco de lechuga, de zanahoria y de tomate. Recuerdo perfectamente una noche en la que me quedé conversando hasta muy tarde, por lo cual decidieron que debían invitarme a cenar y que, en mi calidad de visitante, yo tenía derecho a comer más o menos en serio. No podían ofrecerme solamente el tomate, la lechuga, la zanahoria y la remolacha habituales: había que hacer una excepción con un degenerado como yo, no vegetariano. Resolvieron que había que ir a una fiambrería para comprar un poco de jamón, y agasajar así al huésped. ¡Todo

fue entonces tan hermoso! No hubo discusión, pero sí, como en el buen fútbol, el pase oportuno de la pelota. Eran todos niños. Uno decía:

-No, ve tú a comprar el jamón que yo estoy muy cansado.
-¿Tú cansado? Si no hiciste nada en todo el día. Anda, ve por el jamón.

Cuando, finalmente, la tarea de conseguir el jamón cayó sobre Ifigenia, me vi obligado a intervenir y a decir rotundamente que no. Terminamos la noche conversando, como siempre. No había necesidad de más con Torres García.

Como Juan Ignacio Tena se enteró de otra anécdota -o subanécdota-, y se refiere a ella en una carta reciente, la amistad me obliga a recordarla, aunque se crea que, al hacerlo, cometo un autoelogio. La historia en realidad fue así: se hizo, en tiempos de la guerra, una exposición de pintores franceses en Montevideo. Tengo entendido que esa muestra fue traída -creo que por Louis Jouve- para soslayar el peligro de que Goering se llevara todos los cuadros para su casa o para Nuremberg. Fui inmediatamente, como es de suponer, a ver aquellas obras, movido por un interés tan grande que era casi una angustiada ansiedad. Nunca podré olvidar el autorretrato de Cézanne, *L'homme à Chapeau melon*, porque es una de esas cosas que nos *enloquecen* verdaderamente, en la medida que trastornan todas las ideas preconcebidas que pudiéramos tener sobre el acto de pintar y de escribir. Por eso comprendo la ligazón que, en Cézanne, Hemingway ve entre la pintura y la literatura. Sentí que el hombre que había pintado aquel autorretrato me estaba enseñando algo indefinible, que yo podría aplicar a mi literatura.

Después de visitar la exposición fui a casa de Torres García y comenté al gran maestro todo lo que había visto. ¡Dios Todopoderoso!, él era un gran pintor y yo no soy ni un gran pintor ni un gran escritor, pero hablaba y hablaba diciendo todo lo que sentía. Torres García me abrumó a preguntas, con ese sentido bondadoso de la burla que lo caracterizaba. Eran suaves preguntas, pero que me hacían sentir la cáscara de banana o el piso enjabonado. Como yo era joven -juro que era joven en aquel tiempo-, respondía a todo casi brutalmen-

te, sin pensar en la reacción que podía provocar en aquel hombre que sabía todo lo que humanamente se puede saber de la pintura. Cuando se me terminaron las palabras, Torres García sonrió, dejó de mirarme, inclinó la cabeza hacia un costado y, dirigiéndose a un grupo de amigos que allí se encontraban, dio su veredicto: «¡Qué cosa más extraña! Este Onetti, que no sabe nada de pintura, no se equivoca nunca».

Después pude comprobar que era un hombre incapaz de mentir y, desde entonces, me atribuyo, creo que legítimamente, el don de ser analfabeto en pintura, y de no equivocarme nunca. ¡Ojalá pudiera decir lo mismo de la literatura y que también en ella -que es la tarea de mi vida- mi infalibilidad fuera proporcional a mi ignorancia!

Y para los que no me creen hoy, para los que me creerán mañana, para los gustosos de chismes y para los que deseen sujetar la punta del ovillo de la verdad -tan traicionera a veces-, una infidencia casi postrera.

Cuando en la Barcelona de su juventud Torres García cortejaba a Manolita, su esposa y viuda, ella distraía sus frases de amor coqueteando con un inmundado perro faldero. Cuando Torres García se hartó de femeninos desvíos, cuando quiso un sí o un no, en lugar de la impuesta tontería hembril, tiró al perro por la ventana y preguntó por última vez.

Como en los cuentos de hadas, Manolita y el arte le dijeron que sí.

Mayo de 1975

Felisberto, el «naif»

Felisberto Hernández fue uno de los más importantes escritores de su país. Muy poco conocido en España—según estoy comprobando—. Esto no debe preocupar, cuanto la ignorancia de su obra es también comprobable en el Uruguay. Hace poco tiempo la editorial montevideana Arca inició la publicación de sus escritos completos. Tal vez esto mejore las cosas, aunque Felisberto nunca fue ni será un escritor de mayorías. Desgraciadamente murió demasiado temprano para integrar ese fenómeno llamado *boom* y que todavía no logro explicarme de manera convincente.

En este silencio o eco escaso de su obra pueden haber intervenido, además de lo que será dicho, factores políticos. Felisberto—siempre se le llamó así—era conservador, hombre de extrema derecha, discursor de alta voz en reuniones con sus colegas, tanto en peñas como en domicilios más o menos privados. Esto ocurría cerca de la guerra del 39 y sus secuencias. Y en aquel Uruguay de su tiempo le era imposible tropezar con adherentes.

Una vez más el hombre era juzgado por sus ideas políticas y no por lo hecho en el terreno de su vocación literaria. Lo que me recuerda que Noruega se embanderó, de frontera a frontera del país, para celebrar el centenario del nacimiento de Knut Hamsun, nazi declarado y entusiasta defensor de la invasión alemana a su patria. Y, al revés, ¿cuál es hoy el destino de los intelectuales que no creen que sus gobiernos les hayan devuelto el paraíso perdido?

Pero Felisberto político no tiene ningún interés en este momento. Nos debe interesar, sí, el escritor y alguna anécdota que ayude a conocerlo o dudar.

Lo vi por primera vez hace años, antes de la segunda etapa, cuando escribía para sí y no parecía ser acuciado por ningún demonio.

Lo senti tan descentrado, tan sinceramente inseguro de los pequeños libros que había publicado. Me dijo que le faltaban temas, que no podía inventarlos o perseguirlos. En aquellos tiempos Felisberto se ganaba la vida golpeando pianos en ciudades o pueblos del interior de la república, acompañando a un recitador de poemas. Es fácil imaginar sus púlbicos.

Le dije que los temas literarios caen del cielo cuando a éste se le antoja y que era inútil reclamarlos. Agregué que sus giras pianísticas por lugares inconcebibles podrían, tal vez, proporcionarle material para su literatura; me contestó que tenía en su recuerdo muchas anécdotas pero que él andaba buscando otra cosa (como todo el mundo).

Su inocencia de aquellos días le hizo preguntarme al despedirse:

—¿Usted en qué café habla?

Le dije la verdad: en ninguno, no tengo nada trascendente que decir, a veces veo una mesa con amigos, entro y escucho, a veces discuto e intento ganar discusiones como si estuviera jugando ajedrez.

Me dio las gracias, indeciso, pensando acaso que yo no decía verdad, que buscaba esquivarlo.

Antes de seguir recordando, antes de hablar—por fin—de Felisberto escritor, debo decir que era un pianista excelente. Claro que sin posibilidades de pagarse buenos maestros ni aspirar al premio Roma.

(Y un detalle tal vez desdeñable pero que a mí importa: cuando se produjo la entrevista recién contrada, Felisberto era más flaco que yo.)

Por amistad con alguno de sus parientes pude leer uno de sus primeros libros: *La enuemenada*. Digo libro generosamente: había sido impreso en alguno de los agujeros donde Felisberto pulsaba pianos que ya venían desafiados desde su origen. El papel era el que se usa para la venta de fideos; la impresión, tipográfica, estaba lista para ganar cualquier curso de fe de erratas; el cosido había sido hecho con recortes de alambrado. Pero el libro, apenas un cuento, me deslumbró.

Porque el autor no se parecía a nadie que yo conociera; porque me contaba su reacción, sus sensaciones ante la

muerte. Y era difícil —e inútil— encontrar allí lo que llamamos literatura, estilo o técnica. Para resumir, era necesario desgastar otra vez la maltrecha frase: un alma desnuda.

Felisberto, sabiéndolo o no, perseguía el malentendido llamado fama. Los elogios sobre lo ya hecho lo dejaban, al parecer, indiferente.

Después fui consiguiendo, en ediciones similares a la descrita, otros títulos: *Libro sin tapas*, *La cara de Ana*, *Caballo perdido*, y su libro —es una opinión— más importante, *Por los tiempos de Clemente Colling*. Después publica *Las hortensias*, ya con calidad literaria aceptable para el público, pero alargado sin necesidad o por empeño en la inocencia.

Pero había un círculo que lo admiraba, exageraba, protegía y a veces ejercía mecenazgo. De allí surgió, para Felisberto, el adjetivo *naïf*.

Es que por entonces ya le habían hecho saber que era un *naïf* y estaba condenado a seguir siéndolo. Leía mucho y desparejo, no lo confesaba, y persistió en el *naïfismo*.

Recordemos que cuando se hablaba frente a Picasso de la ingenuidad del aduanero Rousseau, éste comentaba amistosamente:

—Sí. Pero no olviden que el aduanero se conoce el Louvre de memoria.

Los amigos de Felisberto lograron regalarle una de sus amebiciones: conocer personalmente a Jules Supervielle, poeta, diplomático y banquero, que vivía alternativamente en Montevideo y en París. De acuerdo con las cartas de Felisberto publicadas por Pauline Medeiros, el poeta uruguayo, que escribía en francés, no se mostró, en un principio, a la altura del entusiasmo que deseaba Felisberto.

Pero gradualmente las cosas se entibiaron. Supervielle influyó para que la Editorial Sudamericana, de Buenos Aires, publicara una selección de relatos de Felisberto, escrupulosamente *naïfs*, titulado *Nadie encendía las lámparas*.

Después vino el milagro: una beca para vivir en París, un contrato con Gallimard. Sueño de todo *american savage*.

Otra vez en Montevideo, escribió una novela —*La casa inmunda*—, sucesión de situaciones absurdas que mostraban, con

exceso, la deliberación de conservar la pureza, la sinceridad de sus primeros libros.

Haciendo balance de su obra total, retorno al principio: fue uno de los más importantes escritores de su país y mi admiración por él se mantiene fresca pese a los avatares mencionados.

Y ahora un casi *nota bene* para explicar por qué señalé la flacura del Felisberto inicial. Cuando pasaron años de aquel encuentro, después del viaje a París, el escritor comenzó a engordar, a pedir en los restaurantes cantidades asombrosas de platos. Llegó a deformarse físicamente y eran muchos los amigos del pasado que no lograban reconocerlo a primera vista.

Agrego que se casó seis veces y con mujeres disímiles. Doy estos datos en homenaje al malhumor de Saint-Beuve, que estropeaba cada lunes el apetito de los Goncourt y sostenía que era imposible hacer buena crítica sin conocer la vida íntima de cada víctima.

Y lo demás es silencio.

Agosto de 1975

Recuerdo para Susana Soca

En un principio era un fantasma lejano —los hay demasiado próximos— que gastaba sus millones en París dándose el gusto de editar una revista llamada *La Licorne* en la que colaboraron los más destacados escritores en aquella época de Francia.

Cuando la horda teutona se puso en movimiento, Susana —como la primera persona de la *chanson*— tenía dos amores: su país y París. Eligió el último porque era el que más la necesitaba en aquellos años. De manera que se sumergió en el maquis. Es fácil imaginarla, diminuta, torcida en su bicicleta, recorriendo Francia, llevando y trayendo mensajes, bordeando el precipicio de la muerte.

Terminada la guerra, Susana volvió a Montevideo con algún centenar de recuerdos que no podía suprimir y docenas de poemas que no quiso publicar. Y trajo también su idea fija: *La Licorne*.

No conocía de Susana Soca sino algunos poemas sueltos, español o francés, que me produjeron más respeto que admiración. Y el deseo de saber más de ella.

Es natural en los provincianos un afán indudable por la clasificación veloz y definitiva. Por eso escuché en Madrid, de boca de un turista:

—¿Susana Soca? Claro. Era una esnob millonaria que compró un palacio en la calle San José y lo convirtió en museo.

Mucho y muy inteligente se ha escrito sobre los esnobs. Pertenecen a todas las categorías sociales. La palabra me hace recordar una definición de Benavente sobre la cursilería: quien y no puedo. Porque el «museo» de Susana estaba hecho con obras maestras, de esas que contribuyen a crear que la vida no es tan mala, al fin y al cabo. Susana sufría, sufrió durante toda su vida. Pero me atrevo a suponer que mirar diariamente un Picasso, un Cézanne, un Modigliani ayuda a

vivir y seguir viviendo. El arte justifica la vida, espectáculo, lectura o creación.

Ya instalada en su museo y con *La Licorne* a cuestras e impresa en español, Susana siguió luchando por la supervivencia de la revista, a pesar de las vallas presumibles.

Así, un día, le pidió al director de la revista —Guido Castriello— que me extrajera un cuento y fijara el precio. Por entonces yo también estaba influido por el ambiente «antillacorne». De modo que pedí un precio increíble para aquellos tiempos y me tomé la mezuquina venganza de colocarle un título casi tan largo como una página.

Susana pagó agregando su lamentito por no ofrecerme más, ya que la revista mostraba un déficit implacable y previsto. El cuento fue publicado sin mutilar el título. Y hasta logré encontrarme con personas que me dijeron que se trataba de mi mejor relato, nombre incluido.

Unos meses después, convencida no sé por quién de que lo de cuentista no quitaba la buena educación, Susana Soca me invitó a una reunión en su casa. Me acerqué con timidez media hora antes a una esquina de café en la manzana de la residencia de Susana y estuve presenciando la descarga de comestibles y botellas que se hacía desde una camioneta, propiedad de la mejor confitería que teníamos entonces en Montevideo. Yo estaba muy bien trajeado para la ocasión. Pero, en los llamados días laborables también actuaba como un esnob al revés. Tenía camisas de hilo de Irlanda, zapatos hechos a medida, una serie de corbatas cuyo origen había olvidado. Pero me vestía y ambulaba con una tricota gastada, pantalones viejos, alpargatas barbudas.

Era la hora, terminé de envidiar y toqué el timbre. Un mayordomo, claro. Después, demasiada gente, demasiadas voces. Algún amigo o conocido con el que pude apartarme y remover los lugares comunes que parecen constituir el suelo de los hombres de letras. De pronto surgió Susana Soca para saludarme. Era pequeña, nerviosa, más hecha que yo para habitar un mundo de silencio. Recordaba una frase de Anatole France: «Tenemos que vivir y eso es una cosa muy difícil». Sigo viendo sus hermosos ojos, siempre intimidados, su cuer-

po frágil, apenas tembloroso, tan parecido al de un pájaro, armado para huir. Parecía estar en eterna actitud de pedir perdón por algún pecado inexistente.

Creo que esto se expresa mejor en el poema «La demen-te» que publicamos.

Luego todo continuó como en cualquier reunión o fiesta, hasta que la mezcla de intelectuales y semiaristócratas juzgó que era prudente marcharse.

Pero una pausa: en un momento tal vez calculado, Susana se acercaba sonriente

—Mi madre quiere saludarlos.

Entonces peregrinamos hasta una habitación lejana y nos era dado ver a la gran hechicera sentada en un sillón, entre almohadones dispersos, inmóvil y desconfiada con ojos incongruentemente policiales. Iba extendiendo la mano seca y enjovada mientras Susana recitaba nombres. Para mí se trataba de un trasplantado Saint-Germain y yo era Marcelo en el mundo de los Guermantes.

Terminada la ceremonia todo seguía igual; no para mí, que había aumentado mi odio por la anciana. Porque sabía que su misión en la tierra era estropear todo posible destino de felicidad a Susana, dominarla, exigir que rogara su visto bueno antes de que la hija tomara cualquier resolución. Católica implacable, parecía un monstruo arrancado de un libro de su correligionario Mauriac, experto en la materia.

Una noche, después del besamanos y la bebida, quedamos solos Castillo y yo como resaca de la fiesta. Estábamos en el desordenado escritorio donde ella trabajaba y leía.

Uno de los muros de la biblioteca daba a un jardín lleno de perros enfurecidos e invisibles que reprochaban nuestra presencia. No queríamos irnos sin despedirnos de Susana. Pero los minutos pasaban entre frases tediosas y Susana no aparecía. De pronto y sin ruido se materializó en una puerta, con un abrigo oscuro y lista para marcharse. Balbuceando, encogida y temerosa. Nos dijo:

—Recibí un mensaje y tengo que salir. Pero ustedes pueden quedarse. Les dejo una botella. Revuelvan donde quieran y si

algún libro les gusta... No tienen que llamar; el portón queda abierto.

Aparte de vicios menores, Castillo era bibliómano; de modo que, revolviendo libracos, encontró muchos motivos de asombro y alegría. Por mi parte, pretextando novelas que nunca iba a escribir me dediqué a revolver escritorios y secretares. Y esta indelicadeza fue pronto y bien recompensada. Entré poemas y proyectos descubrí una carta de Pasternak a Susana. Estaba escrita en un francés casi peor que el mío, con grandes letras retintas y una grafía exótica.

Susana había hecho un viaje a Moscú para conversar con Pasternak a quien admiraba mucho y dedicó un hermoso poemá. La carta era muy anterior al premio Nobel y al vergonzoso escándalo y a las doscientas ediciones piratas de *Doctor Zhivago* que surgieron en español. Todas espantosas.

En aquella carta Pasternak le explicaba a Susana por qué no habían podido encontrarse: sus relaciones con la asociación oficial de escritores rusos patentados ya no eran buenas. Así que Susana fue despistada: un día Pasternak estaba en su dacha, al siguiente en Siberia, al otro internado por hidrofo-bia en un castillo de los Cárpatos.

En otro tono, claro, el poeta explicaba con dulzura la razón de los desencuentros y autorizaba a Susana a publicar en Uruguay o Francia (primera edición en todo el mundo) la novela hoy famosa.

Pero, siempre en mi labor de comisario, encontré otra carta. Era de una hermana del escritor y le suplicaba abandonar el proyecto porque su realización significaría la muerte civil de Pasternak en la URSS o, simplemente, la muerte a la que todos podemos aspirar y que lograremos comportándonos con bondad y obediencia.

Por eso Zhivago permaneció enrejado tantos años. Y aun-que no se crea, hablamos aún de Susana Soca, que prefirió archivar los originales de la obra.

Hay escritores que sufren mucho para dar remate a sus obras. Otros padecen del principio al fin y también sus lectores. El final de Susana Soca tiene cierta afinidad con su persona. Había ido a Francia, libre ahora de autodenominadas

razas superiores, para pedir un sencillito milagro a Nuestra Señora de Lourdes. No se trataba directamente de ella sino de una persona enferma y querida.

De vuelta a París, se encontró con una vieja amiga que tenía un pasaje de regreso a Montevideo para el día miércoles en un avión alemán; el de Susana era para el jueves, avión norteamericano. Susana fue impulsada al juego misterioso que todos jugamos, sin saberlo y tal vez en este preciso momento. Rogó y obtuvo el cambio de pasajes para llegar a su destino veinticuatro horas antes. Llegó a la costa de Brasil donde el aparato aterrizó entre agua y tierra para terminar incendiado.

Cuando se confirmó la muerte—el cambio de pasajes había provocado confusiones y esperanzas— mucha gente rezó por su alma; otra prefirió comprar una botella y seleccionar blasfemias polvorrientas. Hay testigos.

Tal vez por todo esto uno de mis mejores amigos le dedicó un libro con estas palabras: «Para Susana Socca: por ser la más desnuda forma de la piedad que he conocido; por su talento».

Diciembre de 1975

Confesiones de un lector «de 2.00 a 2.15 p.m.»

Mi primer encuentro con Faulkner fue peripatético. Este comienzo que parece prometedora de estremecimientos no es más que la imagen, el recuerdo de un pequeño accidente, de una casualidad.

Una tarde, al salir de la oficina donde trabajaba pasé por una librería y compré el último número de *Surr*, revista fundada y mantenida por Victoria Ocampo. Creo que el nombre le fue sugerido por Ortega y Gasset. La intención del título fue desvirtuada porque *Surr* se convirtió—afortunadamente— en un instrumento que nos permitió conocer lo mejor de la literatura europea y la de USA.

Se trató, reitero, de una casualidad porque yo leía la revista esporádicamente debido a que las poesías que publicaba eran intercambiables. Es decir: recogía poemas que parecían todos de un mismo autor. Cuántas veces jugué a dar a leer las poesías de un número cualquiera de la revista y, escondiendo el nombre del poeta, preguntar quién era. Fue una broma y una tortura para amigas y amigos.

Vuelvo atrás, recuerdo que abrí el ejemplar en la calle, encontré por primera vez en mi vida el nombre de William Faulkner. Había una presentación del escritor desconocido y un cuento mal traducido al castellano. Comencé a leerlo y seguí caminando, fuera del mundo de peatones y automóviles, hasta que decidí meterme en un café para terminar el cuento, felizmente olvidado de quienes me estaban esperando. Volví a leerlo y el embrujo aumentó. Aumentó, y todos los críticos coinciden en que aún dura.

En muchos comentarios y sobre todo en solapas de libros, he visto las palabras *alucinante* o *alucinado* referidas a obras de Faulkner. Según mi diccionario, el término puede significar ceguera o engaño. Aquí recuerdo que Bernard Shaw se vanagloriaba de sus ojos que, por ser totalmente normales,

eran anormales, por cuanto es muy reducido el número de personas que disfrutan o padecen de una vista perfecta. El irlandés atribuía a esto el desconcierto y hasta las iras que provocaban sus comedias.

Al leer y releer a Faulkner es forzoso sospechar que su mirada era distinta a la nuestra, a la del común de los hombres, a la del común de los escritores. Detenida sobre paisajes, personas, circunstancias, veía algo más que lo percibido por nosotros. Dejando de lado lo que escribió por astucia o compromiso (*Sartoris*, *Gambito de caballo*, *El intruso en la riña*, *Los rateros*, etcétera), aquella mirada, cuando es totalmente faulkneriana tiene, sí, algo de ceguera y engaño. Aunque jamás recurra a lo sobrenatural, aunque parezca siempre aferrado a una realidad, nos deja la sensación de que el hombre sólo veía de verdad un mundo propio, introducido sin esfuerzo en los mundos universales y ajenos.

De ahí que todo lo nombrado (panoramas, gente, anécdotas) resulte creíble pero fantasmal. El ejemplo más violento de lo que digo tal vez sea el reportero innominado de *Pylon*. Éste, ausente y profundamente metido en el relato, hace pensar en el mismo Faulkner, capacitado para ver vivir y mantenerse, a la vez, fuera de los hechos.

Si los lectores meditan podrán atribuir la misma cualidad fantasmal a los personajes más importantes de su obra y a sus mismas peripecias.

Pero lo que más me deslumbró y me unió en aquel primer encuentro con su genio fue aquella manera de largarse, como uno de los caballitos que creó para nosotros en *El villorrio*, él solo, seguro de que nadie podía acompañarlo o que no tenían lo necesario para enfrentar un fracaso idiomático, heredado, puesto para siempre frente a una barrera que maestros viejos habían colocado para reventar los morros de los potrillos audaces y nuevos.

Ésa fue la historia y los siete años sin obras en los *bookstores* forman la más exacta apreciación de la cultura norteamericana en materia literaria.

Los hombrecitos del tren de regreso a las 5.15 p.m., aquellos del más feroz matriarcado conocido por la historia

contemporánea, traían los viernes -puntuales- el libro del mes, el libro elegido por solteronas o no solteras y tampoco satisfechas; el libro seleccionado por el pastor de cualquier iglesia antipapista y su rebaño feliz.

¿Cómo imaginar que un hombre sin pecado atravesara la sucia red puritana y llegara a casa llevando escondido en el portafolio un libro del maldito William Faulkner, del sudista que había escrito *Santuario*?

De manera que no había más y ninguna *miss* tenía motivo para ruborizarse y ninguna *mistress* se privaba de leerlo cuando el ganapán respectivo comenzaba a roncar. Claro que nunca se trataba de una novela comprada en una librería y al aire libre; eran préstamos sigilosos de amigas y al diablo los derechos de autor.

Pero esta pobre gente no pensaba que en un rincón de Oxford o Memphis un maniático llamado William Faulkner persistía escribiendo libros incomparables que flotaban muy por encima de lo que ellos consideraban literatura.

Degenerado dentro de la sociedad norteamericana, no buscaba dólares; se contentaba con ser, párrafo tras párrafo, él mismo dentro de su genio o su locura; se contentaba -lo dijo- con un poco de tabaco, un poco de whisky sureño y su maravillosa soledad nocturna en un granero al borde de la ruina, desbordante de marlos resecos, alfombrado por suciedad de gallinas.

La vida tiene una asombrosa imaginación y fuerza suficientes para inventar e imponer infiernos privados, efímeros paraísos subjetivos. Nadie sabrá nunca si el mencionado granero contenía un paraíso o un infierno para el amo y propietario de Yoknapatawpha. Ambas cosas, supongo. Todos los vicios ofrecen o imponen lo mismo. Ambas cosas, también, cuando uno está hundido en un amor, sin remisión. En el proyecto -inútil y fracasado antes de iniciarlo- de descubrir al hombre, debe tenerse en cuenta su timidez enfermiza, su corta estatura, su repugnancia y desdén por «la feria en la plaza», su obsesiva resolución de no permitir, en las pocas entrevistas que regaló a críticos y reporteros, ninguna pregunta de índole personal. Sabemos que tenía una hija adolescente

cuando estuvo de paso en París, rumbo a Estocolmo y al che-que del premio. Pero no lo sabemos de verdad; se dice que la hermosa criatura había nacido mucho antes de su casamiento con una señora divorciada que aportó dos hijos al matrimonio; su nombre era Estelle Oldham Franklin.

El misterio que él usó como valla para que nadie penetrara en su vida privada fue mantenido por sus deudos. Nadie conoce la causa de su muerte. Se habló de una caída al intentar descender, en la madrugada o la mañana, los escalones de madera podrida del mencionado granero. Y, como en la canción de Stevenson, el bourbon hizo lo demás. El bourbon y los fantasmas que seguían poblándolo cuando consideró que la cuota diaria de escritura había terminado. Pero esto no está probado y tampoco interesa.

Los deudos, los Faulkners o Falkners, eran en Oxford tan importantes como los Sartoris, los Sutpen, los Compson, o miss Emily Grierson —«una tradición, un deber y una preocupación»—, personaje de aquel cuento tan envidiado como inmortal: *Una rosa para Emily*. Tenían poderes feudales nacidos de los sufrimientos y la derrota del Sur en la Guerra de Secesión. Y sabían usarlos. Dócilmente, el doctor Martino escribió un certificado: falla del corazón.

De modo que ordenaron al *sheriff* que declarara persona no grata a todo periodista, curioso o admirador que se acercara a la casa blanca de Oxford, donde Faulkner vivió sus últimos años y en cuyo cementerio fue puesto a descansar, bajo un olmo ya quemado por el verano incipiente. Y el velatorio se hizo con el ataúd cerrado.

Como es natural e irremediable, al día siguiente de su muerte todas las agencias de noticias norteamericanas cubrieron el mundo con obituarios ditirámicos y desolados. Al fin y al cabo —aunque los redactores no lo hubieran leído nunca—, se trataba de un premio Nobel.

Pero este animal de estirpe extraña había dicho una vez: «Espero ser el único individuo del mundo que no haya dejado huellas de su paso».

Los elogios, las interpretaciones críticas («entre los aplausos, entre los desdenes y las tonterías de la multitud»); y «la

fama es siempre un malentendido») habrían resbalado sobre su genio como una lluvia molesta que nos coge desprevenidos. Pero tal vez hubiera sonreído con ironía afectuosa de haber podido mirar los letreros colocados en los escaparates de los negocios de Oxford el día de su entierro:

En memoria de

William Faulkner

este negocio permanecerá cerrado

desde las 2.00 hasta las 2.15 p.m.

Julio 7 de 1962

Es decir: ¡quince minutos sin ganar un mísero centí! El muerto no podría imaginar un homenaje mayor y más sacrificado que éste de los pequeños *gold diggers* de su país.

Abril de 1976

Confesiones de un lector

Es desagradable iniciar estas confesiones aludiendo o molestando amigos. Ya se verá quiénes son y por qué los menciono.

Hace unos meses intervine como jurado en un concurso de novelas. Ahora estoy inmerso en uno de poesía. Me limito, pues, al primero; la novela es el tema de estas líneas. De las sesenta y cinco que tuve que leer, la mayoría *-et pour cause-* respetaban el realismo, más o menos ortodoxo. Pero unas pocas obedecían al deseo de la originalidad, que cuando no es sincero o maestro desemboca en confusión.

Hablando (oh, los proscriptos gerundios) sobre el tema, un conocido me preguntó si yo estaba contra la experimentación en el arte. Le contesté lo que digo aquí: si un autor considera que está *experimentando* tiene el deber de guardar el manuscrito en un cajón, en una buhardilla o entre los pentagramas que hacen pila junto al piano. Si un laboratorio está experimentando con un producto que podría ser milagroso (curar la leucemia, vacunar contra el resfriado) no lo vende a las droguerías mientras no esté seguro de que el remedio atravesó triunfante todas las pruebas, los optimismos y los errores. Pero entonces ya no piensa ni habla de experimentos. Sabe que la novedad es cosa cierta.

Lo mismo debe ocurrir con el novelista. No debe publicar azarosamente libros «experimentales» que pueden triunfar o pueden disgustar y aburrir. Que lo haga cuando él mismo esté seguro de haber escrito algo nuevo y valioso. Entonces sí; entonces carecen de importancia los ataques y las incomprendiones.

Porque es frecuente —y crece— el número de obras que fueron pensadas y planeadas para ser originales, distintas y *sorprendentes*. Olvidan los autores que ya no es fácil asombrar al burgués. El lector está curado de espantos. El lector, habíamos de narrativa, sólo se conmueve ante el talento cuan-

do lo siente sincero. Estamos de acuerdo: la literatura es un juego; pero no divierte, no llega a ser otra vida cuando las cartas están marcadas o alguien cargó los dados.

De lo escrito puede ser fácil deducir que los años me fueran empujando hasta colocarme en la postura del hombre que luego de ver triunfar la revolución en la que había participado se enfurecía al comprobar que se hacían otras. Nada de eso. No estoy en contra de la nueva literatura sino contra la nueva, mala e insincera.

Ni Joyce, ni Proust, ni Faulkner (la lista es más larga)* trataron de ser distintos. Simplemente, lo eran. Sus obras no son experimentos sino convicciones.

Ahora, hablemos de los amigos. En *Rayuela*, Julio Cortázar nos habla de la necesidad de llegar a provocar el nacimiento y la perdurabilidad del lector macho, el que participa en la obra y hasta colabora en ella, en oposición al lector hembra, que se *desperna* y se convierte en mera receptividad. Dejo de lado la facilidad de asegurar la existencia de la hembra activa y no sólo enfrentada con una novela. Digo —cuálquier psicólogo haría un diagnóstico coincidente— que todo ser humano, cualquiera sea el sexo que le impusieran o prefirió, *no puede* leer un relato sin ejercer una colaboración permanente, desde prólogo a epílogo. Ve a Hamlet y participa de sus dudas; ve a Don Quijote y se entristece o ríe con lo que llaman locuras. Agrega o resta de acuerdo con su ser. En una palabra, o dos, comparte, contribuye y modifica.

De Oliveira, en *Rayuela*, he recibido centenares de interpretaciones distintas. Debe de haber millares.

Ahora le toca a Emir Rodríguez Monegal, que me dijo y publicó: «La novela del futuro tendrá el lenguaje como único protagonista».

No es truco. Hablando de Roma... En este momento llega el cartero y me trae una decena de recortes de juicios críticos publicados en los Esrados Unidos con motivo de la edición de un libro mío. Y, entre ellos, opina Emir Rodríguez Mo-

* Por razones obvias olvidado al montevidéano Leautréamont que injertó una «a» en el nombre inventado por razones que conozco y reservo.

negal y dice: «Cuando todo el mundo en la Argentina estimaba que Eduardo Mallea era el más importante novelista de su tiempo, Onetti mostró una preferencia fuera de moda por Roberto Arlt; también pensaba que Borges era el único escritor latinoamericano cuya prosa valía la pena estudiar [...] Años después [...] cuando los críticos sólo hablaban de estructuras ocultas y significados que llevaban a otros significados, Onetti se dedicaba a denunciar coléricamente a cada nuevo escritor que consideraba demasiado complejo. En su vejez, eligió representar el papel del "palurdo". Pero el papel no le va bien. Lo más importante de su obra tiene sus raíces no solamente en el mejor estilo narrativo creado hasta ahora en el Río de la Plata».

No suprimo nada por astucia sino por la immortal «necesidad de espacio».

Las críticas de Emir Rodríguez Monegal ya fueron contestadas en estas confesiones, antes de leerlas. Todos mis amigos conocen mi admiración por el talento de García Márquez, Cortázar y Vargas Llosa. También saben que, a mi juicio, a veces se equivocan. Yo lo hago; tal vez incurra Rodríguez Monegal en algún error o injusticia. Pero sigo esperando —¿por mucho tiempo?— la primera novela que tenga el lenguaje por protagonista; sin personas, sin situaciones, sin que nada ocurra. Juro leerla y confesar el resultado de la experiencia. Muerto Dadá, muerta la novela objetiva, ¿qué sorpresa nos reservan?

Y ahora el final. Otro amigo. Castellet. Leí en una revista, fuera del contexto, estas palabras suyas: «Hemos entrado en la era del lector».

Puede ser que Castellet se limite a pedir lectores más inteligentes; todos los deseamos y por razones varias y coincidentes. Por de pronto, los buenos libros se venderán más y menos los malos. Pero cuando recuerdo la cara mefistofélica de Castellet no puedo menos que amistar sus palabras, paradójicamente, con las del San Juan del Apocalipsis. No tengo el libro pero me quedan recuerdos. Me estremezco pensando que la profecía de Castellet, bien interpretada, significa que que nosotros, los lectores, tendremos, en la anunciada

era maldita, no sólo la obligación de comprar libros —y a qué precios— sino de leerlos y agregar todo lo que el novelista no pudo o quiso escribir. Cumpliremos. ¿Pero quién cobra los derechos de autor?

Mayo de 1976

Doce de octubre: día de la lengua

Un muy querido amigo me incita a escribir unas líneas sobre el doce de octubre. Dejo de lado, olvido la tantas veces degustada y digerida magdalena proustiana. Pero el efecto de este pedido es muy semejante en sus efectos.

Me veo en la escuela, con túnica blanca y una gran moña azul a manera de corbata. Penoso e interminable día, como lo fueron todos en aquel tiempo; porque uno de los inevitables tormentos estaba marcado por la fecha que celebra el momento en que Cristóbal Colón y sus hombres, buscando un derrotero a las Indias, conocieron por primera vez la tierra del Nuevo Mundo. Nada importaba que mis compañeros y yo pasáramos de grado: la víspera o antevíspera de la fecha fatídica, la maestra (eran siempre distintas maestras, pero actuaban de la misma manera y las recuerdo como una sola divinidad demoníaca e implacable) reiteraba, como una pesadilla anual, la exigencia de que escribiéramos una «composición» sobre el doce de octubre que por entonces se llamaba, misteriosamente, el Día de la Raza. Me bastaba oír la terrible sentencia pedagógica para que la mente se me pusiera tan blanca como el papel que tenía delante. Antes de encontrar el primer lugar común que desencadenaría los demás me sentía en una situación ambigua: dudaba si encarar el tema como descendiente de descubridores o como heredero de los descubiertos. Pero aprendí que el suplicio era fácil de sortear; bastaba con recordar los nombres de las carabelas y evocar la figura de la reina vendiendo sus joyas, nombrar a los hermanos Pinzón y el puerto de Palos. La composición era aprobada y al año siguiente el infatigable almirante volvía a descubrirnos con matemática puntualidad.

De todos los hechos vinculados a la fecha mencionada, la leyenda de la venta de las joyas para comprar y equipar carabelas era la que ejercía mayor fascinación sobre mí. Me pa-

recía una decisión ilógica tratándose de una soberana tan poco propensa a empresas descabelladas como doña Isabel. En todo caso, mi fantasía infantil unió esas joyas con los herretes de Ana de Austria y el collar de María Antonieta.

Cuando salí de la escuela me creí libre del doce de octubre para siempre. Pero mi familia tuvo la ocurrencia de trasladarse a una localidad muy próxima a Montevideo. Era un lugar muy hermoso con grandes casas, casi siempre cerradas, a las que rodeaban jardines silenciosos. Era un lugar muy hermoso, sí, y el más distante del mar, y se llamaba (y sigue llamándose, supongo) Villa Colón. Cuando llegaban las tormentas primaverales, la sombra del gran navegante se paseaba bajo la lluvia, esperándome. Muchas de las calles llevaban nombres alusivos al entonces odiado Día de la Raza: Fernando el Católico, Isabel la Católica, Martín Alonso y Vicente Yáñez Pinzón, la Pinta, La Niña, La Santa María, etc. Todas mis simpatías se concentraban en La Niña, que era mi favorita y a la que atribuía todos los méritos del descubrimiento.

En el primero o en el segundo año del Liceo, el profesor de idioma español tuvo la diabólica ocurrencia de hacernos escribir una nueva composición sobre el tema eterno. Nos hizo la advertencia de que nuestros trabajos debían ser mucho mejores que los de los pobres niños que tenían la desgracia de vivir en barrios de nombres tan anodinos y de prosaica significación como El Prado, Ciudad Vieja, el Cordón, Punta Carretas, Pocitos, etc. Procuré inspirarme, tomando conciencia profunda del lugar privilegiado en que vivía, y obtuve la calificación de «deficiente», además de una buena reprimenda, a causa de mis disparatadas asociaciones de ideas. Creo que estas innumerables composiciones escolares y liceales me hicieron experimentar, desde la niñez, el «horror de la literatura» de que habla Rubén Darío.

¿Cómo iba a sospechar que después de tanto tiempo y en esta orilla del mar volverían a salirme al encuentro los viejos dioses de la infancia, no conjurados por maestras ni profesores, sino por un amigo?

Todo parte de un equívoco: el doce de octubre es un tema muy apropiado para atormentar a los niños y para desper-

tar el interés de los grandes escritores. No me cuento entre éstos pero tal vez la amistad pueda hacer milagros y me permito redondear dos o tres ideas no originales pero más o menos claras sobre tan complejo tema.

Ahora cuento otro recuerdo, más próximo pero también lejano. Un millonario argentino, por razones que no vienen al caso, me invitó una vez a una estricta comida de ocho personas. Apareció de sobremesa el tema de la conquista de América. Se trataba de resolver qué era lo más importante que ella había aportado a los futuros países hispanoamericanos. Qué decidió que el gran aporte había sido la fe católica. No puedo negar que gracias a esto miles y miles de aborígenes fueron salvados del infierno y sustituidos por negros africanos que no tenían alma. En minoría de uno contra siete aduje tímidamente que lo más importante que habla traído la conquista era el idioma. Yo defendía mis propios intereses.

En realidad creo que lo más valioso no fue el descubrimiento del doce de octubre sino su consecuencia inmediata, la conquista: la apropiación violenta de la cosa descubierta. Sería temerario, casi insolente, pretender señalar las luces y las sombras del imperio español de ultramar. Todas las conquistas se fundan en un atropello; basta con leer los periódicos que se publican en estos días. El coraje, la ambición del poder, el afán de lucro y la crueldad han sido siempre cualidades características de los conquistadores.

Debo limitarme, pues, a la última consecuencia del doce de octubre de 1492: la actualidad de Hispanoamérica, que (como la inmensa mayoría de los hispanoamericanos) tampoco conozco muy bien. No obstante, la he disfrutado y sufrido por constituir una parte de su cuerpo inmenso y que sigue vivo a pesar de haber sido tantas veces atormentado y descuartizado. Y sigue vivo, como una unidad superior a las naciones y a las razas, porque sigue hablando o quejándose, gritando, callando, en una misma lengua espléndida. En una de las lenguas más bellas y más ricas del mundo. Esa lengua, única y múltiple, expresa las más diversas realidades étnicas, geográficas y sociales que la alimentan y la ensanchan.

En un idioma permanece todo lo mejor, lo más hondo y lo más vivo que se ha dicho y se ha escrito en el mundo. Calderón de la Barca, por ejemplo, no es un invento alemán como dice un amigo mío que, a pesar suyo, escribe en un enviable castellano, sino alguien que me sigue diciendo cosas admirables en mi misma lengua, aunque nos separe un tiempo de trescientos años; también me las dice Juan Rulfo, aunque nos aparten miles de kilómetros.

Este idioma sabe defenderse, por ahora, de televisión, radio, periódicos y escritores hispanoamericanos.

Conquistada por los españoles, precaria y fugazmente independizada para ser conquistada luego por varios imperalismos, cada vez más impersonales, más sórdidos y despiadados, Hispanoamérica sigue siendo una gran voz, formada por pequeñas voces innumerables. Por eso, el doce de octubre no debería llamarse ni Día de la Raza, ni Día de la Hispanidad, sino Día de la lengua, el Idioma o el Habla. Personalmente he comprobado que vivir en España, aunque suponga el destierro del país natal, no significa vivir desterrado de América, porque España es también una parte de América.

Octubre de 1976

Reflexiones de un exiliado

No voy a referirme por ahora a los remotos tiempos en que gente torpe y prepotente decretaba el exilio de aquellos que habían cometido el delito de no pensar como ellos. O, simplemente, de pensar. Tarea inútil porque basta con abrir los periódicos todas las mañanas para enterarse de lo que ocurría entonces.

Quedan todavía muchas personas crueles e indiferentes en todo lugar del mundo; pero la bondad y la comprensión no han desaparecido. Siempre es posible encontrar amigos y brazos cordiales. Una prueba, entre muchas, es que yo esté escribiendo estas líneas. Estar en España no es por completo un exilio: estoy unido por el idioma, y las diferencias geográficas no alcanzan a multiplicar la melancolía. Yo no sospechaba que en este país se me conociera y apreciara. Ahora he comprobado que es así desde hace bastante tiempo. Hay distinciones, claro, entre lo que uno tuvo que dejar y lo que encontró. Pero estas distintas idiosincrasias no son obstáculos para la amistad, el respeto y, a veces, la admiración. Mejor pueden ser consideradas como estímulos y novedades para todo el que tenga la manía de escribir, que es mi caso.

Aquí se habla y escribe sobre el exilio interior; pero esto que ha sido en verdad terrible en España no es una consecuencia exclusiva de 1936. En el lugar donde uno ha nacido no es infrecuente el hecho del aislamiento impuesto por la mediocridad del medio, tantas veces pueblerino aunque acontezca en ciudades grandes y populosas.

Volvamos, de manera bastante oblicua, al exilio. Pienso que hombres y mujeres están condenados a sufrirlo muchas veces en sus vidas, aunque no pongan un pie fuera del país en que nacieron. Primer exilio, tantas veces estudiado, el abandono de la felicidad tal vez inconsciente, que supone ser expulsado de la protección del hogar, el abrigo, la alimenta-

ción que suponen los nueve meses de estancia en un útero que se ensancha para asegurarnos comodidad.

Muy pronto pasamos a la niñez, etapa que debería ser mágica para todos y que en muchos casos está maculada por el despego y hasta por la maldad. Escribí «mágica» y esto me recuerda la imposibilidad de escribir sobre estos momentos de la vida; la imposibilidad del adulto para remeterse en el alma del niño, sus absurdos, sus caprichos, sus simpatías y rechazos. Por más talento que se tenga no se puede vivir el mundo como lo hemos vivido en los primeros años. Hágase un estudio de los libros sobre el tema —«mi propia infancia»— y creo que por desgracia se me dará la razón. A esto se agrega, para más fácil admisión, la literatura escrita por gente mayor, claro, y destinada a los niños. No es sorprendente que los niños prefieran ver asesinatos en la televisión y pedir a los Reyes Magos o a Noel que les pongan en sus zapatos metralletas y puñales. Por lo menos estos simulacros de guerras les permiten liberarse de la innata agresividad; prefieren esto a los tentos acaramelados que ya traen consigo al niño bueno y al niño malo. Sobre esto es conveniente leer a Mark Twain.

Muchos respetables autores han escrito sobre la niñez, propia o universal. Pero hay que fijarse con qué velocidad salta un Proust de la infancia a la adolescencia y cómo Sartra, al hablarnos de su niñez, es inconvincente, la mira de afuera y finalmente su libro —tal vez el mejor escrito dentro de su obra— se reduce al título: *Las palabras*. Acaso el que más se aproximó a un libro para niños haya sido Carroll; pero no debe olvidarse el amor del cuentista por las niñas y especialmente por Alicia.

Pero ya nos fuimos del tema. Hablábamos de los exilios inevitables. El joven es exiliado poco a poco por el niño y el adolescente hará lo mismo con el hombre. Para ganarme la vida he cambiado muchas veces de ocupación, muchísimas veces fui exiliado de una tarea a otra, de una oficina a otra, de un puesto de vendedor de entradas de fútbol a una agencia de publicidad. Y no sigo con los ejemplos porque llegaría con facilidad al medio centenar y no estoy escribiendo mis memorias.

¿Y los exilios amorosos? Toda persona normal los ha sufrido desde finales de la infancia hasta la época en que los héroes están cansados. Aunque conozco resurrecciones que me admiran y me alegran. Porque todos hemos amado y lo fuimos; porque estos amores que considerábamos «tierra nuestra» desaparecieron y hoy no son más que naufragos perdidos en la largura del olvido. Y estos amores fueron sustituidos por otros que pensamos eran definitivos, que consideramos en sus principios como incursiones en «tierra incógnita». Y han muerto por su inevitable condena psicobiológica.

En los casos más felices el sobrepasado amor se nos convierte en amistad o cariño; en otros casos, estos exilios de un amor han terminado (y aún sucede) en el suicidio. No está en manos de todos escribir un libro como el *Werther* para liberarse y transmitir el dolor a las pistolas de otros.

Pero el exilio más aterrador es el del que descubre—enfermedad, guerra, pena de muerte—con horror y descreimiento, que su tiempo, que permitía abarcarlo todo, que era eterno y sin fin previsible, no era sino una mentira más. Atrapado repentinamente dentro de unos límites que lo sofocan, este exiliado contempla a los demás desde un mundo que ya no es mundo, y con estupefacto asombro, los ve actuar, planificar y amar, como si el tiempo no existiese y todo, absolutamente todo, sigue siendo posible.

El lector puede descubrir muchas otras formas de semiexilios. Y el tema sería muy interesante para quien lo desarrolle mejor.

Debo terminar aludiendo al exilio definitivo a que estamos condenados por el solo hecho de venir al mundo. De aquí seremos exiliados, no sabemos adónde ni cuándo. No sabemos si nuestro destino post-Tierra es alguno de los que ofrecen los cientos de religiones que en este planeta tienen sus creyentes. El Paraíso ideal sería aquél donde el vicioso pudiera continuar ejerciendo sus vicios. Como éste, el de ahora, el vicio de escribir en lugar de buscar un poco de aire por estas calles de Madrid que miro desde mi ventana.

Octubre de 1978

Reflexiones de un autócrata

Este título, al parecer tremendista, coincide apenas con el texto que sigue.

En una conversación con amigos que hoy sospecho mentirosos, se discutió el tema, tan complicado, de las relaciones entre los personajes y el autor. Oí decir que Alejandro Dumas poblaba su mesa de trabajo con pequeños muñecos de cartón que llevaban el nombre de sus héroes y a medida que los iba matando—pistolero o estocada—los hacía desaparecer de un papirofazo. Para que no le pasara lo que a Ponsón du Terrail, que en el tomo dos de una de sus obras dio muerte a uno de sus personajes y luego lo hizo reaparecer en carne y hueso, vivo, saludable, en el tomo dieciséis. Y Balzac, abrazando lloroso a un amigo en plena calle para comunicarle: «¡He tenido que matar a Fulano!», otra víctima, claro. Y no hablemos, por reiterada, de la resurrección de Sherlock Holmes, impuesta por el único crítico que no yerra: el público lector. A éste me dirijo para que confirme o corrija los hechos que me contaron mis amigos.

Se comentó después que si admitíamos que «el arte es una eterna confesión», resultaba poco dudable que famosos escritores se hayan expresado sin propósito ni conciencia por medio de los *personae*. De esto resultaba que los aludidos habían sido, o eran, por turno o simultáneamente, incestuosos, asesinos, homosexuales, avaros, dilapidadores, ladrones, fanáticos, torpes, venales, aduladores, etcétera y etcétera.

Sobre esto es útil releer el prólogo de Borges al libro de Bioy Casares: *La invención de Morel*. Ayuda, aunque tenga bastante de *boutade* borgeana.

Pero la conversación que mencioné terminó por afincarse, aunque de forma algo tempestuosa, en otro problema o en otro pretexto para la charla que murió con la salida de los últimos metros u omnibuses.

Un paréntesis. Todos conocen la muy explícita protesta de don Miguel de Unamuno contra la rebelión de sus personajes cuando escribía novelas. Tal vez era una manera de disculpar la calidad de las novelas en relación al resto de su magnífica producción. Pero basta de malicias. Y guardando las distancias recordaremos que hace años, en Buenos Aires, una escritora me decía:

—No sé lo que me está ocurriendo. Ya voy por la mitad de mi nueva novela y los personajes han cobrado vida propia. Hacén lo que quieren.

Cuando meses después recibimos el libro «con aprecio intelectual», los candorosos amigos de la autora no tuvimos más remedio que acordar con sus angustiadas lamentaciones. Los personajes sí que habían cobrado vida propia y se habían unido en una conspiración infame para estropearle el libro. La novela era muy mala, ya la haya escrito ella, ya los personajes.

Esta dificultad o conflicto nunca se me presentó. Y tal vez sea una lástima porque así, sin esfuerzo alguno de mi parte, los personajes se habrían encargado de ganarme los derechos de autor. Aunque privándome del placer de escribir y escribirlos. Debe ser sorprendente y un poco diabólico encontrarse que, a cierta altura del libro, Juan, tan virtuoso, tan merecedor de un destino feliz, se transforma en un Jack el Destripador y termina en el cadalso, destino que eludió, por hasta hoy misteriosas causas, su ejemplar *The Ripper*.

En realidad, son muchos los escritores que me cuentan: «Fíjese: yo lo había planeado así y me salió así». Yo me solidarizo con sus cuitas pero no llego a comprenderlo del todo. El autor prefiere el derrotero de cada personaje (el autor soy yo) y vigila para que se cumpla. Al fin y al cabo, acaban de nacer, se están educando y yo, mucho más viejo, tengo que cuidar de ellos. Son niños, no saben lo que hacen aunque a veces les dé por monologar de manera externa o interna, hay que apartarlos de las tijeras, los armaritos de remedios, los enchufes de fuerza eléctrica.

Tal vez esté de más decir que un personaje totalmente formado antes de escribirlo, invariable, perfecto en el mal o en

el bien, se convierte en uno de los muñecos de cartón que dicen usaba Alejandro el Grande.

Es necesario que el personaje discrepe, sugiera, tenga sus pequeñas ambiciones de cambio. Pero es el autor quien dirá que sí o que no y el Juan o la María del drama no tienen otro recurso que someterse, obedecer y cumplir con lo que para ellos se determina. El autor es totalmente responsable del resultado y no cabe decir: «Si Hamlet no fuera tan indeciso...». Porque es vacilante por orden de Shakespeare, que lo quiso así, que lo hizo así. Y al príncipe danés volveré a nombrarlo al final.

Para aliviar un poco el tratamiento del tema, recordaré un conflicto que se le planteó a Raymond Chandler con su detective Philip Marlowe. Alguien le aconsejó que su héroe no debía seguir para siempre «triste, solitario e inalterable»; como solución, era conveniente que Chandler lo casara, le diera una linda esposa (si millonaria mejor), hogar, niños, servidumbre. El autor contestó que tal vez hubiera entendido mal el consejo: «En realidad, un sujeto así no tendría que casarse. Porque es un hombre solitario, pobre, arriesgado, no obstante cariñoso con la gente y todo esto no funciona bien con el matrimonio. Creo que tendrá siempre una oficina destartada, un piso vacío, una cantidad de amorios, pero ninguna relación permanente. Pero pienso que no lo cambiaría y la idea del casamiento con una linda muchacha no está de acuerdo con el personaje» (Frank MacShane).

Tiempo después, el autor aceptó la sugerencia y estaba escribiendo el principio de una novela con un Marlowe casado y en apariencia feliz cuando el detective se rebeló: obligó al autor a duplicar su diaria ración de whisky y lo mató en pocos días.

Éste es un ejemplo, tal vez único, del triunfo del personaje sobre el escritor. En realidad, los personajes sólo adquieren «vida propia» después de terminado el libro. A veces, o casi siempre, aguardan años antes de imponer su existencia, antes de pasar de personajes a personas. Entonces, como les sucede a éstas, comienzan las interpretaciones críticas, admirables por lo dispares, amenas según van pasando las es-

cuelas literarias. Todo esto para nada, para que cada uno, cada lector, tenga y se aferre a su punto de vista.

Esa vida propia es entonces verdadera, más o menos sensible de acuerdo con el grado de talento del autor. Personas-personas que nacieron en los libros son hoy mis amigos o conocidos. Fabricio del Dongo, Hamlet, Bovary, el primo Pons, Maigret, Tartufo, Don Quijote, Marlowe y una serie larguísima de rebeldes triunfantes que no menciono para evitar que alguien me atribuya pretensiones de erudito, tienen hoy para mí más vida y realidad, casi más cuerpo, que mis anónimos compañeros de oficina.

Noviembre de 1978

Reflexiones de un lector

Se cuenta de Somerset Maugham que, estando una noche en una perdida estación de ferrocarril en la India, se encontró con que había dejado sus maletas en un tren que tardaría unas dos horas en llegar. Revisó sus bolsillos, leyó sus documentos, viejas cartas que conocía de memoria y, finalmente, tuvo que conformarse con la guía telefónica del oscuro pueblo, rodeado por la soledad y el veloz crepúsculo. Así estubo, leyendo y relejendo nombres a penas y apenas comprensibles hasta que llegó el maldito tren y con él sus maletas y con las maletas los libros que había llevado para su viaje. Después se quejó de que el pueblo tuviera tan pocos habitantes. Esto es lo que se llama un «lector omnívoro».

Hace poco, Matilde Urrutia me confirmó que cada vez que Neruda salía de viaje ella le preparaba una maleta con novelas policiales. Éstos son ejemplos que me permiten no avergonzarme de mi vicio público: leer en todo momento de inactividad, leer hasta que mis ojos protestan, allá por la madrugada y es necesario tomar una pastilla y esperar otras «lecturas», otras formas de soñar.

Confieso que tengo poco de lector selectivo; leo todo lo que cae en mi casa y me interesa. Aquí coincido con Neruda (ya que no puedo hacerlo en forma más alta) y mi «cultura» en novelas y cuentos policiales, policíacos o detectivescos es bastante respetable.

Claro está que siempre trato de estar, por lo menos, informado respecto a las novedades literarias que nos llegan de otros países; casi siempre de Francia, donde la técnica de la propaganda literaria es cosa admirable. Es posible afirmar que cada quinquenio surge allí —y ellos se encargan de propagarla a todos los esnobes de este mundo— una nueva moda, literaria o filosófica, y con frecuencia ambas cosas reunidas.

A finales de la guerra todo el mundo era existencialista; después tuvo gran éxito la aplicación del psicoanálisis a la literatura; después —y todavía— padecemos el estructuralismo crítico donde es tan fabuloso el número de los autollamados y tan parco el de los elegidos. Y es triste ver cómo estas cosas pasan del predominio a la decadencia, cómo van retrocediendo en pocos años para ser sustituidas por otras que están condenadas a destino semejante. Hoy tenemos los nuevos filósofos, con los que nada tengo que ver por mi abismal ignorancia marxista y los últimos coleos del *nouveau roman* o literatura objetiva. Hace poco escuché a Robbe-Grillet en un coloquio realizado en Pau. Allí demostró una inteligencia y una egolatría extraordinarias. Y lo que él —y otros han escrito sobre el *nouveau roman*— resulta infinitamente superior a las obras, novelas y cuentos, que la moda mencionada ha producido.

Pero todo este prólogo lo es, en realidad, de un grito de alarma y protesta. Al parecer —y según se anuncia— los norteamericanos están tratando de imponer otra moda. No iban a ser siempre los franceses, Lafayette.

Ahora se trata de imponernos, como adecuada secuela del cine S —inicial de *swcio* en frecuentes casos—, una forma literaria que se revuelca gozosa en la inmundicia y nos dice que la vida es así, cuando en realidad es así la vida de quienes la escriben y la defienden.

Algún espécimen ha caído en mis manos y a las definiciones que nos llegan de algunos críticos puedo oponer otra: se toma un libro de algún menesteroso epígono de Henry Miller —que él sí, cuando quiere, demuestra talento—, se lo divide en trozos para no indigestar, se envuelve cada uno en abundante juego de excrementos, se agrega una buena dosis de «no saber escribir» y se sirve al público adecuado, al mismo público que goza con la triste y grotesca pornografía que puede encontrarse en tantos lugares nocturnos de este Madrid que he aprendido a querer. El buen éxito es seguro.

Es fácil deducir que esta nueva moda que nos invadirá muy pronto es mucho más peligrosa. Porque las que mencioné antes exigen un mínimo de cultura y de esfuerzo. Aquí no se

necesita nada de eso. Hay tantos seres repugnantes con experiencias igualmente repelentes que basta con ponerlos a escribir (esto resultará sencillo) para que tengamos docenas y docenas de libros sobre la vida tal cual es. También es conveniente que el autor sea un borracho profesional, superior al cónsul de Lowry, y tanto mejor si es drogadicto. En Argentina se publicó un libro, *Así escriben los duros*, cuyo primer cuento es un magnífico ejemplo de lo que se nos viene encima. Anatole France aclaró que en literatura todo puede ser dicho a condición de que se sepa cómo decirlo. Muy pronto, temo y afirmo, no importará un ardite el cómo. O se buscará el que resulte más chocante e innoble.

Pasemos, como dicen. Hace poco estuve en una librería de viejo revolviendo libros, en busca de algunos que estuvieran de acuerdo con mis gustos y mi presupuesto; me acompañaba una chica que, al salir, me dijo:

—Usted no es un verdadero bibliófilo. Porque si lo fuera habría robado por lo menos un libro. Y me mostró, en la calle, su cartera abierta con un librito de edición preciosa.

—Larra —me dijo—. Ya lo tengo en casa pero no puedo entrar en una librería sin llevarme algo de regalo.

No soy tan bibliófilo. El deporte de robar libros lo practico con mis amigos y ellos conmigo. Cuando hacemos balance, con algunas injurias, comprobamos que la balanza de pagos está siempre más o menos equilibrada. Añado esto porque tengo miedo de que mi próxima incursión por hogares cordiales me depare la desagradable evidencia de que robé, distraído y con prisas, algún ejemplar de la nueva moda que profetizo.

Noviembre de 1978

Reflexiones de un visitado

Hace unos meses escribí un artículo sobre los exiliados. No hacía referencia concreta a la gente que se ha tenido que venir del Cono Sur porque no deseaba dar ningún matiz político a lo que estaba redactando. Preferí hablar de los diversos exilios que sufre todo ser humano, por su propia condición, en cualquier lugar de la Tierra. Porque aun en estado de transe, de sedentarismo absoluto, las células prosiguen implacables su tarea de muerte y renovación. En resumen, se van exiliando, lentamente en casos de buena salud.

Hoy quiero hacer referencia concreta a los miles de colegas que sufren la inquerida diáspora en varios países de Europa. Y se han descrito en forma abundante las dificultades para conseguir documentos, permisos de trabajo, techo y comida en definitiva. Y no hablemos de la constante angustia diaria de tantos miles de seres. Para terminar, un recuerdo contradictorio: cuando mi amigo José Bergamín llegó a Montevideo, desde el puerto mismo le fue ofrecida una cédula en la Universidad. En Buenos Aires abundaron ejemplos similares. Todos sabíamos que devolverlos a España significaba enviarlos al presidio o al pelotón de fusilamiento o al garrote.

Sólo deseo tratar un mínimo y singular aspecto del tema. De una compleja y retorcida manera u otra, los exiliados reciben noticias de su país y de las personas que quieren y que allí quedaron. A veces, reciben la corta visita de un amigo que está de paso o que también se vio obligado a cambiar de territorio. Estas entrevistas tienen su matiz dulce y su matiz amargo. Pero ahora quiero contar o imaginar la llegada de Alguien que trae para Uno en sus maletas diez años de recuerdos, de unión, de compañerismo. Y este Alguien también está de paso, de modo que el tiempo no permite vaciar más que en parte las maletas y no es posible reiniciar nada, o todos los instantes están empapados de urgencia, de la de-

presiva sensación de inutilidad. No hay futuro para la carga que Alguien trae a Uno, porque -repito- Alguien está de paso y las horas de extraer y acariciar los recuerdos son escasas y fugaces.

Supongamos que me contara Uno:

«Tampoco hay tiempo para transformar en amor el cariño del cariño que estuvo formando la ausencia. Las remembranzas, claro, no obedecen a la cronología. Todo es un ¿te acuerdas de...?, ¿te acuerdas de...? Y van desfilando escenas, caras odiosas o simpáticas que uno creía perdidas para siempre. Es como en el cine de la *nouvelle vague* francesa. Una sucesión de secuencias sin secuencia unidas por un hilo que nunca es mostrado explícitamente. Juntos vimos esquinas, bares. Todo gastado y turbio. Luego vimos nuestro país lejano, el campo, las fogatas que hacen burbujear la resina y retuerren hojas muertas en las tardes de abril. Olimos la hosta y ese olor detenido de improviso, apenas amenazante, de los orines en el muladar. Vimos el vaivén de los billetes de banco en los negocios furtivos, imponiendo la mugre incontestable del manoseo. El tabaco y el café humeantes en la oficina del departamento que Alguien pocas veces había visitado. El olor que teme denunciarse de las doncellas escondidas. Más lejos, torciendo hacia la izquierda como si uno buscara el río, madreselva, pasto en el alba, azahares, la tierra siempre propicia, un costillar asándose entre árboles invisibles. Los créditos y perseverantes repintando, en el atisbo de la buena estación, casitas, botes y lanchas en la playa. Vimos tantas cosas ya perdidas, cosas que fueron nuestras y nunca volverán a serlo.

» Y por encima del paisaje apenas quebrado y de nuestras horas de dicha, desgracia o lucidez, el conflicto, exactamente en mitad del cielo, de los verdes que llegaban de las charcas y los plomos violentos del río, parvas y pescado muerto».

Ha llegado la hora, presiento, de dejar a Uno con sus nostalgias. Para terminar, una historia de pocas palabras y que no necesita literatura. Un matrimonio, ella refugiada en Suecia, el marido en Madrid. El hombre consigue quien le per-

mita usar su teléfono para una conferencia con Estocolmo. Y su hijo, que viajó con la madre cuando tenía seis meses, ya tiene tres años y muy alegre se puso al teléfono y le habló a su padre en sueco.

Noviembre de 1978

Reflexiones de un congresista

Según mis muy bien protegidas fuentes de información, se está proyectando un congreso de escritores de lengua española. También intervendrán editores y otra gente relacionada con el mundo de los libros. Los datos que me han llegado anuncian jubilosos que este congreso será distinto a tantos otros a que tuve el honor de ser invitado: en España, en Chile, en México, en Venezuela. Diferente porque se tratará de lograr algunos resultados concretos en beneficio de la literatura escrita en español. Se intentará, creo, que los congresistas, aparte de leer sus ponencias —generalmente, y de acuerdo con mi experiencia, las tales ponencias suelen ser ensayos sobre escritores vivos o muertos, o más o menos—, se pongan de acuerdo sobre recursos que permitan la mayor difusión del libro en España y en Hispanoamérica. Y que luego, de regreso a sus países, los congresistas puedan proponer y empujar soluciones para tantos problemas creados por la indiferencia de los gobernantes, en la mayoría de los casos, o por el peso de las empresas editoriales.

Si me invitan al futuro congreso, que se realizará en algún lugar o lugares de este país, asistiré agradecido y llevaré algunas ilusiones. Pocas, porque recuerdo que mientras charlábamos sobre literatura en México, el presidente argentino, Onganía, quiso contribuir al mejor éxito de los proyectos que discutíamos firmando un decreto por el cual los editores argentinos pagarían solamente el cinco por ciento de los derechos de autor en lugar del diez que era habitual.

Debo recordar aquí que mientras viví en Montevideo y en Buenos Aires estuve relativamente al día con lo que se publicaba en Europa y en Estados Unidos; pero ignoraba totalmente qué estaba sucediendo en países de la América hispana, países que eran un poco menos que vecinos de las capitales nombradas. Recuerdo que mi amigo y novelista ad-

mirable Rojas Herazo, colombiano, me contaba que en su patria no existía ninguna editorial; que los autores debían llevar sus libros a la imprenta, pagar la edición y enfrentarse después con el fantasma de la distribución. Fantasma imposible de exorcizar. La única salida posible era enviar el libro a firmas editoras de México o Buenos Aires y esperar buena suerte. Ignoro la situación literario-editorial en otros países hispanoamericanos; pero la realidad es la ya descrita: la ignorancia de las literaturas de los países hermanos. Algunos escritores lograron salvarse del casi total anonimato mediante los premios literarios que fueron abundantes en España y que pueden revelar y consagrar a un hispanoamericano anónimo, aunque, es una hipótesis, no tengan el poderío de un premio Goncourt, que asegura una venta de cientos de miles aunque los jueces, reunidos en el tradicional almuerzo, se hayan equivocado (pensemos en Céline y su *Viaje al fin de la noche*, derrotado por una novela mediocre pero suficientemente patriótica).

Claro que debe considerarse, aunque no sé si el futuro congreso lo hará, el obstáculo casi insalvable creado por la censura en varios de los países cuyos mejores escritores, supongo y deseo, serán invitadas a concurrir a España. Los jurados de concursos literarios suelen ser poco satisfactorios; pero, siempre, los encargados de censurar —ya por el hecho de aceptar esa tarea— son infinitamente peores.

Ignoro también si tenderán cabida en el congreso las dificultades que crean los localismos, los modismos, el caló. No hace mucho se publicó aquí un libro del mejor novelista y cuentista de Hispanoamérica. La obra —eran dos, reunidas en un solo volumen— está poblada de maneras de hablar mexicanas. La edición española las «tradujo» por formas de habla popular de Madrid o Barcelona. El resultado es cómico e irrespetuoso.

No sé cuál puede ser la solución —si es necesaria y se la busca— para este otro obstáculo que enfrenta la comunicación entre los países de Hispanoamérica y de éstos con España. Y no olvidemos, al pasar, la cantidad de dialectos indígenas que existen y se usan en América. Recuerdo que durante una cam-

paña electoral en Bolivia, Paz Estenssoro, cuyo nombre vuelve a difundirse en estos días, tuvo que decir sus discursos en veinte dialectos, totalmente distintos hasta el punto de que los hablantes de un mismo país —y que forman en casi todos los casos la inmensa mayoría— no pueden entenderse entre ellos.

Pero también entre los habitantes de los países hispanoamericanos y de habla española existen sutiles o groseras diferencias en el sentido de ciertos vocablos. No es difícil que un rioplatense «meta la pata» con toda inocencia conversando en México, Venezuela y Colombia. Recuerdo el caso de una señorita, hija de embajador, que concurrió a una fiesta en México y ante los elogios que le hicieron por su vestimenta contestó:

—Oh, no. La modista estaba con prisa y la pollera (falda) quedó chingada.

Y esta frase, tan desprovista de malicia en su país, provocó un silencio alarmante —para la chica— de desconcierto y censura.

Otrosí: recorrí buena parte de México en un pequeño automóvil que manejaba un chico muy simpático e inteligente. Como era forzoso, luego de varias horas de evolucionar sobre bre abismos, a una velocidad mínima de ochenta kilómetros y por carreteras excavadas en la roca de las montañas que sólo permiten el paso simultáneo de dos vehículos (allí no es de hombres temer a la muerte), la conversación cayó en el tango. Mi compañero sabía de memoria una gran cantidad de letras de tango y las cantó con buena voz. Yo tarareaba discreto. Finalmente, él me preguntó:

—Dime, ¿qué quiere decir «la mina piantó del bulín»?

Y yo le contesté con voz de suficiencia:

—Muy fácil: «La percanta rajó del cororro».

Después nos aclaramos. Él conocía cientos de tangos pero le era imposible entender la mayor parte de las palabras del lunfardo rioplatense. Pero no es probable que estas impreensiones turben el desarrollo del congreso que se está planeando. Allí todos hablarán en español, que es nuestra lengua, y si alguno inconscientemente resbala, las consecuencias se reducirán a alguna sonrisa.

Y ya que recordamos congresos y diferencias idiomáticas, otra anécdota para terminar. En un congreso del Pen Club realizado en Nueva York, Pablo Neruda rememoró otro, celebrado no sé dónde y en el cual se resolvió que los oradores debían hablar en español o en francés. Entonces el presidente —que debía ser el mismo Neruda— pidió a los asistentes que, si entre ellos había alguno que dominara ambos idiomas, se ofreciera para efectuar la traducción simultánea. Y uno de los congresistas se levantó y clavándose un dedo índice en el pecho gritó, orgulloso y definitivo:

—/e.

Diciembre de 1978

Reflexiones de un «revistero»

Ocupar un sitio microscópico en una revista de literatura cuya existencia parece largamente asegurada —dentro de las seguridades humanas—, es cómodo y gratificante. Uno cree estar prestando un cierto apoyo a las buenas letras y son mí-nimos los sacrificios.

Pero yo quiero recordar aquí la larga historia de revistas número uno —así llamadas porque nunca pasaban del año I, número I. Ayudé en lo que pude a muchas de ellas y toleré que publicaran sin autorización —y huelga decir sin pago— escritos míos.

Considero útil analizar los porqués de estas efímeras publicaciones que, según compruebo, siguen apareciendo y apagándose como estrellas errantes, casi sin dar tiempo para que sus padres y parientes puedan expresar uno o tres deseos.

Claro que siempre hay un editorial titulado con insistencia «Nuestra razón de ser» o «presentación» donde se explica que la número I viene a llenar un vacío, nunca definido, tan odiado por los revisteros como por la naturaleza.

Éstos son recuerdos, viejas experiencias vividas allá abajo, en el sur. Pero en estos días me ha llegado un número I impreso en multicopista y en algún lugar de España. Como es natural y forzoso piden colaboración, suscripciones y se aceptan socios fundadores. No hay por qué contestar, ya que nadie será favorecido con la supuesta dicha de ver el número 2.

La génesis de estas simpáticas revistas es casi siempre la misma: hay un líder, un pequeño maestro que no encuentra cabida para sus obras en otras revistas o periódicos o editoriales. Este cabecilla, generalmente cacique de peñas literarias en mesas de café, harto de que sus poemas —casi siempre se trata de poemas, de cuentos breves o fragmentos de novelas que nunca alcanzarán el alivio tan deseado que acarrea generosa la palabra *fin*—, este cabecilla, volvemos, harto de

ser escuchado sólo por el grupo adolescente que lo rodea y admira, termina por sugerir con audacia, con fingida indiferencia, la propuesta desencadenante:

—¿Y si publicáramos una revista?

La fe y el entusiasmo, virtudes que con frecuencia son debilitadas por el paso de los años, acogen con regocijo la idea. Al fin y al cabo, ¿quién no tiene algunas líneas para publicar? ¿Quién de ellos puede dudar de un futuro prolífico y brillante?

Pero siempre se impone una pausa que puede durar muchas y muchas reuniones, aunque no frene el ya irresistible impulso: hay que bautizar la revista, hay que ponerse de acuerdo respecto a un nombre nunca usado, un nombre eufónico y pegadizo pero, a la vez, original, acaso un poco sorprendente. Alto, sonoro y significativo. Por fin, luego de abundantes y amables riñas y rechazos, se llega a un acuerdo. Conoci en Buenos Aires el título proyectado para un número 1 que creo nonato y que, sin autorización, pongo a disposición de autores de futuros proyectos: *A partir de cero*. Un título adecuado porque a pesar de que los chicos prometan en «Nuestra razón de ser» que respetarán y tomarán aliento rastreando lo auténtico, telúrico e inmortal en las obras de nuestros padres literarios, en el fondo creen —o se estimulan mutuamente para no dejar de creer— que la Literatura, la vera e inmarcesible, nace con ellos. No hay antecedentes, estamos ante tierra virgen y hay que sembrar.

El tema, sugerido por los encantadores y desconocidos remitentes del número 1 mencionado, me obliga a repetirme, me induce a recordar, una vez más, aquella definición famosa: «Los jóvenes que se acercan a la literatura pueden dividirse en dos grandes categorías: los que quieren llegar a ser escritores y los que simplemente quieren escribir. Sólo respecto a estos últimos».

Y, como todos sabemos pero no lo publicamos con nombre y apellidos, la sentencia no es aplicable solamente a los jóvenes. No escasean adultos sin regreso que mantienen a fuerza de voluntad el afán de ser escritores; para ellos, libro tras libro, estilo tras estilo, moda tras moda, lo importante,

la meta, es alcanzar nombrada, prestigio, popularidad acaso. (Conoci a un señor que logró que su pasaporte proclamara: Profesión, poeta.)

A los interesantes e impacientes creadores de número 1 les aconsejo leer o releer las *Cantatas a un joven poeta* de Rilke. Bastará con la primera, donde se prohíbe escribir si no se siente que el deseo es imperativo e imposible de postergar. Una necesidad, vamos.

Porque los que se proponen llegar a ser escritores y continuar siéndolo, se han tomado en serio la frase sobre la genialidad que reza: un 99 % de transpiración y un 1 % de inspiración. (No estoy seguro de que estos porcentajes sean exactos.) Y se obligan, con horario de oficina, a sentarse frente a la máquina o el papel en blanco hasta cumplir la cuota cotidiana, sudando y amargándose horas que podrían ser gratas dedicadas a placeres o al placer de no hacer nada.

Es sabido que los número 1 fallecen siempre por razones económicas; pero también ayudan al tránsito las envidias y los desencantos dentro del grupo promotor. También sería bueno pensar —antes que en el título— que si publicaciones de la importancia mundial de *Revista de Occidente* o de *Sur* han desaparecido, pocas esperanzas de larga vida pueden tener las recién nacidas, cuando sus orígenes son la pequeña vanidad y la pasajera excitación.

Como ocurre siempre, hay otra cara de la moneda: más de un escritor de talento indudable comenzó enviando sus cuartillas a la número 1 de turno.

Enero de 1979

Reflexiones de un perdedor

Cuando la gente habla de la obra genial de Proust, sin el requisito de haberla leído, claro, está pensando que el título *En busca del tiempo perdido* significa —como es verdad— que el autor quiso rescatar las horas desperdigadas en celar a Albertina o divagar por los salones del *faubourg* Saint Germain. También las horas de su infancia, pubertad y adolescencia: cuando amaba con forzoso y empecinado platonismo la palabra Guermares, toda la riqueza poética y heráldica que le daba belleza y erotismo y que sustituía con buen éxito a la misma duquesa, compendio enteramente satisfactorio de un estrato social.

Pero Proust, probablemente, no pensaba que su trabajo anhelante, entre vaharadas de vapor y medicinas, encamado y sudoroso, era también tiempo perdido. Por lo menos para él. Porque si no es cierto que todo tiempo pasado fue mejor, es irrefutable que siempre fue perdido. Perdido y para siempre para el que lo vivió o lo está viviendo, pues ya todos sabemos que la división entre pasado y presente y futuro sólo es una línea sin espesor.

La última palabra que acabo de escribir ya está en el pasado irrecuperable; como lo estará de inmediato para quien la lea.

Claro es que si todo tiempo es principio de pasado, diversas son las formas de perderlo. Las hay, en su gran mayoría, perfectamente egoístas, simples maneras de distraerse, de estar «haciendo tiempo», como es común decir, aunque se trate en realidad de acelerar su paso por medio del olvido.

El motivo de este artículo es indigno del prólogo que hasta aquí se arrastra. Porque quiero hablar y quejarme en vano de pérdidas personales, semimateriales, que he ido sufriendo a medida que practicaba —con entusiasmo o inercia— este oficio, esta absurda aventura humana que se llama vivir.

Tendría muchas quejas que presentar, muchos reproches que hacerme, larga y melancólica enumeración de tantas cosas perdidas. Pero veo que estoy rodeado de libros —en estantes, sillas, alféizares, parques y camas. Por eso recuerdo las cuatro bibliotecas que perdí para siempre; porque cada vez que tuve que irme dejé todo atrás; y hoy, aparte de personas que fueron así y ya son de otra manera, lo que más lamenta es la ausencia definitiva de los libros que fui juntando por diversos medios, incluyendo los comprados al contado o a créditos generosos y confiados.

Y no es que haya perdido en mis forzosos desplazamientos libros valiosos, joyas de bibliómanos. En realidad, los que más extraño son aquellos ya sin tapas ni lomos, descajeringados a fuerza de releerlos y prestarlos. Obras completas de Balzac, Cervantes, Shakespeare, Dostoievski, Proust. Pongo en primer lugar los que me acicateaban con envidia por su extensión y calidad. Después —*last but not least*— los volúmenes de menor importancia, pero muy queridos por razones difíciles de explicar. Ternura, afinidad, simpatía. Recordado —adecuada tarde de invierno y lluvia para rememorar— unos cuantos Faulkner, Cendrars, Hammett, Caspary, Céline, Bradbury (el único cienciaficcionalista que me interesó), Saki, Dunsany. Y termino, sin los adecuados puntos suspensivos que detesto, porque a medida que voy agregando nombres surgen otros, tan dignos de ser recordados como aquéllos.

(Un paréntesis: antes de instalarme en Madrid visité varios pisos; muchos tenían su aparato de televisión o, por lo menos, la antena correspondiente; en ninguno vi un mueble biblioteca. Lo que coincide con los resultados de los sondeos sobre lectores y televidentes.)

También se perdieron libros dedicados por autores amigos y desconocidos. Pero me están llegando otros y sus autores se van convirtiendo, poco a poco, página a página, en nuevos amigos.

Fui durante años director de las bibliotecas municipales de Montevideo. Como todas las tareas culturales en los países de Hispanoamérica, la mía fue frenada en gran parte por el

universal e invencible argumento: falta de rubros. Comprendo que la misión principal de un municipio o ayuntamiento es mantener limpia la ciudad. Pero si dentro del organismo se presupuesta una Dirección de Bibliotecas es lógico que todo ciudadano de buena fe piense que las bibliotecas se fundan para atender con dignidad las necesidades del público. Se requieren locales adecuados —he visitado con asombro y amargura las bibliotecas populares de Washington, personal especializado y, oh, Perogrullo, libros. Es imprescindible que el acervo de una biblioteca se mantenga al día en sus distintas secciones; también lo es, en el continente mencionado, que se conozcan los libros de los países vecinos, a los que se acostumbra a llamar hermanos y de los que se ignora casi todo, con excepción de su historia —casi común en la mayoría de los aspectos— y de la actualidad que publican (o no) los periódicos.

Ahora, a cambio de las pérdidas, hallo consuelo en numerosas bibliotecas populares de esta ciudad. Lástima que se practique el sistema de biblioteca «cerrada», sistema que impide el gozo de revolver libros y seleccionarlos no sólo por títulos y autores, sino por un par de páginas abiertas al azar y contentiendo promesas de horas placenteras que muchas veces se cumplen.

Con respecto a los bibliotecarios, algunos conocí que, en cuanto lograban dominar un método de clasificación —sistema decimal, Vaticano, Washington, o cócteles de los mismos—, se otorgaban patentes de intelectuales y eruditos en todas las ramas del saber humano. Pero esta graciosa y leve megalomanía ocurre además en muy diversas actividades, aunque muy poco tengan que ver con la cultura.

En cambio, conocí, ejemplo inmortal, a una chica de trece o catorce años que se ofreció para disponer por nombres de autores varios centenares de libros que acababan de llegar, nueva mudanza, al último domicilio que tuve en Montevideo. Ella sabía leer y escribir, recitaba de memoria el alfabeto. ¿Para qué más? Le di las gracias y le dije que se pusiera al trabajo. Unos días después me anuncio que la biblioteca ya estaba ordenada. Para darle gusto fui a pasar revista, y me

encontré que la letra J reunía amorosamente, tal como estarán algunos años en el Olimpo, a Joyce, Rulfo, Cocteau, Jiménez, Edwards, Le Carré, Swift, Cortázar, Borges, etcétera. No pude molestarme, sólo agradecer. Porque aquella niña había hollado un terreno que los ángeles vacían en pisar. Desenfadada, segura y orgullosa casi se tuteaba con el ancho mundo literario, usando los familiares nombres de pila en su trato con, para ella, desconocidos autores, viejos y jóvenes mandarines de las letras.

Pero creo que ya es tiempo de volver al tiempo, como ya dije, siempre perdido. ¿Quien no tuvo —él también— el impulso de gritar «Detente» al dichoso momento fugaz?

Y perdido sin remedio porque la reconquista del momento que se hunde en la pérdida, apenas vivido, por medio de la reiteración de hechos y circunstancias, no puede ser más que una segunda experiencia. Se trata, en suma, de otro momento. El cual ya se está hundiendo en el pasado.

La única tímida y trampa esperanza de salvación la veo en el lema del escudo que creo fue de los San Martín:

Vive tu vida de tal suerte
que viva quede en la muerte.

Y en cuanto a mis libros perdidos, me pregunto con frecuencia, nerudianamente:

¿Dónde estarán
entre qué manos
mostrando qué palabras?

Enero de 1979

Reflexiones de un periodista

He viajado poco en relación a mi curiosidad y bastante si tengo en cuenta mi pereza. Mi primer cuidado, en el mismo edificio del aeropuerto o estación ferroviaria, ha sido —y sigue siendo— comprar todos los diarios que se editan en el país visitado. Esta costumbre, no siempre satisfecha porque, por ejemplo, aquí en Madrid no me es posible adquirir en un quiosco la totalidad de las ediciones de provincias, me permite una inmediata y nunca corregida ilustración sobre el nivel de cultura o civilización alcanzado por la patria que me recibe.

Como casi todos mis viajes han respondido a generosas invitaciones siempre hubo el ineludible paseo para que el viajero abriera asombrado la boca ante las bellezas y los progresos sabiamente elegidos. Pocas veces pude escaparme con algún guía juvenil y opositor y, gracias a su ayuda, ojear charolas o rancheríos o cantegriles, o villas miserias o *shums*. Que existen muchos y caprichosos nombres para denominar esas construcciones que se burlian de Le Corbusier y de Gaudí y se yerguen, modo de decir, luciendo sus latas, sus cartones, sus fragmentos de coches destripados. No, ninguna visita turística logró debilitar el juicio primigenio nacido del examen de periódicos.

Y nunca fue necesario leerlos desde el editorial hasta los anuncios de «secretas» y «bragueros». Para quien tuvo la buena suerte de vivir años cazando y redactando noticias, le basta mirar tipografías, diseños y visibilidad de las líneas linotepeadas para quedar informado y opinar. Claro que nos quedamos deslumbrados con un *New York Times* dominical o un *Christian Science Monitor* (tal vez el periódico mejor hecho que yo recuerde ahora). Deslumbrados y con algo largo de definir que podría llamarse envidia ajena. Pero después vemos algún periódico del profundo Sur —por ejemplo—, donde

el propietario es también alcalde, presidente del desconchado banco y, ¿por qué no?, dueño de muchos miles de acres y del mejor *ranch* del Estado. Y así es probable que no tomemos como definitiva en un cien por ciento la impresión primera del aeropuerto.

El tema que se me ha ocurrido este mes —o que me sugirió el demonio— es de esos que sólo pueden ser satisfechos con un gordo libro de memorias. Y aun así...

Las evocaciones y las contenidas ganas de contarlo todo (hasta de incluir un decálogo moral para el periodista; decálogo que se cumpliría tan fielmente como otros de una lista que conocemos y que acaba de enriquecer el increíble Jomeini), hacen que el firmante emplee una muy apretada criba mental para lograr algo publicable. Porque, igual que en el tango, como en caravana los recuerdos vienen.

Un poco de disciplina, pues. Es frecuente leer críticas de personalidades sabias y muy bien intencionadas al lenguaje que se emplea en los periódicos. Y está bien porque esos errores pasan al público que desea mostrarse culto. Lo mismo ocurre con los locutores de radio y televisión, sobre todo cuando están relatando un partido de fútbol. Pero yo quisiera saber si los mencionados críticos han estado algún tiempo en el entrañable ambiente de una redacción donde todo es humo, griterío y urgencia. Si alguna vez —todos los días o todas las noches— escucharon la voz imperativo-categorica del señor Secretario ordenando por encima y a través de tumultos, chistes y las ametralladoras de las máquinas:

—¡Fulano! ¡Necesito para ayer veinticinco líneas sobre la catástrofe de Ñanducurá!

Sería conveniente pasar esta prueba de agua regia y luego arremeter contra los errores de aquellos colegas, todos, que deben escribir contra reloj y contra la impaciencia del *Secre*.

Más importante, a mi juicio, es limpiar los artículos de los periódicos de clisés ya sin grano, cursilerías, horterismo, caceticismo y palabras muertas; tan difuntas que ya no tienen voz y se leen como escuchando letras que forman un silencio. Salteándolas, en realidad.

Durante años fui secretario de la agencia Reuter, en Montevideo y en Buenos Aires. Eran, para mí y creo que para todo periodista, años de nervios y entusiasmo. La última —aunque no tanto— guerra. Habíamos tenido como prólogo la de España y aquél era un tiempo cargado con noticias de trascendencia, comunicados de estado mayor, *bylines* de corresponsales de guerra, rumores, mentiras y predicciones. Además, en Argentina se producía la irresistible o no ascensión de Juan Perón.

Eran madrugadas repartidas entre la vigilancia de la tele-tipo —Londres despertaba alrededor de las tres— y charlas en el café vecino con corresponsales de diarios extranjeros.

Y aquí se impone un recuerdo contra toda restricción. Una noche la tele-tipo comenzó a campanillear enloquecida y el encargado de turno continuó leyendo su periódico. «Tal vez se me haya escapado una mala palabra de uso corriente en España.» Agregué:

—¡Fulano! ¿No oye la campanilla?

—Bah, total mañana lo vamos a leer en los diarios.

Arranqué la cinta y leí:

LONDRES - URGENTE
FUERZAS ALIADAS DESEMBARCARON
EN NORMANDÍA

Reuter había logrado su primicia; y, naturalmente, al día siguiente la leímos en los periódicos.

Febrero de 1979

Reflexiones de un sorprendido

El nuevo presidente de un país amigo acaba de crear un ministerio cuyo título, a primera vista, parece robado a un libro de ciencia ficción. Se llama, como todo el mundo ha podido enterarse, algo así como Ministerio para el Desarrollo de la Inteligencia.

Hay que reconocer, en principio, la buena voluntad del mandatario. Algo tiene de utopía pero pienso que contará con la ayuda de técnicos y consejeros de USA, que está bastante cerca, aunque no tanto como de México, ya lo sabemos. Pero si fue posible llegar a la Luna y fotografiar Saturno, otros milagros pueden ser cumplidos. El lema de este siglo parece ser «¿Por qué no?».

¿Por que no intentar poner fin o atenuar la ola de estupidez que recorre el mundo y de la que diariamente nos informan los llamados medios de información? Porque las masas, los asesinatos, ajusticiamientos y ejecuciones no son el resultado del pecado original ni de la influencia del diablo. No. Son hijos de la estupidez que domina y crece, ayudada por sus parientes codicia, desprecio, egoísmo.

Tal vez el mencionado ministerio logre algún progreso y ojalá que éste sea mensurable.

Como es inevitable, al escribir sobre la inteligencia y su posible desarrollo uno recuerda el dicho que nunca muere (y con razón) y afirma que «lo que Natura non dá, Salamanca non presta».

Esto me hace recordar una visita que hice a una universidad norteamericana, buscando enterarme del funcionamiento de las clases de enseñanza de literatura. No como se entienda de esto generalmente (informarse de lo que fue escrito hasta hoy y por otros), sino, tan simple y fácilmente, enseñar a los alumnos el arte de escribir novelas, cuentos y poesía.

El profesor, persona muy amable, derivó la conversación hasta distraernos de nuestro deseo de ver en funciones una de esas clases. Pero cuando yo murmuré al intérprete el conocido «lo que Natura non da...» el profesor sonrió y me dijo en casi perfecto español:

—Yo opino lo mismo. Y tengo muchos años de experiencia. Aquí es verdad que cada uno come y bebe lo que trae a las clases. Como en una posada española. Lo único que se puede enseñar son buenas maneras en la mesa.

De modo que podríamos aproximarnos a otro refrán, el que dice que lo que Natura da, Salamanca lo mejora o endereza. Pero la duda subsiste.

Ese amigo escéptico que debe tener o inventarse todo escriba que quiera progresar en la página en blanco, interviene y duda o pregunta:

—Supongamos que se importen todos los materiales necesarios para lograr el desarrollo. ¿Pero si en algún país, países, llega a escasear materia prima? ¿Quién es el Einstein capaz de desarrollar la nada?

Porque los que hemos leído (sin quedar convencidos por las consecuencias finales), los que hemos arremetido contra la totalidad de los tomos del *Estudio de la Historia* de Toynbee, comprobamos que bien podría haberse titulado, borgeanamente, *Historia universal de la infamia*.

Y esto no es pesimismo, ni congénito ni adquirido. A partir de Cristo —y todavía desde antes— la humanidad ha producido buen número de seres que pregonaron paz y justicia. Que sus buenos éxitos hayan sido escasos y lo sigan siendo no invalida la remota posibilidad de que sus ideales, hasta hoy inhumanos, se contagien algún día como los virus que aún circulan en este tramposo fin de invierno y, tan simplemente, que los millones de bipedos que pisan el planeta lleguen a preferir el bien y aborrecer el mal.

En Occidente bastaría con aceptar las tablas que Moisés trajo de la montaña. Hoy nos limitamos a recordarlas, citarlas a veces y violarlas con empecinada frecuencia.

Bien dijo Wilde que todos los pecados surgen del cerebro. Vale decir, de la inteligencia. Y ésta es, precisamente, la que

se quiere desarrollar ministerio mediante. Una contradicción evidente con el sentido de párrafos anteriores. Pero ante la misteriosa actividad anunciada, creo útil y casi indispensable examinar todos los aspectos de la misma y sus posibles consecuencias.

Supongo que se comenzará por medir, mediante encefalogramas y otros recursos, hasta hoy desconocidos, la cantidad, dosis de inteligencia que la Divina Sabiduría quiso otorgar a cada individuo. Como ya está narrado el odio entre Natura-leza y vacío, algo, aunque sea poco y microscópico, se encontrará en todos los exámenes. Sin olvidar los test, que resultan con frecuencia más divertidos que un tebeo.

Éste parece el imposterizable principio de las tareas ministeriales. ¿Pero y luego? Tal vez, aventuro, obligadas lecturas de libros seleccionados, desciframiento de anagramas, charadas, problemas de ajedrez y el empleo de esas maquinitas que se ponen bajo la almohada para aprender idiomas o cualquier disciplina que se desee. Maquinitas que en luchas vencedoras con los somníferos terminen por grabar en alguna de las meningues el eslogan: «Yo soy inteligente». O, mejor aún, aquel trozo de letra de un viejo tango, sabiamente alterada, que dice: «Hoy soy más inteligente que ayer pero menos que mañana».

Pero el amigo tan útil sigue escéptico. Piensa con retardo que nada se crea y todo se transforma. No discuto con él porque eso mismo me enseñaron en los bancos de la escuela. Y, entonces, otro motivo de duda y desconcierto: ¿en qué se transformaría la inteligencia con que el sujeto de la experimentación vino al mundo?

El procedimiento sugerido con toda buena voluntad podría tener terribles consecuencias. En un sistema totalitario, ¿qué frases se harían oír a la víctima desde medianoche hasta el alegre despertar?

Hace algún tiempo, un político exiliado de su país me ofreció (en broma) un ministerio, a elegir, para el día de su retomo triunfal. Le hice contestar (en broma) que aceptaba el sacrificio a condición de que antes fueran eliminados todos los imbéciles que habitaban aquella su patria. Me contestó (en serio) que no, que él era enemigo del genocidio.

Y me quedé sin futuro ministerio. Tal vez, si la oferta se repitiera hoy y cada gramo de inteligencia de cada tonto fuera potenciado mediante el novedoso método que estoy comentando, mi remoto futuro sería muy distinto.

Y ya que cité a Einstein y estamos celebrando los cien años de su nacimiento, y vemos con frecuencia la reproducción de las tres letras de su fórmula que pueden servir de base para la supresión de todo problema y toda esperanza terrestre, quiero recordar también a alguien que pretendió saber del infinito, del universo y de la inteligencia humana. Se llamaba Anatóle France y —con candorosas variantes— dijo que en el universo nada había que fuera infinito, salvo la estupidez de los hombres. Y Borges escribió: ser inteligente es ser bondadoso.

Marzo de 1979

Reflexiones de un amenazado

Hace unos años, en Buenos Aires, un exiliado español que no tenía que luchar por permisos de residencia o trabajo, ni estaba obligado a cruzar fronteras cada noventa días, ya que no era hispanoamericano, como queda dicho, me reveló con seriedad:

—Cristo dijo: hasta el *do mil* llegará y de allí no *pasará*.

Le contesté que poéticamente el *dístico* era perfecto; pero sólo creíble o temible por la humanidad si se demostraba que Cristo hablaba en andaluz.

Por otra parte y entonces, los médicos, los ejemplos y yo mismo coincidíamos en que no debía preocuparme por aquella línea remota que separaba un siglo de otro, o de la nada.

En resumen, que no era asunto mío sino de mis nietos y que, en consecuencia, podía seguir gozando o padeciendo el curso de los días sin temores por el anunciado no va más. Pero esto no me impidió enterarme ni olvidar lo ocurrido en el fin del primer milenio. Las joyas y las monedas de oro desparramadas por las calles, el incendio de los palacios, los perdones inútiles, los llantos y los rezos, las promesas absurdas, el pisoteo de las esperanzas difuntas, mientras se acercaba el pavoroso final; las bacanales al borde de la muerte, y el grito universal de «A pecar que se acaba el mundo», grito tan revelador de la naturaleza humana y cuyo estruendo tal vez se repita en este noventa y nueve. El que tenga ojos, que vea; el que oídos, que oiga.

Y es imperdonable que Goya no haya vivido en el año mil ni tampoco pueda hacerlo en el ominoso filo de tiempo que se nos acerca. Tal vez la condena lo respetara para hacer algunos grabados. Sí, ¿pero para qué y quién?

Salvado por absoluta omisión el peligro del dos mil me dicen ahora que algún oportunista Casandro afirma por radio y prensa que no debemos ser impacientes, que la ecuménica

catástrofe ocurrirá en 1983, es decir, ahí nomás, a la vuelta de la esquina. No nos informa (informática fururóloga) si de tal colosal tarea se ocuparán los misiles atómicos, algún asteroide desviado y de peso abusivo o un brusco deshielo polar o el recalentamiento excesivo del infierno que, como todos sabemos, crepita justo en el centro de la Tierra.

Como es fácil de comprender, este desconocido profeta me preocupa. Porque alguna esperanza hay de que, con la ayuda de la tan justamente elogiada Seguridad Social, no es imposible que el ochenta y tres me encuentre y sorprenda algo chocho pero aún respirando.

Todos deseamos que el nuevo profeta se equivoque. Pero los que persistimos en la costumbre de leer periódicos y enterarnos de los diversos horrores que insisten en reiterarse diariamente en la casi mayoría de los lugares terrestres, y tenemos el morbosos capricho de empalmarlos, no logramos ver una diferencia sustancial entre lo que está ocurriendo y lo que nos anuncian que vendrá.

Pero supongamos, por el amor de seguir escribiendo, que el Casandro actual esté en lo cierto y que el ochenta y tres (que en la infalible guía de los sueños de Napoleón el Primero, fielmente traducida por Giuseppe Colasimo, está junto, como corresponde, al ochenta y cuatro, cuya interpretación es: «el féretro; vacío, con cadáver, con acompañamiento, en una carroza, o en un auto») esté destinado a ser el final de los finales, aunque nada se diga aún de mes, ni de fecha ni de hora de Madrid. Supongamos y reflexionemos un poco dentro de esta reflexión.

Con ayuda. Hace años una muchacha recién casada tuvo que soportar el bombardeo de Londres. Terminado el largo martirio, marido y mujer visitaron a los padres de ella en Buenos Aires. Más o menos concluido el relato de los pasados suplicios, pude hablar a solas con ella. Y me dijo algo que me llenó de sorpresa y que todavía hoy me da motivos para meditaciones en el insomnio.

Abreviando mucho, me dijo:

—Era espantoso pero yo me sentía pérfida por no poder evistar la sensación de que había algo bueno en todo aquello. Tal

vez una bomba nocturna nos matara a los dos, juntos, abrazados, dormidos. Y cuando Richard salía para la oficina y nos decíamos adiós, y nos apretábamos disimulando el miedo, sentíamos que acaso no volveríamos a vernos. Y que los adioses eran de verdad, eran una cita de nosotros con Dios.

Aquí, creo, conviene recordar el deseo grabado en una tumba egipcia: «Los dioses quieran que tú que me profanas seas el último de los tuyos».

Sigamos suponiendo que el agorero del ochenta y tres esté en lo cierto. Seamos optimistas como la dama aludida y pensemos si no habrá alguna ventaja en una emigración simultánea y universal de este mundo donde perecen la fauna y la flora, donde las filtraciones radiales danzan libres y alegres por los aires y donde asesinatos y genocidios cubren con persistencia los caprichosos colores del globo terráqueo que aún no me he comprado.

No quedarnos para llorar a nadie, no dejar a nadie para que nos lllore. Y tal vez nos den tiempo para decirnos adiós, y gozar de una eternidad más o menos larga, allí donde todos los niños del Señor tienen zapatos.

Abril de 1979

Reflexiones de un displicente

Durante mucho tiempo aturdió al mundo —gracias a las preocupaciones culturales de los medios y sus recipientes— aullando «Soy el mejor».

Como propaganda para las vísperas de intentar la confimación de su personal eslogan, repartió carteles de desafío en forma de horrosos poemas, si la palabra vale.

Esta tendencia intelectual también parece haber sido compartida por un colega antecesor que al final de un combate triunfal declaró ante toda la gama de periodistas que lo rodeaban (casi el mundo entero lo miraba, oía) que mucho le hubiera gustado conocer la opinión de Shakespeare, en caso de que el escritor inmortal pudiera haber visto cómo golpeaba y cómo era golpeado.

Lamentablemente, muchos, privilegio de que no disfrutó Willy, tuvimos que conformarnos con leer su moderada ambición en páginas deportivas. Su irrealizable deseo no fue satisfecho; en cambio equitativo fue nombrado alcalde de una prisión.

Volviendo a «Soy el mejor», a la hora de la verdad demostró tener razón, ser más bruto y resistente que su adversario y conquistar el nombre de campeón mundial. Es decir, nadie más bruto y resistente que él.

(Lo tenemos olvidado pero hoy nos lo recuerda un grabado de periódico, publicado con motivo de una película que se hizo o se está haciendo sobre la vida de este ex héroe popular.

Un texto dice que el hombre está gritando: «Soy el mejor».) Pasaron los años y Cassius Clay o Mohamed Alí continuó siendo el mejor; tal vez de verdad, acaso por voluntad del hampa del boxeo.

Ahora bien: prefiero el maniqueísmo a la inútil burla cruel. Nobleza obliga a recordar que, fiel a su nueva religión, a sus convicciones, se negó a que lo llevaran a Indochina para ase-

sinar gente desconocida, gente que nunca le había hecho mal y con la que no tenía ninguna diferencia de orden deportivo.

Se negó, pese a la amenaza cumplida de cinco años de cárcel, de la pérdida de su título de «Soy el mejor» y una multa de algunos miles o centenares de miles de dólares. Esto queda en su haber y debe hacerse constar. En una época de copiosas claudicaciones, demostró que no era un Tom y no rehuyó subir al ring para enfrentarse con el Sam.

Este *racconto* ya prehistórico, que puede interesar a viejos aficionados al arte de los puños, que reglamentara el hombre que obligó a Oscar Wilde a escribir la *Balada de la cárcel de Reading* —o ser rectificada—, nació por el conjunto de las tres palabras que posiblemente titulen la anunciada película: «Soy el mejor».

Porque aunque el lector no tenga el menor interés en el boxeo, las habrá sentido o intuido como un trufillo capaz de atravesar ropas, protestas de humildad y sonrisas que ofrecen confianza y fraternidad.

Quien me lee no es boxeador ni aficionado a rodrear cuadriláteros ordenando con entusiasmo «Mátalo» o «Rómpe-lo». Pero tiene que ganarse la vida, tiene que codearse diariamente con llamados compañeros y cumplir diariamente una tarea que bastante tiene de común.

Y sea médico, ebanista, fontanero, poeta, actor o funcionario administrativo, habrá sospechado ya —o lo sospechará— al «Yo soy el mejor» que está a su lado día a día o mes a mes. En este último caso la reunión ocurre con frecuencia en mesas de café cubiertas por buenas palabras y expresiones cordiales. Pero todos, tarde o temprano, terminarán por descubrir al «Yo soy el mejor». Este resuelto trepador ocultará, mientras sube paso a paso, su ambición implacable y secreta. Será el buen amigo, el compañero. Pero cuando lo crea necesario e imprescindible para dar el pequeño salto (que yo personalmente se lo deseo grande) se despojará de escrúpulos y piel como cualquier víbora en temporada.

Será despiadado, inhumano, indiferente, pisará caminando hacia delante y hacia arriba, sin mirar lo que aplasta con sus pies.

Ningún medio le parecerá indigno a su escasa capacidad de repugnancia; tragará goloso cada mañana su sapo vivo y en un altísimo porcentaje de casos logrará ocupar, con la ayuda de sus cómplices hermanos, el lugar de privilegio a que aspiró siempre. Tal vez por enfermedad y destino congénitos, acaso porque alguien le goteó hiel en la probeta.

En mi gremio de escritas y en cualquier latitud, los «Yo soy el mejor» son fácilmente detectables. Algunos datos para no ser sorprendidos: no son cultos pero están enterados; refuerzan esto con prodigios de elocuencia; no conversan, imponen conferencias; cualquiera sea el tema, ellos son futurólogos, saben siempre nombrar con cientos de palabras en cascada lo que vendrá; y, no importa la edad, ellos se tutearon con Baroja, Valle-Inclán, Gómez de la Serna, Hemingway, Orwell y el Salmista.

Pero lo más divertido, dentro del padecerlos, es oír sus comentarios sobre los escritores de su propia generación. Por que es admirable la maestría con que elogian retaceando, su dominio de los secretos del sí pero no.

Decía Borges que cuando uno se encuentra con un colega, lo está juzgando por el último libro que leyó de él y que nunca es el último que publicó; y que el otro debe estar haciendo lo mismo.

Pero debo confesar que la vida me ha permitido conocer «mejores» que sólo pensaban con increíble constancia en su última obra. Publicada o no, ya escrita o no (lo que no es más que un detalle). Pensaban en esa desapercibida realidad o en telequia, y en toda conversación, se hablara o no de cañones, se ingeniaban para introducir, sin violencia, su «a propósito de eso que dicen...». Y decía de su obra, y era la mejor.

Mayo de 1979

Reflexiones de un asustado

Por primera vez todo el mundo, absolutamente todas las personas que lo pueblan, machistas o hembristas, cualquiera sea su religión o sus preferencias políticas, se han unido para elevar sus ojos al cielo.

A fines de año aquí, en España, la pregunta era sobre quién iba a caer el premio gordo de Navidad; todos deseaban ser los favorecidos, rezaban para ello, encendían velas, hacían novenas y daban limosnas.

Hoy, no sólo en España, repito que en todo el mundo ocurre lo mismo. Pero los deseos cambian: lo que se quiere es que caiga sobre otro, cuanto más lejano, mejor.

Porque lo que se espera para el próximo julio y bajo el signo de Cáncer, entre los días 8 y 25, es el aterrizaje de un monstro llamado *Skylab*. Un laboratorio colocado allá arriba por USA con los mismos propósitos científicos y apacibles que lo hace URSS.

La bestia metálica apenas pesa unos 80.000 kilos y cuando regrese a la Tierra llegará en forma de quinientas piezas incandescentes, de tamaño incalculable y que se extenderán sobre el planeta generosamente ocupando, incendiando y destruyendo una superficie de 6.000 kilómetros.

Hasta ahora, la información que publican los periódicos. También se sabe que América del Norte ha comenzado a reunir unos miles de millones para enfrentar indemnizaciones. Así terminará la historia y se acallarán los quejosos de siempre. Porque los dólares pagarán casas, campos y gente despanzurada.

Es indudable que esta vez la cosa va en serio y nada tiene que ver con la invasión marciana que con tan lamentable éxito fabricó otrora Orson Welles.

Como ha sido escrito, en la antigüedad la cólera divina se limitaba a destruir, mediante una lluvia de fuego, aquellas

ciudades que habían logrado destacarse por su perversión y cuyos habitantes no se habían plantado aún el problema del sexo de los ángeles; sólo se dejaban arrastrar por razones estéticas.

Pero, en el caso que comentamos, la lluvia del rojo al blanco puede descender sobre cualquier ciudad de la Tierra. Parece injusto; pero es posible que muchas ciudades se consideren —oh, vanidad humana— la número uno en materia de corrupción y pecado.

Ya dije que la reacción era semejante a la expectativa de poseer el billete de lotería premiado, pero al revés. Ahora rezamos humanitariamente por la destrucción, la hecatombe, el incendio, la matanza de una ciudad, acaso un país; cualquiera, por Dios, siempre que no sea la nuestra ni el nuestro.

Llenaremos las iglesias para pedir que el engendro apunte a tierra de infieles; los musulmanes nos devolverán la súplica. En verdad, cada país tiene, si lo pensamos, su candidato favorito. Y su Dios también, que si es mudo, tal vez no sea sordo.

Como único ejemplo, piénsese en las sinagogas abarrotadas, en sus creyentes mirando de reojo hacia Berlín, después de soportar los horrores que muestra y recuerda *Holocausto*.

La desdicha que se aproxima puede dar más calor a los debates de las Naciones Unidas o entibiarlos, porque ninguno de los embajadores puede estar seguro de que lo que allí se diga y suceda será de verdadera importancia. Es posible que, aquel a quien le toque, esté allí representando una nación, y tal vez dentro de algunos días, algunos momentos, sus discursos, sus ademanes y sus votos no tengan más respaldo que la nada.

Y qué triste para todos nosotros, hombres de buena fe, que creímos que la cumbre de Viena nos iba a asegurar un milenio sin guerras, ni catástrofes, ni temores.

Porque la caída del *SkyLab* significará una muestra gratis y homeopática de lo que vendrá cuando alguien estire el índice para apretar el botón.

Pero no todos son duelos. Ni tampoco quebrantos (con perdón). Porque no se necesita mucha imaginación ni haber

leído malos libros policiales norteamericanos para estar seguros de que en estos mismos instantes los *bookmakers* del país responsable (fue sin querer) se estén llenando las negras y siniestras maletas con billetes verdes. «Hagan apuestas, caballeros. Todo para el ganador, 10 % para la casa. Europa, Asia, América del Sur. ¿Y cuál será la fecha?»

Nos han dicho que el lunes 16 es la favorita.

Junio de 1979

Reflexiones de un anclado

Esto que sufrimos, y que por vicio secular se llama primavera, en España nos ha traído en 1979 una satisfactoria cantidad de buenas noticias ajenas. Se reciben a beneficio de inventario porque se dice que no hay bien que por mal no venga. Los refranes disidentes prueban que la esperanza no muere —ni siquiera muerta— y que los hombres mantienen, aunque sólo sea por coraje y desafío, una fe innata en que deben llegar, siempre, tiempos mejores.

Es casi seguro que mientras escribo Reza Pahlevi, Idi Amin, Somoza y Macías hayan desaparecido para siempre de la escena política de los países que expoliaron, hundieron y dondieron de ejerceron, sin provocar protestas valederas, su condición de asesinos. Todo el mundo maldijo y odió a Al Capone y a su banda. Nadie fue, por omisión, cómplice de sus crímenes, nunca comparables en magnitud a aquellos de los dictadores nombrados. Y sin embargo, en estos casos faltó la justa protesta mundial.

Hace poco vi y oí *Los intereses creados*. Tan viva y actual como el día en que la obra fue escrita. No es difícil aplicar su sentido al caso del cuarteto nombrado.

España no quiere hegemonías ni parece dispuesta a tolerarlas. Pero ahora, auguro, las hegemonías ya habrán empezado a actuar en los países víctimas y no es posible prever el alcance de estas intervenciones, abiertas o solapadas. Este último es el estilo preferido y fácil sería poner en hilera una serie de ejemplos.

Comprendo que el tema elegido es para especialistas y bien informados. Pero no quiero esconder mi sospecha de que a los horrores conocidos seguirán otros. La ambición y la estupididad humana todavía no han tocado fronteras. Por ahora, basta con observar a Jomeini y a sus correligionarios, ciegos por su fe absurda. Tal vez Alá los perdone.

Escribo con un *handicap* de veinticuatro horas. Trato de no hablar de mí porque esto escapa al interés de los lectores. Mi lema, que siempre trato de respetar, es no aburrir al lector contándole cosas que sólo a mí me importan.

Pero, con todo, debo explicar el *handicap*. He venido a pasar unos días en un chalé de Málaga. El mar enfrente, césped que parece escocés, admirable distribución de árboles y plantas. Pero el chalé está incrustado en la parte «aristocrática» del lugar. Muchos kilómetros (por lo menos para mí) me separan del pueblecito —encantador, por otra parte— y en el pueblecito sólo es posible conseguir el periódico del día anterior.

Y ésta es una experiencia interesante, con su dosis lúdica: estar leyendo el periódico de ayer, que nos cuenta lo ocurrido anteayer en el mundo e imaginar las cosas que sucedieron ayer y hoy. Cómo hechos que parecían irreversibles dieron marcha atrás y el planeta muestra o mostrará otra cara.

Tal vez Somoza haya vuelto a las ruinas de Managua sobre un sendero de flores, o Macías esté refugiado en Madrid, o el Sha haya comprado todo el petróleo mexicano o, finalmente, Idi Amin haya concertado un combate con el ex Casius Clay.

Absurdos, una cadena de imposibles. Pero en la ignorancia se pueden barajar cientos de suposiciones. Hasta pensar que se acabó el terrorismo, los fusilamientos en masa y también los genocidios que se cumplen de manera lenta e implacable en tantos países, sin emplear armas, sólo dejando avanzar el hambre. Y no olvidemos que los preferidos para esta matanza son los niños, por más débiles y menos astutos.

Me pregunto si la impresionante declaración de Año del Niño habrá sido recibida por algún selenita como un grito de esperanza, como el reflejo de una voluntad resuelta a suprimir o paliar en gran medida este otro y viejo horror que debería avergonzar a todos los que tenemos el privilegio de comer todos los días. Tal vez mañana, cuando me entere del anteayer, pueda leer que algo concreto se hizo para rebajar las cifras que dan la ONU o la Unesco sobre mortandad infantil.

Nada me impide jugar con utopías color rosa durante cuarenta y ocho horas. No hay base ninguna para hacerlo y bien sé que, salvo excepciones, el anteaer es padre del hoy y que son muy escasas las posibilidades de que, cuando efecte mi personal larga marcha hasta el poblado, las noticias no continúen grises o negras.

Junio de 1979

Reflexiones de un poeta

Eran tiempos de tolerada licencia, y dioses y demurgos cumplan sus caprichos bélicos y lujuriosos descendiendo de Olimpo a Tierra y regresando una vez satisfechos sus designios dudosos.

Aunque resulte extraño en estos días de España, tan llena de generosos premios literarios, la única recompensa que los desafiados dioses otorgaban a los poetas consistía en dejarlos poblar en una isla que luego fue griega. Se llamaba Parnaso y mantuvo este nombre hasta que un escritor la visitó y le dio nueva inmortalidad. En un folletón redactado de manera admirable, casi perfecta, este inglés, llamado Larry Durrel, la bautizó Likari.

Es posible que me equivoque; pero dudo de la existencia de nadie capaz de releer *El cuarteto de Alejandría* para desmentirme.

Como es sabido, el Parnaso fue frecuentado por sombras augustas. Los inevitables Homero, Dante, Shakespeare divagaban, sombras inmortales y ya presentidas, entre olivos, laureles, mirtos, pinares, asfódelos y malas hierbas. No escaseaban los poetas menores, casi todos favoritos de Minerva; con la aquiescencia de Júpiter-Zeus, dios del Olimpo, que, como todo dictador que en la Tierra ha sido, era guardián de la ley, de la justicia y de la libertad. Lo confirma el diccionario. Lo reafirman los telegramas que publican hoy los periódicos.

Este paseo por inexistentes tiempos remotos lo juzgué necesario como antecedente de los actuales Parnasos y como vara para medir.

Y procedí honradamente al mencionar los periódicos, pues gracias a ellos está naciendo este artículo. Gracias también a un espectador amigo, ubicuo e imparcial, que me ha revelado los detalles increíbles.

Los poetas de todo el mundo, unidos por las letras PEN u otra sigla que ignoro, se cartearon, se reunieron, conspiraron para obtener (en este Año del Niño) permiso y vía libre para que les fuera concedido uso y abuso de un corto pero fecundo parnasio. Basta mirar con atención el rostro de Juan Pablo II para saber que, entre la multitud de admirables atributos que le han sido dados, no está ausente la ironía.

Única condición: los futuros parnasianos, cualquiera que fuese la escuela poética que hubieran elegido o creado, debían reunirse alejados de la Ciudad Eterna.

Ostia. De manera que las voces canoras se fueron a Ostia para celebrar el primer festival internacional de la poesía. En fin, lograron un parnasio de tres días. Milosz, juro, no estaba.

O casi, porque curiosamente Ostia tiene habitantes y muy pocos de ellos se alimentan con versos. Groseros, quieren comer comida. Y los tiempos no están para endecasílabos ni sonetos.

Comenzó la fiesta y un amigo de Berlinguer anunció que era el primer poeta del mundo. Ahora bien, en ruso, poeta y payaso tienen fonética parecida. Por no ser poeta nos perdimos la oposición o disidencia de Salvador Dalí.

De modo que el poeta condenado por sorteo trepó al tablado de la vieja farsa, ya en estado de derrumbe, y comentó a estentorear uno de sus poemas, tal vez el último.

Y esto fue la voz de orden para que robustos campesinos y fuertes Dulcineas alzarán hasta el micrófono el grito plebeyo, irrespetuoso e imposible de convertir en motivo de disputa literaria: «No queremos poesía, queremos comer». Y lo confirmaron desplazando al vate y colocando en mitad de escena una enorme olla de cocido o puchero, de las que se hacían y manducaban nuestros abuelos.

La gente —los poetas que viven por encima del término vulgar—, los vecinos de Ostia, murmurando ostias de satisfacción, comieron hasta saciarse y se ignora si alguno de los miembros del congreso cedió también a la debilidad o a la gula.

Y así, entre poemas pertenecientes a la nueva poesía (que ignoro o salteo) y las invasiones del pueblo al tablado, se cum-

plió la etapa primera del congreso. No sé si hubo otras. Sólo supe del desbande final, en viaje oportuno hacia las estrellas. Me resulta cortés no dar nombres. Sólo mencionaré a Ginsberg, que ya no puede molestarse por nada y que, al parecer, fue el único parnasiano que encontró musa.

Esto pasó y Ostia debe haber quedado abundante de chismes que nunca llegarán a mis ávidos oídos. Pero este congreso me repica una muy vieja pregunta; pregunta que he reiterado sin obtener nunca una respuesta que me satisfaga.

Comencemos, si no molesta, desde mi principio. En Santa María, en sus campos y estancias o fundos, abundó en un tiempo el payador. Hombre melenudo, con vincha en la frente y serio consigo mismo hasta la hora fraternal del mate y la caña. Ahora me han dicho que se bautiza cantautor —neologismo que España ignora. Este hombre, después del asado, cantaba cosas así: «La Luna se hizo con agua / tan blanca como tu enagua».

Por ese amoroso trabajito de pulsar cuerdas y desesperarse con disimulo mientras buscaba consonantes, era conocido como «el poeta» en toda la extensión campera de la peña e inolvidable Santa María. No vale la pena buscar antecedentes, porque el buen hombre no cantaba antes. Tal vez los tuviera, pero policiales. Esto lo haría más respetable, más «poeta».

Antes de olvidarlo anoto aquí que el cantautor de mis tiempos rurales no trabajaba nunca. Pagaba la vida con sus estrofas. Algo de esto puede notarse en sus descendientes. Y además no le molestaba que ambularan colegas suyos, defendiéndose del hambre, el frío y la soltería por la mitad norte del país. Pero no debemos olvidar que el «poeta» lo era por consenso general de los habitantes de los rancheríos.

Luego me trajeron a la capital, ya en edad de leer y comenzar a sentir y juzgar. Fue entonces cuando me di cuenta de que Santa María sólo ha tenido, en un siglo, un gran poeta: Julio Herrera y Reissig, que vivió permanentemente deterrado en su tierra, ausente de su ciudad (de la que nunca salió), como si Santa María no hubiera existido jamás. ¿Jueces? Yo y todas las personas inteligentes, que son intelligen-

tes por coincidir conmigo. No conozco otro sistema de opinión que me resulte creíble.

Pero ya en mi juventud me fui enterando de que el poeta Juan Pérez iba a leer sus poesías (en público, claro) y que José Fulánez, vate exquisito, acababa de lanzar a la expectativa admiradora su último *Florilegio poemático*.

Abundaron sucesos semejantes y surgió sin remedio la pregunta que me sigue preocupando. ¿Quién decidió que Juan Pérez, por el hecho de escribir y publicar en líneas cortas, cuyas terminaciones silábicas eran iguales a las otras líneas siguientes, era poeta? ¿Bastaba ese juego de ingenio para declarar poeta al firmante?

Alguien ha dicho que «los verdaderos poetas son muy pocos y que esos pocos lo son de verdad muy pocas veces». Sin embargo, parece ser que todos los que se reunieron en Ostita eran poetas y que —ollas aparte— la poesía es para ellos el pan de todos los días. ¿Por qué no? Si el sucio anciano borracho de Bukowski es un respetable escritor y un guía para la juventud de su país, ya todo es posible. Y también simple, porque la solución, única, intransferible, dice así:

Poeta es el que escribe unas cosas —no necesariamente en verso— que despiertan en mí unas misteriosas sensaciones, que llamo poéticas porque no hay otra palabra para nombrarlas. Y punto.

Agosto de 1979

Reflexiones sobre otros Kennedy

Leí la noticia en un periódico en el que confío. Decía que en San Diego (EE.UU.), hace nueve años, un matrimonio, luego de largas rogativas, consiguió ser bendecido por el Cielo con mellizas. Se llaman las niñas Grace y Virginia Kennedy.

Por desgracia para la familia, nada tienen que ver con los millones de Edward Kennedy. Si sus nombres llegan a los periódicos es por otras razones. Hasta hoy, a los ocho años de edad, no hablan en ninguna de las lenguas vivas europeas. Dialogan cordialmente o riñen sin usar más letras que las de las cinco vocales y las consonantes *m, n, d*. Los días festivos también emplean la *v* y la interjección *ca*; sobre todo cuando los reporteros quieren entrevistarlas.

Como es innecesario decir, desde hace unos años están rodeadas y perseguidas por pediatras, teósofos (andan por el mundo tantas almas en pena), espiritistas, lingüistas, etcétera.

Hasta ahora nadie ha logrado aclarar el fenómeno. Así que caben cientos de interpretaciones, más o menos creíbles, más o menos respetuosas de las extrañas criaturas y de la fantasa.

Por ejemplo: desafiando toda la experiencia humana, a los dos meses de edad, solas en la *nursery*, Grace se quitó el birberón y le dijo a su hermana:

—*Nata iima aman.*

—*Nima oda nenda.*

(Es decir: «No me gustan los gigantes» y «Yo no quiero llegar a gigante».)

El diálogo prosiguió y quedó claro e indudable que los gigantes eran seres insoportables. Entraban de improviso en la habitación, las arrebataban de las cunas, las zamarreaban, lanzaban gritos de admiración, les baboseaban las mejillas. La única defensa de las pobres niñas era un dúo de llantos y alaridos. Entonces los gigantes redoblaban sus expresiones

de admiración y consuelo. Derrotados, las devolvían a las cunas. Pero volvían, siempre volvían.

Así que las mellizas celebraron una especie de reunión de estado mayor y resolvieron defenderse de los adultos y de su mundo fingiendo ignorar para siempre el lenguaje de los gigantes y continuar con el propio, en el cual se entendían perfectamente. Al parecer, palabras que parecían idénticas se diferenciaban, y lo siguen haciendo, mediante la modulación de las vocales. Esto no debe sorprender a nadie, sobre todo si tenemos en cuenta que en EE.UU. se emplea una lengua muy parecida al inglés y que este mismo idioma, en Inglaterra, se convirtió en la bestia negra de G.B. Shaw. Descubrió que la letra *e* se pronunciaba de cinco o quince maneras distintas; y que bastaba escuchar el parloteo de cualquier súbdito para detectar, no solamente de qué región del país procedía, sino también en qué barrio se había criado. Por eso escribió *Pigmalión* y dejó una fortuna a una asociación de filólogos para que fijaran y limpiaran el idioma inglés. Lo de dar esplendor ya lo había hecho él.

El apasionante caso de las mellizas no debe asombrarnos mucho si consideramos que todos los niños del mundo emplean entre ellos un lenguaje mechado de palabras crípticas para protegerse de la no siempre oportuna curiosidad de los mayores. Y lo mismo hacen los enamorados y los delincuentes; estos dos últimos, para defenderse de distintas clases de chivatos.

Pero hay más. Un experto en semiótica afirma que el lenguaje de las chicas Kennedy tiene indudable similitud con el que usaban los integrantes de la tribu zumzum, hoy casi extinguida, que poblara en un tiempo la Costa de Marfil.

Y esto nos lleva al recuerdo del impacto que provocaron en Europa las muestras de arte africano que importara Frobenius a poco de comenzar el siglo. Nadie olvida cómo se abalanzaron sobre la novedad Picasso, colegas y epígonos. La moda pasó, pero no es imposible encontrar algunos rastros.

Si el profesor de semiótica aludido, omitiendo su título, tiene razón, se trataría —la parla de las mellizas— de un nuevo aporte africano a la cultura del occidente cristiano.

Y, aunque nadie haya reparado en tan importante suceso, es obvio que la negativa de las mellizas a ser entendidas ha caído en tierra fértil. Ya tenemos, por ejemplo, la poesía concreta que está vigorizando la cultura brasileña. Para hacer un poema basta con entretrear letras de imprenta. Se dirá que no se necesitan poetas, sino tipógrafos. Aunque no niego que ambas vocaciones puedan anidar en un solo corazón.

A eso agreguemos lo que está ocurriendo con la narrativa. Al grito de «la palabra es el personaje», se imprimen cuentos y novelas cuyos autores se guardan muy bien de ser comprendidos y van poniendo en fila palabras, cientos y miles de palabras que a veces suenan bien. Esto me recuerda un diálogo de Valle-Inclán en que uno de los personajes (perdón) dice: «No me juegues del vocablo».

Y no hablo de música ni artes plásticas, porque escapan a mi dominio. Pero presiento que algún día alguien dirá: «¡El rey está desnudo!».

Y termino, porque mi único propósito era destacar, y como primicia, el aporte trascendental que, sin saberlo, están haciendo dos niñas de sólo ocho años a la cultura de Occidente.

Septiembre de 1979

Reflexiones de un discípulo

En estos días, todo el mundo conoce, para olvidarlo muy pronto, tal vez por difícil, tal vez porque nunca hizo un gol en el campo de fútbol, a Alepoudiolis, Elytis.

Conocen el nombre y basta. Nunca lo leyeron ni lo leen. Cuando esto se publique será universal el olvido del nombre extraño: Odysseas Elytis o Alepoudiolis. Está bien, esto le pasa por escribir poemas en lugar de hacer el Tra-volta o redactar crónicas deportivas. También es castigado con 200.000 dólares por su tarea o por su entretenimiento o ese agarrarse con tozudez a la única tabla a flote que podía ser su diversión o su manera de salvar el alma en la marea creciente y sucia del mundo que nos rodea.

Alepoudiolis—llamado así entre amigos y Odiseo entre íntimos—es, pues, premio Nobel de Literatura para el desfallaciente 1979 y así deberían quedar las cosas de modo definitivo, si no fuera por mi protesta. Llamémosla vehementemente. Nunca leí una línea traducida de Odiseo y reconozco para el caso mi ignorancia del griego actual. Que si se tratara de griego antiguo, muy distinto sería el tono de este comentario.

Pero basta de Odiseo; yo propongo —y lo doy por obvio, sin apoyo de academias o pens— el nombre de Robert Boudin. No ganará premios, pero su nombre y su acto de fallida justicia deben grabarse en el corazón y en la cuartilla en blanco de todos los escritores del mundo, sea éste primero, segundo o tercero.

No he leído, confieso, a Boudin; desconozco si es estructuralista, *nouveau romancier* o si pertenece a los embarcados en la corriente pornoexcrementicia que crece desde Estados Unidos y que ya está teniendo continuadores agradecidos en todas las playas donde perdura Gutenberg. Agradecidos porque sumergirse en la basura y manotearla para que salpique puede ser, por algún tiempo, cómodo sustituto del talento.

Y los números estadísticos comprueban que la lluvia de detritus es amistosamente asimilada por una parte abundante del público lector.

No sé, pues, y lo reitero, cómo escribe mi nuevo maestro y héroe literario Robert Boudin. Luego de su aparición en el universo de las letras, hay para reírse de los «malditos», los poetas opiómanos, los bebedores de ajeno, los tímidos fumadores de marihuana y los suicidas con ralení del pinchazo en sangre.

No me importa qué escribió Boudin. En el colegio me enseñaron que un hombre debe ser juzgado por lo que hace y no por lo que dice. Aunque lo hubiera dicho en letras de imprenta. Éste era un consejo, una orden aplicada con preferencia a valorar políticos. Pensemos un momento en De Gaulle y sus negociaciones con argelinos y *piéd-noirs*.

Voy a los hechos que tuvieron escaso espacio en los medios de información. El mismísimo Departamento de Estado calificó como débil mental a este genio de las letras. Injusticias semejantes se han producido en el pasado y los años las corrigieron.

Nombrar a Boudin ya concede a estas humildes líneas categoría literaria. Pero es conveniente reforzar mi opinión, mis sentimientos, con una enumeración de las víctimas de la ignorancia, la impotencia o la beatería de fiscales cuyos nombres se han perdido para siempre en la memoria de los vivientes.

Pienso en Apollinaire, en Joyce, en Flaubert, en Baudelaire, en Henry Miller. Pienso en Mark Twain tratando de ser editor de sus propios libros y, como es natural, yendo a la quiebra. Recuerdo a Balzac y sus negocios editoriales y el fracaso. Recuerdo a Emilio Salgari con su editor cada día más gordo merced a Sandokan y a los tres corsarios, y Salgari suicidándose porque se moría de hambre.

Cuántas veces esperé que un censor censurara una obra «por estar mal escrita». Bien sé que mi espera es inútil, por razones evidentes para cualquier lector.

A todo esto, ¿qué hizo y no dijo ni escribió Boudin, mi maestro? Se publicó en los periódicos sin darle importan-

cia, como si se tratara de una noticia policial cualquiera. Boudin, como todos los novelistas que yo conozco, escribió una obra maestra, a la vez revulsiva e impercedera. Y, como suele ocurrir, el editor (o tal vez hayan sido varios en cadena) se negó a publicarla. Lo estoy viendo: «Mucho lamentamos que los planes de publicación hechos por nuestro *staff* para lo que resta del siglo nos impidan dar cabida a su obra, que consideramos excelente y muy por encima de los niveles de la actual novelística».

Claro está, para mí, que el maestro Boudin habrá empleado cartas lindantes con el desespero, llamadas telefónicas que nunca (lástima) lograron perforar el muro sonriente e invisible de las secretarías, telegramas agrídulces y, después, la amenaza. Un genio incomprendido tiene derecho a todo. Incluso a la amenaza, al crimen, al despiporre.

Mi maestro Boudin —situación límite, que dicen— recurrió, actualizado, a alquilar una avioneta Cessna 172 y a mentir —en su postrer ultimátum al editor analfabeto— que la guía iba cargada de explosivos. Eso sí, absolutamente convencionales. Porque no es lo mismo ser disgregado por una bomba obsoleta que por una nuclear o de neutrones.

Madrugó, y en mitad de la mañana ya estaba sobrevolando la editorial y enviando por radio su grito de guerra: «Publicación o muerte».

Alguna agencia informó que el editor repuso que prefería morir abrazado al manuscrito impublicable.

Y así. Hasta que se acabó el carburante y mi maestro aterrizó en La Guardia.

Que cada lector extraiga su moraleja; sobre todo aquellos que han escrito una desdeñada obra maestra. Morateja y ejemplo.

Y para terminar con la triste aventura tierra-aire de mi maestro, debo decir, aunque sea sabido, que las oficinas de la editorial maldita están a poca distancia del magnífico edificio de las Naciones Unidas. Lo que alarmó a un portero negro y le hizo gritar: «¡Que se vienen los rusos!». Y cinco minutos después los representantes de todos los países del mundo, incluyendo a los rusos, habían buscado seguridad en las calles.

Sólo quedó el secretario Waldheim y es deber felicitarlo. Tal vez haya preferido morir en cambio de soportar la convivencia con los cinco mil delegados y funcionarios prófugos. De acuerdo.

Noviembre de 1979

Que yo me ponga a escribir sobre Leopoldo Nóvoa

Que yo me ponga a escribir sobre Leopoldo Nóvoa, pintor, y enfrentarme además a la perspectiva de que estas líneas sean publicadas, es una tarea que puede provocar risas alegres y de las otras.

Porque todos mis conocidos saben de mi total incultura en materia pictórica. Basta, para difundir, que prefiero tener en mis paredes las pequeñas felicidades de buenas reproducciones de las obras de los grandes maestros, adquiridas en El Prado o en el Louvre, a contemplar manchas de hermosos colores, a veces geométricas, a veces indecisas como nubes. Mi defecto es congénito y, a mis años, irreversible. Por eso debo mantenerme dentro de los anchos límites de mi vieja amistad con Leopoldo Nóvoa. A quien los amigos llamábamos siempre simplemente «el gallego». Aunque ahora haya olvidado la difícil modulación del *atruxo* con que nos llamaba casi desde cualquier distancia en las calles de Montevideo.

No recuerdo con exactitud cuándo lo conocí. Sin embargo lo veo, en tiempo muy lejano, taconeando por la sala de redacción de un periódico ya desaparecido. Ya vendrán tiempos mejores, ya que mi pobre cerebro es incapaz de concebir la inversa. Él, Nóvoa, hacía dibujos sarcásticos sobre la política nacional y yo teclaba sobre cualquier tema elegido u ordenado.

Escribo sin esperanza de utilidad o ayuda; lo hago porque al gallego le ocurrió una desgracia celosamente reservada para un artista de su calidad. No hay luto en su familia, no se plantó la mina del bulín, no llegaron de otro lado del mar noticias precavidas y proféticas.

A esta altura me parece bueno aclarar que el gallego es semi personaje de mi última novela. Por lo tanto nada puedo decir entre invento y recuerdo legítimo. Es verdad que le pre-

vine de este peligro, pero juro que Nóvoa me autorizó a colocarlo al borde del peligro. Es decir a ser manejado como agonista de una mala novela.

El segundo recuerdo es, como mucho, mejor. El gallego está en su taller del Mercado Viejo de Montevideo, pintando, terminando un desnudo. La modelo, por desdicha, ya se ha ido, o se fue la noche anterior. Tenía cabello castaño y largo pero la cara no era más que un óvalo blanco.

Es mediodía y Nóvoa, generosamente, me invita a compartir su almuerzo. Sobre una mesa de pinturas y mugre, antigua, hay un plato sopero mediado de aceite con cien ojos flotantes, mortecinos de hambre. Flotan sin estorbarse trozos de tomate y cebolla. Milagrosamente yo acababa de cobrar un sueldo y pude convencerlo de que bajáramos al Morini, restaurante que estaba en el mismo edificio del Mercado. El gallego devoró su comida y se negó a darme el nombre de su modelo. Años después, en París, me retribuyó con exageración en uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

—No puedo decirte quién es —me dijo en el Morini—. Pero puedo contarte una historia que te va a interesar y a lo mejor algún día la escribes.

(Ya está escrita. Y como entré en el paréntesis quiero señalar que si en Montevideo Nóvoa pintaba en una pieza doble en el Mercado Viejo, en París su taller estaba encima de un viejo mercado. Aquél fue deshecho por una grúa municipal; el francés atrajo el fuego.)

—La mujer sin cara. (Esta frase es un plagio.) ¿Te fijaste que el blanco es liso, casi cóncavo, y que nada evoca la imagen de un huevo? Hubiera sido un anti climax. Las mujeres, Dios lo hizo, son concavidades. La fundamental y las infinitas que tienen en el cerebro. Bueno; lo que tuvo, sin duda, fue un amante.

—Muy gracioso. No puedo opinar sobre ojos y bocas. Pero es maciza, saludable, mujer. Y estoy seguro de que tiene más de dieciocho y no es imbécil. Lo sería si a esa edad no lo hubiera tenido o siguiera teniendo.

—Sin opiniones eróticas —supongo que me interrumpió Nóvoa—. La historia que importa es que me pidió que le hiciera

ese desnudo para enviario como regalo de bodas a la casa de la novia. Quiero decir que el ex amante se casa el quince con otra muchacha. ¿Se entiende?

-Ya dije que no era imbécil con sólo mirar el culo y los muslos. Pero si el obsequio va sin cara no puede molestar a nadie. Lo tomarán como una mala broma.

-Ya lo pensé, equivocándome.

El gallego pidió más vino y yo me sentía feliz compartiendo e invitando. Bebió un trago y remató la historia.

-A pesar de nuestras convexidades, los imbéciles somos, por turno, yo y tú. Porque claro que le hice la pregunta y ella se rió y me dijo: si vos creés que Fulano necesita verme la cara y la cédula de identidad para reconocer mi cuerpo desnudo que tiene que recordar en todas las posiciones que se te ocurren, o se le ocurrieron a él y a mí, en el cuadro, en la postura que él prefería...

-Debe tener razón -le dije al gallego, después de un silencio y más vino-. ¿Te paga por el retrato?

Nóvoa se rió y estuvo examinando las ventanas.

-Claro que paga -dijo.

1979

Reflexiones de un futuro mono

Por una o esta vez un español no tuvo en cuenta la orden o el desdén de Unamuno. Que inventen ellos, dijo el maestro vasco. Ellos eran Europa, los USA, cualquier cristiano o no, nacido fuera de la vieja España, ni partícipe ni heredero de una historia que fue única en el mundo.

«Que inventen ellos», los extraños, los ajenos, los Otros. A la España unamunesca le sobraba con pensar y padecer. ¿Para qué cosas, novedades, invenciones? ¿Para qué avances en física, química o en técnica? Con él, con Unamuno y su España quedaban las gestas de la historia y la negativa de Dios a mostrar la cara. Lo bastante para seguir viviendo hasta que una llama rastrera quemara la zapatilla y anunciara que el español, que nada inventó pero algo nos dijo, había muerto; y nadie supo ni sabemos si, por fin, pudo encararse con un Dios. Un diálogo que sospecho imposible pero que, de producirse, hubiera sido útil y asombroso. No conozco ni conoceré las respuestas; pero las acuciosas preguntas ya estaban esparcidas en los versos del hombre de Salamanca.

Ahora nos viene la noticia de que un científico español ignoró o no quiso respetar la orden dada -con, supongo, un encogimiento de hombros- por don Miguel de Unamuno. Ahora inventan los españoles, inventa el doctor Rodríguez Delgado. Inventamos, inventan en la Península. Y que «ellos» se resignen. Sería perfecto que el doctor Rodríguez Delgado fuera vasco. Pero estas suertes raras veces caen sobre un escriba. Hay que soportar un poco de expectación, lo que desahora agradezco.

Cuando Einstein y compañía le confirmaron a Roosevelt que el átomo no era la última palabra de la materia y que podía ser quebrado, partido, machacado, no imaginaron el primer resultado de un descubrimiento de alta ciencia física. No imaginaron -es un tópico: los sabios son distraídos- un Na-

gasaki, Hiroshima, convertidos en cementerios y menesterosos hospitales de campaña. Hubo terror porque el hombre, los hombres, no están del todo podridos. Hubo un recrudescimiento del espionaje y de los sobornos. Hoy, prácticamente casi todos los países tienen sus bombas atómicas, de variados megatones, y sólo un lector que merezca la medalla mundial del optimismo puede dudar que dentro de pocos años la tendrá todo el mundo, hasta los gángsteres.

En aquellos tiempos Occidente era único poseedor. Lo que obligó a sus rivales a emprender una desesperada carrera para ponerse a la par. Consiguieron científicos traidores y sus nombres son muy conocidos o todavía muy recordables. Eran traidores de colores distintos. Unos disparaban al Este a cambio de rublos-dólares; otros tuvieron que someterse al chantaje; también se movilizaron criptocomunistas.

Por razones personales y que sólo son hijas de la intuición, quiero separar el nombre de Fuchs.

Porque este hombrequito de cara tímida y acorralada no quería dinero de los rusos, no era ni siquiera compañero de viaje, no soñaba con una dacha. Fuchs reveló secretos para lograr un equilibrio tal entre las superpotencias que hiciera imposible o superabsurdo que alguna de ellas iniciara una guerra cuyo fin indudable sería la supresión del mundo.

Conviene no olvidar que los científicos son, a fin de cuentas, funcionarios de sus gobiernos; que buscan, se equivocan, persisten, inventan y descubren gracias a los grandes y perfectos laboratorios y millones de pesetas (traduzco) que los gobiernos construyen y manejan.

Pero ahora se ha ideado en España el «marcapasos cerebral». Sus primeros propósitos son inocentes: se trata de curar jaquecas allí donde han fracasado hasta la aspirina, bálsamo de todos los males, y otros remedios. Introducidos bajo la piel del cráneo llegan un poco más lejos: prometen influir en la conducta y las creencias de los hombres. Por razones de protocolo, los primeros inyectados son monos; inmediatamente después nos llegará el turno.

No hay que esforzarse mucho –aunque no estemos usando el «marcapasos»– para imaginar lo que puede lograrse si el

nuevo ingenio es manejado por los amos de países totalitarios. Con el uso del aparato, todos los ciudadanos pueden ser convertidos en robots y terminarán los disidentes y todos formaremos un rebaño al que se le ha quitado la última libertad: la libertad de pensar en silencio y soledad para ahorrarse disgustos. Y hasta la muerte en ciertos lugares.

Sin embargo, esta animalización sólo puede estremecer a una parte de la humanidad; conmoverá a los no muy abundantes que viven o superviven incrustados en las multitudes. La respetable inmensa mayoría ya está acostumbrada, sin necesidad de marcapasos cerebrales, a que los eventuales líderes piensen por ella. La historia reciente y la actual lo han confirmado y lo siguen haciendo día a día, noticia tras noticia.

Y lo de eventuales no es un adjetivo elegido al azar. Recordemos a Bokassa, Amin, Somoza, Macías, Reza Pahlevi. Parece que los deseos cobran fuerza y que un fantasma planea sobre el mundo.

Noviembre de 1979

Reflexiones de un desamparado

Esto sucedió en Chicago, USA, donde los jueces disfrutaban para meditaciones y paseos, de márgenes muy amplios en los costados de los códigos, leyes y decretos no leyes.

Tales caminatas, el aire puro y fresco, la tan manoseada libertad, han inspirado a Su Señoría (no rebajo el tratamiento) ideas nuevas, sorprendentes y casi revolucionarias.

De regreso de sus divagares el señor juez, Su Señoría, se encontró con una pila creciente de acusaciones, denuncias de delitos y sospechas de cohecho. Acomodado en su sillón, miró con desdén y un conato de soberbia en su sonrisa el montón de papeles que encubrían, tal vez, delincuencias e inocencias.

Nada de eso tenía importancia ni, para S.S., era urgente. Porque él había sido iluminado mientras paseaba por los márgenes, que podían ser femeninas márgenes frescas y acariciadas por una suave brisa, a la vera de un bucólico arroyuelo. Regresaba a su despacho con la gran idea y, blindado por ella de todo un pequeño mundo que agitaban malos y buenos, exigía concentración y voluntad imposible de amansar.

De modo que, rato después, exigió su taza de té, con nube de leche y sin azúcar, tomó su pluma y escribió un largo dictamen o ultimátum que, limpio de hojarasca y muertas palabras leguleyas, decía, condenaba y excomulgaba a todos los pacientes abonados a las bibliotecas públicas. Bien traducido, esto quiere decir que por cada día de atraso en devolver el libro prestado, un día de cárcel.

Por lo tanto la cosa ya no se arregla, niñas, con una sonrisa y un disculpe dirigidos al bibliotecario. Lo cual funciona cuando el personal de biblioteca no está integrado por alguna señorita que no llegó a señora y que está convencida de dominar la literatura universal porque aprendió a colocar ordenadamente los libros en los estantes.

Fiel cumplidor de los plazos bibliotecarios, me sacudo de risa pensando en gente conocida (porque no dudo de que el invento de S.S. será de aplicación universal) que por amnesia, pereza o pasotismo tendrá que soportar la dulzura de la cárcel cien o mil días.

La sentencia del señor juez ampara bienes del Estado o municipales. Pero amigos desesperados y el abajo firmado, que nada o muy poco tienen que ver con asuntos estatales o municipales, desean, piden, claman, solicitan, aullan tratando que el decreto los defienda también a ellos. Y a mí.

Protegidos por barbas que, ellos creen, los hace viriles, tutelados e intercambiables, legiones de conocidos y casi olvidados caen a tu casa en exactas horas gastronómicas y aprovechan la modorra de la digestión para decirte:

—Este. *La muerte se suicida*. Ya lo leíste, ¿verdad? En dos días te lo devuelvo.

Y con variantes escasamente originales, la escena y su monólogo se repiten, semana tras semana. Y semana tras semana la biblioteca particular se va achicando y los dos elefantes rosa de yeso que sostenían, como prueba de buen gusto, la fila de libros, se van acercando peligrosamente porque uno siempre ignoró sus sexos.

Pero el «suicidio de la muerte» no me preocupa. Pensemos, entonces, en otras imposibles sustracciones. Imaginemos que yo hubiera podido comprar reproducciones del primer *Quijote*, o de las *Siete Partidas de Alfonso el Sabio* o de la *Enciclopedia Británica* y que con una camioneta mi amigo del alma trasladara esos libros a su hogar o a una librería de compra y venta. Imaginemos con ayuda de la ciencia ficción (y sus boquiabiertos admiradores) que tales compras y traslados fueron posibles; ¿cuántos años de celda de castigo habría que aplicar al hipotético amigo?

Porque también España tiene jueces rectos. Que tal vez se aparten de frialdades de códigos y sepan aplicar a los ladrones de libros de privada propiedad todo el rigor de las leyes que todavía no han sido escritas.

Porque, magnificando, no es imposible que se esconda en una biblioteca, precariamente oculto, algún librito de poe-

mas manoseado por amores y por el tiempo, tal vez convirtiéndose en una pareja de violetas casi convertidas en polvo. Y para quien lo robe, el buen juez debe fallar condena de muerte si la Constitución lo permite.

Diciembre de 1979

Reflexiones de un envidioso

Todo indica que, para resultar interesante hoy, un artículo debe tratar del pelguro universal, de los focos de incendio que ofrecen Irán, Afganistán y otros menos visibles, pero igualmente peligrosos. Se trataría de predecir o negar posibilidades de una tercera guerra mundial. Ésta sí que sería, y en serio, la *der de der*, que es una irónica fórmula parisienne para pedir otra ronda de *rouge* en las innumerables barras que alegran o distraen a los bebedores de una ciudad donde llueve día tras día.

Pero dejemos el tema a los numerosos expertos en asuntos militares que suelen contradecirse y equivocarse. Me limito a señalar una desdicha familiar. Mi nieto (es fácil apartar a los niños, con nocturnidad y escándalo, de los programas para mayores de dieciocho años que ofrece la televisión; pero nos olvidamos de impedirles escuchar los informativos que enmeran las desdichas del mundo), mi nieto parece abrazar la línea Marchais; días atrás me dijo, compungido, refiriéndose a los rusos:

—Si no les dan coca-cola, ¿qué van a tomar, pobrecitos? Me abstuve de pronunciar la palabra *vodka* y —mucho más— la última del admirable *El coronel no tiene quien le escriba*, de Gabo García Márquez.

De modo que abandono el problema y sólo repito, como el poeta: «Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste». Yo, zapatero, vuelvo a mis zapatos y me hundo placentero en el no menos confuso universo de las letras.

He leído en los periódicos abundantes y doloridas quejas de editores y libreros. En España se compran muy pocos libros; y me consta que lo mismo sucede en otros países europeos y en Estados Unidos. No hablemos de los países hispanoamericanos, donde, a veces, no existe una sola editorial digna de tal nombre.

Se culpa a los tebeos (que también devoran personas de la segunda edad), a la televisión, que embruja y libera de esfuerzo mental a los espectadores.

Pero, al parecer, las cosas pueden cambiar. Por lo menos, en Gran Bretaña; pero ya es un principio. Presentemos, primero, como corresponde, al autor del libro que desde hace mucho tiempo encabeza la lista de *best-sellers* en su país. Se llama Kit Williams; es delgado a fuerza de hambre; dejó los estudios a los quince años, sin honores, y a raíz de una discusión con su profesor de dibujo se alistó en la marina, donde adquirió algunos conocimientos de matemáticas y se autocondecoró con varios tatuajes: preferentemente, dragones y serpientes. Luego vino el clásico recorrido por tareas ingratas que le permitían seguir vivo. Entre una y otra, el envidiable Williams se dedicó al dibujo y a la pintura. Su obra podría compararse a la del aduanero Rousseau; era *naïf* y sobrecargada de símbolos que sólo él entiende. Tiene el buen gusto de afirmar que no trae ningún mensaje, manifestación que nos inclina a creer en su talento.

Su libro, el que motiva esta nota, se titula *Mascarada*, palabra que me trae recuerdos agrícolos. Se trata, según sabemos, de un cuento infantil ilustrado y que narra los amores de la luna y el sol. Una liebre hace de simpática celestina. Para escribir *Mascarada*, Kit Williams se encerró en una carpa y trabajó diez horas diarias, en semanas de siete días, durante tres años.

Hermoso ejemplo para los jóvenes literatos que me piden opinión sobre novelas inmaduras y escritas durante el tiempo que duran las vacaciones.

Pero el caso Kit Williams no es exclusivamente literario. Entre las numerosas tareas que tuvo que enfrentar en los años de anonimato y pobreza se cuenta la de aprendizaje de joyero. Y es imposible olvidar la presencia decisiva de los editores, Jonathan Cape Ltd. Éstos ayudaron a Williams a conseguir las libras necesarias para armar un pendiente de oro, de dieciocho kilates, con rubíes y otras piedras preciosas engarzadas.

Su valor es de 10.000 dólares, y está enterrado en «algún lugar de Gran Bretaña». Y en el libro *Mascarada* está la

clave. El autor lo revela por medio de adivinanzas hechas por palabras y dibujos. Hay que comprar el libro, resolver el enigma y hacerse con la joya.

Tanto Williams como sus editores avalan la veracidad del tesoro escondido. Y a esta altura, cientos de miles de buscadores de oro (la onza ya pasó la barrera de los ochocientos dólares) se han desparramado por las brumas de Gran Bretaña, seguros de haber descubierto el misterio y, como suele acontecer, han regresado con las manos vacías, al abrigo del *sweet home*. Pero es indudable que persistirán en el *gold rush*, una vez corregidos los pequeños errores que impulsieron los fracasos.

Williams y editores estiman que transcurrirá un mínimo de veinte años antes de que la joya salga a la luz. Y, entre tanto, *Mascarada* continuará vendiéndose y llenará las librerías con una edición tras otra.

No sugiero que nuestras editoriales sigan ese ejemplo deslumbrador. Tal vez el problema económico que las está corroyendo pueda solucionarse con la publicación de buenos libros a precios asequibles y con que los concursos literarios, todos ellos, tengan la deseable limpidez para ser, todos ellos, dignos de las esperanzas que engendran y de la abundancia y generosidad con las cuales se distribuyen en España.

Febrero de 1980

Reflexiones de un admirador

Me parece necesario insistir: ésta no es la confesión del ave-truz que después de muchas horas de psicoanálisis decide olvidar complejos remotos y sólo atiende a los de hoy. ¿Por qué enterré la cabeza en la arena o debajo de un ala, donde se respira mejor?

Porque uno llega a la saturación leyendo titulares de periódicos, oyendo informativos y prestando atención a los agoreros. Por algún lado de oriente, por una razón u otra, comenzará, nos dicen, la tercera guerra mundial. Esta vez, sí, mundial y además la última. O penúltima, porque algún antropoide quedará vivo para construir hachas de sílex o levantar piedras para aplastar a otro turbio sobreviviente. Y luego descubrirá el fuego y la rueda y transcurridos siglos que son instantes ocupará nuevamente los grandes titulares de los grandes periódicos y anunciará que, por petróleo o ansias de dominio, está dispuesto a oprimir el botón que pone en marcha misiles, cohetes, atómicas, hidrógenas, cobálticas, neutrónicas y todas las formas de anular en pocas horas este mundo construido en seis días. Alguien dijo: «Dios hizo las cosas simples pero ellos encontraron muchas vueltas».

Y vuelta es también regreso; y la vez anunciada o perdida en insinuaciones, será un definitivo viaje al fin de la noche, sin posibilidad siquiera de lágrimas o crujiir dientes.

Uhamuno cree que si la humanidad se lanzara toda a las calles y a los campos impetrando a Dios, éste descendería hasta nosotros; o, por lo menos, nos mostraría el divino rostro. Y por mi parte —y perdonen la irreverencia— no creo que Dios, ni siquiera un dios, se entere o conmueva por el voto de la mayoría. Además, hay muchos dioses y todo indica que Alá es el que tiene más partidarios en este mundo.

Y volviendo al tema, recordando a los que no saben u olvidaron rezar, leer conmigo los versos que copio:

Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

Dije que huyo de los titulares catastróficos que tanto ayudan a vender publicaciones por esa atracción que sangre y muerte ejercen sobre la mayoría de la pequeña gente. Que sigan felices y sádicos y compradores y vendedores como hasta hoy. Pero, como dije, me alejo de eso y busco y busco amistad en las pequeñas noticias, aquellas que hacen sonreír y acompañan.

Lo que encuentro hoy es la adversidad golpeando a un hombre y a éste desafiándola, casi provocándola para que golpee más fuerte. Una forma del heroísmo intrascendente, carente de grandes hechos y que no será recogida por ningún libro de historia ni abrumada por discursos o frases engoladas.

Se trata simplemente de esto: allá por la pasada Nochebuena, un ciudadano de Charleston (nada que ver con el baile pero sí con Virginia occidental), llamado Steve Noetzel, que recorrería tranquilo, en paz con el mundo (con este mundo donde la paz se ha convertido en un augurio de guerras, revoluciones e invasiones), las carreteras de su tierra en un automóvil cuya marca ignoro pero supongo pequeño, fue chocado por la brutal prepotencia de un camión y recobró los sentidos en la cama de un hospital. Hasta aquí, nada. Esto sucede varias veces por día en todos los países desarrollados. Pero aquí empieza la poco común historia. Mientras el ciudadano Noetzel se esforzaba en convalecer, un heterodoxo de la propiedad privada se acercó al coche acordeonado y sustrajo una cámara fotográfica, tal vez japonesa, valorada en dos mil dólares; como poste se apoderó de más de cuatrocientos dólares que mi héroe de alma pura llevaba en la guantera del ex coche.

Steve —lo tuteo como a un hermano— recibió en el hospital la visita de su abogado quien le notificó que acababa de perder un pleito por treinta y cinco mil dólares y que no le quedaba otra disyuntiva que declararse en quiebra. Al enterarse de esto, su amantísima esposa se apresuró a presentar demanda de divorcio. Steve sitúa esto en la columna de las desdichas; pero se trata de una opinión personal.

No se había secado aún la tinta de la demanda, cuando avisados ladrones entraron con nocturnidad y fractura en su casa y se llevaron muebles y otros objetos por valor de diez mil dólares.

Ya fuera del hospital, Steve recorrió las oficinas de los principales periódicos de su ciudad e insertó un aviso que decía: «Tengo 39 años, acabo de perder mi familia, mi hogar, mi negocio y mi auto. Pero no mi espíritu de lucha. Busco socios para iniciar nuevas aventuras de mutuo beneficio».

El título del aviso: «Tanto he descendido que ahora solamente puedo subir».

El indomable Steve, que no publicó su foto, ha recibido numerosas respuestas, principalmente de mujeres ansiosas de consolarlo y protegerlo.

Estoy seguro de que este empecinado luchador contra el destino, anónimo o casi, volverá a casarse, ya que el hombre es un animal que tropieza varias veces con la misma piedra, como todos sabemos; encontrará ayuda para un ignorado negocio «de mutuo beneficio», comprará un Cadillac, varias cámaras fotográficas y ascenderá del pozo en que hoy se encuentra para ser nuevamente un caballero de Virginia.

Escribo esto para moralizar, para enderezar la columna vertebral de tantas personas (de mi conocimiento, doy fe) que aceptan hundirse en la desgracia cuando ésta llega.

Pero en este momento recuerdo a Nietzsche. Él aprobaría la voluntad de lucha de Steve y tal vez lo considerara débil semilla para el florecimiento del superhombre. Y también pienso en la teoría del eterno retorno. ¿Y si otro pesado camión chocara al Cadillac y la triste historia se repitiera, paso por paso?

Febrero de 1980

Reflexiones para un editor

El tema de este artículo me lo regaló un amigo que me dijo haber leído la historia en un ejemplar de una revista norteamericana. Revisé en vano la colección del *magazine* yanqui, desde la mitad del pasado año hasta principios del actual. De modo que la historia va por cuenta del mencionado amigo, gracioso proveedor de temas.

Conviene dejar claro desde el principio que nunca he leído una obra de Jerzy Kosinski a pesar de que cierta vez su nombre apareció, creo recordar, en sitio humilde en la lista de *best-sellers* del suplemento literario del *New York Times*. Lectores más felices y la última edición norteamericana del *Who's Who* me ayudan a citar algunas obras: *The Paintedbrid*, *Steps*, *In the Garden* y *Cockpit*.

Me dicen que su último libro fue duramente criticado. Kosinski no pudo soportar calmoso el fracaso y dedicó muchos días al silencio y a meditar venganzas. Ignoro cuántas imaginó, las fue adornando con virulencia antes de desecharlas. Ya estaba casi olvidado en el mundo literario cuando logró plantear un desquite; le dio vueltas y vueltas, lo examinó desde repetidos ángulos y por fin lo juzgó bueno.

También él se tomó su tiempo, elemento decisivo para vencer a sus críticos con refinamiento y en forma decisiva.

Comenzó a enviar con seudónimos cuentos que años o meses atrás habían sido publicados y recibidos con elogios; en realidad bombardeó las revistas con copias de sus viejas historias.

No puedo adivinar si fue su ángel privado o el mismo diablo quien intervino para ayudarlo. El hecho es que la totalidad de los trabajos fueron rechazados con las habituales buenas palabras sobre escritos futuros, sobre ya cubiertos planes editoriales para los próximos dieciocho meses.

Kosinski recibió jubilosos los rechazos y embelleció con ellos las paredes de su despacho preparando paciente su hora

de revancha. Como es natural, las mejores joyas de su colección eran aquellas que llegaban firmadas por el mismo editor que, más o menos un año atrás, había aceptado la historia con júbilo: «descubrir un nuevo talento». Claro está que no todos los editores tienen la función de enterarse de lo que publica la firma a la cual pertenecen. Es habitual la existencia de lectores profesionales y anónimos que redactan y elevan sus propios juicios críticos.

Cabe aquí intercalar un ejemplo ya manido, pero muy importante por la personalidad literaria de los involucrados. Toda la gente de oficio y los vinculados a él de varia manera recuerdan que cuando Proust envió a la editorial que hoy se llama Gallimard los originales del primer tomo de su obra genial, André Gide, lector de la misma empresa, redactó su informe diciendo que a nadie podía interesar las vueltas y revueltas que diera un personaje entre sábanas y en procura del sueño esquivo. Gide, nada menos, cartesiano y que podía haber hecho suya la frase «lo que no es claro, no es francés». De manera que Proust tuvo que recurrir a otra editorial y Gide hacer públicos su arrepentimiento y su error. Para mejor comprensión de las peripecias que se sucedieron hasta que Gallimard editara la totalidad de su *En busca del tiempo perdido*, ruego al lector que lea la admirable biografía de Painter.

Es imposible olvidar aquí los infinitos rechazos que obtuvo el *Ulises* de Joyce en incontables editoriales y, especialmente, por parte de microcéfalos funcionarios de aduanas que obedecían órdenes superiores (los censores de correos, doctos en materia literaria). Pero el libro aún no había sido vetado por la justicia. Este requisito era necesario para poder lograr un dictamen legal, favorable o no. La editorial norteamericana recurrió a un truco. Envió un funcionario a París, que se puso en contacto con Sylvia Beach y obtuvo un ejemplar del libro. De vuelta a New York, un día muy caluroso, se encontró con aduaneros enervados por el bochorno que lo invitaron a pasar sin siquiera abrir las maletas. Pero el mensajero protestó y exigió que revisarán su equipaje porque llevaba un libro prohibido. El aduanero se quejó amar-

gamente de que lo hicieran trabajar con semejante temperatura y cuando vio el cuerpo del delicto, comentó:

—Pero si todos los turistas que vienen de Francia traen el

Ulises.

Sin embargo se resignó, se hizo cargo del libro maldito y lo puso en manos de sus jefes. Ahora había una base para iniciar la querrela, que terminó con el fallo absolutorio de un juez, J.M. Woolsey, cuyo nombre no figura entre los grandes de la literatura, con torpe injusticia. Su Señoría dictaminó que el libro podía ser vomitivo pero no inmoral.

El caso más simpático de esta lucha no eterna pero sí recurrente entre escritor y editor le fue reservado, hasta ahora, a Malcolm Lowry. Se trataba, según mentas, de *Al pie del volcán* y el editor sugirió o impulsó cortes abundantes que consideraba imprescindibles para publicar la obra. Lowry se vio obligado a darle una pausa a la reguila y enviar una carta, admirable de inteligencia y lucidez, en la que explicaba y convenía que en su libro no sobraba ningún capítulo, fragmento, párrafo o palabra. Todo estaba allí porque debía estar. Y, extraña cosa, convenció a la empresa editorial y el libro fue publicado tal como había sido escrito. La carta, luego publicada, es un ejemplo de sabiduría novelística. Puede echarle una mirada en México y me fue imposible reencontrarla después.

Pero la fuerza de estos ejemplos de colosal juicio equivocado me arrastraron fuera del tema. Sigo con Kosinski. Cuando tuvo una cantidad suficiente para sus propósitos de cordiales cartas de rechazo, buscó y encontró sin trabajo un editor rival de los anteriores. La lucha entre editores siempre ha sido implacable, cruenta y divertida. Ofreció la reproducción de las cartas con vetos amables y sus comentarios. También incluía las anteriores, las que le decían sí y le daban espaldarazos.

Con esto compaginó un libro, colocó en mala luz a muchas personas y vendió, como antes, miles de ejemplares. Hijos de la revancha y, tal vez, de un afán de justicia que dudo crear sincero.

Esta anécdota, así lo espero, puede servir de ayuda y dar persistencia a tantos jóvenes que ven rechazadas sus obras a

causa del informe de algún lector desconocido y que no será precisamente Gide. Hay que insistir, hay que seguir trabajando hasta que el destino o el azar coloque desdénados originales bajo los ojos de un editor que comprenda y no juegue con ganancia— manejando nombres de escritores que ya tuvieron sus triunfos, a veces pasajeros, en la selva literaria erizada de envidias y ambiciones. Recordemos el caso de Céline y *El viaje al fin de la noche*; su obra prácticamente rechazada por todas las editoriales francesas hasta que llegó a las manos de alguien que entendía y dedicó una noche y su madrugada a leer la obra anónima que lo había deslumbrado. Deslumbramiento que me incluye cada vez que la releo.

Marzo de 1980

Reflexiones de un justiciero

Una señora o señorita me escribe desde mi Buenos Aires querido y dice que nota una abundancia de pesimismo en artículos míos que ha leído.

Hoy quiero superar ese defecto y contarle (no sólo a ella) que la vida no es injusta ni cruel y que todos los pobres de espíritu, o simplemente los pobres, ingresaremos en la dicha de una eternidad aún no localizada y que también antes y mucho antes seremos recompensados por nuestros sacrificios y humildad en esta misma tierra que pisamos, tan al borde del abismo, tan cerca hoy de una nada nacida de estúpidos y ambiciones.

En estos días de viajes y congresos cayó, o recayó, en mis manos una biografía de Van Gogh leída hace años en Buenos Aires y publicada, estoy seguro, bajo un seudónimo ilustre. El libro contiene una anécdota sin desperdicio. Luego de tres días de dieta forzosa Van Gogh, a pesar de su orgullo, visita el taller de un pintor *marchand* que había fingido admirarle y ser su amigo «para cuanto necesitase». El amigo, cuyo apellido es difícil de escribir y además no vale la pena, lo hace esperar un par de horas. Luego, cuando Vincent le pide veinticinco florines (para nada, para seguir vivo y pintando) le contesta: «No te los presto; lo hago por tu bien. El artista debe pasar hambre, mucha hambre, porque de ese modo se llega lejos. Necesita sufrir mucho, padecer privaciones, miseria».

Era un buen consejo, si no para crear grandes obras, útil para quemar etapas, dietas enrabadas día tras día y llegar acerbamente al cementerio. Y otro buen amigo (también cabe aquí el olvido del apellido) le negó toda ayuda y le aconsejó abandonar la pintura «ya que él no había nacido para eso».

Vincent murió en 1890 a consecuencia de una tentativa de suicidio. Para qué seguir viviendo si tanto su obra como su existencia sólo tenían como signo el fracaso.

Pasaron algunos años y la fauna de siempre comenzó a descubrir que los cuadros del loco holandés no estaban mal del todo. Muy pronto intervinieron los buitres de siempre y se organizaron exposiciones y ventas.

Hace pocos días me enteré de que en una subasta se acaba de vender un cuadro suyo —uno de los centenares arrinconados en casa de la viuda de su hermano Theo— en veinte millones de pesetas.

Esto demostrará a mi anónima corresponsal que el mundo es bueno, aunque esta bondad demore en expresarse. Todos sabemos que la justicia, aunque tardía en algunos casos, siempre llega. En este caso sobre un viejo cadáver. La gente no es culpable de que Vincent Van Gogh tuviera más talento que sus contemporáneos y carencia suficiente como para dedicarse al pompierismo y satisfacer con regularidad las exigencias de su estómago.

Claro está que tanto mi amiga anónima como los escépticos pueden argüir que la gloria de Van Gogh demoró en llegar algo más de medio siglo, y cuando él no estaba en condiciones de enterarse y mandar hacer una oreja de plástico en sustitución de la que había separado de su cara roja de campesino holandes. Pero observemos ecuánimes lo que ocurre en este final de siglo.

Las cosas han cambiado para mayor gloria de la humanidad.

En Estados Unidos existe una mujer llamada (nombre de guerra) Judith Krantz. Una editorial acaba de pagarle tres millones doscientos mil dólares por su libro *Princesa Daisy* en colección de bolsillo. El genio de Miss Krantz y su reconocimiento se demuestran no sólo por los dólares mencionados sino por su persistencia en figurar en las listas de *best-sellers* de su país.

Y, pequeño detalle, sus personajes practican el incesto, esporádicas violaciones y reiteradas escenas pornográficas. Y su Daisy desdeña, por olvido, una herencia de diez millones de dólares para dedicarse a ser estrella de la publicidad televisiva. Luego se traslada, bien acompañada, claro, al Gran Palaco de Venecia, donde ejerce con envidiable pertinacia actos

de eso que llaman amor. En el Bar de Harry se codea y logra otros roces con destacados miembros de esa clase que Fitzgerald denominaba «los ricos» para indignación de su amigo Hemingway.

Aquí tenemos un gran talento literario y su millonario reconocimiento. También queda reconocida la estutez del público lector de la gran democracia del norte, como dicen o decían en mi país.

No quiero saber qué ocurriría en el mundo crítico español si alguien tuviera la desverguenza de pergeñar un bodrio semejante. Ahora me dicen que una obra de Miss Krantz acaba de ser publicada entre nosotros. Espero las reacciones, y desde ahora predigo muchas ediciones, de la comentada estupidéz al feliz editor.

Al fin y al cabo Van Gogh también era un estúpido que creía en el arte y ambicionaba veinte florines.

Mayo de 1980

Reflexiones de un presidente

El título no debe asustar a nadie ni aumentar el susto de los asustados. Tampoco, lo ruego, deben iniciarme un proceso por usurpación.

Como se verá, la explicación es sencilla: acudí a un congreso sobre el cuento latinoamericano y en un momento de debilidad me nombraron presidente.

En realidad la sala estaba tan llena que no me fue posible empujar la puerta para entrar y, mucho menos, presidir.

Es agradable saber y comunicar que la gran mayoría, según supe, estaba formada por jóvenes; eran europeos y se interesaban por la literatura de Hispanoamérica, por sus diferencias y matices, por sus avatares y su porvenir. Y puedo asegurar que no los unía el ya mítico y difunto *boom*, sino un sincero deseo de saber qué estaba sucediendo en lejanas tierras de metecos. Esto lo digo porque acontecía en un país mal acostumbrado a creerse, sentirse el ombligo del mundo.

Ya en otro artículo hice referencia a los congresos de escritores y es posible que en él haya trascendido mi escepticismo respecto a ellos. Ahora puedo agregar que su utilidad radica, se reduce, a que autores y críticos logran un algo de contacto personal, a que los divos logren satisfacción y a que viejos amigos se reencontran con alegría y charlen de lo importante, de lo simplemente humano y que nada o poco tiene que ver con las letras. En estos encuentros vale más evocar recuerdos que propósitos literarios. He notado que no escasean seres, para mí extraños, que no se ruborizan hablando de que su propia obra, ya publicada, va *in progress*.

Escuché varias de las ponencias y las leí todas, calmosamente. En general todas eran muy buenas y cubrían muchos aspectos del tema que nos reunía. Alguna interrupción hubo, en lenguaje existencialista y fueron contestadas cordialmente, sin abusos de superioridad.

Pero yo contemplaba al público juvenil, estudiantes en su mayor parte como creo haber señalado, y pensaba si entre ellos había futuros escritores o pretendientes a dominar este oficio hecho de penas, alegría y voluntad. Y, sobre todo, de talento.

No puedo recordar si en algún artículo anterior conté una visita a una universidad norteamericana y al catedrático que enseñaba cómo escribir literatura. No pude enterarme del método aplicado pero no olvido que el profesor y yo coincidimos en la sentencia de que «lo que Natura non da Salamantica non presta».

¿Prestaron algo a los supuestos, posibles escritores que llevaron atentos las salas donde se realizó el congreso, las muy diversas e inteligentes ponencias que escucharon?

Yo diría, respetuosamente, que no. Creo que el escritor, el bueno, nace ya destinado a serlo y que ni los éxitos o los fracasos lograrán desviarlo de la fatalidad congénita. Recuerdo aquí el consejo que dio Cortázar a un joven que le preguntó qué debía hacer para lograr el acceso a la categoría de «gran escritor». El consejo, que considero acertado, fue: leer mucho, escribir mucho y romper muchas páginas.

Tal vez la última parte de la frase no funcione con alguien que nació, repito, para convertirse en eso que llamamos «un escritor de raza».

Leer mucho es indispensable y pienso que quien no esté dominado desde la infancia por el vicio de la lectura, vicio que es para mí un placer insustituible, que supera en mucho las conversaciones con colegas o el leer deliberadamente libros que pueden sernos «útiles», no llegará a ser escritor.

Ahora bien, como se trata de un vicio, es forzoso que el adicto lea, haya leído mucho. Prácticamente todo papel, con letra impresa que le haya caído en las manos. Y también folios en máquina de escribir que le hayan llegado con pedido de opinión. (En algunos casos creo que no los envían para dar fallo sino simplemente para que dé en cambio frases de admiración.)

El lector omnívoro está así condenado a robar inconscientemente a diestra y siniestra. Sólo mezclando sin propó-

sito decenas, por lo menos, de influencias llegará a lograr un estilo propio y espontáneo.

Pero volvamos a los jóvenes condenados a escribir y, en tantos casos, también condenados a no publicar, a no encontrar un editor perspicaz que adivine estar frente a una promesa que será o no cumplida pero merece la ayuda de que se la imprima y sea puesta en el mercado librero.

Tal vez se sospeche vanidad o egolatría. Para mí es simple solidaridad, unida por el misterio que llamamos tiempo: evocarne a mí mismo ambulando por las calles de la ciudad en que nací, buscando editor que no había a mis veinte años. Solicitando juicios de los hombres sabios que sí había pero nada podían hacer para ayudarme. El libro desapareció en un concurso y luego se publicaron algunos fragmentos—no los mejores—y en años en que mi autoría resultaba vendible.

Al conjurado fantasma y a los jóvenes dedico estas líneas como amistad y tímido ejemplo.

Mayo de 1980

Reflexiones de un reexiliado

Arrastrado por otro congreso literario, estoy en Tierra Caliente, sin niña Chole ni padre incestuoso y temible. Tampoco cultivo la esperanza de ser nombrado, ni autonombrarme, Capitán General. Sin embargo, se trata de una auténtica sonata de estío hecha por el paisaje, los torvos pájaros y el sol que ya tiene en literatura su propio adjetivo inseparable: implacable.

Árboles, arbustos, pueblos con nombres impronunciables. Pero la cordialidad de la gente, más abierta y agresiva de niño, me recuerda diariamente los brazos siempre abiertos de mis amigos de Madrid.

Porque a cierta edad, dejando obligado las amistades, los cafés, las calles tantas veces transitadas que era —y sí que era— como andar por casa, es difícil, no del todo sincero, ir construyendo un nuevo grupo de amigos, amar una ciudad que no es aquélla.

Pero no es imposible. Los días pasan y nuevos cariños se van fortaleciendo.

Lo verdaderamente difícil es vivir un segundo exilio, esta vez no impuesto, hijo del deseo de conocer otras cosas mientras dure el tiempo que nos ha sido asignado. Difícil, repito, entrar sin prevenciones, sin dudosas cortesías en otra ciudad, pueblo o simplemente abandonarse a los recibos cálidos de un grupo de nuevos amigos, entrar sin prejuicios en una península literaria que —oh, timidez— puede ser resbaladiza.

Uno sabe que el segundo exilio será relativamente breve y que el primero es definitivo y se hace extraño.

Lo extraño, pero sigo. No podría dejar de hacer este artículo una referencia bien concreta a los amigos mexicanos o exiliados en México, donde nadie olvida, mexicanos o españoles, cómo fueron recibidos los exiliados del 39. Pero aquí refiero a las clases cultas con las que me fue obligado alternar.

Hablo, quiero hablar, de otra cosa. Del pueblo mexicano, el taxista, la camarera, el mesero. En todos ellos encontré simpatía y ayuda, siempre reforzada cuando se convencían de que yo no era un «gringo turista» sino un ex hispanoamericano (hoy madrileño). Eran amigos pero no olvidaban a Hernán Cortés y a Moctezuma. Hay en el pueblo mexicano, en su gente mestizada, una gran bondad abierta al visitante que no sea rubio y de ojos celestes. Pero también hay —y el mexicano que sepa leer y me lea estará de acuerdo— una reserva ingénita, heredada a través de muchas generaciones, que se traduce en silencio y sonrisa.

Nosotros, me incluyo, somos otros. Somos ajenos, somos visitantes que ven y graban sus miserias. Y, a veces, las escriben y publican. De ahí un leve pero inevitable muro de mudéz ante el extranjero, un muro erigido con afecto y dudoso cariño.

Pero todo esto fue escrito por influencia de un rápido crepúsculo tropical.

La verdad, si uno hace una lista de dos columnas, como Robinson Crusoe, es que el balance resulta favorable.

Muchos y buenos son los colegas en evasión y letras que me he encontrado en México. La mayoría formada por viejos amigos del Cono Sur, el resto, por frescos amigos residentes en diversas partes del mundo que acudieron al congreso y me manifestaron simpatía y comprensión.

Largas charlas, o pláticas, nos reunieron en las madrugadas calurosas y todos comprobamos que no sólo nos unía el origen común de nuestros exilios, sino también la esperanza de que en los países abandonados se produzca un incruento cambio de dictadura a democracia, cambio del que dio ejemplo España.

Hubo también un fortísimo lazo de unión entre todos nosotros, lazo que por consabido parece no notarse: la lengua común, la lengua que trajeron los conquistadores junto con su ansioso afán de oro, de fuentes de eterna juventud y la falta de temor al mestizaje.

Como es sabido, la democracia mejicana consta prácticamente de un solo partido político: el Partido Revolucionario

Institucional. Claro es que esto despierta muchas críticas entre los opositores. El presidente de la República, en vísperas de concluir su sexenio de gobierno, designa al hombre que habrá de sustituirlo. De aquí se derivan numerosos chistes; finalizo con éste.

En un diálogo entre un norteamericano y un mexicano, el primero dice con orgullo:

—En nuestro país tenemos un sistema de computadoras tan excelente que a las seis horas de terminada una elección presidencial podemos conocer el nombre del triunfador.

—Vaya gracia —responde el mexicano—. Aquí estamos tan adelantados que lo sabemos un año antes.

Julio de 1980

Reflexiones de un náutico

Hay días, en este verano indeciso, en que la natural depresión aumenta. Uno no puede determinar con exactitud la fuente de este crecimiento pesimista. Por ahora, no surge de problemas sentimentales ni económicos ni fisiológicos. Eliminando, perdón por el gerundio, llego a pensar, a creer que la murra, la mufa, el *cafard* procede de la lectura de los periódicos.

Tomemos cualquiera editado en este mes de julio y encontremos, uno tras otro, muchos motivos de regocijo para el demonio, siempre atento y actuante. Por ejemplo, sin agotarlos: gente que muere de hambre prácticamente en todo el mundo, asesinatos, fusilamientos, la cobardía de la bomba, golpes de Estado. Bien, cada uno de mis lectores lee su periódico y comprueba, aumenta, lo que estoy diciendo. Tal vez comparta mi visión y juicio del mundo; tal vez piense que debe preocuparse, interesarse exclusivamente por sus problemas personales.

Ante esta última perspectiva más vale referir, recordar un misterio, acaso más apasionante que el de la «María Celeste».

Un misterio para día de vacaciones y un tácito pedido de ayuda para resolverlo.

Se trata del barco *Carribea*, nombre que fue sustituido como el de cualquier delincuente o actriz de moda, o escritor amante de pseudonimizarse, varias veces.

Carribea, atravesando su ruta aventurera, se llamó *Pioner*, *Polax*, *Mochica*, *Caimán Uno* y luego retornó al nombre natal. Pero con poco éxito.

Es bueno que el lector sepa que nuestro *Carribea* era un barquichuelo de 2.218 toneladas. Luego de tocar puertos para descargar y cargar no se sabe qué, *Carribea* llegó al puerto brasileño de Recife. Allí desaparecieron el capitán y toda la tripulación, nadie sabe cómo y los que presuntamente sa-

ben prefirieron callarse. La excepción fue León Peter Lorenz: un sueco de veintitrés años que se autonombró capitán y recorrió los bares portuarios buscando, y consiguiendo, tripulantes carentes de toda documentación. Logró reunir nueve brasileños y chilenos.

De allí Lorenz se lanzó al mar y resbaló por el Atlántico hasta llegar a Punta del Este, Uruguay, donde llevó una corta vida de persona *jet society* y trató de ponerse al habla con la embajada inglesa, buscando que el barco recuperara su nombre de nacimiento y pudiera recorrer los siete mares con el pabellón de Su Majestad británica.

Pero la vida de la embarcación había sido demasiado «tempestuosa» y el representante de la reina dijo que no. Y ya se sabe cómo suena y determina la negativa de un embajador británico.

Tal vez aquí convenga un paréntesis. La historia me fue comunicada por un caballero argentino, que agregó al recorte y a la semicarta: «Como ya no podemos recurrir a Conrad, que lo escriba Onetti». Ignorancia o simpatía sin evidente punto de apoyo. Yo no pude hacer lo que el desconocido señor quería; es probable que él también confiara en este final. Resignación y fracaso; porque yo, de las artes marineras sólo recuerdo, vagamente y con seguridad de equivocarme, lo que me enseñó, sin propósito, Emilio Salgari en mi infancia. Pero ni Sandokán ni el Corsario Negro tienen permiso para entrar en esta historia. De modo que cada lector de esta crónica puede deducir o inventar. Es justamente lo que estoy haciendo.

Así que Lorenz volvió a pisar la cubierta y dar la orden de zarpar. Puso rumbo al puerto argentino de Necochea. El buque, ya nunca *Carribea*, ya nunca británico, comenzó a moverse con la ayuda de una decena de desesperados que tenían la absurda ambición de cobrar sus pagas.

Pero Lorenz no tenía un céntimo y, en cambio, crecientes malhumor y odio. Uno pensaría que la solución de este primer problema sería la misma que adoptaron los marineros del *Bounty*: Lorenz al agua y ellos dueños del barco para reunirse con el recuerdo de Herman Melville en algún paraíso del sur.

Pero en el caso que me interesa, el desenlace, al parecer, fue distinto: Lorenz quedó dueño del barco y los disidentes fueron a reunirse con Neptuno.

En fantástica secuencia, la tripulación, hombre a hombre, fue desapareciendo en este último viaje. La incógnita reside en saber si la tripulación prefirió a la relativa seguridad del barco una zambullida en el mar o un loco intento de nadar hasta una costa desconocida. Lo cierto es que nunca más se supo de ellos y que Lorenz llegó a Necochea como navegante solitario, manejando un barco de más de dos mil toneladas. Nada supo o quiso decir de los hombres que habían formado una tripulación al parecer imprescindible.

Consiguió que una compañía marítima —cuyo nombre tengo, pero la experiencia ajena me aconseja olvidar— amparara su misterio, su desaparición, y se proclamara propietaria de aquello que se llamó *Caribea* con pabellón británico y que ahora era más conveniente olvidar.

De modo que fue decretado el desguace, con graves pérdidas. Y a la vez llegamos al desguace de esta historia.

No sé supo qué negociaba en los puertos, qué dejaba o traía, la inocencia de fardos de maíz o trigo, o la perversidad de cargamentos de drogas. Pero Lorenz siempre salía triunfante. Había logrado robar y vender algunas valiosas piezas del moribundo ex barco y también poseía el cuaderno de bitácora que alguna vez en el futuro podría convertirse en un *best-seller*. Con esta esperanza, con esta riqueza de recuerdos, está hoy en su país sembrando bulbos de posibles tulipanes negros.

Julio de 1980

Reflexiones de un insistente

Como era de esperar todos nuestros periódicos han anunciado, sin comentar, la muerte lamentable del ex dictador nicaragüense, muy conocido como Tachito Somoza, ocurrida en la república del Paraguay.

El general Stroessner, su ex colega, cerró fronteras, clausuró aeropuertos y convirtió carreteras en vías muertas, *cul-de-sacs*.

Todo esto era previsible; pero por mi parte busqué un enfoque personal del asesinato. Afortunadamente ya lo tengo. En un periódico que no quiero nombrar se relata en lugar destacado la tragedia y se dice: «En Asunción, capital del Uruguay», etc.

Estoy escribiendo en Madrid, capital de Estonia como todos sabemos, y me pregunto quién será el profesor de geografía que redactó el artículo ya mencionado.

Pero mi indignación no proviene del hecho de que el geógrafo haya confundido Uruguay con Paraguay. Ambos países, comedias aparte, gozan de la bienaventura de estar sometidos a gobiernos militares. Y sus caras son, disparidades o años a un lado, las de dos hermanos gemelos. Aunque aquí se dé el milagro de haber nacido en diferente fechas.

Mi disgusto o, mejor, triste resignación, es comprobar una vez más que todas las declaraciones, dichas o escritas, siempre ampulosas, sobre la necesidad de un verdadero y progresivo acercamiento entre España y los países que nos legó, no pasen de frases. Cuando se establece un contacto entre gobernantes españoles e hispanoamericanos, la cosa no pasa de la firma de actas sobre colaboración económica, lo que me parece muy bien y necesario. El después es un copioso banquete y un tímido, inefectivo acuerdo sobre relaciones culturales.

Todo queda en buenas intenciones y los agregados culturales de los países involucrados continúan, como siempre, co-

brando en dólares y sin enterarse. Este desinterés nace, en muchos casos, del hecho de que tales agregados evidentemente lo son por razones políticas. El Chile de la democracia pensó en Neruda y la Mistral. Así como De Gaulle pensó en Malraux y México en Carlos Fuentes y Octavio Paz. Pero he oído decir que las comparaciones son odiosas.

Ahora me pregunto, ¿qué va a pasar o qué está pasando en Hispanoamérica conmemorando el cuarto siglo del nacimiento de Quevedo? Allí el pueblo llano sólo conoce chistes obscenos atribuidos a este hombre genial. En cada uno de los países unidos por el mismo idioma, ¿qué harán embajadores, universidades y agregados para que renazca o simplemente comience la familiaridad con la obra de Quevedo? Leo que se van a imprimir unos cien mil ejemplares de sus libros o de buena parte de ellos. Y va de preguntas: ¿cuántos miles serán enviados a Hispanoamérica?

A esta altura veo que lo malo, lo peligroso es que estoy escribiendo en Madrid. El probable lector americano puede pensar que echo todas las culpas a España. Sería bueno saber qué han hecho, qué están haciendo ellos, los de América, para cumplir el intento histórico —y no me asusta la palabra— de llenar el vacío que nos separa en materia cultural.

Como principio y consejo es útil recordar que los buenos libros de mi ultramar han tenido verdadera repercusión mundial cuando fueron publicados en España. Es inútil citar libros y autores porque todos sabemos, y lo sé, que estoy diciendo una verdad palpable aunque ignoro dónde es aconsejable palpar las verdades.

Pero es preferible proceder con lealtad en lugar de empeñarse en tener razón olvidando la verdad. Leo en este momento un telegrama que me dice: en un país centroamericano se organiza un homenaje a Quevedo en alguna universidad o centro cultural equivalente. En apretada multitud concurren veinte personas. Se aclara que por culpa de la lluvia la cantidad no fue superada. Pero la avaricia del telegrama no revela si se trataba de admiradores de Quevedo o de gente que buscaba guarecerse del mal tiempo.

Ahora acabo de recibir el periódico y me entero de la fecha. Sin vanidad alguna, tal vez con un dejo de tristeza, compruebo que dentro de pocos días unos veinte países confirmarán casi todo de lo que llevo escrito. Será 12 de octubre, será el día de los homenajes, de los discursos, de los plúmbeos editoriales. El Día de la Raza, el de la Madre Patria. Pero, culturalmente, seguiremos ignorando qué sucede en los aludidos países y ellos continuarán desconociendo la verdadera España, la que importa.

Septiembre de 1980

Carta a Cortázar

Después de varios intentos acepté mi congénita incapacidad para escribir críticas en materia de literatura. Terminé por decirme que escriban ellos. Y es seguro que en este número de justo —ya era imprescindible— homenaje que dedica *Cuadernos Hispanoamericanos* a Julio Cortázar habrá muchos de ellos y un alto porcentaje de estudios estructuralistas, considerando que la moda aún no ha muerto y que permite pasar momentos felices a los lectores.

De manera que sobre Julio sólo puedo escribir una carta amistosa como contribución humilde al homenaje; y una carta breve, historieta con obligadas pausas a pesar de la sinceridad mutua.

Cuando vi a Cortázar por primera vez en Buenos Aires, desconifí. No por opiniones políticas, en las que coincidíamos; no, tampoco, por una subterránea riña amorosa, de la que luego él salió triunfante en París, dejándome la resobada tristeza de una letra de tango.

Desconfié porque yo era arliano y él parecía un brillante del fin de la revista *Sur*. Había publicado, Cortázar, un libro llamado *Los reyes*, que él sigue defendiendo y yo, a esta altura, no.

Pasaron años y Cortázar, no sé si en París o Buenos Aires, publicó un libro de cuentos, varios libros, que me deslumbraron y siguen haciéndolo cada vez que los releo. Y son muchas veces. Después, sin aviso previo, apareció *Rayuela*. Ahí Cortázar se descolocaba y colocaba. Se descolocaba de la tradición novelística de nuestros países, aceptada o robada de lo que se escribía en España o Francia. Su actitud resultó escandalosa para infinitas momias, rechazo que no lo conmovió porque deliberadamente se trataba de provocarlo. Y el autor se colocaba, sin buscarlo, sin buscar nada más o menos que un entendimiento consigo mismo, al frente de una juventud

ansiosa de apartar de sí tantos plomos, de respirar un poco más de oxígeno, de entregarse con felicidad a la zona lúdica y sin respuesta satisfactoria de su propia personalidad.

Claro, Julio, que las momias lo siguen siendo —aunque a veces se desembaracen de algunas escasas vendas— y la literatura nuestra necesita muchas e imprevisibles Rayuelas.

Pero recuerdo que se trataba de una simple carta, que pisé terreno resbaloso y que me acaban de anunciar que el poseedor de más de veinte títulos encomiásticos que las legiones de cobardes y adulones acercan al patrón, poseedor además de millones de dólares robados con astucia o brutalidad, ha sufrido un leve infarto en Paraguay, la hermética.

Ahora pienso sin remedio en otra dimensión de cosas y me despido de ti con el abrazo que sabemos reiterado, aunque pasemos otros años sin vernos.

Juan C. Onetti

Septiembre 1980

P.S. Gracias por tu última carta; era tan buena, que quedé sin respuesta.

Reflexiones de un consejero

Sucedan, y con mayor frecuencia se repiten, días en que no nos inundan las ganas de trabajar. Y aclaro que sólo por in-dolencia llamo trabajar a escribir un par de páginas que creo literarias o a construir mi crónica mensual que, en realidad, me proporciona más buen humor y desahogo que las paginas aludidas.

De modo que hoy no trabajo y transfiero la posta a un recién llegado que conserva el pelo de la dehesa e intenta imitar lo que algún bondadoso de ultramar llamó mi estilo. No hay más remedio, con perdones, que escucharlo, yo, y leerlo, ustedes. Por lo menos ayuda a olvidar que cada minuto se gasta en el mundo un millón de dólares en armamentos; y, para diabólico e irónico contrapeso, cada 126 segundos muere de hambre un niño en alguna parte del mundo. Y bien sabemos que por desgracia esto no se modifica escribiendo artículos, firmando manifiestos o publicando libros. Y me olvidaba de los congresos y de la larga, inmensa teoría de los hombres de buena fe que sospechan un mundo de mañana menos repugnante que el que estamos viviendo.

Dice el recién llegado:

«En mi no desmayado amor inútil de lograr que la literatura española y la de Hispanoamérica lleguen, algún día improbable y, para mí, no visible, a unirse, por lo menos, en uno de esos idilios de que sí y de que no, entré a leer con empeño y esperanza débil un libro, una novela de nuestros días. Hombreando casticismos para mejor entender, llegué a interesarme por largas descripciones de paisajes vegetales que tal vez haya visto y adorado el autor en su tierra pero que nunca serán vistos o imaginados por mí.

»Pero el personaje tenía vida y prescindi de mis disgustos para compartir sus peripecias. Mas pasaron una veintena de

páginas y ocurrió la catástrofe, la separación o divorcio, siempre tristes o entristecedores».

Mi nuevo amigo dijo, emparedado por signos de admiración:

—¡Juanito montó en cólera!

«Suelo llevar un diablillo a mi lado que me mira vivir con escepticismo y una mueca de piadosa burla. A pesar de los pesares, que son muchos, nunca comenta, nunca interfiere ni consulta mis arrepentimientos. Pero cuando se trata de literatura sabe reír y acotar. Tal vez por eso mis libros hayan sido tan escasos.»

Ahora dijo, página veintidós:

«¿Por qué no montó en un bayo, un alazán o un tordillo?» Tal vez, aunque trasladado, siga añorando la Pampa, la de los potros bríosos que yo nunca conocí y que, según me informan, hoy está herida y cicatrizada por polvorentas formichelas de viajantes de comercio.

Luego me dice mi visitante —confío en su palabra— haber leído «voto a bríos» y me pregunta si Bríos es un candidato electoral, lo que sinceramente niego o declaro ignorar. Pero él —tú les ofreces una mano y ellos te arrancan el brazo sin trasplante posible— jura o promete haber leído que el mismo personaje, ya más maduro, repiquetea sobre la mesa y exclama (nunca dicen, ni gritan, siempre exclaman):

—Voto al chápito verde.

Aquí coincidimos; se trata sin dudas de un ecologista. El visitante quería prolongar asombros, pero logré conducirlo a mi puerta de roble macizo, historiada y con profundos escudos de época ignota.

Todo esto, verdad o mentira, está dedicado como roja señal de alarma a los sudamericanos que escriben pero no pueden publicar, ni decir ni pensar. Algunos por el simple detalle de que ya han sido suprimidos, otros por la censura o la autocensura, cosas tan conocidas años atrás en esta España, desde donde escribo. (Adivino a mis nuevos amigos escribiendo rabiosos poemas en hojillas de fumar, contrabandeados desde cárceles o vigiladas mesas de café y que ami-

darán, quién sabe por cuánto tiempo, entre los pechos de sus novias.)

Lo hago para que eviten y odien las palabras muertas, las frases que ya debieran estar enterradas.

España nos dio un idioma y demás dialectos coloquiales, algunos incorporados desde la calle, otros ahora mezclados con brillantes polvos de polilla desprendidos de libros que merecen viejo olor y amarillez.

Me despido deseando a mis desconocidos colegas del sur que aprendan a dominar el español —tal vez lo único que nos une, en definitiva— y creen nuevos giros, nuevas frases, que terminarán, ellas también, en idiotismos. Porque la vida está también hecha de palabras y no se detiene.

Noviembre de 1980

Reflexiones de un decadente

A excepción de dos o tres viejos, toda la literatura actual se me figura que no es literatura, sino algo así como una industria artesana sin otro fin que el de que la estimulen, pero sin que nadie muestre gran afición hacia los artículos que produce. Las mejores obras artesanas no pueden ser calificadas de excelentes y jamás las podemos alabar sinceramente sin ponerles algún pero. Lo mismo hay que decir de las novedades literarias que yo he leído en los últimos diez o quince años: no hay una extraordinaria y que carezca de peros. Denotan inteligencia y nobleza de espíritu, pero están escritas sin talento: o bien denotan talento y nobleza espiritual, pero no inteligencia; o, por último, encontramos talento e inteligencia, pero no nobleza de espíritu.

Todos conocemos la astucia de algunos colegas columnistas cuando se acerca, como sombra de guillotina u horca, la hora implacable en que se debe entregar el engendro: se toma un libro como tema y se declara imprescindible, para mejor comprensión del lector, una cita próxima a la media mitad de la columna.

Tal vez en mi juventud, en los momentos de ansiedad, casi angustia y rabia, cuando no hay tema ni gana, haya incurrido en la vieja treta. Pero no he abusado de ella. De modo que digo sin rubor que todo el primer párrafo, aunque haya olvidado entrecollarlo, pertenece a un querido amigo llamado Anton Chéjov.

Claro que el nombre es sospechoso, pero nada tuvo que ver con la toma del Palacio de Invierno ni con la matanza de la familia imperial. Puede asegurarse, porque murió en 1904. Escribió cuentos y obras de teatro. En general, éstas han fracasado porque Chéjov no ofrecía a público ni actores eso que se llama situaciones dramáticas, gritos, llantos, silencios estremecedores, mutis cargados de posibles venganzas. Mucho

menos, eso que denominan hasta mi aburrimiento o burla «situaciones límite».

Sus obras remían el tierno susurrar de la vida cotidiana y ordinaria, la inutilidad melancólica de los recuerdos. Tal vez, como sucede diez veces por una en el teatro, se goce más de ellas leyéndolas que viéndolas y escuchándolas. Y no estoy solo; conozco mucha gente que piensa lo mismo, pero no lo dice porque hay que estar al día. O a la noche. Lo cierto es que los teatros de Madrid se llenan, ofrezcan obras dignas o suciedades donde la grosería intenta sustituir al ingenio.

Ya escribí ingenio, ya tuvo tiempo el lector de digerir a Chéjov y soportarme a mí. Aquí viene el desafío.

Consiste en fabricarse lo que llamo un calendario secular. O supuesto, que es lo que estoy haciendo. Un calendario que comience en el horroroso principio o fin del milenio y termine hoy, 1980.

Luego se traza una línea gruesa e imaginaria que atraviese 1950, mitad del siglo. Esta línea, ateniéndose al juego, debería ser recta; pero quedan permitidas todas las sinuosidades que el trazador considere convenientes. La compasiva tolerancia viene bien en este caso. Este juego tiene algún parecido con esas máquinas (las bautizan con nombres diversos) que permiten al solitario jugar al ajedrez en intimidad. El objeto de la línea propuesta carecerá de buen éxito, estoy seguro. Pero a veces tientan las ganas de proclamar reyes desnudos y hacer modestos desafíos.

Invito al lector a atravesar la línea y examinar, en el tiempo, qué produjo el hombre artista o científico en la primera mitad del siglo. Literatura, música, artes plásticas, teatro. Por total ignorancia eludo las ciencias; sin olvidar la medicina que cada semana sabe cómo curar el cáncer; los métodos varían y son unánimes en fallar.

Ruego una simple comparación: qué hicimos, qué hizo la humanidad antes de la línea cincuenta; qué hizo luego, hasta hoy en que estoy escribiendo. Para mí el resultado de la comparación es, si no trágica, pesimista y entristecedora. Mirando objetivamente el panorama, su resultado puede concretarse, eludida la piedad y los compromisos, en sopor

melancólicamente lo que tengo por verdad; a varias grandes sucedieron grandes camelos.

Y todo indica que la decrepitud continuará y con ritmo creciente. Fuimos y comenzamos a no ser. Que los lectores busquen nombres y los coloquen, a un lado y al otro; luego reflexionen si creen que el problema —que es mundial— vale la pena. Porque a estas alturas y ante la imparabre rebelión de las masas, incapaces de respetar, deseadas de imponer la torpeza de sus gustos, no habrá, muy pronto, vallas que permitan ubicarse, aunque sea individual y temporalmente, detrás de la línea del cincuenta. Y esto tiene su justicia, ya que un hombre: un voto, actúa en el terreno de las artes.

Y para finalizar, debo explicar que la línea divisoria ha sido trazada sinuosa a propósito y con generosidad: los meritos permiten que alguien, algunos, se ubiquen en el hermoso pasado y reclamen «aquí estoy yo».

Meditando recordé un medio centenar de nombres que refuerzan lo escrito, y al pensar en ellos parece que este artículo es perogrullesco. No obstante, publico algunos peones y otros reforzados por terceros y desafío a que los disformes realicen algún movimiento que pueda poner en peligro a mi rey, que, naturalmente, soy yo mismo en esta ocasión. Ahí van:

Stravinsky, Falla, Ravel, Schönberg / Nijinski, Pavlova, Isadora Duncan / Segovia, Casals, Dinu Lipati / Armstrong, Bessie Smith / Chaplin, Barrymore, Lawrence Olivier / Sara Bernhardt, Eleonora Duse / Eisenstein, Buñuel / Bernard Shaw, Pirandello, O'Neill / Salk, Fleming, Freud, Einstein, Max Planck / Churchill, Gandhi / Le Corbusier, Gaudí / Cézanne, Picasso / Cesare Pavese, Faulkner, Joyce, Proust, Pío Baroja, Valle-Inclán, Virginia Woolf / Gabriela Mistral, Neruda, Antonio Machado, Vallejo.

La decadencia es hoy universal. Existen, creo, decenas de teorías que intentan explicar el triste e incontestable fenómeno. Yo, humildemente, creo que la causa reside en la falta de fe. No necesariamente religiosa. Nos falta fe en instituciones, en líderes, en gobiernos y doctrinas. Tampoco creemos en la bondad congénita del hombre ni en su hipotético estropicio

as *time goes by*. Claro que pienso en España; en otras partes se acostumbra devolver la fe a través del martirio.

Afirmo, basado en lo que puede leerse cada mañana al desplegar el periódico, que la caridad ya suena como ironía.

Sólo nos queda la esperanza; en un milagro, en una coincidente voluntad de comprensión y amor. Aunque surjan del miedo.

Alguien escribió o dijo que cada nube negra tiene un borde de plata. El autor la habrá visto; yo sigo mirando a través de los cristales de mi ventana, aguardando ese ansiado diseño de felicidad.

Diciembre de 1980

Reflexiones de un cinéfilo

Hace unos meses, en casa de un amigo muy querido, un director de cine me puso las manos en los hombros al despedirse y me dijo:

—No me tenga miedo. Nunca estropearé una novela suya. Yo escribo los guiones de mis películas y en caso de estropearlos lo hago con lo que es mío.

Semanas atrás leí en un importante diario bonaerense una crítica entusiasta motivada por el estreno de una película basada en la estrecha cornisa de un cuento. Sugería el crítico que se publicaran los buenos guiones para enseñanza y estímulo de aquellos que aspiran a escribirlos —en un futuro que siempre creen cercano— y también para deleite de la creciente tribu de cineastas.

Esto es sólo un principio. Los recuerdos de ambas anécdotas me traen, serpiente de verano, los consejos que leí en periódicos y revistas antes de salir de vacaciones. Los autores pensaron correctamente que, además de bronceadores y bichos inflamables, era conveniente tener en cuenta que no todo es diversión y escapismo en las playas y ondas estivales sino que además era apropiado y saludable para las neuronas —el sol se encarga del superimportante resto— llevar algunos libritos, claro está que sin obligación de atenta lectura. Alcanza con recordar nombres de autores, títulos de obras y textos de hinchadas solapas para quedar bien con el círculo, siempre sinuoso, de amigos del alma, a la hora inexorable del retorno a la ciudad y a los últimos coletazos del verano. Y a la siempre reiterada maldición del trabajo. Pero es inevitable seguir viviendo y alguien ordenó sudar para tener pan y repartirlo.

Pasando revista a las indicaciones de los magisters que hace florecer el verano, uno se encuentra con que coinciden en sabias semiórdenes. Éstas van, valores decrecientes, de Joyce —buena broma— hasta Corín Tellado —perversa broma.

Es de esperar que los veraneantes de regreso hayan tenido inteligencia suficiente para obedecer y comprar libros que quedarán intonsoos durante otoño e invierno.

Pero, como todos los libros no eméticos que me fueron aconsejados ya eran viejos y releídos, cargué con veinte poéticos de Fleuve Noir y otro que me vino de USA. El libro se llama, en benévola traducción, *Un tiempo al sol* y su autor es Tom Dardis.

Trata el libro de guionistas colocados en la meca de actores, escritores y toda una muchedumbre de ambiciosos y desperados sin actividad definible.

Hablemos con exclusiones de los que importan o me importan. Hablemos, respetando jerarquías, de William Faulkner, escritor muy, infinitamente muy por encima del lector medio norteamericano y de la opinión ciega de las Hijas de la Revolución u otra cómica asociación de señoras que decretan cuál es el libro del mes, qué deben leer sin incurrir en pecado puritano sus así protegidos compatriotas.

Y ahora volvemos a los guiones. El libro mencionado me enseñó mucho sobre las peripicias de talentos como Scott Fitzgerald, Nathanael West, James Agee y Aldous Huxley en ese paraíso del dólar que llaman Hollywood.

Comencemos por mi preferido que es, simultáneamente, el más grande de todos ellos.

Faulkner trabajó allí, con ciertas interrupciones, durante cuatro años. Hay que destacar esfuerzos en *guionar* la novela de Raymond Chandler llamada *El sueño eterno*. Durante tres meses, junto con dos colaboradores, trató desesperadamente y sin éxito de lograr una historia coherente, hasta que Howard Hawks, el director, dijo:

—Mientras haya mucha acción, no importa demasiado si el público entiende mucho o poco.

Para el triunfo de la película resultante se combinaron el protagonismo de Humphrey Bogart, la dirección de Howard Hawks y, naturalmente, el grano de arena que pudo colocar William Faulkner. La crítica lo reconoció y pudo detectar en el diálogo entre Marlowe, detective, y Sternwood, general, lo que podría haber sido una conversación entre el mis-

mo Faulkner y algún viejo coronel sudista. Y, sin embargo, William Faulkner no cambió una sola palabra del diálogo de Chandler. (Aquí es forzoso recordar el cuento de Borges titulado, según creo, *Pierre Menard, autor del Quijote*. Cierro el paréntesis advirtiendo que cito de memoria el nombre del nonato escriba francés y, mucho menos recuerdo cuál de los tres acentos lleva su apellido, debido al error de haber presentado las obras completas del proteico argentino, por el que mantengo amistad y admiración, a un amigo poco escrupuloso.)

Pero, una vez más, volvamos a los guionistas de la meca del oro, de la fábrica de sueños y otros títulos que le han sido dados a través de los años; algunos irreproducibles aunque hayan sido formulados en inglés o americano. También, Céline mediante, en francés.

Los guiones de *El sueño eterno* y *Tener y no tener* fueron los mejores trabajos que hizo William Faulkner para Hollywood. Y aceptó las leyes de los estudios, los colaboradores no deseados, las torpes críticas de los productores por una sola razón: su fracaso en conseguir dinero como derechos de autor por medio de sus libros. Es decir que el más grande escritor de su época en USA, y también en el ancho mundo, no lograba vivir de lo que escribía, no gustaba a los lectores por que la inmarcesible belleza de su obra resultaba velada por el pequeño trabajo de comprensión que exigía la lectura de sus páginas. Y para más inri los profesores de literatura consideraban que Faulkner no era muy respetuoso del idioma inglés. Afortunadamente, opino, él sentía que las licencias lo ayudaban a expresarse.

Sus primeros cuatro libros tuvieron un promedio de ventas de dos mil ejemplares. Los críticos se asombraron, se asustaron y tuvieron prisa en olvidarlo.

Por *Santuario*, su obra más vendida a causa de la violencia y la obscenidad insertas deliberadamente por su autor, que tenía el capricho de no morirse de hambre, no le produjo un céntimo porque su editor se declaró en quiebra. Algún dinero obtuvo de la horrorosa película supuestamente basada en el libro.

Luego, cuando publicó *Luz en agosto*, y no *Luz de agosto* como desaprensivamente tradujo algún editor hispanoamericano, y viendo que el libro no daba dinero, Faulkner se vio forzado a dar el sí a una propuesta de la M.G.M. Eran los grandes tiempos de esta productora: contaba con Irving Thalberg y Louis B. Mayer, los cuales tenían pretensiones de hacer un «cine cultural», siempre, como es natural, que esa loca fantasía no significara pérdidas para la empresa. Así que Faulkner tuvo que aceptar depender de sus mecenas. El destino, tal vez en respuesta de sus cartas desesperadas: le iban a rematar la casa, le iban a cortar la luz eléctrica, no podía pagar a los negros que lo servían. Una de ellas decía: «No tengo más que 60 cents en el bolsillo y ésa es la pura verdad». En esas circunstancias aceptó feliz un puesto en Hollywood: quinientos dólares semanales. Esto hizo que Faulkner comentara:

—En realidad mucho más dinero del que yo haya visto nunca. Jamás pensé que hubiera tanto dinero en todo Mississippi. Debo destacar que Faulkner no tenía amor por su trabajo y que sólo le interesaban los dólares para salvar la gran casa blanca que se había construido, dar de comer a su numerosa familia y poder continuar representando lo que siempre fue íntimamente: un caballero del Sur.

No todo marchó bien con los guiones, ya parecía costumbre que los superiores los rechazaran. Sobre diecisiete guiones que escribió, solamente dos fueron aceptados. Pero Faulkner seguía haciéndolos y en un período en que la paga se redujo a trescientos semanales supo conseguir horas y whisky para redactar el mejor de sus libros: ¡*Absalón, Absalón!*

Esto, tomado de Dardis, lo dedico a tanta gente que dice no poder escribir por falta de tiempo, por la necesidad de cumplir tareas aliterarias. Creo que un verdadero escritor, uno que nació para serlo, siempre puede robar horas para dar salida a la implacable vocación. Y no importa quién sea la víctima.

Marzo de 1981

Reflexiones de un testigo

Ya lo sabía por don Pío Baroja: con sangre no se hacen novelas, sólo morcillas. Pero sí hay escritores, y muchos y tal vez los más importantes y menos literatos, que otorgan o imponen un sitio preferencial a su labor, sintiéndola en la cúspide de su existencia personal. Y si no con sangre, a veces escriben con sacrificios dolorosos, con mutilaciones vitales.

No pretendo establecer categorías de malos y buenos escritores. Que opine el público, los que lean. Personalmente, rechazo de manera visceral obras que son elogiadas y enaltecidas a lo largo de varias generaciones; de igual modo amo y envidio libros que casi, casi han pasado inadvertidos. Es difícil definir la emoción que me llena cuando tropiezo con alguien que sintió como yo la belleza de alguna obra relegada.

Pero volvamos al sincero escriba, al que es feliz y se realiza trabajando, que siente que tal tarea no sólo agrega a su existencia sino que la integra. Y estamos lejos de un autor ideal, de una entelequia. Yo sé que los hubo y aún los hay.

Es indiferente que este escritor o escritores planee sus novelas o cuentos, se imponga quinientas palabras diarias (caso Hemingway) o ningún día sin una línea (caso Pirandello) y busque la palabra exacta, agote correcciones de estilo. También acepto —porque esto nada tiene que ver con la intención del artículo que estoy escribiendo—, también acepto, reitero, a los que hacen su obra «de un tirón» y se limitan a corregir los errores que cometió la máquina.

Terminando el libro en catorce años (Joyce) o en seis semanas (Stendhal) y satisfecho por fin el autor o superando la posdepresión, se inicia otra etapa que poco tiene de literaria. No existe para los consagrados aunque la obra concluida no pase de mediocre.

Hay que publicar el libro, convertirlo en objeto, tenerlo entre las manos. Se dirá, se dice que entonces se entra en la vani-

dad, en el poco artístico deseo de ser editado, de ver nombre y título en las tapas de la obra, de leer solapas forzosamente elogiadas. De ser alguien, aunque sea pequeño, entre amigos, parientes y esos desconocidos, alejados de nuestras vidas, cuya posible comprensión resulta siempre más reconfortante, más libre de las impurezas que contienen los juicios engolfados.

Pero quiero detenerme un poco en ese momento, a veces demasiado largo, que separa la palabra *fin* de la impresión de la obra. Creo que pocos países ofrecen tantos concursos literarios como esta España en que estoy viviendo. Como es natural, los hay de muy variado prestigio y recompensa. Recuerdo ahora a una joven poetisa de San Sebastián, o que por lo menos conocí allí, en un aula del palacio de la Magdalena donado para universidad. Me envió un libro de su autoría que había ganado en un certamen algunas pesetas y el derecho a que su obra fuera publicada. Me escribe: «Sé que este premio no tiene resonancia nacional; pero harta de promesas y postergaciones me dije que por algún lado hay que sacar la cabeza». Y ahora acaba de obtener otro premio más importante que le ha permitido el acceso a revistas literarias. Es difícil que ella lea estas líneas y también, si las leyera, que se reconozca. Me limito a profetizarle nuevos y definitivos éxitos porque tiene talento y vocación, virtudes que no están condenadas a ayuntarse.

Al hablar de éxitos literarios me atrevo a decir que los mayores, en España, son los premiados con más dinero. No sé lo que ocurre en otros países del mundo. Pero señalo que en Francia se disputa anualmente el premio fundado por los hermanos Goncourt o por el entonces sobreviviente; este premio consagra al libro favorecido y a su autor, que se convierte automáticamente en un nuevo rico merced a los derechos editoriales. Monetariamente el Goncourt no alcanza para una prudente comida en el Maxim's, si es que aún existe. Pero su prestigio es fabuloso e irresistible para el público lector gracias a su tradición y al nivel intelectual de los miembros del jurado.

Hagamos una pausa para meditar sobre cuántos libros hemos mal digerido por culpa de avisos y fajas que nos hablan

de *best-sellers*. Y no nos mentían; sólo que los gustos de los compradores de libros en países extranjeros poco tienen que ver con los míos o nuestros.

Estábamos, hace largo rato, en aquella aparentemente épica feliz en que el editor le dio el sí al autor y el libro salió de las prensas. Y digo aparentemente feliz porque más o menos pronto aparecerían las tan ansiadas críticas. Y el autor no tendrá más remedio que aceptar con humildad que le digan que su obra es inmadura, que algunos pocos aciertos son perceptibles, que el capítulo VI debería estar colocado antes del III, que los personajes carecen de corporeidad, que el libro es ininteligible, que el estilo padece carencias castizas, que las cosas no son como debieran ser y que, tal vez, en próximo intento el juicio será más bondadoso y paternal.

El autor acepta, gime y sufre sin total convencimiento. Acaso se prometa no ser tan malo en la siguiente obra, quizá acate y se dedique al bingo.

Pero Dios sabe lo que hace. Recuerdo que el bueno, el bonísimo hermano Damián quedó contagiado de la lepra que no ambicionaba suprimir sino aliviar. Ésta es la moraleja: atender a los leprosos (o simplemente enfermos de varicela, porque no quiero ser tremendista) contagia, enferma de vanidad y envidia. Ha llegado, pues, la hora de que el vapuleado, malentendido y humillado autor tome asiento en el umbral de su casa y vea pasar, tal vez con júbilo, tal vez con asombro, el fresco cadáver de quien se mostró enemigo.

Porque el crítico quedó contaminado, fue presa del virus y también él tuvo que escribir su novela, fatalmente mala, no parida por la sencilla pureza de la vocación sino por el engañoso deseo de mostrar: Así se escribe.

Abril de 1981

Reflexiones de un nostálgico

Dijo un viejo amigo que se vuelve siempre al primer amor. Afortunadamente estaba en una crisis de error o arrepentimiento. Creo que la realidad de esa frase significaría una de las más crueles interpretaciones del infierno en la Tierra. Y no sea que más allá nos esté esperando semejante horror.

Parece ritual que los primeros amores, desdeñables, platónicos y táticos, los haya inspirado una maestra de escuela que siempre daba sus clases en aula distinta de la que se nos había destinado; y así pasaban las tardes, alejados y, nosotros, sufridos. O un poco después nuestro amor inmortal se fijase en la más joven de las visitas que recibía madre.

Pero el verdadero primer amor, al que no retornaríamos nunca, ni siquiera atados, se produce, como revientan las flores en primavera, a los dieciocho años. Señalaré de paso que este Madrid tiene la virtud o el don de hacer que no haya primavera. De pronto y sin aviso la ciudad nos impondrá la tortura africana de un verano del que disparan todos los que pueden hacerlo.

Luego de estos lugares ya irrecuperables de tan comunes, vuelvo, y no por muchas líneas, a los dieciocho años. Como es comprensible, estas palabras, y las que vienen, no tienen como destino a los adolescentes que viven, disfrutan, padecen su primer amor, único e inmortal. No importa que estén enamorados: basta con que lo crean. Pasarán los años y al primero seguirán otros; el primero se irá alejando de la memoria, se hundirá en un túnel, tan distante, agrisado.

Cuando hablaba del amor dieciochesco me refería, claro está, al amor pasión. Siempre pensé y supe que tiene un máximo de dos años de duración si los amantes logran una estabilidad, un incesante verse, matrimonial o no. Y este pensamiento, esta sapiencia me fue confirmada por un amigo, médico psicoanalista, que tiene en su haber centenares de ce-

rebros remendados o convertidos para siempre en un *bric-à-brac* imposible de ordenar.

Por lo tanto, un amor pasión -que tal vez sea el único que importe en definitiva- puede durar, estremecer, pasar a idea fija durante unos setenta y dos mil días y noches de convivencia. Lo que sigue, ya dije, es ternura, alejamiento u odio.

Al no imposible reencuentro habría que dictarle límites en el tiempo. No después, por ejemplo, de que hayan pasado diez o doce años de separación y presunto olvido. De lo contrario, aquellos que atravesaron el primer amor chocarán desfallecidos, despiertos, contra celulitis, prótesis, calvicie, desmemorias y marchiteces. Vientres y papadas que no aceptan ser camuflados. Y ya no cabe buscar el tiempo perdido, se fue y arrastró. Su evocación no traerá consuelo ni obra maestra.

Y tal vez exista otra forma más triste del desengaño. Conulto a una amiga procurando el punto de vista femenino. En su curiosa sintaxis me escribe:

Lo que más me ha sorprendido al volver a encontrarme con un amor de juventud era que aún persistía, suavemente, la emoción que me había provocado algún rasgo físico -la manera de apretar los labios al tomar un té, el brillo, ahora apagado, de los ojos al reírse, el eco familiar del tono de voz al decir ciertas frases-, pero ese recuerdo meramente físico contrastaba sin piedad con la desaparición total de la atmósfera que antes rodeaba al ser amado. Todo lo que me maravillaba en ese entonces: todo lo que hacía, decía, opinaba, ahora eran palabras banales, cotidianas, y lo más angustiante era que me aburrían. Me pasma pensar que eran las mismas ideas y maneras de ser que me fascinaron, sumergieron y arrastraron a un mundo que no era mío y que había aceptado con humildad y agradecimiento. Y ahora ese pasado inexplicable sólo me ofrecía, como algo rescatado de un sueño placentero pero ya olvidado, ese apretar de labios, ese brillo apagado y ese tono de voz.

Pero hay otra posibilidad, no desdeñable por infrecuente. Puede -nos puede- suceder que la casualidad, el destino o un Gran Bromista reúna en algún lugar imprevisto a los jóvenes

enamorados de los dieciocho años. Pasó, en este caso, mucho más tiempo que en el grotesco anterior y, no se sabe por qué, la muerte les tuvo miedo. Pueden medirse, conversat, examinarse. Pero lo que perversamente les está prohibido es reconocerse. No reunirán con el oponente incógnito los recuerdos pálidos de goces difuntos, de juramentos y ansias. No se les ocurrirá jamás transformar en metáforas la imagen presente del ser que sonríe y divaga sobre el tiempo y el futuro, tan breve ahora. No recordarán que allá, en las lejanas tinieblas del ayer incorregible, aquel otro fue comparado con una flor. Y lo dijeron sin dudas.

Como es natural, basta conocer un poco a la gente, sus orígenes, su cultura para presentir que un alto porcentaje de integrantes de ancianas parejas reaccionaran:

—Nos queremos tanto o más que el primer día. Uno es cortés y acepta, aceptará en silencio esta muy probable mentira, esta confusión de buena fe. Porque yo habla de amor, del amor juvenil y su locura. Yo hablaba de los catorce años de edad de Julieta y de su monólogo en el balcón. Lo que nada tiene que ver, absolutamente nada con el insensible declive que va llevando, desde aquel primer día tan disminuido ahora por imperio del hábito, a una amistad cariñosa, en los mejores casos, a una ternura, a un agradecimiento, a una necesidad de compañía.

Junio de 1981

Reflexiones sobre la literatura nonata

Ya escribí con insistencia sobre el tema de hoy. En realidad no se trata de una reflexión, sino de una invitación para que otros reflexionen con provecho, si es posible.

Hace unos meses leí en un periódico una carta firmada por tres candorosos ángeles. Protestaban porque, según ellos, todos los otoños las editoriales publicaban obras de los mismos autores. Y porque no los libros de escritores jóvenes, desconocidos, inéditos o semi-

No hay razón para reiterar que los propietarios de una empresa editorial han puesto o arriesgado su dinero con la esperanza de que les rinda un interés superior al de los bonos estatales o bancarios. Hay excepciones, como en todo. Sé de editores que debieron afrontar la quiebra por el curioso capricho de publicar libros excelentes; y de otros que supearon mil veces el interés de los bonos publicando bodrios de amiguetes o de extranjeros expertos en la fabricación de *best-sellers*, con los ojos puestos en Hollywood. Hay en todas partes escritores llamados profesionales. Así como exigimos a las pobres gallinas que pongan un huevo por día, ellos se obligan a poner un libro por año.

Las quejas de los tres primeros, que supongo adolescentes, acababan de ser reforzadas por un ganador de un premio importante en un concurso de novelas. Sus palabras, tan extrañas en boca o pluma de un ganador, aportan fresca y actualidad a estas líneas:

Yo creo que el panorama literario atraviesa un momento de crisis, de vacío, en el que están haciendo el caldo gordo algunos *literatos*. Tras la eclosión que supuso en la década de los años setenta la literatura de los países latinoamericanos, ha habido un vacío que se ha tratado de rellenar con tiradas editoriales que no creo que aporten nada en absoluto a la literatura en lengua castellana. Hay un cierto

oportunismo en el que están medrando algunas figuras bastante mediocres, respaldadas por operaciones editoriales sin más objetivo que el mercantil.

Los premios literarios generalmente son utilizados como catalpa de operaciones editoriales encaminadas más a la venta que a aportar algo en el panorama literario.

Gracias a mis escasas incursiones en la grosería, ajena y mínimamente propia, puedo conjeturar las palabras que habría reiterado en círculos de amigos y parientes el feliz premiado en caso de que el jurado hubiera puesto de lado su obra. Aún no publicada; de modo que no opino sobre ella.

Hay también por aquí algunas buenas noticias. El ministerio de cultura (todavía no ha llegado el momento de que se impongan las mayúsculas) ha repartido becas entre poetas, narradores y ensayistas. El monto de estas becas no se ha hecho público, por lo menos para mí. Y esto es muy importante. Porque no es lo mismo que las tales becas ayuden a sobrevivir a un poeta mientras escribe el borrador de un soneto, consulta el diccionario de rimas, pule sus catorce líneas, reconoce y mata los malditos rípios; no es lo mismo, digo, si se trata de un ensayista que se ha propuesto redactar, por ejemplo, y no me ruboriza echar mano a un chiste apollado y famoso, un par de volúmenes titulados, teutónicamente, *Breve introducción a la psicología del elefante*.

Y veo con alegría que una o dos editoriales han resuelto publicar libros de autores jóvenes, nuevos, anónimos o casi. Además, los estudiantes de distintas universidades de provincia, aquellos escasos que aman la literatura —en muchos casos, me lo escriben, a pesar de sus profesores— mantienen vivos sus sueños y lo que creen destinos, editando «revistas» o cuadernillos impresos por ellos mismos en ciclostil o mimeógrafo.

Imagino (y deseo) que en todos los países donde haya gente que lea estas páginas existen también jóvenes pertinaces e incommovibles ante las negativas de las editoriales. Que recuerden, guardando distancias, que Gide, lector de la editorial más importante de Francia, rechazó por aburrimiento

En busca del tiempo perdido de Marcel Proust, el novelista más inteligente que ha producido el siglo. Por lo menos hasta hoy.

Me veo a mí mismo caminando las calles de Montevideo con el manuscrito de una «obra maestra» bajo el brazo. Yo tenía veinte años y en aquella prehistoria Montevideo no tenía editoriales. Mi primer libro fue impreso en el mismo papel con que se envolvían comestibles en las tiendas. Gracias a unos amigos que eran dueños de una Minerva anrediluviana. No se vendió ni un solo ejemplar.

Y ahora, el recuerdo de una historia de cotidiano horror ocurrido hace un tiempo en Norteamérica. No guardo recortes, olvidé los nombres de los personajes. Son dos, madre e hijo. Los llamaré Smith.

John Smith había escrito una novela, con sacrificios, desvelos y una fe siempre fresca. Noche tras noche, domingo tras domingo. Cuando llegó a la palabra fin, tres letras que a veces llegan demasiado pronto y otras parecen remotas, inalcanzables, juzgó su obra y la decretó buena. Entonces comenzó la caza del editor, la peregrinación incesante, las largas esperas, las devoluciones del manuscrito acompañadas de las resabidas, hipócritas palabras: «Nuestros planes editoriales se encuentran cubiertos para los dos próximos años. Lamentamos mucho...».

Pienso que los editores de todo el mundo deberían mandar imprimir tarjetas portadoras de mentira y falso consuelo administradas por una máquina incapaz de rubor. Pero tal vez esta incapacidad no sea virtud exclusiva de ordenadores, computadoras o como quieran llamarlas mañana.

No sabemos cuánto tiempo robó John a esa parte de la vida que la muy inmensa mayoría dedica a ganarse el pan con el sudor de su frente. Hay niños en este inmundo mundo que sólo dedican dos segundos de su vida para morir de hambre.

No fue el caso de Smith. En una entrevista, su madre dijo: «Se pasaba la vida escribiendo». Bella frase para una lápida. Porque hartó de rechazos, de postergaciones que tenían el infinito como límite, John Smith se pegó un tiro. Tenía veinti-

séis años. Su libro era malo para los lectores de editoriales; pero para su madre, Mary Smith, era la mejor novela que se ha escrito nunca. Entonces recogió la antorcha.

Ahora era ella la que visitaba, cuando se lo permitían, editoriales, agentes literarios; era ella la que tragaba negativas, groserías, falsedades. Pero había jurado triunfar, conseguir que la mejor novela de todos los tiempos fuera publicada y expuesta a la admiración de la humanidad. No esquivó sacrificios ni humillaciones: aún puedo recordar una fotografía suya exhibida en una gran revista norteamericana en la que aparece lavando pisos de oficinas. Y, según mi memoria, pasaron diez años hasta que una editorial, creo que de Oklahoma City, aceptó la obra.

Y aquí termina lo que pudo ser un bello cuento de hadas: El libro resultó un fracaso; ni ventas ni crítica. Tal vez fuera una buena novela. Tengamos presente que un fabricante como Mr. Robbins gana millones con cada libro mientras un genio como Faulkner es hoy y acaso para siempre casi un desconocido en su propio país.

Comprender es perdonar. Yo puedo decirlo, sin amargura, porque se publicaron dos novelas mías en USA con el lamentable fin que la de mi amigo John Smith. Q.E.P.D.

Diciembre de 1981

Reflexiones sobre leninitos

El primero que conocí era hijo de un presidente. No sorprenderá a nadie, espero con tristeza y desencanto (aunque nunca ningún político ni ninguna ideología llegaron a encantar-me), que el padre lograra envolverse el pundonoroso tórax con la banda correspondiente, gracias a lo que llamaron fraude patriótico. Por aquí se lo nombra como pucherazo. Y Nosstradamus, en interpretación de Dupont y Dubois, anuncia que algo semejante ocurrirá en el mundo antes de 1998 y al anochecer.

Este nombrado primero tiene a su favor, como práctica confirmación de su ideología, el haber sido amoratado a golpes por los muy eruditos guardespaldas que se trajo un presidente norteamericano (que cuenta con todas mis simpatías, que hubiera sido presidente de su país hasta el día de hoy si no hubiera intervenido esa aceptación unánime, dijera Borges, de lo que llamamos muerte). El primer leninito interrumpió el discurso foráneo presidencial gritando contra el imperialismo.

Su otro mérito, ahora en distinto campo del pensar y actuar, fue la publicación de un libro de cuentos excelentes, basados en los lugares más fríos de su país, lugares que bien conocía por haber vivido en ellos. Era trotskista, como todos sus iguales con preocupaciones políticas de gigantesco alcance. Y, claro, su amor era una chica judía y rubia. La cual me contó, con la discreción femenina que se remonta a Eva (que forzosamente tendría que pertenecer a alguna de las tribus semitas), que en una sobremesa, el aludido primero le confesó: «Yo voy a ser el Lenin de América».

Para lograrlo se encerró en una casona asomada a un arroyo turístico. Y dejó, lamentablemente, de escribir cuentos. Esta ausencia fue sustituida devorando todo Marx y sus miles de epígonos, exégetas, modificadores, que en tiempos ya

lejanos (tanto Proust como Einstein deberían haber estudiado con detención la velocidad asombrosa y distinta con que corre el tiempo en Francia) fueron llamados y se autobautizaron como nuevos filósofos. No me extraña; estamos en una época en que un estudiante o un historiador dedicado al tema es nombrado en la prensa como Juan Pérez, filósofo. Ignoro si ellos usan la misma palabra para calificar su profesión en pasaportes y otros documentos.

Conocí a quien obruvo, con porfía, que la profesión de su pasaporte rezara: poeta. No es del todo asombroso y risible. Poeta hubo que afirmó estar siéndolo aunque se inclinara para atar los cordones de sus zapatos.

Pero el título, siempre provisorio, de este artículo o pasajera reflexión, me impone referir a otros ejemplares de la misma especie.

En aquel tiempo, y en una gran ciudad sureña que sigo extrañando, existía una ancha avenida colonizada por españoles. Pero no eran éstos sino los más o menos indígenas quienes me proporcionaban, por la noche, interés y diversión económica. No pasaba del costo de un pocillo de café en cada una de las mesas que yo visitaba, puntual y con mala intención.

Se trataba, generalmente, de triunviratos o cuartetos cada uno instalado en su café, a una cuadra o dos de los enemigos. Todos estaban dispuestos a liquidar, palabreando o teorizando, a la maldita sociedad burguesa. Todos, los tres o cuatro grupos, se odiaban entre sí y, sin confesarlo, cada contertulio despreciaba a sus compañeros. Porque unos y otros estaban convencidos de que serían el «Lenin de América» sin posibilidad de competencia.

Parecería normal que el camino de los futuros pequeños Lenines debería consistir en adherirse al Partido Comunista y, desde allí, asaltar el poder, ocupar el sonrosado Palacio de Invierno, tan próximo a la avenida excesiva de cafés a la española. Pero no. Si llegaron a afiliarse al comunismo oficializado a través del mundo y también en aquel país, los mandamases los enviarían a pegar carteles en madrugadas inhóspitas, erizadas por celosos guardianes del orden, tan brutos como sus porras.

Porque ellos eran intelectuales, no creadores de nada, pero realmente temibles por los kilos de libros que habían leído y glosado en sus márgenes con anotaciones hechas con lápiz y algunos signos de interrogación, que tal vez señalaran dudas o discrepancias en beneficio de la posteridad.

Ya no hay que decirlo: los pequeños Vladimirov eran trotskistas, aunque nadie podría definir qué, exactamente, los amargaba con el pensamiento del *tovarich* León Bronstein.

De modo que mi pobre diversión de pobre consistía, algunas noches, en recorrer los tan burgueses soviets de la avenida hispánica y repartir con inocencia chismes y calumnias. Por ejemplo, que Fernández, profeta del soviets número uno —a mano izquierda, bajando hacia la plaza famosa—, e indudable Lenin americano, había criticado las dotes marciales del organizador del Ejército Rojo. Esto bastaba para escuchar una media hora de burlas y denuetos. Con el tercer soviets terminaban mi noche, mi desvelo, mis pocos pesos.

Pero temo aburrir usándome como personaje. Hablémos de otros leninitos. De los que instalaban en sus moradas cátedras de marxismo desviacionista. Uno en cada barrio, más o menos. Los conocí en dos países, dos capitales. Y conocí a sus discípulos. Las adolescentes eran las escuchas de más fervor y hasta llevaban libretas y tomaban apuntes de las palabras del maestro. Creo que todas derivan del *ABC del comunismo* de Bujarin. No recuerdo en qué año lo hizo asesinar la bestia de la granja, que era, sin disputa posible, el animal más igual de todas las bestias de la granja (léase *Rebelión en la granja*, de George Orwell).

Y aquí termino, aunque el tema en sí se extiende infinitamente más del espacio que me ceden.

Termino, también, por indignación y lástima. Porque los demasiados nombrados Vladimirov de América no sólo pagaban sus personales e inconfundibles interpretaciones de «lo que en verdad quiso decir Marx», sino que, de paso, y tal vez aplicando planes bien probados por la experiencia, se dedicaban, además, generosamente, a desdoncellar doncellas que habían acudido a sus clases con admiración y esperanza. Las veo con sus grandes ojos clavados en el futuro, veo sus

libros debajo del brazo y en sus caras el brillo tenue de la conciencia de que estaban contribuyendo a mejorar el mundo que no tiene remedio.

Y acaso sólo esta visión o recuerdo me hayan hecho reflexionar hoy.

Febrero de 1982

Reflexiones sobre don Fuentes

Este *remember*, este memento está muy lejos de ser una nota necrológica. El sujeto está muy vivo y cada vez que no se sabe nada de nada, mi viejo y querido amigo aparece y opina con frases rotundas y al parecer definitivas. Es de lamentar que, a veces, a las veinticuatro horas, la grosera realidad lo desmienta. Esto no conmueve a mi amigo y protector. Muy poco después reaparecerá en cualquier lado del mundo para deslumbrarnos con una nueva verdad, desleñe con frecuencia, reitero, hasta convertirse en mentira, débil premoción o, simplemente, en olvido.

A esta altura de mi prosa el corazón me dice que los lectores ignoran de quién estoy hablando, a pesar del mutilado patronímico que encabeza la reflexión.

Y, sin embargo, todos ellos, los soñados millones de ellos han leído, rozado, conocido sin recuerdo a mi amigo del alma. Ya no vacilo en mostrar el respeto merecido y llamarle señor Fuentes. Además, he querido hacer una reflexión de suspenso y ruego atención e inquietud hasta la gran sorpresa...

Mi inolvidable amigo, sin pactos diabólicos ni maldiciones sacras, parece ser inmortal y ubicuo. Pase lo que pase en política nacional o inter, ahí aparece su nombre y derivados, cada día y en todas las publicaciones de este mundo que ya no tiene un machete damocliano fluctuando sobre la coronilla sino un ramillete de bombas: atómicas, nucleares, neutrónicas, químicas, bacteriológicas, y alguna otra que todavía no fue anunciada con orgullo para demostrar y proclamar este cenit de la cultura y el amor universales. Porque está dicho que debemos amar al próximo como a uno mismo.

Pero ese resto de humanidad con el alma limpia sabe prevenir y defenderse. Ahí donde lo dejan, organiza desfiles, eleva pancartas que rezan un no a la bestialidad y el extermi-

nio. Estas protestas son puntualmente anuladas con palos, humos y gases. Es curioso enterarse de que las dos grandes potencias, ambas disfrazadas con bellas palabras que prometen felicidad eterna —a los sobrevivientes, pienso— y que están empenadas en aumentar sus dominios del terror, dispondan, de parte de sus aliados, de los llamados cuerpos «antiterroristas».

Y, oh desilusión, por ahora don Fuentes no ha dicho esta boca es mía, no ha reivindicado la propiedad intelectual de ningún plagio ni mal uso de su nombre en ninguna de las columnas de corresponsales que, con cierta frecuencia, me hacen sospechar que no aventajan en corporeidad a mi amigo acreedor.

Ya he dicho que son millones en nuestro mundo occidental los que ven diariamente a don Fuentes; lo ven y lo olvidan, pero sus palabras quedan indelebles, como verdades sagradas, en los cerebros de sus lectores. Tanto, que discutirán, reñirán y hasta pueden llegar a la guerra por alguna palabra, frase u opinión que el amigo Fuentes les haya grabado, en general sin propósito, en su lucidez. (La historia conserva ejemplos.) Es decir, que Fuentes, más o menos, dicta el pensamiento de las muchedumbres que pueblan —y a veces estorban— este mundo que ya parece condenado por los resucitados apocalipsis convertidos en *best-sellers* merced al miedo, la incultura y la carencia de seguridad que caracterizan este fin de siglo que estamos viviendo.

Popular y campechano, don Fuentes tiene muchos amigos. Prácticamente no hay día en que no lo veamos acompañado de, por lo menos, alguno de ellos. Hoy, por ejemplo, lo vemos en brillante compañía: los viejos amigos: «brilló por su ausencia» y «con brillo inusitado».

Pero somos nosotros, los que hemos tocado teclas de máquina en redacciones, los que hemos considerado que los críticos periodísticos de nuestros amos eran erróneos, los que hemos pateado calles en persecución de la nota, los que hemos sido torturados durante horas por asientos hostiles, esperando que terminara de charlar o dormir en habitación próxima y prohibida una personalidad mundial o un

lamentable imbécil que era alguien a fuerza de sumisión o parientesco.

Los que sufrimos horas de angustia porque nada teníamos para comunicar a los lectores y obtuvimos luces, paz, tranquilidad de espíritu, alivio de pobres *currantes* gracias al nunca sorpresivo advenimiento de don Fuentes... Sólo nosotros lo queremos de verdad, sólo nosotros nos reuníamos con gozo para rendirle homenaje.

Personalmente debo agradecerle su protección durante los años de guerra y ascensión peronista en que trabajé como secretario de Reuter. Londres nos tenía enterados, hora por hora, de los avances del pueblo alemán hacia su tumba de hielo. En cambio, la City estaba inquieta por Perón y su nacionalismo. Muchos millones de libras estaban aún invertidas en Argentina. De modo que la central londinense quería noticias. Hice todo lo que humana y periodísticamente era posible. Y mi cabeza secretarial fue, más de una vez, salvada por don Fuentes. Hoy quiero reiterarle mi cariño y dar a conocer su nombre verdadero y completo, retaceado entre colegas por envidia. Él sí que tiene su columna en todos los periódicos de Occidente, y no falta nunca.

Se llama «Fuentes Habitualmente Bien Informadas». Muchos apellidos, tal vez; pero ya es un nombre patricio en cualquier país que visite. Y es indudable que su inmortalidad está asegurada mientras no respiremos gases venenosos que, poco me importa, tengan invisible etiqueta de *Made in USA* o *URSS*.

Agrego que como don Fuentes no tiene la conciencia muy limpia, tampoco tiene reparos en usar nombres falsos, como cualquier delincuente. A veces miente ser Fuentes Solventes, Fuentes Crefibles, Fuentes Que Quieren Permanecer Anónimas, Fuentes Fidedignas o Confiables. Hay muchos etcéteras y cada día surgirán otros.

Pero es de justicia establecer para la historia los triunfos indiscutibles de don Fuentes, el mío, el verdadero. Cada vez que se ordenan elecciones en países gobernados por dictaduras, don Fuentes se adelanta y predice que el partido gobernante ganará con el noventa por ciento de votos. Nunca

se supo sobre el destino del otro diez por ciento. Se abstuvieron o buscaron —en desesperación— ser suicidados. O nunca existieron, como el noventa.

Y en estos casos don Fuentes siempre acertó y seguirá acertando.

Febrero de 1982

Defensor de miles de exiliados

En la muerte de Carlos Rama

Esta muerte sorpresiva de Carlos Rama obliga a recordarlo y reconocerlo como uno, o tal vez el principal, de los defensores de miles de exiliados hispanoamericanos que hoy viven o malviven en esta España que tan generosa ha sido conmigo. Rama fundó una sucursal del Pen Club, una aparente insignificancia que se llamó Pen Club Latinoamericano. Y que tuvo lugar para actuar y respirar gracias a la generosidad de Caballero Bonald y sus colegas del Pen español. Y digo insignificancia aparente porque en más de una oportunidad la Academia Real de Suecia recabó opinión al pequeño Pen Latinoamericano sobre su candidato para el premio Nobel.

Ningún exiliado, ningún lector atento podrá olvidar sus artículos publicados en *El País*. Su tema persistente y principal era el de la ayuda moral que los exiliados hispanoamericanos podían esperar, y acaso exigir, como amistosa retribución a la hospitalidad sin trabas que América ofreció a los exiliados españoles después del triunfo franquista.

Expreso, como deseo y afirmación, que la tenaz y desinteresada obra de unión entre emigrantes desamparados, algunos con acentos suramericanos, y la que persistimos en llamar Madre Patria, obra iniciada con espíritu de justicia y humildad triunfo sea continuada por nosotros los que fuimos colaboradores del afán de Carlos M. Rama.

Febrero de 1982

Reflexiones sobre Pigmalión

He leído que existe una profesión llamada de presentadores. Actúan en radio, en televisión, en salas de fiestas. Con frecuencia, anuncian: «Y ahora don José Pérez, que no necesita ser presentado». Y muchas veces don José no es conocido dentro de unas doscientas millas marinas de las cuales él es el centro. No rebasa las cariñosas fronteras de parientes, amigos y colegas de trabajo. Por eso, al relatar una entrevista, una anécdota, me permito y obligo a no hacer la presentación de uno de los personajes. Se llama George Bernard Shaw y quien no lo conozca y recuerde puede interrumpir aquí la lectura.

Pero considero imprescindible la presentación del otro. Se llama Samuel Goldwyn y alcanzó la fama mediante frases absurdas y excelentes películas. Las frases —que se dijo eran invenciones de Chaplin (¿necesita presentación?)— parecen producto de un superrealismo particular. También sus burradas.

Una vez introducido en el cine americano, un judío pobre que a los nueve años de edad escapó de su gueto polaco, que realizó una tarea astuta y tenaz porque la cúspide de Hollywood ya estaba ocupada por varios de sus correligionarios, supo moverse tan bien que sus socios debieron pagarle un millón de dólares para verse libres de él a costa de perderse su notable olfato comercial.

Entonces, sin ataduras y con dinero, empezó a moverse. Vio, deslumbrado, *El acorazado Potemkin* y corrió a pedirle a Eisenstein que le hiciera una «más o menos como ésa pero un poco más cara. Eso sí, hay que darle el papel principal a Ronald Colman, que es el muchacho que estamos empujando». La historia no recogió la respuesta de Eisenstein pero cualquiera de mis lectores puede imaginarla. Éste fue el comienzo de sus frases inmortales. Algunos ejemplares divertidos: cuando decidió separarse de la Oficina Hays, ordenó: «Inclúyanme afuera». Además hay otras: «Esta mañana tuve

una idea genial, pero no me gustó»; «Un momento: nuestras comedias no son cosa de reírse de ellas»; «Hay que agarrar al toro por los dientes»; «Ese es nuestro punto débil más fuerte». Al descubrir en jardín ajeno un reloj de sol, que se hizo explicar: «Caramba, quién sabe lo que llegarán a inventar un día». Cuando le señalaron que su esposa Frances tenía manos muy hermosas: «Sí, ya sé. Algún día mandaré hacer un busto de ellas». Tras una pelea con el director Howard Hawks, que terminó en que Hawks dio la espalda a Goldwyn y se fue a hacer una película a otra empresa: «Eso es lo malo con los directores. Siempre están mordiendo la mano que pone los huevos de oro».

El que tenga interés en conocer más frases de otro burro cargado de oro debe leer *Vías de escape*, de Graham Greene, quien tuvo que padecer a un productor de Hollywood que tal vez aventajara en torpeza al Sam, cuando se hizo una película sobre su novela *El tercer hombre*. Las hay absolutamente increíbles.

Y una noche tuvo una idea genial que sí le gustó: filmar la obra de George B. Shaw llamada *Pigmalión*. Es de todos sabido que Goldwyn pretendía imponer intérpretes, director y alterar el final. Debíó haber dicho, supongo, «mejorar».

Como todo el mundo sabe, la entrevista terminó con una frase doblemente definitiva de George B. Shaw:

—Señor Goldwyn, no podremos entendernos. Usted es un artista y yo un hombre de negocios.

Luego apareció en escena Gabriel Pascal, también deseoso de *Pigmalión*. Conversaron y se entendieron. George B. Shaw le preguntó con qué capitales contaba y Pascal confesó que no tenía un penique en sus bolsillos... «Pero con unas líneas suyas de autorización conseguire todos los millones de libras que necesite.»

Y así fue, se filmó un *Pigmalión* admirable que engendró algún lastimoso remedo. En la primera y única, el papel principal era de Leslie Howard, asesinado «por razones de guerra» con la bendición de Gran Bretaña.

Pienso en mi lector, porque me consta que tengo uno, y lo imagino preguntándose a qué viene toda esta cháchara, este

resucitar de viejas anécdotas que probablemente él conozca mejor que yo.

Me propuse prologar esto para el verdadero propósito del artículo: quiero presentar, tan sólo, una enfermedad que puedo llamar universal y a la que he decidido bautizar: se llama pigmalionismo. Si usted no la sufre mire alrededor, piense en amigos y conocidos y fatalmente encontrará un caso. En mi recuerdo, el primero que conocí fue el de la hermosa adolescente que se acercó a la mesa de taberna donde Alfredo de Musset bebía en soledad. Le dijo algo así: «Usted se está matando y yo quiero salvarlo». El poeta la miró largamente —la Sand le había agregado diez años, le había robado la belleza—, terminó su copa y repuso: «Gracias, linda. Pero has llegado tarde».

La chica quería sacar a Musset de la ruina, del lento suicidio, del enmudecimiento poético. La chica quería convertirlo, para bien, en otra persona. Estaba pigmalionizando. Y la verdad es que esto se hace siempre con buena intención.

Donde el pigmalionismo es más visible y común es en Estados Unidos. Por lo menos en Nueva York y, por mis lecturas, lo mismo ocurre en otras grandes ciudades de aquel enorme país. Como el matriarcado es allá evidente, no debe extrañar que sean las mujeres las que ejerzan de Pigmallones: frías, resueltas, bien terrestres, cumplen su tarea y vocación sin pausas. Empujando constantes a su pareja hacia el Éxito con mayúscula, hostigándola para que trepe siempre un escalón más, otro esfuerzo, hasta el elaborado infarto.

Pero también hay en todo el mundo explotadores del pigmalionismo, hombres y mujeres. Entre los primeros es interminable el número de practicantes de artes diversas hundidos en una bohemia sin gracia, y casi con un lettero en el pecho que proclama: «Genio incomprendido». Si llegaron a encontrar una mujer que sí los comprendiera y admirara... Y, aparte del apoyo moral, algo de ayuda, porque al fin y al cabo de pan vive el hombre. Aunque no sea en exclusiva.

Y también conozco varones que tras una indigestión dos-toievsiana se casaron con prostitutas. Y aclaro que me refiero a doctoradas, las de esquina o burdel.

La práctica pigmalionera es muy extensa y variada. Se necesita otro artículo, para enumerar, hacer clasificaciones. Entretanto, que trabaje el lector. Se trata de un tema que, como acostumbran decir los críticos de novelas con frase que me divierte por cónica e insignificante, «admite o exige varias lecturas». Y a veces muchísimas más; depende de la tirada.

Como ya dije, el pigmalionismo es un virus mundialmente extendido. Recuerdo un chiste publicado en una revista norteamericana. Una cavernícola sentada en la puerta de su hogar ve regresar de la caza a su barbudo macho, maza en mano y ciervo al hombro. Y le da la bienvenida, diciendo: «El hombre de la cueva de al lado trajo un animal más grande». Nunca lo dijo con gula y sólo algunas veces por envidia. Siempre su intención fue estimular, darle un empujoncito a su hombre para que trepara un poco más en aquella carrera hacia el éxito que aún no se había inventado. Pero la tan usada intuición femenina podía presentir, ver allá lejos, miles de años después. También agrego aquel tan conocido pigmalionismo que se da con preferencia entre vicepresidentes de empresas y entre directores de partidos políticos. Aquí ya no se trata de modificar la psiquis del otro, del que se antepone al avance, sino de su estado físico. Lo único a que se aspira es asistir al velatorio del hombre obsecáculo.

Y para terminar: he leído y oído que abundan las parejas que han vivido en intimidad durante muchos años y terminan tan parecidos como hermanos. Aquí el pigmalionismo consiste en que cada uno desea, consciente o no, que el otro, fatalmente se trata de otro, sea como yo. Creo que esto se va logrando, con esfuerzo sostenido de ambas partes, palabra a palabra, negativas acumuladas, discusiones y modos de pensar. Trabajo que no interrumpe el tiempo y que no renta fatiga.

El final es el infierno sin fuego de la convivencia con el otro que es uno mismo.

Por mi parte, lamento que pierdan la felicidad, para ellos inmerecida, de tener como compañía una persona distinta, con una idiosincrasia ajena y muy suya. Y, gracias al Señor, con una firme vocación que no roza la mía.

Reflexiones sobre humanidad

Comienzo estas líneas con el reproche que me nace desde los huesos y la memoria; e insiste: estoy plagiando. Tal vez se trate, en verdadera literatura, de un pecado grave pero que en nada molesta a un artículo que se proclama periódico.

Porque todos sabemos que Shakespeare robó temas sin reparar en tierras o épocas o, trasladándome a otras estatuas de la inteligencia, recuerdo a Jorge Luis Borges declarando junto a la tumba de Macedonio Fernández sus gozosos plagios de los decires y escritos de aquel hombre que nunca existió, que fue y sigue siendo una broma metafísica. En los casos citados, sin discriminaciones de importancia, los ladrones mejoraron lo robado. Como decía mi amigo inseparable Anatole France, el plagio queda justificado cuando involucra el asesinato.

Pero esta incertidumbre no suprime ni atenúa la inquietud referida al principio. Estoy sabiendo, sin pruebas, que alguien escribió, no sé cuánto tiempo antes, el artículo en que estoy trabajando. Y para mayor vergüenza, he oído muchas veces y siempre con asco y asombro la frase que me sirve de título: «Reflexiones sobre humanidad».

Si se comenta que el cajero de un banco compró un pasaje de avión para Brasil, reducto inexpugnable al parecer, y se llenó bolsillo y maletín con billetes ajenos, siempre aparece alguien de torcida semisonrisa bondadosa para interpretar: —Y bueno... Es humano. Ver cada día tanto dinero...

Es humano. Y esto puede aplicarse, y se aplica, a otras hañañas más repugnantes.

Recuerdo de improviso a Zelda Fitzgerald, una vieja amiga. En su infancia/pubertad adoraba a su padre. Cariño que fue retribuido con exageración porque Zelda era muy hermosa. Al fin y al cabo, es humano. Pero papito disfrutó sin

castigo y la niña quedó traumatada, y mientras pasaron los años, el trauma se hizo locura y fue necesario internarla.

Además, como tanto había pecado por cariño, la Divina Providencia ordenó que fuera quemada viva en el manicomio en que la encerraron. Claro que no era residente solitaria: unas trescientas locas murieron con ella. Se ignora el origen de la demencia de sus compañeras. Sospecho que se trataba de otros actos que, a fin de cuentas, eran humanos.

Éstos no pasan de dos recuerdos que llegaron sin ser llamados. Abundan los ejemplos de empresarios, en cada país donde me estén leyendo, que embaúlan algunos millones de dólares para dulcificar exilios. Y, según cuentan, se exilian confortados por compañías rubias. Esto se extiende a excelentísimos presidentes de repúblicas bananeras. Como no me atribuyo la categoría periodística de los *boys* que mandaron a la nada a un delincuente cómicamente exculpado por el amigo sucesor que él mismo eligió, suspendo por ahora el tema.

Basta, o me satisface, con abrir las páginas de mi periódico para encontrar, hasta atosigarme, hechos que, al fin y al cabo, son humanos. Pertenece al corrupto sentido de la palabra *humanidad* hoy extendido en el mundo. Pero, claro, no ha llegado todavía a mancharnos ni a mí ni a usted que me lee.

Los hay notables: un señor que asesina a su madre con una escopeta; en la historia universal de humanidades que pienso escribir queda registrado otro matricidio por causa exculpatoria: otro hijo, otra madre cruel que le sirvió fría la sopa. Es de recordar una familia unida y cristiana que aprovechó la siesta del *pater* para volarle los sesos. Tal vez se trata aquí de la simple y perdonable práctica de la eutanasia anticipada. Algún día la víctima iba a enfermarse, sufrir y morir.

Otros humanos o humanoides recorrieron aceras una mañana y se toparon con la estremecedora presencia de una mujer tumbada y agonizante. Era un peligro, tal vez se tratara de un caso de lepra, hidrofobia o catarro. De modo que todos apuraron el paso, no por cobardía o indiferencia, sino por temor de que los virus les saltaran encima como un cachorro

carinoso y luego... Dócil, humanamente, la señora murió de asfixia.

Y un recuerdo más o menos lejano: en una linda avenida o paseo un hombre, cuya identidad dudo que haya sido posible establecer, fue arrollado por un automóvil. Tuvo el capricho de quedarse quieto en el suelo y a raíz de esta provocación (era lo que llaman la hora punta), veintiocho carros pasaron por encima de lo que iba quedando. Nadie se detuvo, nadie llamó a la policía ni a la Cruz Roja o Verde.

Es que los humanos que manejaban los coches habían estado trabajando en sus oficinas. Tal vez, por contagio inevitable que pude ver personalmente, con los zapatos, pies, encima del escritorio.

De modo que era humano su deseo de llegar cuanto antes a casita, a la gorda malhumorada de siempre, a la ternura de sus hijitos. De todos modos aquel cadáver apasionado no tenía resurrección, podía ser un ex perro, un bulto olvidado. Pero me hace pensar en el alguien que, sentado en el pasto, contabilizó veintiocho, sin moverse, sin intervenir por poco que pudiera. Tal vez contara, computadora también humana, acaso esperara paciente el final de aquel ejemplo de brutalidad humana para enterarse de que el veintiocho era un número infalible para la lotería próxima.

Sin embargo todo esto es calderilla. Pasemos a las pesetas. No se conoce aún el verdadero resultado de la lucha entre argentinos e ingleses, contabilizado en vidas. Los partes de guerra o paz difieren tanto que hacen dudar. Otro aspecto humano. Por lo menos los judíos proclaman haber masacrado unos diez mil libaneses estricta y absolutamente civiles. ¿Y quién ha dudado jamás de palabras o promesas judaicas?

Por fin, antes de que llegue lo que presiento, debemos aceptar que los cuatro mil millones de vivientes que existen o subsisten o simplemente están en el planeta, molestan. En consecuencia, y como ya fue dicho, las guerras comportan salud y equilibrio con algún centenar de millones de muertos.

Para dar categoría de actualidad y cultura a este artículo, cito el caso de un noble caballero teutón que deseaba aumentar sus conocimientos mirando y oyendo mediante su televi-

sor la transmisión de un partido de este Mundial que padezco. Su mujer quería llorar gracias a una película de amor. Había un solo televisor; había una sola mujer. De modo que la *frau* fue arrojada por la ventana y aterrizó con el deseado llanto y unas cuantas sillas rotas. Así el varón pudo presenciar cómo los argentinos le daban un baile a sus compatriotas. *Über alles*. Y reflexionemos que si la tierra ha iniciado un período de brazos caídos, por algo ajeno a nuestra comprensión será. ¿A qué diablos continuar moviéndose? Segundo tras segundo atrasa, por fatiga y desencanto, la tarea que le fue impuesta tantos miles de millones de siglos atrás.

Junio de 1982

Reflexiones sobre escaleras

Nunca pude averiguar si la orden partió de Hendaya, Canarias o Salamanca. Pero la verdad es que fue obedecida. Hasta en Japón. Pero por razones de fatiga me detengo en nuestros vecinos. Y así, obedientes, los franceses inventaron sin descanso y prosiguen. Lo que no fue invención, indiscutiblemente nacional, fue adoptado y expandido a todo el mundo occidental, que lo recibió con júbilo. No se descarta la repercusión en algún continente llamado «de monos» por el malhumor de don Pío Baroja.

Y así desfilaron, en mi recuerdo y sin respeto a la cronología, romanticismo, clasicismo, expresionismo, cubismo, dadaísmo, surrealismo, existencialismo, estructuralismo. Debe haber muchos etcéteras que ignoro u olvido. Pero me llegan a la memoria la nueva novela, tan pronto marchitada, y la bien organizada *troupe* de los nuevos filósofos, padres de un innecesario bla-bla antimarxista.

Sin embargo, reconozco el talento francés que compuso la frase *esprit d'escalier*; gracias a ella escapeo del sol y comienzo este artículo.

La frase se aplicó a todos aquellos, no necesariamente franceses, que luego de una entrevista descenden escaleras —no importa que no las haya— meditando: «Si yo hubiera dicho esto, o contestado aquello». Siempre es la esperanza de que el resultado hubiera sido distinto y, casi seguro, triunfante. Esperanza ya inútil, porque la puerta del visitado está cerrada y el triste golpea peldaños, siempre bajando. Y el final es la calle, y tal vez el propósito de trepar, con menos fe, otra escalera. Y la resolución de que esta vez será dominador de las palabras y los ademanes que, infaliblemente, vencerán.

Una falsa leyenda nos dice que los miembros del jurado del premio Goncourt habitan en la planta sexta del edificio en

que viven, y sin ascensor. No se sabe si en invierno pueden darse el lujo del carbón. Pero, sigue la ya calificada leyenda, todos, o la mayoría, son lectores de grandes o pequeñas editoriales o, de alguna manera, están vinculados a ellas. En casi todos los casos, estos diez señores fueron *goucourts* años anteriores, lo que les faculta para enjuiciar obras ajenas.

Esto obliga a los candidatos al premio, o autocandidatos, a trepar y descender seis escaleras por cada juez. Lo que suma sesenta. Allí conversan, piden disculpas al maestro y mencionan, muy al pasar, su libro o librito. Y confiesan penurias, sacrificios por desenfrenado amor al arte y esperanzas de que su obra y su pequeña vida alcancen la recompensa en juego.

Y al bajar escaleras es fatal que hagan balance de la acogida que tuvieron: «Si yo le hubiera dicho, si me hubiera exhibido más humilde o más seguro». Pero ya dije que esta historia no pasa de invención. La cuento porque me divierte imaginar unas seis mil ansias trepando y bajando. Tal vez sí lo hagan gerentes o encargados de relaciones públicas de las editoriales.

Donde sucede con certeza es en las academias. Cuando uno de los inmortales se aburre de serlo y entrega su alma, se inician las visitas a los que fueron sus colegas en terrestre eternidad. Es así: cada inmortal tiene su almita y al pasar los años ellas llegan a cansar o a transformarse en malas conciencias. Y lo mejor, entonces, es el adiós. Ahora, de verdad y juro, los señores académicos deben recibir, y reciben, las muy numerosas visitas de los temerosos de la muerte que aspiran al sillón vacante y, por tanto, con la ayuda de Dios y la presión de amigos o convecinos, a ser nombrados inmortales por una gerontocracia con levitas verdes. Y tal vez con espadines de hojalata molestando la nalga izquierda.

Hecho el prólogo vuelvo a mi *esprit d'escalier*. Que yo traduzco como ingenio brillante con retraso y lo aplico, sin mucho vacilar, a todas las personas que en el mundo han sido y son.

Porque todo viviente ha cometido errores, crueldades no queridas. Todos han herido a su prójimo con una frase burlesca o colérica; todos se abstuvieron, en momentos irrecupe-

rables, de pronunciar la palabra de bondad y cariño que hubiera evitado una tristeza tal vez incurable a través de los años, tal vez mortal. Quiero decir, y recuerdo a Wilde y su balada, que es frecuente matar un amor con una sola mirada. Pero también se le mata no haciendo oír la palabra salvadora.

Siempre hay un momento en la vida que nos toma por sorpresa y nos amarga mientras descendemos escalones de tiempo. Escalones que todos sabemos adónde nos conducen. Y entonces nos asalta el recuerdo de situaciones en las que podríamos habernos portado con generosidad y no lo hicimos. A veces por cólera, otras por desidia. Y el recuerdo carga también con pecados por omisión. Lo que pudo ser dicho y no dijimos, la carta que debíamos haber escrito y fue postergada. La sonrisa que podría haber modificado nuestra vida y otra ajena.

Es posible, acaso probable, que no hayamos violado ninguno de los diez mandamientos. Pero sí el undécimo, no escrito pero que yo respeto: No humillarás.

Y, tan curiosa es la vida, en este momento estoy oyendo la voz incomparable e insustituible de la Piaf que me canta:

Je me regrette rien...

Septiembre de 1982

Apertura en un «apartheid»

Me resulta imprescindible comenzar este artículo con el recuerdo de un cuento de Andréiev, el gran escritor ruso muerto en la revolución del 17, tal vez por el pecado de ser socialista y no bolchevique.

Su grandeza literaria era dudosa para mi amigo Bergamín y mucho dedicamos a discutirla en nuestras comidas montevideanas. Todos hemos leído *Sacha Yegulef*, admirable descripción de la corrupción de una guerrilla revolucionaria que se va convirtiendo, para terrible desencanto de Sacha, en un conjunto de bandidos. Este libro inspiró un cariñoso poema a la marquesa de Foronda, entonces adolescente y muy alejada del título nobiliario.

También escribió Andréiev cuentos admirables. Uno de ellos, *El abismo*, se ha publicado muchas veces en Hispanoamérica y en España. Adecuado al lector medio porque su tema es el de una muchacha violada con reiteración. Personalmente recuerdo, sobre todos, uno que estremece por su contenido de misterio y poesía titulado *Desde la oscura lejanía*. Allí no hay lo que llamamos sucesos; y juro que no hacen falta para que este relato sea un modelo de belleza. Y no olvidemos aquella obra maestra llamada *Los siete ahorcados*. Con perdón del invariable comunista Bergamín que me está mirando desde el cielo. Él también era católico invariable y nos dejó una frase: «Soy comunista hasta la muerte, pero ni un paso más allá», que, luego de mucho buscar el elogioso adjetivo adecuado, descubrí que es, sencillamente, bergaminesca.

Pero estoy trabajando y mi buena conciencia me obliga a recordar la frase literaria del mentido discípulo de Juan de Mairena: «Lo que pasa en la calle». Lo que ocurre en las calles de un mundo cuyos pobladores han sido hechos para la ambición y la rapiña. Todos, con excepción de los que satisfagan o coincidan con la moral del posible lector.

Y este ruido de calles no demasiado lejanas me impone recordar otro cuento de Andréiev. No recuerdo el título con que lo bautizó la editorial traductora y no tengo a mano el libro. Es que, como en general la gente va perdiendo ilusiones a medida que avanza en la vida, yo he ido perdiendo bibliotecas. Pero el título no importa. Se trata de un personaje que en una de esas poco sufribles reuniones de compañeros de oficina toma unas copas y queriendo, él también, salir del anónimo declara que le gustan las negras. Asombro, incredulidad. Pero el hombre se mantiene firme; a él le gustan las negras aunque tengan el cuerpo protegido con sebo, como los esquimalés para resistir el frío de Rusia. Y como el cuento tiene que seguir, aparece en la ciudad un circo o *music hall* integrado por tres negras. En la necesidad de mantener el prestigio que le dio su mentida preferencia, el personaje se deja impulsar hasta el casamiento con la más fea, retinta y engrasada de las tres que le eran ofrecidas. Se casó con dolor, vivió también así y murió inconsolado. En vísperas de tales desgracias sus queridos amiguitos bromearon y apostaron sobre el resultado de la cruz. Alguno predecía un niño listado, de piel con alternadas franjas blancas y negras, como las cebras. Sospecho la existencia de otro que auguró un hermoso tablero de ajedrez.

Ahora me despidió de mi admirable Andréiev y de su cuento barato que la historia ha transformado en una descomunal broma o tragedia. Gracias a mi cultura periodístico-telegráfica me entero que el gran patrón surafricano, el señor Botha, cuyo origen racial desconozco, ha dado relativa vía libre a un pecado que hasta hoy era mortal en esa enorme tierra donde la negritud es explotada y hecha carne de sacrificio por la civilización de los hombres blancos. En cuanto al pecado mortal, no se paga en el infierno inventado por los colonizadores o sus mil veces tatarabuuelos, infierno que ellos no creen merecer: es mortal aquí mismo, ignoro si con ayuda de fusiles, horcas o pestes.

La brevíssima resurrección de Leónidas Andréiev fue provocada por la noticia de que los blancos, que son ridículamente menos numerosos que los negros pero tienen, y cada vez más,

ametralladoras, cañones, morteros y aviones armados, han resuelto permitir matrimonios bicolores y despenalizar los ayuntamientos de blancas con negros y de negras con blancos.

Como todas las decisiones políticas, creo indudable que esta doble apertura es resultado de presiones. Ambos colores desearon que se hicieran algunas fisuras en la segregación; tal vez la más brutal y sostenida con las mayores de las brutalidades de todas las que aún existen en el mundo. Pero esta anunciada apertura casamentera tiene su control y su limitación. Puede haber matrimonios bendecidos por las leyes sudfricanas y por algún sacerdote no se sabe de qué rito. Pero no se permite ni un poco más. El negro o la negra se casa con blanco o blanca pero debe volver a su reducción, donde se le encierra y se le trata como a un mamífero de dos patas. Y aquí se imponen muchas dudas frívolas. La pluma avanza cautelosa sobre arenas movedizas. Porque es inevitable hacer o hacerse preguntas.

Según veo, la negra o el negro son escogidos por un blanco o una blanca. Elección que me recuerda la vez que tuve que elegir un perro entre unos cincuenta que ladraban, aullaban, gemían, trepaban en las puertas de alambre pidiendo ser liberados. Las leyes que inventa e impone el presidente Botha para que Louis la Grange las haga cumplir muestran ahora esta curiosa permisividad. Negros y blancos pueden casarse pero el *apartheid*, repudiado por todo el resto del mundo, obliga al negro, macho o hembra, a vivir en la escandalosa miseria y humillación de las reducciones. Que no sólo existen en Sudáfrica.

Tal como están las cosas, parece forzoso que sean los blancos, machos o hembras, los que se acerquen a las alambradas, observen, calculen, elijan y digan, señalando con un dedo: esto. De esa manera compré mi perro.

Pero uno imagina que hasta en Sudáfrica un matrimonio implica derechos y deberes. Tal vez la mitad negra de la pareja no esté obligada a decir: «Hasta que mi muerte nos separe» y quien sabe qué Iglesia consagra y bendice a los cónyuges. Pero ¿y ahora qué?, como se preguntaba un conocido revolucionario.

Porque el matrimonio debe consumarse o no es. Tal la doctrina de la Iglesia del Vaticano. Pero si la negritud debe volver a la impuesta condición de animal encerrado, ¿cuánto tiempo de unión toleran y cuántos abrazos, diurnos o nocturnos? Tal vez ya se empleen taxibesos, *made in USA* o *Japón*. Todo grotesco como corresponde.

Y para terminar, recuerdo que Dios no es racista; tal vez nos desconcierte a veces, pero tengo pruebas de que es imparcial cuando reparte la tilingüería entre los mortales. Un blanco y un negro declaran sus convicciones ante la prensa, la radio, la televisión, es decir, ante todo el mundo. Se trata de un cantor con *voce perduta* y de un hombre que supo jugar al fútbol. Y uno, el blanco o el negro, afirma: «Me considero más intelectual que todos los intelectuales de mi país». El otro dice: «No me interesa ser diputado o senador. Me preparo para la presidencia de mi país».

Octubre de 1982

Reflexiones de un irrescatable

A diferencia de mi compatriota, el Conde de Lautréamont—de la rama legítima—, nunca hice un pacto contra las familias. Por eso pido perdón a las madres por recordarles un día que debe haber sido de espanto y que mencionaré al final. Y también ruego que se me excuse por hablar de mí mismo; como se verá, era inevitable.

Considero odioso el yo y rememoro que hace años y allá en Buenos Aires, un periódico tuvo la feliz ocurrencia de ir computando las veces en que mandatarios, padres de la patria y políticos aspirantes emplean en sus mensajes y discursos la palabra YO.

No recuerdo quién fue el ganador de esta oficiosa encuesta. Pero, según creo, ninguno de los ahudidos pensó o fue enterado de que el yoísmo es odioso. Y los contabilizados yoes llegaron a cientos o miles.

También supe de un versificador de por allá, por Tierra Caliente, que no sólo padecía adicción irrefrenable al yoísmo sino que, cada vez que pronunciaba la bendita palabra, se golpeaba el pecho con el índice para evitar que algún despiestado no comprendiera que él hablaba de él, que él elogiaba a él. Y tan popular y graciosa llegó a ser esta costumbre que un caricaturista lo representó con el pecho atravesado por el dedo, que sobresalía por la espalda.

De modo que, advertido, reniego en forma transitoria del yo y evoco la figura de un niño perdido e irrescatable que, casualmente, llevaba mi mismo nombre.

La infancia amorosa de aquel niño fue muy desdichada. No porque se enamoraba en vano de alguna compañera de clase, sino porque le fue imposible amar a ninguna de las maestras que le tocaron en suerte. Más tarde conoció que en alguna parte existían maestras jóvenes, bienhumoradas, esbeltas, que recibían con sonrisas manzanas obsequiadas por

niños de amor a primera vista. O por alumnos adulones que, camino del colegio, habían frotado y refrotado la fruta en una manga hasta darle un aspecto incombible de cera.

Pero el niño homónimo no fue afortunado. En el recuerdo sus maestras sucesivas parecían elegidas para que odiase el colegio. Ahora, tan tarde, llegó el momento de una venganza que ya no puede herir a nadie. Las inventó hirsutas, pre-desodorantes, con caras caballunas, mal engordadas, solteronas, no bastante queridas. Y mi indignación casi lacrimosa de ofensa y vejación me hacía llorar de rabia y ofensa cuando las oía decir o imponer sus carteles floreados que supon-go llamarían arte: «La escuela es tu segundo hogar». Y, para colmo: «La maestra es tu segunda madre».

Terminadas las clases aquel niño tenía una agrídulce comprensión. (Un par de años antes de que aparecieran los carteles de desafío clavados en el plátano agonizante del terreno casi baldío. Los carteles variaban: «Llevamos pelota, lleven cancha» o «Piedrahita después de la matiné». Porque ninguno de nosotros o del barrio rival era capaz de perderse las reiteradas muertes inminentes de «Perla Güite» en la matiné de las tardes.)

Pero antes que fútbol y guerrillas había que enfrentar los corros infantiles, tal vez los mismos que inspiraron a Antonio Machado uno de sus poemas más tristes. Con lo que aventajó a lo que en Neruda fue propósito declarado y cumplido.

De las canciones infantiles de las que aquel niño participó con poca vergüenza se pueden extraer, memorizar fragmentos de los cuales un rezagado poeta surrealista podría componer un poema. Ahí recuerdo y cedo generosamente retazos no olvidados: primero está el Gran Rey de Borgoña, reciente aguataador de todas las quejas de la humanidad; después tenemos pastorcillos descorteses; un capitán ascendido *íproso facto* a coronel sin necesidad de campañas gloriosas; una señora que ofrece la mejor de sus hijas, no por tercera sino por inescrutables razones poéticas; también hubo la conjunción de una rosa y un clavel. Y, para terminar con este párrafo, existió un andelito de oro del que dieron fe un sen-

cillo y un marqués. Agregó que jamás pude averiguar qué era un «andelito». Ningún memorioso, ningún diccionario me lo aclaran. Pero su metal era valioso.

Pero el caso es que el escuálido cínico de las rondas siempre se enamoraba de la última amiga de su hermana —era un barrio de muchas mudanzas y su pequeña hermana hacía de mensajera del amor y siempre regresaba con respuestas negativas, de esas que llaman de subido tono.

Y todo esto, lector paciente, como abusivo prólogo de la alegría que me invadió cuando abriendo mi periódico me encontré con un titular que decía: «Un millón de niños no irán hoy al colegio».

Se trataba de una huelga de los empresarios dueños del transporte escolar. Asunto de pesetas, asunto maloliente y que no me interesa. Lo que sí importa, para mí y tal vez para otros que no hayan perdido en el viaje por los años los fragmentos, rebabas de infancia que a veces persisten, la alegría que produce esta millonada de niños que, sin aviso, se encontraron un día sin escuela, sin deberes, sin obediencias, sin maestras. No es poco sentir por sorpresa un millón de alegrías dentro del pecho.

Marzo de 1983

Reflexiones de un supersticioso (I)

Con licencia de mi amigo Chester Himes, invento la ansiedad y el miedo de cuatro negros acurrucados en algún barracón abandonado de Harlem. Están jugándose sus céntimos a los dados y, como sucede siempre, unos ganan y otros no.

Agrego que los cuatro —pueden ser seis— negros, cuando les llega el turno de arrojar los dados se ensalivan las manos y dan un beso a la pata de conejo, más o menos conservada, que llevan en el bolsillo posterior, allí donde preferirían tener una pistola destinada a los «cerdos».

Pero ninguno de los perdedores atribuía la mala suerte a la pata cartilaginosa del difunto conejo. Tal vez porque era viernes no habla funcionado; o porque quemaba el sol, o porque amenazaba lluvia. Lo que nos saca de Harlem y nos lleva al Hemingway de su juventud, pobreza, y a veces hambre, de París.

Este salto no tiene nada de sorprendente. Cuando París era una fiesta, Hemingway buscaba un café abrigado y allí escribía sus cuentos —siempre rechazados— con una pata de conejo en el bolsillo.

Y ahora viene otra superstición y también Hemingway. En una parte de su libro parisense cuenta: «Siempre estamos de suerte, dije, y como un necio no toqué madera».

Para mí es difícil, imposible rastrear el origen de esta superstición. Imagino un náufrago buscando una viga que lo mantenga a flote; imagino a alguien buscando madera para pisar durante una tormenta eléctrica. Pero todo esto es muy vago; lo positivo son los graciosos que ante una posibilidad de peligro se golpean la frente y dicen «toco madera». Y casi siempre es verdad.

De inmediato me asaltan niños ingleses. Tal vez sean lo más simpático de este artículo. Ni los párrocos ni los padres lectores de biblias vendidas por las iglesias anglicanas, vic-

torianas, pudieron nada contra esta costumbre o rito transformado en convicción. Si un niño es acusado de haber roto un vidrio con un admirable golpe de pelota y debe afrontar a un maestro con bonete y palmeta, puede negar y mentir. Siempre que mantenga escondida en la solapa una mano con dedos cruzados. Así no tiene valor la mentira, y tampoco el pecado, y este niño no irá al infierno.

Ahora estoy arrepentido de haber elegido este tema. Busqué en libros, consulté con amigos y el resultado podría formar una pequeña guía telefónica.

Pero prosigo. Del niño estafador del destino pego un salto enorme y aterrizo en Dostoievski. Se perdona porque él entendía mucho de adolescentes. Y su hijo Stavroguin, de niñas.

A esta altura recomiendo la lectura de un libro muy poco difundido, escrito por la viuda de Dostoievski y que se titula *Dostoievski en la ruleta*. Quizás sea el libro más dostoievskiano que se haya publicado. Contiene anécdotas del genio ruso en Baden-Baden que chocan como increíbles. Las dejo de lado y recuerdo una. Fedor, como todo el mundo, poseía una martingala infalible para vencer a la ruleta. En una ocasión perdió todo el dinero que llevaba para pagar la habitación y comida. «Derrotado siempre mas vencido nunca», corrió hasta el hotel y con lágrimas y de rodillas pidió a su mujer que le «prestara» las joyas que ella había heredado de su madre o de su abuela. No recuerdo si lo consiguió. Pero sí que dijo: «El método no falla. Iba ganando hasta que se puso a mi lado un inglés con un perfume insoportable. Y entonces me vino la mala suerte».

Porque la mala suerte es con frecuencia otra forma de la superstición. Pero este reverso merece un aparte.

La tradición —cuántas mentiras se dicen en su nombre— nos informa que volcar sal en la mesa durante una comida es preanuncio grave. Se la combate arrojando algunos granos salinos por encima del hombro izquierdo, sin mirar a quién le cae.

Esta superstición proviene de la última cena y de que fue Judas, el besador, quien volcó el salero. Estaba nervioso de alegría por haber cobrado ya los treinta dineros o por la expectativa de cobrarlos. Entretanto era feliz manducando y

bebiendo en compañía de Nuestro Señor y once colegas en apostolado. Lo que suma trece comensales; de donde viene y perdura otra tradición: nunca trece alrededor de una mesa. Y ésta es fuerte. Hay personas que preferirían pasar hambre antes que completar el número trece en una comida. Hay personas que descubren, a la hora del aperitivo, la ausencia del número catorce. Entonces la anfitriona se dedica a fatigar teléfonos buscando desesperada, pero con esperanzas, un catorce. Ocurre —ya empieza la mala suerte— que los posibles catorce ya no están en sus casas o tengan los llamados compromisos ineludibles. Y la cena, avisan desde la cocina, está a punto. Felizmente la espantosa perspectiva de ser trece se soluciona *in extremis* con la aparición de un catorce. Y he leído o escuchado que alguna vez el catorce fue producto de la calle, algún señor bien vestido que regresaba de la oficina a su casa y cuya conquista se debió a sonrisas y súplicas de la anfitriona, ayudadas por el delicioso aroma de los *tourneados* que comenzaba a filtrarse hasta la calle.

Y, ya que hablo de comidas, contaré una superstición que no sólo se basa en el temor sino también en la tristeza. En un pueblito de Milán fui testigo de esta curiosidad. Para protegerse de nuevas desdichas que pueda traer el mes próximo, es necesario comer, el día veintinueve, veintinueve ñoquis. Pero hay que colocar un billete de banco, el valor no importa, debajo del plato. Entonces junio será propicio.

El tema no muestra síntomas de acabar. Si no abundan las protestas escribiré sobre otras supersticiones. Y a éstas pueden agregarse las muy personales, numerosas e inconfesadas, de quien lea estas líneas.

Junio de 1983

Reflexiones de un supersticioso (II)

Imposible reducir el tema a mi anterior artículo. Hoy mismo, el más soportable de mis compañeros de oficina me dijo: —Fui a renovar el vale y me dijeron que no. Hablé por teléfono con Carmenchu y me dijo que hoy no. Aposté por el Madrid y ya sabes el resultado. No hay otra explicación: es que me he levantado con el pie izquierdo. Si no, es el mal fario.

Mi vieja enciclopedia me dice que la imprudencia, tal vez deliberada, del pie izquierdo puede corregirse cinéndonse el tobillo, también izquierdo, con una cinta de seda que impedirá la maldita intención de adelantarse cuando suene el despertador. La cinta respetará los sexos y será rosa o celeste. Atada a un barrote de la cama. Cuando las camas tenían barrotos. Pero en lo que se refiere al mal fario, diré que lo ignoro todo y que, por si acaso, ya estoy arrepentido de haberlo nombrado. Pero tengo la superstición de que es mala señal abandonar las supersticiones, de modo que regreso. Dramáticamente.

Para respetar jetarquías, comienzo con el César de Thornton Wilder. Camino al Senado, a la traición y a la muerte, y que finge creer en los augurios de un destripador de aves. Todos los grandes de esta tierra condenada han tenido o tienen un destripador número uno que les muestra el porvenir adelantado por entrañas de palomas u otros animales. Lo que da categoría a estos futurólogos, lo que los une es que no aciertan nunca.

Descendiendo velozmente y sin escrúpulos me encuentro con el ejecutivo que retorna al hogar o con su hija dilecta que vuelve de piano o solfeo. Ambos se descubren, arrojan el sombrero encima de una cama o sofacama. Y aquí se inician los gritos de madres, tías, visitas de respeto.

Los culpables retiran apresurados sus bonetes, purificados por persignaciones y cuernitos napolitanos. No se sienten

bienvenidos y bajan a respirar los aires callejeros. Pero, aun que lo crean, no están libres.

Porque la calle, por ahora, no ofrece refugios para estos heterodoxos. Algún día, acaso, los ofrezca contra bombas nucleares, antinervios o como sean. Refugios, si dan tiempo, para gobernantes y supermillionarios. No sé bien por qué esto me recuerda *La balsa de la Medusa*. Pero sigamos. La calle no protege de las supersticiones. Es posible que se nos cruce un gato negro. ¿Pero en qué dirección? Porque los supersticólogos que he consultado sostienen con furia teorías contradictorias. Algunos afirman que si la bestezuela camina de izquierda a derecha, mala suerte; otros opinan que el significado es totalmente opuesto. Y hay quien jura que el paseo gatuno nada quiere decir. El animal tiene una natural falta de ambiciones políticas y puede pasarse sin escándalo de un lado a otro.

(Claro que el adjetivo «pobre gato» que suelen aplicar en todo el mundo unos políticos a otros no debe ser tomado al pie de la letra. Me recuerda la tendencia de partidarios a zoologizar gobernantes; por ejemplo: a Clemenceau le decían el Tigre y los incondicionales de Fidel Castro lo mencionan como el Caballo.) Pero ya estamos en la calle (tocamos madre) y debemos continuar. Y ni siquiera hay protección contra augurios religiosos. Nada importa que el peatón sea católico, protestante o testigo de Jehová. Porque puede ver que avanza o se aleja un tercio de curas: si lo ve de frente, albricias, buena suerte para todo el día; pero si lo ve de espaldas lo aconsejable es retornar al hogar, meterse en cama, no recibir visitas y leer algún novelón de esos abundantes y cuya maldad permanece inmune a todo derroche publicitario. Se aclara que es indiferente que los sacerdotes sean pre o posconciliares.

Ahora, increíble y felizmente viene a prestarme ayuda la gripe. Nadie sabe si su vanguardia está formada por bacilos B1, o 2, o 3. Nadie sabe tampoco cómo curarla. Pero sus incultables y molestos síntomas son resfrió, toses y estornudos. Esto me impone el recuerdo de una muy vieja superstición cuyo origen debe ser español: si usted estornuda y no le dicen «¡Jesús» tres veces, la muerte se aproxima. El único consuelo

que ofrece esta sentencia de muerte por soledad o ignorancia o indiferencia es que no determina el plazo de cumplimiento. Pero los más afamados de los supersticólogos coinciden en afirmar que más tarde o más temprano el estornudador abandonado sucumbirá a la condena.

Paso a hablar de las novias, tema simpático, palabra que siempre acarrea alguna nostalgia. Se sabe que para la luna de miel deben llevar algo nuevo, algo azul y algo viejo, pero no demasiado. Antes, en la iglesia, mientras es bendecido su matrimonio, lucirán un vestido de inmaculada blancura fortalecida por un adecuado despliegue de azahares. Estos azahares me recuerdan los adjetivos desparrramados sin tino en las malas novelas para robustecer la creencia y fe de quien está leyendo.

Y es ley que el futuro marido no la vea durante las veinticuatro horas que anteceden a la ceremonia, retardando también la contemplación del vestido hasta el momento mismo de la claudicación. Se sabe de imprudentes que curiosearon y admiraron el cándido lirio, la novia y su vestimenta antes de arrodillarse haciendo manitas al pie del altar. Y así les fue; que la curiosidad mató al gato, y Peeper manchó con su mirada la heroica, generosa desnudez de Lady Godiva.

Pero, como contrasta, la historia abunda en novios tan excesivamente supersticiosos que jamás aparecieron por la iglesia, convirtiéndose en delgado humo, supongo, allá por tierras ignotas.

Son incontables, por numerosas e increíbles, las supersticiones de los jugadores: los que se juegan, más o menos, la vida en las plazas de toros, los que juegan la cantidad de huecos que componen una pierna en las canchas de fútbol, los que, directamente, se juegan el presente y porvenir en las mesas de ruleta o en una noche de póquer. No debo olvidar a Picasso recogiendo, para echarlos al fuego, los recorres de sus uñas y su pelo. No fuera a hacerle un maleficio algún mediodre colega envidioso.

Hace un tiempo conocí a un par de hermanas francesas además de lindas. Vivían en distintos domicilios pero se encontraban todos los mediodías en el mismo café. Y al reu-

nirse se besaban y su mutuo saludo era la famosa palabra *merde* que el vizconde de Cambronne dirigió al oficial inglés que le intimaba a rendirse. Me explicaron que era una vieja costumbre francesa que aseguraba buena suerte al saludado de tan curiosa manera para el resto del día.

Y con esto termino. Sin prohibirme meditar que la palabra aludida ha sido pronunciada en distintos idiomas, balbuceos o aullidos desde hace millones de años y que seguirá cumpliendo su destino de inmortalidad. Y mientras, diariamente —como yo en este instante— hay hombres en todo el mundo que escriben o graban letras infinitas y cuyo nacimiento, como sucede siempre, está condenado a la muerte y al olvido. Cambronne ha conquistado la perduración a través de los tiempos. No es aventurado suponer que sea la última palabra que suene sobre la tierra cuando se cumplan las amenazas nucleares.

Diciembre de 1983

Reflexiones sobre noticias

Estas primeras líneas las dedico a quienes hayan leído *Historia universal de la infamia*, el libro de Borges que prefiero. A quienes no, les aconsejo correr a una librería y regalarse el gozo de leer y releer sus magníficas páginas. Buen principio para año nuevo. Tal vez no importen mucho los temas o los infames que por el libro desfilan. Pero la belleza de la escritura se basta para deleitar y seducir.

En el caso de Billy the Kid, para justificar el mérito y la precocidad de este infame, Borges nos cuenta que su apellido era Harrigan y su aspecto el de una rata rojiza; que a los catorce años entró en una taberna de Nuevo México y se apoyó en el mostrador para beberse unas copas; que «entró un mexicano más que fornido, con cara de india vieja. Abundaba en un desaforado sombrero y en dos pistolas laterales. En duro inglés desea las buenas noches a todos los gringos hijos de perra que están bebiendo. Nadie recoge el desafío... una detonación retumba enseguida. El mexicano no precisa otra bala. Se adivina la apoteosis. Bill concede apretones de manos y acepta adulaciones, hurras y whisks».

Así comenzó su carrera de asesino. Mataba por matar, sólo por placer. Hasta que un día un comisario sentado en un sillón de hamaca lo bajó del caballo de un tiro.

Billy había hecho marcas en su revólver, una por cada hombre muerto, y en el momento de morir había llegado a veintiuna «sin contar mexicanos».

Lo anterior es noticia vieja: Billy murió en 1880. Otra noticia, de hoy, me hace pensar en lo que llamaré la fuerza oculta de las tradiciones. Éste, un siglo después, no es William sino, modestamente, John. Su apellido es Holloway y nada tiene, físicamente, de la difunta alimaña rojiza. Los informes que nos llegan lo describen ancho de espaldas, robusto de mandíbula y su aire es desafiante. Tiene grado de teniente

pero auguro que pronto será ascendido. Actualmente anda por las costas del Líbano en misión pacificadora junto con militares compatriotas (de él), con franceses, italianos y judíos. Todos ellos pacifican matando y tienen la bendición de la ya entristecedora ONU, cuyo nombre nuevo o sigla significa, según diplomáticos amigos que no se atreverán a desmentirme, inútil. Porque es lastimosamente cierto que cualquiera de los gobiernos que la integran y subvencionan puede cometer la barbaridad que se le ocurra y la hasta ayer llamada Organización de Naciones Unidas se encrespa y ordena «el cese del fuego». Y ya sabemos que nadie le hace caso.

Pues sí; en el Líbano se mata sin discriminar. Con preferencia a sirios y palestinos. Y de vez en cuando los acosados liquidan a sirios y soldados franceses que tal vez sean punta de lanza de una atroz colonización semejante a la que impuso París en África, si creemos en el escalofriante informe de André Gide. Vuelvo a la implacable fatalidad del atavismo que al recordar a Billy me hace pensar en el teniente John. Por supuesto el teniente ya no tiene catorce años, edad en que el mencionado inició su carrera. Ni tampoco mata por gusto sino cumpliendo órdenes. Y el sutil atavismo aflora cuando declara a un periodista que cada vez que sus *marines* logran pulverizar una plataforma bélica de sus enemigos, manda que la hazaña sea recordada mediante una franja de pintura en un costado de su barco. El día de la entrevista llevaba señaladas seis. Tal vez llegue a veintuna; pero surge un enigma: Billy desdeñaba marcar en su arma las muertes de mexicanos. ¿A quiénes desdena el teniente Johnny? Si es que lo hace.

Y, como dicen que dicen los locutores, siguen las noticias. El *Washington Post*, cuyos reporteros supieron hace un tiempo iluminar algunos recovecos sombríos y malolientes del alma humana originando un escándalo inolvidado y tal vez querido, nos hace saber ahora que al ejército norteamericano no le basta, para el improbable caso de guerras llamadas convencionales, con las bombas bacteriológicas, las de napalm, las paralizantes y tantas delicias que ignoro o no recuerdo.

Claro está que los rusos también disponen de esos juguetes aunque no los divulguen porque no ven la necesidad de

conquistar un electorado inexistente o que se compone del 99,5 por ciento que de vez en cuando es llamando a votar una lista única.

Todas las armas bestiales que ya existen y se siguen inventando y haciendo, poca tarea gloriosa tendrán después que vuele el primer cohete nuclear. Pero basta con mirar láminas de los ingeniosos aparatos de tortura que aplicaba a rajatabla la Inquisición, o pensar en la carna de Procusto, o evocar la sagrada imposición de una determinada fe a pueblos indios, que ya tenían la suya, pueblos de alta y diferente cultura que tenían numerosos dioses y respetaban sus insuperables leyendas. Para sintetizar, basta con repetir: «Mi lecho no es de rosas».

En todo el mundo, hoy, se continúa matando y torturando. Hasta existen Academias de Tortura con muchas asignaturas.

Pero hoy el *Washington Post* nos hace saber que se agregó una guinda como refinada coronación a la inmensa tarta de vileza y asco. El tan mentado y temido rayo láser ha entrado en el macabro juego; no para detener motores, como se nos dijo, sino, simplemente, para cegar ojos.

La nueva cosa procede así: los soldados de los enemigos, es decir, los malos, recibirán de los buenos un chorrillo de rayos láser que les producirá una hemorragia inmediatamente después de la liquidación del nervio óptico; la sangre cubrirá el ojo y sus resultados son para siempre jamás. Por ahora no está aprobada su aplicación porque hay pacifistas o traidores que consideraran inmoral el uso de esta arma. Pero hay quienes afirman que se trata de un arma piadosa puesto que impedirá a sus víctimas, las sobrevivientes, contemplar las desolaciones que ofrecerá el mundo «Al Día Siguiente». Esperemos para ver; o para dejar ver.

Y hasta se puede imaginar una batalla, con armas convencionales por supuesto, entre dos ejércitos de soldados, totalmente ciegos y con máscaras naturales de sangre coagulada repartiéndose sin puntería probables muertes ajenas y recibiendo la propia por capricho del azar. Lástima que murió Buñuel.

Reflexiones sobre una expectativa

Para evitar al lector choques emocionales, inicio este artículo con una metáfora que acabo de crear: un lobo con piel de cordero. No dispongo del respectivo *copyright*, de modo que me resigno desde ahora a ser plagiado. Y ya que estoy en vena agrego: que nadie se rasgue las vestiduras, novedosa imagen que tendrá el mismo triste destino que la anterior.

Aunque amigo del suspenso, condición impuesta diariamente a toda vida, conviene no abusar del sistema nervioso de los lectores y proceder de inmediato a la terrible revelación. Haré trampa con nombre, profesión y destino del protagonista: lo bautizo John Anders, lo hago ingeniero electrotécnico, le doy como origen Oklahoma City. Vive escondido, sin que ningún país se atreva a concederle derecho de asilo. Es un patriota, es el más temible revolucionario de este siglo, su cabeza tiene precio y se ha convertido en la bestia negra del Este y del Oeste.

Pero veamos por qué Anders ha elegido convertirse en delincuente prófugo. Fuentes habitualmente bien informadas, así como sedicentes amigos íntimos del criminal —que prefieren conservar su incógnito—, aventuran una explicación que considero acertada. Y ahí va.

Anders inventó un pequeño aparato que, conectado con un televisor, lo pone fuera de uso mientras dure la emisión de los espacios publicitarios. El propósito del ingeniero era noble y hasta altruista: cuando visitaba casas amigas se encontraba con que la familia, sin discriminación de sexos y edades, formaba un sólido semicírculo frente al televisor. Y que en mitad de una buena película o un concierto admirable surgía, interrumpiendo, estropeando, la llamada tanda de anuncios destinada a convencer a los incautos de que Lavalin lava más blanco que cualquier producto competidor y que el automóvil Cachila puede cubrir cientos de kilómetros con sólo una

cucharadita de gasolina. Claro es que la grosera irrupción puede producirse en cualquier episodio de la novedosa serie «muchacho conoce muchacha, muchacho pierde muchacha, muchacho reencuentra muchacha». La intrusión no obedece ningún horario aunque anhela los minutos más caros.

Entonces, los anfitriones de Anders quitaban el sonido del televisor y las siluetas movedizas cumplían su misión en silencio. De haber tenido Anders, para su desdicha, la edad suficiente, recordaría las mañanas de cine mudo y tal vez extrañara o se inventara el pianito semiescondido —maltratado por un solista fracasado que, por espiar las peripecias que mentía la pantalla, de vez en cuando se equivocaba golpeando sorpresivamente la tecla justa— con sus agudos para los pasajes alegres de la película y los graves para cuando amenazaba la mala suerte, nunca duradera. Porque aquéllos eran tiempos felices que se deslizaban, lentos pero irresistibles hacia el destino impuesto del *happy end*.

Acaso en algún momento de esos se le ocurrió la idea fatal: si es tan simple suprimir sonidos que proclamaban virtudes insuperables, ¿por qué no hacer lo mismo con las imágenes solidarias? Pero todo esto de manera mecánica, sin necesidad de apagar el televisor, sin necesidad de voluntades justamente asesinas, ni el temor de perderse la continuación del programa.

En la era pre-Thatcher la BBC, transmitía sus programas sin anuncios; se financiaba cobrando un impuesto (o tasa) a los poseedores de receptores de radio o televisión. A sus poseedores, como se entiende. Parece que el sistema funcionó bien; se pagaba de buena gana el derecho a escuchar y ver y, sobre todo, la placidez provocada por la ausencia de anuncios. Ignoro si hoy subsiste para los ingleses ese exilio de avideces comerciales. Y recuerdo con tristeza el gran fracaso de un excelente periódico que fundose y fundiose en USA. Se llamaba P.M., iniciales que continuó sin descifrar, y ya antes del número cero sus propietarios hicieron saber que no aceptarían anuncios de clase alguna, ni de la Standard Oil ni de señoras que habían extraviado un perrito en la Grand Central o en las Rocallosas.

Confíanban, incomprendiblemente, en mantener el periódico gracias a la venta y al apoyo de almas afines—es decir, accionistas suicidas. Su propósito, un muerto nonato, era existir libre de la más mínima influencia, asegurarse la independencia de toda sombra de autocensura. Pero es hora de reiterar un cariñoso R. I. P. a P. M. y volver a mis devaneos andersianos.

Acompaño y ayudo a los lectores a imaginarse las actividades del delincuente a partir del momento en que concibió su aciago proyecto cuyas consecuencias, una vez convertido en realidad, pueden superar a las producidas por la revolución industrial y la tecnológica.

Imaginemos, pues, el vía crucis que tuvo que soportar con estroicismo; tal acontece con todos los grandes creadores; Anders, el maldito. Tareas secretas, quizás nocturnas, en un desguarecido garaje, destinado a bricolaje en tiempos pasados. El hombre inclinado en su trabajo, probando y fracasando, a través de los días y las estaciones. Calores agobiantes, inviernos de hielo.

Suplicio soportado con entereza hasta el día en que también él pudo gritar—un grito sofocado—jeureka! Había logrado construir el objeto mataanuncios. Consiguió patentarlo y lo que presumía como fuente de riqueza se convirtió en catarata de desdichas.

Porque en todas partes se cuecen filtraciones y la estre-mecedora noticia llegó muy pronto a los altos *tycoons* de CBS, NBC y ABC. Los cuales, reunidos en el secreto del piso 99 de un rascacielos con ventanas sobre el Hudson, resolvieron: comprarle la patente a Anders para incinerarla o enterrarla en algún cofre de acero hasta que hablen los miles, luego las cadenas televisivas ya no tendrán ni voz ni voto. Y los *tycoons* iniciarán su agonía en lujosos refugios subterráneos.

Pero Anders no sólo se negó a vender sino que tuvo la descortesía de transformarse en humo. No se sabe dónde está, si se ha dejado crecer la barba o si eligió fugarse al Este como un Philby cualquiera. Hasta ahora no han dado buen resultado los dólares ofrecidos a los capos de la mafia o del cri-

men organizado para que ejecuten un «contrato» que finalice en esta víspera de terror que se está sufriendo.

Y el escenario de ficción que va descrito no pasa de una síntesis mezquina. Por el caos que anticipa y del que enumero, sin preferencias, lo más grave imaginable. Si el producto del genio de Anders sale a la venta y lo emplean millones de propietarios de televisores, las grandes empresas mencionadas por sus siglas comprobarán desesperadas que su alimento, los avisadores, van desapareciendo como golondrinas en invierno. Lo que significa que dejarán de ser.

Y centenares de norteamericanos perderán sus puestos de trabajo y los habitantes de USA, de costa a costa, en estado de necesidad por ausencia de droga, con impacientes minutos sobre los hombros, harán la revolución o se suicidarán como en 1929 o dedicarán sus ojos llorosos a deletrear libros, aunque sean buenos, aunque no sean *best-sellers*, aunque no hayan sido elegidos por clubes de damas como el mejor del mes. Y todo esto porque la televisión se ha convertido, con perdón de Lenin, en el verdadero opio del pueblo. Además, porque una desgracia nunca sola, alza la cabeza otro monstruo temible: el vídeo. No sé quién le puso el acento. Con el vídeo cualquier ciudadano de clase media alta puede convertir en casete el programa que más le guste de su televisor. Un partido de fútbol, una buena película. Pienso que *Casablanca* debe haber sido caseteada de manera fabulosa; y sin anuncios, sin necesidad del aparato de Anders.

Y este generalizado repudio a la publicidad ha tenido su eco en las grandes siglas. Se trata de la transmisión por cable por la instalación y luego una cuota mensual que, según leo, no pasa de 2.500 pesetas. Con este sistema es posible, durante un día entero, tener cine en su televisor o, si lo prefiere, presenciar los mejores espectáculos deportivos. Los dueños de las salas de cine han aullado su angustia y lograron una salvación salomónica. Se transmitirán por cable sólo películas de la llamada serie B—bodrío en castellano—y después de un tiempo de agonía en los cines.

Pero el problema Anders aún existe y se afirma que un japonés tuvo ocasión de echar una mirada husmeadora —consúltese a M. Giscard, reconocido experto— al aparatito. Si es verdad, pronto los nipones llenarán el mercado mundial con hijos del adminículo andersiano: buenos, bonitos y baratos.

Febrero de 1984

Reflexiones sobre Alicia

Hoy debo internarme en el tema por camino oblicuo, hollando con pie leve un terreno que los ángeles no se atreven a pisar.

Estaba leyendo esta mañana las conferencias sobre escritores que pronunció Vladimir Nabokov (y cuya lectura recomiendo con entusiasmo a quien convenga), cuando fui interrumpido por la gran noticia: el sacerdote y matemático autor llamado Lewis Carroll nunca escribió *Alicia en el País de las Maravillas*; la autora fue Su Majestad la Reina Victoria. Esta revelación estremecedora es obsequio a la Humanidad de Man David Rosenbaum, sus acólitos y una computadora.

Detrás hay una sociedad de estudios históricos, diez audaces revolucionarios y, repito, una computadora cuya marca no ha sido revelada. Amén de doce años de trabajo. Ya volveré sobre esto. Claro que ahora el tema es bien mostruoso y cualquier escriba como yo puede manipularlo a su gusto y paciencia de lectores.

La casualidad que unió mi lectura de las, gracias a Dios, respirables conferencias de Nabokov con la información sobre Man Rosenbaum debe, pido, serme perdonada porque el libro *Lolita*, que hizo célebre y rico al entomólogo Nabokov, es una glorificación del desesperado amor de un adulto por una niña. De ahí surgió la palabra *lolitismo* que tendré que emplear y manejar en estas páginas. Por otra parte, la coincidencia matinal que me hizo pasar de Nabokov a Carroll es insignificante si se la compara con el grotesco desfile de casualidades e incongruencias que contiene la mencionada novela *Lolita*. Basta recordar que el personaje narrador, el por otra parte comprensible Humbert Humbert, que aceptó la tortura del matrimonio para acercarse a Lolita, hija de su esposa, lleva un diario en el que confiesa y reitera su intenso

deseo de enviar al otro mundo a la «gorda vaca» con que está casado. Y como es natural para lectores tontos o guionistas apresurados, el diario llega a las pezuñas vacunas de la madre del calificable amor de H.H. Aquel que esté libre de Freud puede arrojar la primera piedra.

Y, claro, cuando la Aberdeen Angus se acerca a un buzón de correos para transmitir al universo las pruebas de la infamia de H.H., reaparece la casualidad en forma de un automóvil asesino y el ya nuestro y un poco cómico H.H. se apodera de las cartas delatoras en la mismísima boca voraz del buzón. Y aquí termina con felicidad la primera etapa del novelón. El resto es una peregrinación de interés geográfico por la vastedad de USA, y el final es digno de haber sido escrito por Mike Spillane.

Reconozco a Nabokov el mérito o la culpa de haber denunciado en su *Lolita* algo tan viejo como el lolitismo, amplio terreno para psiquiatras. Pero, aunque su H.H. lo proclame y padezca, no es o fue nunca un lolitero puro y sin mancha. Sería muy fácil demostrarlo.

En cambio, el amor de Carroll por las niñas queda establecido en sus propias palabras: «El impulso reverencial que uno siente ante la presencia de un espíritu que acaba de salir de las manos de Dios, sobre el cual no ha caído aún la sombra del pecado ni apenas una finísima franja de la sombra del dolor». Y luego: «Pienso que la *primera* actitud de un niño hacia el mundo es un sencillo amor por todas las cosas vivientes».

Pero pasemos. Porque la computadora de Man Rosenbaum, luego de doce años de trabajo analítico y comparativo, acaba de sentenciar: «*Alicia en el País de las Maravillas* no fue escrita por un sacerdote y matemático, sino por S.M. la Reina Victoria».

Uno de los principales argumentos dictados por la maquina es que Su Majestad subrayaba habitualmente muchas palabras en su correspondencia, cosa que Carroll se abstenía de hacer. Pero ocurre que los nuevos, tan útiles y amenazadores inventos no han logrado aún uno de sus grandes objetivos civilizadores: la muerte del libro. Porque tengo en mi

poder una biografía de Carroll-Dodgson donde se dice textualmente: «Al igual que su madre, el biografiado acostumbraba subrayar muchas palabras en su correspondencia». No convencido por la tontería doceañera de los revisionistas subsidiados por la Continental Historical Society de San Francisco y sin más ayuda que la de algunos libros y el sentido común afirmo que el autor de ese brillante desfile de absurdos y falsos milagros sólo puede ser un cerebro felizmente invadido y conquistado por el amor: el de Carroll-Dodgson, inocente precursor del vil H.H.

Al leer la abundante correspondencia que hubo entre la Reina Victoria y Alfred Tennyson, sólo encuentro de parte de Su Majestad un carácter ultraserio: nada de ñoñería ni de inventiva. Sorpresivamente nos encontramos en estas cartas con el nombre de Alicia. Pero que no se hagan ilusiones en la Continental Historical Society, porque Su Majestad se refiere a su hija, la princesa Alicia, a la que martirizó en su educación con todo el rigor victoriano que aplicó a sus numerosos hijos.

Por otra parte, S.M. Victoria, vía Disraeli, estaba totalmente inmersa en la invasión y conquista de países, barbarie más o menos, y agregar el imperio a su reino. Disraeli había logrado el poder a fuerza de abandonar la sinagoga para meterse en una iglesia cristiana y cambiar de partido varias veces. No se sabe cuál de los dioses lo protegió; el hecho es que fue recompensado con un negocio que aún lleva el nombre de Canal de Suez. Nos lo recuerda Oscar Wilde en una de sus obras teatrales: *Un marido ideal*, según creo.

Y, mientras Su Majestad guardaba luto, enferma, por la muerte de su joven marido, Carroll-Dodgson paseaba en barca con Alicia y otras amiguitas. Y fue en uno de esos atardeceres bucólicos sobre la placidez del río que Carroll improvisó, para deleite y atención de las pequeñas, el cuento de origen discutido. Juro que comenzaba así: «Érase una vez una niña llamada Alicia...». Y la niña aplaudió e hizo prometer al remero que escribiría el cuento. Este éxito determinó que aquella noche, hasta el alba, Carroll trocara el sueño por la escritura con el resultado que todos conocemos y hoy Frisco quiere birlarle.

Algún tiempo después, Carroll-Dodgson ya no era sólo sacerdote y matemático; había agregado a sus títulos el de fotógrafo aficionado. Y tan aficionado que adelgazó su pobre peculio comprando placas para retratar en cien poses a su amada Alicia. Tengo ante mis ojos una foto de Alicia semi-vestida con una camiseta andrajosa; y es una buena fotografía, y Alicia está preciosa. El retrato fue bautizado *La pequeña mendiga*. Y no sólo esto, tan disculpable, sino que hizo varios intentos para que S.A. Alberto, príncipe de Gales, se aquietara frente a su objetivo, siendo rechazado siempre. Otro artista fracasado por falta de apoyo del poder. Para superar esta frustración, Lewis Carroll se dedicó afanosamente a fotografiar niñas desnudas, lo cual era bastante común en aquella época, para el envío de tarjetas postales, y de esta manera retrató a algunas niñas de familias amigas. Hasta que, entusiasmado, solicitó permiso para hacer lo mismo con una hermanita mayor, que tenía ya más de once años. La negativa de la madre fue terminante y Lewis Carroll se mostró ofendido y suspendió sus relaciones con la familia.

Lewis Carroll era lolitero sin mácula, físicamente platonico. Pero no total. La misma levedad que rogué humildemente para mis pies al comenzar esta nota, la coloco sin vacilar en la yema de los dedos de Lewis Carroll cuando acariciaba la fresca preadolescente de las mejillas de Alicia.

Le tocó en suerte una suegra improbable que sospechó, intrigó y llegó a la prohibición abierta. Aquellos paseos en barca de Alicia, sus hermanitas y el sacerdote matemático y ahora fotógrafo no eran, decididamente, de su agrado. Nunca engaña el corazón de una madre. De modo que dictó el veto que el remero comenta en su diario con estas palabras: «Mayo 1864: durante las últimas semanas he pedido en vano permiso para llevar las niñas al río, es decir, Alicia, Edith y Rhoda, pero la señora Liddell no permite que vaya *ninguna* en el futuro; una precaución más bien superflua».

Y, para concluir, debo expresar mi extrañeza por el hecho de que ni Man David ni sus diez colaboradores ni la mismísima computadora conocieran esta muy vieja anécdota: cuando Lewis Carroll publicó su *Alicia*, hizo llegar un ejemplar a

la reina, o reina emperatriz. Y tanto le gustó a Su Majestad, que casi hizo cuestión de Estado que le enviaran en cuanto saliera de prensas el próximo libro del mismo autor. A los pocos meses le enviaron un tratado de altas matemáticas.

Adiós, Alicia; te abandono porque estoy ansioso por conocer el resultado de las elecciones que celebran en estos momentos los libres ciudadanos de la URSS. ¿Quién ganará?

Marzo de 1984

Reflexiones treintañales

Tarde en mi vida he llegado a comprender que también yo estroy asistido por el privilegio de encontrar manuscritos anónimos y bien conservados. El truco ha sido tan fatigado en tareas literarias que no podré evitar un poco de vergüenza al transcribirlo. Pero en este caso me salva la obligación de un cumplimiento. Y ahora copio adecuadamente los amarillentos pergaminos que el ignoto viajero olvidó en un arca que acaba de rematarse en la almoneda de Sotheby's en Londres.

Escribió el hombre:

Empleado en una agencia de publicidad en Buenos Aires, se me ordenó trasladarme a Montevideo para organizar una sucursal. Me fue impuesto disfrazarme de ejecutivo. Trajes, abrigo, un Stetson que aún conservo y hasta guantes de pecharí que espero todavía guarde la dama a la que finalmente acabé por regalárselos.

Mas hete aquí que divago y perdonadme. Enrabo y prosigo. Pero mis planes para trasladarme a la muy fiel y reconquistadora ciudad de Montevideo coincidieron con un ataque de malhumor del general Perón o de la Señora. Y de aquel pronto malhumorado surgió la prohibición de que se viajara entre Argentina y Uruguay.

De modo que me vi obligado a iniciar mi singladura vía Asunción del Paraguay. Y, al fin de mucho papelleo y muchas horas de viaje llegué al aeropuerto de Asunción, y al encuentro con mi hoy amigo Ovando, que abandonó su coche para darme captura. Era muy larga la fila de taxis sin taxímetro que ofrecían servicio a los viajeros supuestamente argentinos que estaban aterrizando.

Ovando me eligió, se me impuso; y ése fue su error o su acierto, como el paciente lector juzgará.

Para mi desconcierto, no fue más llegar a mi transitorio destino cuando me asaltó—tal como lo hiciera Ovando—la primera de mis sorpresas: mi casi raptor manjaba un lujoso Cadillac con enveje-

cido letreiro de «ablande» oprimiendo los pedales con desnudos, necesariamente sucios, oscuros pies.

También sorprendíome en grado sumo lo que juzgué, erróneamente, falta de respeto en el lenguaje del impuesto mecánico: «¿Dónde vamos, che, señor?», preguntó. Parecime que el «señor» se adecuaba a mi vestimenta y al mucho dinero del que yo era portador; pero el «che» entrañaba una familiaridad difícil de soportar. Mucho más luego supe que el che señor era allí, en el país tropical, costume y respeto.

En tono seco mas no agresivo respondíle que deseaba ser conducido a un hotel ni muy caro ni muy barato. Accedió en silencio y transcurrió aquella noche en cama sin chinches, bajo palio de imprescindible mosquitero.

Pero antes había combinado con el mecánico en patas que a la tarde siguiente vendría a recogerme para comprar mi pasaje aéreo.

Entonces, exento, decidí vagar por la ciudad. Y lo que fueme dado ver no es para contar porque como ya dijera un mi amigo hay sucederes cuya expresión mucho se aleja de las fuerzas de la palabra.

Quero decir, o intentar, que mis andanzas me convirtieron, al recorrer calles, plazas, tabernas, restaurantes de precio aceptable, en un hombre invisible. Era, presentí y confirmé, culpa de mi exceso al año indumentario, mi disfraz de trepador, en suma.

Y descubrí en sus calles la dulzura de un pueblo que supo, y sigue sabiendo, sin cálculo, ser ejemplarmente heroico cuando la bestialidad lo agrede.

Extenderme ya no puedo y por tal razón me atengo a un símbolo que trasuntaba cotidianidad.

Bellas mozueltas morenas convergían en la plaza central confesando largas caminatas mediante el polvo de su calzado. Sahdábanse al cruzarse con amplias sonrisas cariñosas sin mediar palabras. Tal vez no fueran necesarias. Aposentábanse luego en el atrio de la vetusta iglesia exhibiendo sin reclamos sus mercaderías: tejidos casi impalpables por su asombrosa levedad; telas de gran blancura cuyos dibujos semejaban trabajos de diestras arañas. También para ellas, las calladas ofertantes, era yo invisible, así como lo era al penetrar en tasas o casas de comida donde era trabajoso lograr ser atendido a pesar de mi engañosa vestimenta de rico hombre. El sonar de mis

pasos hacía nacer el silencio o provocaba que las conversaciones en idioma español derivaran a una lengua por mí desconocida.

Así que enfrenté, al día siguiente, separado por pulido mostrador, a una rubia muchacha indudablemente importada. Expuse mis deseos así como mi pasaporte y maniobré con el rollo de billetes que se me había confiado a fin de obtener mi pasaje. A todo esto Ovan-do se había acercado en demasía, casi hombre con hombre. Lo cual mucho preocupome porque mi chofer era un indiazco de casi un par de metros de estatura y un ancho pecho que, calculo, doblaba la extensión del mío. Continué, exhibiendo ficticio desgarró, mi tarea de rellenar papeles que me imponía la rapaza blonda. Pero mucho barruntaba, es cierto, que planeando estuviera Ovando una *falcia-tura* de la que seríamos víctimas tanto yo como la nonata agencia montevideana.

Agotados sin tropiezo los inexorables trámites, acerqueme al portal de la ya nombrada agencia; y Ovando a mi lado con una mantenida faz de indiferencia que diputé forzada y prologal.

Recuerde el lector lo que fue diluido y olvidado en virtud de mi mala prosa. Estamos en Paraguay, la del dolor que escribiera Barrea, y más prolijamente, estamos en la ciudad capital: Asunción.

Y aquí, opino, por apropiarme al Ecuador, las tardes imponen rúas desiertas, veranos de infierno, noches de hielo. Y sus crepúsculos sólo tienen vida de minutos pues sin rosas ni amarillos el cielo se extiende en violeta intenso que muy presto muere en negra nocturna. De modo que cuando Ovando me propuso con voz cautelosa y sin mirarme: «Che, patrón, ¿caminamos unas cuadradas?», estremecíme sin revelarlo y fui hundiéndome a paso firme en la agonía violácea; a mi izquierda, cuadra tras cuadra de pendiente en descenso, la mole móvil del ya preocupante mecánico. Así recorrimos calles, casas alberas, en nuestro hasta hoy inédito viaje hacia el principio de la noche. Y debo confesar que, mientras bajábamos, más de una vez fui esclavo de violento deseo de huir de estampida. Hacerme humo, o perdiz, ahuecar el ala. Pero ¿hacia dónde ir, dónde refugiarme?

Pensamientos y silenciados temores entorpecían mi andadura cuando mi gratuito guía alzó un brazo, barrera de detención, y propuso: «¿Tomamos un vasito?». No instaba; dio por sabida mi aquiescencia.

Enfrentábamos, según me fue dado averiguar segundos después, un bar o tienda de bebestibles o como rayos se llamara. Aquel local, pequeño y casi limpio, avertaba una lobreguez de siglos con oportuna ayuda de lámparas a petróleo: una en el mostrador donde apoyaba sus manos de piedra un indio curioso y quieto; la otra colgada de los ladrillos del techo, inventando, para mis ojos, sombras y luces en el piso de tierra.

Guiado por el comprensible afán de quitarle mordiente a la situación que hartó mareante me resultaba, diome por barajar trivialidades mostrencas mientras mi acompañante, al que atribuía infonfesas y bien disimuladas intenciones delictivas, dialogaba en lengua que supuse guaraní con aquel simulacro de ídolo o dios en barro forjado que presidía la nada desde su mostrador. Fruto de aquel incomprendible y magro consenso fue una botella de caña llamada Presidente y una turbia pareja de vasos. Que no vasitos. Hicimos una pausa y catamos un sorbo. El largo y sombrío silencio de mi Virgilio quebrose como una nube hinchada y contenida que desgarrase sin aviso. Torrencial, recuerdo, así como recuerdo sus palabras que no por incomprendidas renuncio a transcribir con apoyo de mi memoria que, sin vanidad ni mendaz modestia, se conserva nítida y excelente.

-Sí -inició mi anfitrión vocacional, dándole un tinguñazo a la botella-; aquí todo es Presidente, desde que me acuerdo, todo presidente que venía duraba poco, robaba lo que le daba el tiempo, y venía otro con impaciencia y robaba su poquito hasta otro. Una serie de veinte o cuarenta, digo. Y el más simpático se nos fue con el tesoro nacional y ahí más no se supo. Pero, quería decirle, tome el vasito, che señor, que esto es gloria, decirle que cuando lo vi bajar del aeroplano que venía de Buenos Aires, del Directorio, pensé resuelto que a este porteoño lo estafo a muerte y si puedo ni los anteojos le dejo. Y tanto lujo en el vestir. Y duré convencido hasta que en la agencia medio lo empuje para espiarle el pasaporte y ahí vi que usado era oriental, uruguayo, dicen ahora. Y le digo, orientales y paraguayos somos hermanos. Porque Artigas y López luchaban por lo mismo, peleaban contra el Directorio que siempre quiso ser dueño en casa ajena. A nosotros nos tocó la gran desgracia. Tres gobiernos asesinos nos atacaron con apoyos de mentiras. Mataron sin piedad hasta que no quedó un solo hombre ni adolescente ni

adulto para manejar armas de fuego o un triste machete. Entonces era y fue cuestión de sentarse a esperar años a que los niños crecieran y se acollaran para ir lentamente haciendo de nuevo un Paraguay. Hoy lo tenemos pero no bien. Primero usaron a un país amigo para renovarnos guerra y muerte. Esto lo hicieron los gringos del petróleo y el obligado jefe enemigo era un alemán nazi y maricón. Nosotros éramos mucho más pobres en armas. Pero olvidaron que éramos guaraníes, es decir indestructibles, siempre más allá de posibles aniquilamientos. Hoy somos esclavos de otro alemán y no sabemos por cuántos años más. Yo sueño a veces, con alegría, que un enorme, incontentible ejército que formarán los miles de ahogados que fueron obligados a caer, muertos o vivos, desde los aeroplanos del nuevo nazi, o abandonados en nuestro Chaco para agonizar y morir de hambre y de sed, vendrá para liberarnos. Es un sueño por ahora, che señor, pero nunca se sabe. Ya vi su nombre; él mío es Escolástico Ovando, para servir.

Y aquí termina, para dicha común, el curioso manuscrito, extraña mezcla de distintos hablares. Lo considero mío, por lo que lo pagué en buenas libras, lo que me autoriza a dedicarlo a mis queridos amigos expulsados de su patria paraguaya y residentes hoy en Francia: Roa Bastos y Bareiro. Sin necesidad de recordarles que se cumplen en estos días treinta años de acaso la más cruel y corrupta dictadura en su añorada patria. Abrazos.

Mayo de 1984

Reflexiones culturales

Hay que aceptar las modas y hundirse en la de turno; es una buena manera de conservar anonimatos logrados a fuerza de cultivar una indolencia congénita.

He leído que en materia pictórica la moda actual exige «pintura sucia»; ignoro el significado justo de esta definición. Tal vez lo comprendan agradecidos los pintores que no puedan hacer cuadros limpios.

En literatura veo que predomina la confusión bien planeada y mantenida en muchos casos durante unas trecientas páginas que nunca nadie, ni los críticos, leerán totalmente. Se trata de genialidad solipsista.

Y en mi modesta esfera de articulista compruebo que la moda exige escribir sobre uno mismo: tanto da que el tema sea una anécdota de corta existencia o de una vivencia trascendental. Visto lo cual contaré, como principio, alguna cosa de mí. Un par de circunstancias se unieron en boda laica para que me hospedara en un palacio magnífico que fuera de Alfonso XIII.

Olvidé el título que correspondía al caballero que presidía los cursos de verano que se estaban cumpliendo allí, en una de las más bellas ciudades españolas. Por razones que, como se verá, son obvias, no doy el nombre del presidente pero recalco su condición de caballero y expreso la simpatía y el respeto que debo, debemos, a su demostrado talento. El hospedaje fue excelente; compartíamos con los jóvenes alumnos muy buenas comidas y me bastará con decir que la *suite* que nos designaron lucía en su puerta una placa, tal vez de bronce, con las palabras: Duques de Alba. El precio a pagar por todo esto hubiera sido fuente de mucha felicidad para tantos enfermos de verborrea que conozco o leo. Hasta este momento ningún equipo de científicos ha logrado aislar el terrible virus. Pero el precio que me correspondía era para mí

no sólo exorbitante sino un martirio inmisericorde. La permuta consistía en que yo diera una conferencia, con tema a mi gusto y discreción. Tarea que siempre me aterrorizó. Quedo en blanco, quedo mudo, la única seguridad posible es saber que ignoro toda cosa que pueda transmitir con mínima dignidad. Me es imposible desterrar la sospecha de que los bien educados auditores saben mucho más del asunto que estoy maltratando con sudores, carraspeos y tartamudez.

Mi ejecución estaba proyectada para las seis de la tarde del tercer día. Esto me daba tiempo para elegir algún tema que ya convertido en tópico pudiera apaciguar angustias y vergüenza. Era claro y certero titular mis palabras: «El florecimiento de la literatura norteamericana en el período de entreguerras».

Pero-Dios dispone. Y pocos minutos antes del almuerzo llegó la noticia que en un principio consideré salvadora: Iberia, su personal de aire con título de doctores o aspirantes, se había declarado en huelga y el último avión partiría hacia Madrid a las tres de la tarde. La noticia llegó a mediodía, hora en que el alumnado comenzaba a pensar en las delicias del almuerzo. De modo que la alternativa era clara, con dos ramas de imperativo categórico: o se cumplía de inmediato el espantoso rito de la conferencia o nos quedábamos como huéspedes del lujoso palacio por tiempo indeterminado. Pero flores tan bellas nunca pueden durar y en consecuencia fui suavemente impulsado a la sala de mi suplicio, casi desierta, habitada solamente por media docena de muchachas alumnas en cuyas caras se traslucía el dolor del almuerzo postergado.

Anteriormente el anfitrión me había obsequiado con un buen whisky, hermano gemelo del vasito de ron que ameniza el paseo hacia el invento de M. Guillot. Y hablé, o era un otro el que repetía nombres de USA, títulos, alguna breve anécdota que no causaba gracia ni aminoraba la impaciencia del olor o calor de multitud que yo soñaba rodeándome. Hasta que, a pesar de la ausencia que me había impuesto el otro, el de las pretensiones verborágicas, saltó un nombre así como saltó la voz del superamo ya amigo. El nombre era Faulkner, la voz pronunció su veto porque el autor mencio-

nado era un desastre manejando la lengua inglesa. Por motivo de elemental respeto me fue imposible aducir que muchos críticos habían reprochado a cierto hombre, más o menos escondido bajo el apellido Shakespeare, el uso irreverente del culto hablar isabelino para pergeñar comedias y dramas que cuatro siglos después siguen vivos en todo el mundo porque nada mejor ha sido escrito.

Ya a mi regreso a Madrid me ratifiqué leyendo una casi máxima de mi amigo Henry Miller: «Si se va a una escuela (de literatura) se vive con la ilusión de que los conocimientos hacen al artista. Es como saber escribir perfectamente en inglés. Tiene muy poca relación con el arte de escribir».

Pero la palabra Faulkner había sido pronunciada allí y escrita aquí. Tomé la resolución de agregar algunas trivialidades a los muchos miles de páginas que ha provocado su obra. Para tal tarea consideré necesario remozar y enriquecer mi cultura.

Abrió el periódico y comencé a leer. Pronto fui enterado de que: «David Mamet ha hecho posible el actual montaje escénico de *La muerte de un viajante* con que Dustin Hoffman ha resucitado, esta temporada, a Tennessee Williams». Juro que esto es *sic*. Me alegro por Tennessee cuyo espíritu andará revoloteando alegre y levemente drogado entre los rascacielos de la ciudad que supo querer y odiar. Pero es imperdonable que el corresponsal omita o ignore otro gran suceso: se montará *Un tranvía llamado deseo* para aliviar la ya larga depresión de Arthur Miller. Suprimo comentarios y adjetivos.

Culturalizado, avanzo con optimismo y veo y leo que el barón Von Thyssen adquirió en muchos millones de pesetas un cuadro de Gauguin. No hay engaño: ahí se publica una foto de la obra, que «fue pintada por Gauguin durante su primer viaje a Haití». Esto también rigurosamente *sic*.

Lo verdaderamente malo de este otro corresponsal es que también incurre en pecado de omisión. Debió hacer una fisura en nuestra ignorancia informándonos que Gauguin se trasladó a Haití invitado por S.E. el presidente Tonton Macoute.

Ya capacitado para escribir una enciclopedia, pierdo pie y desciendo al muy castizo arte taurino. Ahí me entero que la

breve serie de artículos que Hemingway escribiera para la revista *Life*, relatando desde su confesado parcial punto de vista un famoso mano a mano entre dos diestros, que, cuando yo la leí, se titulaba *A Dangerous Summer*, ahora se llama *Un verano sangriento*.

Y todas estas delicias las disfruté sin esfuerzo, sentado en la cama, en el mismo periódico, en el mismo domingo.

Al fin y al cabo algo aprendí. Ahora sí que creo tener cultura suficiente para divagar sobre Faulkner. Pero es evidente que carezco de espacio y por elemental cortesía no quiero abusar de mi hipotético lector. Ya comencé a escribir otro artículo y ojalá me sea posible no treparme por las ramas y rechazar todo tema que se aparte del gran Billy.

Junio de 1984

Quijano era «Marcha»

Madrid. La primera vez que vi a Quijano fue en su despacho de abogado mientras planeábamos la salida de *Marcha*. Era a principios del año 1939, después de las vergüenzas de Munnich y del Comité de no Intervención. La última vez fue en la cárcel, hermanados por una acusación de pornógrafos.

Como bien saben los restantes países civilizados, el Uruguay se divide en dos: blancos y colorados. Los colores no responden a los caprichos cromáticos sino que se originan en una lucha de caudillos: don Frutos Rivera, colorado él contra don Manuel Oribe, blanco él. Del primero puedo decir, como aporte histórico, que tuvo como secretario a don Pedro Onetti, que sí sabía leer y escribir. Era mi bisabuelo, pero estas virtudes no son hereditarias. De Oribe debo destacar su manía ordenancista y el extraño prejuicio de condenar las distracciones de los dineros públicos. Si hubiera nacido en México su carrera política habría muerto al nacer. Fue también mandatario de Rosas, el tirano argentino.

Además de los dos grandes partidos fueron surgiendo, por democracia o por hambre, el Socialista, el Católico, el Comunista. Pero cualquiera que sea el marbete adoptado allí somos blancos o colorados y siempre de toda la vida y de más atrás, de toda la vida de padres y de abuelos. No olvidemos que aquellos a los que tocó por nacimiento ser blancos lo son «como hueso de bagnal», y los que nacieron colorados, «como sangre de toro».

Ninguno de los grandes partidos engaña al electorado con distintas plataformas políticas ni con promesas de cumplimiento imposible. Pero ambos están, en definitiva, por el juego limpio, por la convicción de que es el pueblo quien debe elegir sin trapisondas ni espontáneas salvaciones impuestas. Existió y actuó alguien cuya grandeza continúa flotando muy por encima de lo que el país merece. Se llamaba Artigas.

Era incorruptible y supo decir ante los delegados del pueblo oriental: «Mi autoridad cesa ante vuestra presencia soberana».

Agrego que si allá abajo, en mi sur, alguien responde a un inquisidor insolente: «Soy socialista», le dirán: «Claro, ya sé, ¿pero blanco o colorado?».

Y si usted contesta a otra posible pregunta no tan dispar: «Soy hinchita de Wanders, viejo y peludo», le dirán que bueno, pero ¿sos de Peñarol o Nacional?

Personalmente me consta que los diálogos propuestos ya no funcionan entre los adolescentes de allá, mi sur, aunque no lo cante Ducho.

Vuelvo a Quijano, del que nunca me separé totalmente y siempre admiré por la voluntad de jugarse sin concesiones, imperturbable ante la mediocridad arriba descrita y que estaba condenado a soportar con desprecio. Admiración y sí muy larga, que no aminorará la muerte. Pero no inspiraba cariño. Nunca lo provocó ni lo quiso.

Una vez me habló de su indiferencia por la soledad política que había elegido y se empeñaba en mantener. Y recordo su comentario final: «Tal vez se trate de soberbia satánica. No importa».

Pero, angélica o mefistofélica, su soberbia era indudable. Aparte de hijos y parientes y exceptuando al desaparecido Julio Castro, no creo que haya querido a nadie en profundidad. Tal vez tuviera afinidad intelectual con Ardao. Claro que estoy hablando de los tiempos de *Marcha* semanario, cuando nos veíamos diariamente.

En todo caso, jamás permitió que nada ni nadie entorpeciera la tarea que se había impuesto: la defensa de Latinoamérica contra la agresión permanente de eso que otros llamaron «la gran democracia del norte». Y para cumplir esta tarea fundó y dirigió el semanario *Marcha*.

A Quijano le tocó nacer blanco y muy joven se interesó por la política. Fue elegido diputado y pronto estuvo enfrentado a lo que se llama un porvenir brillante. Pero, supongo, fue obligado a comparar su talento y su cultura con astucias y vezas de los mandamases cuyas solemnes tonterías debía so-

portar. Pensó en iniciar un movimiento de izquierda dentro del partido que ahora se llama Nacional. Fundó un diario que estaba en exceso bien escrito y era pobre y tenía que morir. Aquí supongo una pausa que empleó Quijano en lamer heridas económicas. Hasta que nació *Marcha* y *Marcha* fue Quijano y Quijano fue *Marcha* durante unos muy buenos años de libertad de que disfrutó el país, hasta que un decreto firmado por un señor estanciero, de innegable competencia en la cría y trato de bovinos, puso fin para siempre a aquel temible «semanario marxista». La patria respiró aliviada ante el espantoso peligro conjurado y Quijano se trasladó oportuna y urgentemente para recibir en México una parte de todo lo bueno que merecía y que su país le negaba.

Apartando miserias y como ya dije que Quijano era *Marcha* debo escribir algunas líneas sobre el semanario. Para mis compatriotas resultarán pura redundancia aunque recuerden que cada viernes éramos un poquito más felices o menos desdichados. Cuando escribo compatriotas refiero a los que considero como tales.

Se trata de cualidades de orden moral que poseen tanto la señora andaluza que hace la limpieza de mi casa como mis grandes amigos españoles, y debo agregar muchas personas que he conocido en los diversos países que visité, tanto en América como en Europa. No necesito decir a la gente que-rida que dejé en Montevideo y Buenos Aires, pues el tiempo, con sus mudanzas, repartió mi vida en un tercio para cada una de esas capitales, el último tercio transcurrió demasiado velozmente en España. Y no necesito recordar a esos lejanos compatriotas, porque ellos lo saben, que mis amistades o amores permanecen invariables.

Leo ahora una de las últimas frases de Jorge Luis Borges destinada a la prensa universal: «Yo soy un exiliado de Europa». Se trata del mismo Borges que ayudado por la ceguera pudo abrazarse sin perceptible asco con Pinochet y dijo (también para el mundo occidental y cristiano): «Gracias por habernos salvado del comunismo»; el mismo Borges que al estrechar la mano a Videla (ignoró si ya estaba ensangrentada) dijo: «Por fin la Argentina tiene un gobierno de caballeros».

Y bien: *Marcha* nació en una tierra apacible y burocrática, en la práctica exiliada de Europa y de todo lo que fuera turbador y molesto en materia de artes o pensamiento. La ortodoxia en todos los órdenes se mantenía, conservaba, fluía mansamente. En el terreno que me atrevía a pisar, la literatura, la situación, lamentable, dolorosa y provocando indignación en los proscritos, estaba ridículamente politizada. Para llegar, por ejemplo, a ser poeta publicano pero no leído era indispensable el apoyo, la amistad de algún caudillo blanco o colorado. A veces era suficiente un caudillito de barrio siempre que arrastrara una cantidad de votos que las alturas de los partidos considerara aceptable.

En este ambiente de modorra provinciana apareció *Marcha*, desconcertante como un marciano y sin posibilidad de un eco inmediato. Durante meses Quijano fue modificando, semana tras semana, el aspecto y el contenido de la revista. Bajo órdenes publiqué recetarios de comistragos, juegos de tonto ingenio, chismes sobre modas francesas. En fin, algunos kilos de basura. *Marcha* tenía que lograr lectores y trataba de conseguirlos buscando con timidez y torpeza entre toda clase de mentalidades. Pero siempre, desde el primer número hasta el último, ahí estaba apoyado por cifras irrefutables que yo me saltaba por pura ignorancia en asuntos económicos. Ignorancia que aún conservo en toda su pureza.

En realidad, creo que *Marcha* llegó a cumplir el destino que deseaba Quijano un tiempo después de que yo fuera arrojado a las tinieblas exteriores.

Tenía el don de apartar sin palabras a las personas que dificultaban su supervivencia o el progreso de *Marcha*. Le bastaba mantener una expresión de aburrimiento que enfriaba cualquier deseo de permanencia.

Escribí hasta aquí con gran influencia sentimental. Terminaré ahora pesando cada palabra. Durante años *Marcha* fue el muy querido refugio de todos los que algo o mucho importaban en la cultura uruguayo. Todos aquellos poseedores de talento y decencia profesional, impedidos de expresarse en los grandes diarios comerciales, se apoyaron en las columnas de *Marcha* para decir, sin sombra de retaceo, lo que

ellos consideraban sus verdades. Y así la lista de los colaboradores del semanario puede tomarse sin vacilar como un Almanaque Gotha de la inteligencia uruguayo en aquellos años que hoy provocan una envidia nostálgica.

Y mi una palabra para aquellos nacidos para trepar y que usaron *Marcha* como trampolín. Como todos conocemos sus nombres y lo muy turbio de sus conciencias, les deseo muchos triunfos de calidad irremediablemente tanguera. Que con su pan se los coman y tanto mejor si consiguen verdaderos dólares para insertar entre rebanadas y saborear gustosos sándwiches.

Cuando un país produce, por extraña carambola, una figura de jerarquía intelectual tan excepcional como la de Carlos Quijano, todos los que fuimos, en algún sentido sus discípulos, le debemos el respeto de señalar, junto a su grandeza, las peculiaridades de su carácter. Esta actitud, la actitud de la sinceridad, habría contado, estoy seguro, con su aprobación.

Junio de 1984

Divagaciones sobre agosto

En España vivo y escribo, tarea para mí enlazada al hecho de vivir. Tal vez en estas fechas mis palabras se hagan públicas en países de lluvias y fríos trimestres que reclaman encierros voluntarios e imponen mal humor y el respirar en los vehículos públicos el asco que divulgan las ropas húmedas de los ciudadanos. Padecí estos olores y mi olfato siempre prefirió el de los perros mojados.

Pero estoy en Madrid y luego de una primavera coqueta y vacilante se nos viene encima, sin esperanza de alivio, un agosto preinferral que por su exceso de grados no puede aceptarse como justa recompensa por los fríos de los meses pasados.

Agosto no admite derrotas, ni siquiera pequeñas batallas perdidas. Nada sabe de vietnames o de líbanos; para él no hay gloriosas retiradas estratégicas. Domina totalmente la calle, más dueña y señora que un polítrico.

Está dentro de casa, se burla con empuño satánico de todos los trucos que pretendamos oponerle: ventiladores, aire acondicionado, duchas apenas frescas, mezquinas porque en ese momento todos los madrileños restantes coincidimos en explotar chorros de agua y no hay para todos. Pero es que mi amigo agosto —amistad que ofrezco por cobarde y adulación— también soporta cuarenta grados con sufrimiento y deshidratación. Así que en cuanto uno, usted, sale de la ducha disfrutando del falaz recuerdo de meses difuntos, don agosto se apresura a succionar hasta la última gota de agua que haya quedado en el cuerpo del recién bañado, sin preocuparse y tal vez ignorando las calificaciones morales que impone la Curia o la Dirección de Cine a las películas que se siguen ofreciendo en cines refrigerados. De modo que vuelta a la ducha y a los pocos minutos de alivio.

Pero no hay tu tía o no más perro que el chocolate. Frases que pongo con la esperanza de que algún académico me explique su origen. Madrid queda despoblado; por lo menos de esposas, suegras y niños. Queda siempre el desconcierto de los llamados *rodriíguez* y sus ilusiones de soltería traviesa, renovadas y muertas un año tras otro.

Bien, Madrid se queda sin gente y la ciudad emigra, con preferencia a las playas que *Natura non da*.

El forzado éxito es, por definición, incruento. Se trata de traslados civiles casi del todo civilizados y que establecen una creíble unidad europea mediante un equilibrio de muertes en carreteras. En todo caso, Madrid queda desierto por un mes o dos, tentación de ladrones y fácil víctima de Andorra si le diera el cómico deseo de expansionarse de manera internacional.

Rebelión de los anónimos.

Ahora ya estamos en alguna playa con su agua más o menos límpida y un sol de agosto español. El que vienen a buscar miles de turistas procedentes de países con bruma eterna. Países tan bárbaros, tan protestantes, tan de infieles que sus habitantes saben, conocen que andan por el mundo *desnudos* bajo sus ropas y que no agregan nada a sus conocimientos si las ropas se suprimen.

Y en consecuencia, vienen a costas españolas y se *desnudan*, y así, hombres y mujeres de pelos rubios se pasean por las arenas, zambullen en las aguas, preparan sus comidas y duermen con la manta de las estrellas.

Estas costumbres exóticas se fueron contagiando, aunque parezca increíble, a indudables cristianos viejos. Acaso porque les pareció cosa *in*, tal vez porque tenían muy atrasados deseos de hacer lo mismo.

Pero en lugares donde las mujeres se enfundan en extraños camisones para santificar la ceremonia del baño de su cuerpo y donde el amor legitimado se realiza a oscuras, tales importadas prácticas no podían ser consentidas. De modo que una multitud de personajes *goyescos* agredió a estacazos a los desnudos, que fueron distribuidos en comisarías y hospitales. *Vade retro, demo*.

Mas este agosto orwelliano los desnudistas son muchos y el calor aumenta su número. De manera que se presenten grandes choques de final indeciso.

Y mientras sube el termómetro se multiplican las opiniones periodísticas, teñidas de sociología u otras intenciones abstrusas. La división es clara e irreducible. Es maniquea: gente desnuda, poblada las playas; gente moral, usada los trajes de las bañistas de Mack Sennet. Bueno, tal vez no tanto, ni para los nudistas ni para los defensores de occidntes cristianos, respetuosos de las tradiciones que heredaran. Y no olvidemos que la cristiandad está hoy defendida, en primera línea de combate, por nuestro viejo conocido: el Gran Turco.

Claro que la polémica que alumbró la luz del día la mantienen gratuitos defensores de ambas tendencias.

Recuerdo que, en mi penúltima visita a México, Octavio Paz, admirado amigo, me contó que un notable estadista, enfrentado con una disyuntiva de verdadera importancia, dijo en un discurso: «Unos dicen que se trata de una buena medida. Otros afirman que es mala. Pues bien: yo opino todo lo contrario».

Yo no soy estadista ni lo quiero ser. Pero estoy obligado a confesar que en el caso del nudismo, del sí o no, opino todo lo contrario.

Pero debo interrumpirme porque en este momento un concejal, en costas de Galicia, obtuvo que fuera aprobada una resolución, ignoro si de ley o no, que pretende dar solución parcial y pacífica al grave problema. Se trata del *top-less* o sea «nada arriba», libertad, aire y sol para los senos. No creo que las estacas sosieguen su ritmo. Pero quiero predecir inevitables males remotos.

Los femeninos pechos siempre fueron considerados por los amadores de turno joyas secretas y personales. Para sus ojos, sus caricias. La mujer sabía, antes y mejor que Freud y epígonos, de sus propiedades eróticas. Ahora la humanidad masculina podrá hartarse de verlos y compararlos. Terminarán por no ser lo que eran, convertidos en principio de un *strip-tease* que acaba por aburrir a los más necesitados.

Y pasado un tiempo cuya duración no puedo determinar serán otra vez, simplemente, un par de nutricias glándulas mamarias, como en el decente paleolítico.

Mi intervención en este asunto consiste en apoyar las exhibiciones de cuerpos desnudos con la condición de que los pretensos nudistas obren el permiso de un jurado sagaz e incorruptible. Es decir: totalmente distinto a los que de costumbre fallan y dan premios una semana tras otra. Un tribunal difícil de imaginar, sin amiguismos ni rencores.

Comprendo, admito que mi proyecto parecerá demasiado ambicioso. Pero es realizable, confirmaría mis deseos, lo cual lo hace bueno, exento de objeciones. Se trataría de instalar tribunales de admisión en todos los puertos españoles, ya sean de tierra, mar o aire, y en los lugares que dan acceso a las playas.

No olvido las posibilidades de contrabandos diversos. Pero ahora lo considero un mal menor y soportable. Tribunales compuestos por sacerdotes, médicos, escultores, personas de probado buen gusto y algún enchufado inevitable, acaso ciego, acaso jubilado total.

Al proponer escultores los quiero clásicos, académicos, sin influjos de Moore ni Giacometti. Es decir, adoradores de los milagros de perfección que lograré, por ejemplo, la Grecia antigua.

Estos tribunales obligarían a desnudarse a las personas que quieran desnudarse en las playas. Y luego de severo examen les darían o negarían el deseado carnet habilitante.

Lo considero indispensable para evitar un agosto en que Dios, que está en todas partes, descienda a todas las playas y pregunte con asombro y un algo de repugnancia: «¿Qué habéis hecho de vuestros cuerpos, hijos míos?». Y sin sombra de vanidad, a pesar de habernos hecho a su imagen y semejanza.

El disgusto divino lo crearé, superjustificándolo, el desfile de kilos de celulitis, de vientres avanzando como proas esféricas, de senos que tratan de unirse con el ombligo, de piernas torcidas, varicosas, de cuellos marchitados sin remedio, traseros que reclaman lástima y asiento. Y también aquellos

de triste flacura que parecen momias escapadas de las grutas de Guanajuato.

Deseo que sea evitada la impudicia descrita. Deseo que no revelen el futuro inevitable a los alegres jóvenes veraneantes. Y basta. Porque esta enumeración no me produce asombro; pero sí la repugnancia lógica de simple mortal.

Agosto de 1984

Divagaciones sobre Billy

Como hubo un Willy Shakespeare, también tenemos en este siglo un Billy Faulkner.

De vez en cuando el correo me trae correspondencia y algún libro procedentes de allá en el sur. Las cartas muestran con frecuencia la intervención de zarpas escrutadoras. Los libros revelan su origen de ambientes culturalmente menesterosos: de cada cuatro, tres son «edición del autor», y de cada cinco, seis contienen poemas de pocos versos. Su posibilidad de difusión y venta es irrisoria pero la penuria —o la nada— editorial los obliga a hacer comprimidos.

Hoy un amigo me regaló un libro publicado allá, y que no contiene aspiraciones dudosas a ser poesía, sino que es simplemente prosa. Se titula *Háblame de Funes* y su autor se llama Humberto Costantini. Este libro no tiene interés para los lectores de España porque no puede negar que su lenguaje proviene del mejor cuento de Jorge Luis Borges: «Hombre de la esquina rosada».

Amenas digresiones aparte, inicio de verdad y resuelvo el tema de hoy. Se trata apenas de algunas divagaciones sobre el gran Billy y su curioso destino en tierras hispanoamericanas. Para comenzar recuerdo el título del libro de Costantini: *Háblame de Funes*. Aquí impongo otro: *No me hable de Faulkner*; no lo haga hoy, no lo haga nunca, por favor, sin haber leído la biografía de Billy escrita por Joseph Blotner y publicada por Random House en el año de gracia al que los cristianos numeraron 1923. Pasaron algunos años y sospecho que no ha sido traducida al castellano, a pesar de la graciosa peste de hispanófilos que soportamos y que debería ser débilmente contrarrestada por yancófilos de España y de Latinoamérica la pobre, la que no aceptó aún trocar el encanto del castellano por un *Basic English*.

Pero estoy con Billy y debo seguir mientras me toleren los editores de periódicos y, sobre todo, mis posibles lectores. Lo de hoy no puede pasar de un aperitivo porque también poseo noticias sorprendentes, reveladas por Meta Carpenter, que trabajó junto a Billy como guionista en Sunser Boulevard, esquina Beverly Hills. Lugar de donde nos fueron impuestos tantos descomunales y humildes bodrios, así como, casi por displicente descuido, películas excelentes.

Pienso, por personales razones de antigüedad, en aquella serie de películas de tema policial o negro dirigida magistralmente por el magistral Von Stenberg que, además de hacer filmes notables, fabricó, así, al pasar, a *Fran* Marlene Dietrich. Y recuerdo la admiración por la citada serie declarada por Borges.

Pero yo escribía sobre Billy Faulkner. Debo recordar que en Hispanoamérica nunca tuvo buena prensa, como tampoco en su país. Lo que es explicable y justo si se compara su casi groseramente excesivo talento con la dimensión mental de sus lectores; que, por otra parte, no lo leían. Lo mismo ocurrió con el babeante puritanismo de sus críticos y las indignadas, gordas, tan matriarcales señoras que componen los clubes literarios de aquel país que ha logrado el *non plus ultra* de la democracia: tener el gobierno que se merece.

Nunca evito recordar que cuando le dieron el premio Nobel, en 1949, era imposible encontrar un libro suyo en ninguna librería de USA. Habían desaparecido siete años antes, convertidos en pulpa de papel para fabricar cartones.

Por un lado, el faulknerismo era ponzoñoso. Hace poco, en una entrevista grabada, dije que acababa de intentar releer la obra de Billy y la operación fue impedida por dos poderosos sentimientos: admiración y envidia. Pero hay exceso de escribas en la extensión del mundo civilizado que han experimentado lo mismo y, en lugar de confesarlo, callan y adaptan. Recuerdo el caso de un buen novelista cubano que luego de infectarse de Faulkner, al traducir *Santiario*, no pudo hacer otra cosa que novelas pastiches. Todas, si hubo más de una, faulknerianas.

Pero este hombre era muy decente y declaró en una entrevista que sí, que era cierto, que había quedado inoculado y

ya no podía hacer su trabajo de otra manera. En este momento recuerdo a Stryon y que su primera novela era absolutamente faulkneriana, aunque Stryon no admitió, en un principio, padecer la enfermedad, y con gran fuerza de voluntad e impulsado por críticos y amigos supo curarse y escribir a la manera Stryon.

Hablaba de la mala prensa que tuvo Billy en Hispanoamérica. Esto se justifica porque carecíamos de alguien comparable. Pero no hay perdón para los manoseos editoriales. Un momento. Señalo también lo ocurrido en Francia: primero, el prólogo paternalista que escribió André Malraux para la traducción de *Santiario*, traducción que no recuerdo como mala o buena. Pero sí recuerdo que luego publicaron los cuentos que forman *Estos trece*. Y aquí no me caben dudas: la traducción era un espanto y, mediante supresiones impuestas por ignorancia, pereza o cinismo, muy próxima a la delincuencia.

En idioma castellano, Argentina colaboró con otro espanto: una traducción en la que se llegó al descaro de suprimir el cuento número trece, y no por razones de superstición, sino explicando que «para el lector sería muy difícil de entender». Luego conocí dos versiones respetuosas y excelentes: una de Aurora Bernárdez, la otra de la marquesa de Foronda. Y también hubo manoseo con los títulos de los libros. No sé si los culpables fueron españoles o sudamericanos. Tampoco sé si se trató de ignorancia o de astucia comercial ya que ambas cualidades existen profusas en los dos continentes.

Comienzo con *Light in August* que significa para los campesinos sureños, sin posible equívoco, «parir en el mes de agosto». Se aplica a las vacas servidas, y con menor frecuencia a las yeguas. Faulkner usa el término para referirse a uno de los más queridos personajes femeninos de su obra. Ella es linda, joven, resuelta. Quiere, exige un padre para el hijo, que inexorablemente parirá en agosto. Así la vemos, harapienta, sucia del polvo de largos caminos, ventruda, hija y madre de su afán de justicia, tan débil y tan temible.

Pero, supongo bondadoso, el alma poética del titulado de la editorial se estremeció ante la perspectiva de que «en agosto» pudiera ser referido a un suceso que —afirmo sin duda al-

guna— había padecido su señora madre con dolores ineludibles y resultados parcos para la literatura universal. Si es que la tomamos en serio. Sucede que no, que en este caso debemos emplear las dos actitudes mentales que Anatole France aconseja para enjuiciar a los pobres mortales: la ironía y la piedad. Siempre, desde conocerlo, acepté este consejo como artículo de fe, y lo practico y me lo impongo ante vidas, claudicaciones y escrituras.

Ahora compruebo que agoniza el espacio que generosamente me es otorgado. Hay más seudotraducciones de títulos que indignan o producen hilaridad, de modo que será hasta la próxima.

Pero antes del adiós debo anunciar una noticia temible y cuyas consecuencias no puedo prever en su totalidad. En USA se ha constituido un congreso de historiadores que introducirá sus narices en la obra de Faulkner. Detallaré más adelante los errores de fecha y lugar que puede haber cometido Billy. Pero mucho me temo que ese conjunto de audaces escarban-do con inconsciente sacrilegio en la obra de Faulkner llegue a descubrir y probar que jamás hubo guerra de norte contra sur y que se trató de una licencia poética creada con el inmo-ral propósito de escribir unas cuantas obras maestras.

Billy sabrá esperar en su cielo de bourbon, de marlos y poéticos idiotas enamorados de vacas. También él mucho supo de ironía y piedad.

Agosto de 1984

Otras divagaciones sobre Bill

En artículo anterior me burlé malhumorado de la cursilería que produjo titular *Luz de agosto* una novela llamada por su autor *Dar a luz en agosto*. También yo traduzco pero sin afa-nes poéticos.

Comprendo que al responsable le haya resultado penoso aceptar que las mujeres son mamíferos. Pero recuerdo otros faulknericidios. Bill escribió otra novela que tituló *Intruder in the dust* y el traductor pensó: «*intruder* es fácil, significa 'intruso'; para *dust* consulto el diccionario y veo que significa 'polvo'. Por lo tanto: *El intruso en el polvo*».

Uno, hombre de buena fe, devora el libro buscando el pa-saje en que el intruso paga sus maldades mordiendo el pol-vo. Pero nada. Desilusionado, el lector recurre a sus pobres diccionarios y se encuentra con que polvo es la primera acep-ción de *dust* y la segunda, separada por un milímetro, es la de riña, disputa y otros sustantivos equivalentes. Porque Bill quiso decir que el problema del sur entre blancos y negros era cuestión exclusiva de ellos, los sureños, problema que tal vez se solucione antes de que la negritud, en su totalidad, se embarque en el *chariot* que le fue prometido —destino: el Cie-lo— desde que oponía el lomo al látigo de los señores, asesinos sin prisa. Y, que se sepa, el *chariot* sin venir. En todo caso serán recibidos por un Dios negro pues la segregación puede ser criticable pero los WASP —sucesores en la Historia de los arios puros (¿recuerdan?)— han resuelto que sea eter-na. Y al pasar, revisen o recuerden quiénes ganaron para USA las Olimpiadas de USA. Cuantos waspitos, cuántos at-letas descendientes de esclavos.

El intruso en la disputa era el hombre del norte, el yanqui. Y en ese mismo libro Faulkner lo dice explícitamente. Algo así como: zapatero a tus zapatos.

Personalmente, me identifico con los ancianitos sureños que aún quedan o se empeñan en permanecer, representando con marcha trabajosa, bigotes de nieve, voces recascadas, a coroneles sureños que desfilan no sé en qué fecha e ignoro el motivo, allá en Dixieland, en el profundo Sur, una vez al año. He visto fotos y sé que no están, que no son, que se hicieron polvo aventado después de Appomattox y Durham. Pero, lamentándolo por la realidad, los preservó, los mantengo míos y dignos de cariño.

Y sigo con las traducciones de los títulos de Bill. ¿Por qué en *Requiem for a Nam*, la monja pasa a ser una simple mujer desequilibrada sin oficio ni beneficio? Aparte de un sagrado rito de infanticidio. No llega a ser oficio y su intención es unir a una pareja de blancos algo depravados. Esto fue teatro, fue novela. Pero Bill dudaba de la bondad de la obra, con toda justicia, y prohibió en el último momento su estreno en París, a pesar de que la traducción la había hecho Camus.

Y basta de títulos deformados. Hay algo peor, casi digno de integrar otra historia universal borgesana. La última novela que conozco de Bill se titula *Los rateros*. Comparada con sus libros y cuentos anteriores puedo decir que se trata de una diversión que divierte, que Bill se divirtió escribiéndola y que está destinada a divertir al lector. Como siempre, admirablemente escrita. Pero el incauto que haya leído la edición en idioma castellano de *Los rateros*—la edición a que me refiero—ha sido simplemente estafado. Y pienso que esos varios miles de compradores tienen derecho a reclamar daños y perjuicios. Pero este aspecto del asunto escapa a mi jurisdicción.

Porque la parte de mayor gracia del libro sucede en el tan viejo y familiar prostíbulo de Mrs. Reba, en el que hay un negro que recuerdo o imagino robusto y alto, con chaleco florido y reloj de plata, empresario de un adolescente infatigable, y todo esto ha sido suprimido. Tal vez se trate de la tan recurrida autocensura del traductor o empresario.

Otro punto que rocé en mi anterior artículo era el de mi cómico asombro provocado por un congreso o reunión de historiadores norteamericanos para examinar la obra de Faulkner.

Ahora postergo y me impongo olvidar la grotesca intervención de estos hombres que viven del pasado y, los más importantes, en el pasado. Pido perdón por personalizar (y van cuatro pes) pero no puedo olvidar que sufrí varios dolores, años atrás, para adquirir en cómodas cuotas, leer aproximándome a la creencia, los tomos de Toynbee que iban explicando los acontecimientos y motivos de tantas generaciones hasta llegar a un hoy. Al hoy del último volumen toynbiano. Y entonces, ya vencidas y pagadas las cuotas, uno se encuentra con que el exespiá de la grandísima Gran Bretaña nos ha dicho que civilización pasa y civilización viene. Ya lo había dicho mi amigo, el hijo de David, algún tiempo atrás, hablando del paso de los hombres. Y agrega Cohelet: «Un mismo fin aguarda al perro y al hombre». Por eso Kafka, lector de la Biblia, hace que el personaje de *El proceso* exclame al morir asesinado: «Como un perro».

Acepto, querido lector, haber divagado demasiado sobre Mr. Toynbee. Pero debo agregar que su resumen, sus conclusiones sobre la historia universal me las podría haber dicho mi párroco y confesor. El hombre es malo y ha olvidado a Dios. A todos los dioses, los Jehová, los Yavé, los Alá. Cuando curen su amnesia, los miles de miles de millones estarán en paz y serán felices, y en consecuencia no habrá Historia ni historiadores.

Propongo, como útil, un congreso de cartógrafos. El mapa de Yoknapatawpha que pergeñó Bill es muy torpe. Y remata su torpeza con esta redundancia: «William Faulkner, único dueño y propietario». Esto, que parece tontería de Bill, contiene para mí algo o mucho de misterio. Tal vez quiso decir: la rosa es así; no la toquéis, *please*.

En cuanto a los sabrosos chismes prometidos sobre el libro de Mrs. Carpenter, que tuvo un *affaire* sentimental con Faulkner y ahora, una más, ha publicado un libro sobre las peripecias de tales sentimientos, quedarán para otra próxima vez. También uno tiene derecho a jugar con pequeños suspensos.

Dos hombres en Toulouse

Tal vez sea un corto ataque de nostalgia nacido por la primavera que asoma allá en el sur. Tal vez me desconcierte la noticia de que en Toulouse celebrarán durante dos o tres meses un homenaje a Carlos Gardel, un cantor de tangos que sí tenía voz y nunca supo de coca-colas.

Sabios historiadores, por lo menos de tres países, disputan sobre cuál fue el lugar donde «mi viejita» echó al mundo a este futuro hombre que llegaría a ser incomparable —a pesar de penosas tentativas— cantor de tangos rioplatenses.

Porque las veces, pocas y olvidables, que se rebajó a horrores como rubias de Nueva York o soles tropicales o los ojos de mi moza fue sencillamente repugnante. Y hasta cantó en un idioma que él y su corte creían que era casi pariente del francés. Todos sus maravillosos aciertos, todas sus vergonzosas burradas le significaron millones. En cualquier moneda de curso legal. Biógrafos, exegetas coinciden en que nunca se le conocieron amores con nombre y apellido. Pero este amor por la *guita* fue inocultable y proclamado sin pudor.

Algunos psicólogos, psiquiatras, sociólogos explican esta clase de ambición y avaricia desbordadas como consecuencia de pobreza en la infancia. Gardel no ha sido, para mi conocimiento, el único ejemplo que confirma esa teoría. En los archivos policiales de la calle Moreno, Buenos Aires, capital federal, permanece Gardel, Carlos, quince años, ladronzuelo de mercado. Es indudable que se trata del mercado donde Gardel niño robó para comer y luego inició su carrera de cantor. Fue «el morocho del Abasto» sin más ayuda o patrocinio que su voz y una guitarra.

Mucho puedo escribir sobre temas gardelianos. Pero, si me fuera posible aconsejar a los negociantes que organizan este anunciado trimestre recordatorio, les rogaría paciencia y una espera de algunos meses. En el día de San Juan de 1985

muchos países celebrarán los cincuenta años de la muerte del cantor.

Mientras tanto, pido enterarse de que allí mismo, en Toulouse, vive y escribe y se gana la vida Augusto Roa Bastos.

Sé muy bien que cuando escribo la palabra Gardel todos mis lectores sabrán qué significa. Sus interpretaciones serán muy diversas y todas respetables por carencia de pruebas. Es indudable que la inmensa mayoría, nada silenciosa, afirma que cada día canta mejor.

Pero mis lectores preferidos también saben a quién nombro, qué digo con estas tres palabras: Augusto Roa Bastos.

Leí varias novelas sobre pundonorosos y civiles que llegaron a dictar su ignorancia y crueldad sobre tantas repúblicas de América la pobre, la miserable, convertidas en repúblicas por su ambición y su cinismo. Su olvido de los escrupulos inseparables de la buena condición humana, que, si duele, aconsejo elevar las quejas al gran rey de Borgoña, a Mongus Aurelius, a cualquier personaje inexistente. Porque los escrupulos morales se han convertido en productos que des- de tiempo atrás rebasaron su fecha de caducidad. Basta con pensar en hornos crematorios, en los presos de la nieve siberiana, en los palestinos asesinados. Basta con leer la prensa de todos los días.

Pero, querido Augusto, me alejé de ti por mi mala costumbre de divagar. Y está bien que, al pretender escribir aludiéndote, tanta tristeza y pesimismo me asalten por contraste.

Las novelas sobre los tragicómicos juliocéсарes que nos han tocado en desgracia. Tan fabulosamente separados e incompatibles me asaltan ahora dos nombres: Anatole France y Valle-Inclán. Don Ramón de España que admiro, respeto y declaro exento de toda trilogía, escribió *Tirano Banderas*; France escribió que el plagio es perdonable cuando está seguido de asesinato. El libro nos habla de la muerte de Banderas; sólo la Historia podrá decirnos si literariamente fue asesinado.

No es que don Ramón haya descubierto el tema. Retrocedo y me quedo en Suetonio y sus *Vidas de los doce Césares*, pero estoy seguro de que tiene antecedentes.

Augusto Roa Bastos no podrá ser acusado de plagio ni asesinato. Porque apartándose de numerosas, y algunas excelentes, obras que se hayan escrito sobre tiranos, él hizo algo distinto: en lugar de escribir sobre un canalla de turno, que alguna vez se llamó ilustrado, escribió *en*. Se introdujo en la piel, los huesos, el pasado y el presente de un tirano anónimo. Fue el dictador Francia, lo obligó a dictarle sus pensamientos y recuerdos, fue *Yo, el Supremo*.

Y así, como un doctor Jekyll por voluntad y sin drogas, Roa Bastos se transformó en José Gaspar de Francia durante meses o años de su trabajo de prosista admirable.

Por esto, sin intención de restar aplausos a la memoria de Gardel, sin disputar que fue lo más alto que ha producido el don de cantar tangos, pido al Ayuntamiento de Toulouse, a los organizadores del trimestre, recordar que allí vive en olvido y pobreza, con pasaporte español, uno de los más grandes escritores en idioma castellano que he podido conocer en este final de siglo.

Y es tan bueno el libro que historiadores abundantes en ta-lento y fantasía afirman que *Yo, el Supremo* no pudo ser escrito por Roa Bastos. Aseguran tener pruebas de que cuando el falso autor inició la escritura del libro, don José Gaspar de Francia lo hizo fusilar junto a un naranjo enano, envió el cadáver a Europa y dedicó sus ratos de ocio a escribir el libro. Me informan desde Asunción que los funcionarios que integran la magistratura se reúnen diariamente cuando el sol em-pieza a perdonar, y cada uno se inventa un respiro, antes de que la ciudad se estremezca con el frío nocturno, para discutir y fallar a quién corresponden los derechos de autor.

Escrito en estos días, cuando oigo noticias, rumores, de que no es imposible que lleguen a su fin treinta años de infamia.

Octubre de 1984

Un amor de Faulkner

Para dar paz a mi conciencia cumpla con una promesa o amenaza. Avisé en artículos anteriores que escribiría sobre Mrs. Carpenter, la cual se ha presentado al mundo de la literatura y el chisme como el gran desdichado amor de Bill Faulkner.

La dura máter, la pía y la otra cuyo nombre no recuerdo, aunque este olvido no la salve de su destino, se están convirtiendo en cuero de hipopótamo en los últimos tiempos.

Esta dolencia, que estimo y mando, de carácter pasajero, obedece al torrente de memorias, autobiográficas y confesiones que han caído por aquí con pretensiones de *best-sellers*. Y lo peor es que las editoriales multinacionales deciden que estos libros sean acompañados por sus presuntos autores.

Supongo o adivino que los contratos de edición de las obras de estos propuestos reveladores de sorpresas, presuntos pero pequeños monstruos sagrados, obligan al firmante, ya que no a su negro, a recorrer países y soportar reportajes balbuceantes para impulsar la venta de sus recuerdos, que otro se encargó de pasar por agua, esquivando horrores prosódicos.

La mayoría de estas memorias, que evidencian hábiles amnesias, aparecen escritas por mujeres. Siempre se trata de quienes fueron bellas y famosas, y ahora pretenden quedar en la corta historia por otras virtudes. La inteligencia se les presenta como imposible; entonces, llamados sufrimientos, fidelidad y aquellos amores que, sucesivamente, sólo la muerte que no vino podría matar. Al mencionar temas muy personales, estas visitas literarias y nunca literales de viejas damas coinciden sin sorpresas en términos graciosos. Por ejemplo: «sólo fuimos buenos amigos», o «relaciones sentimentales».

Hay otros eufemismos pero ya alcanza. Lo que puede asegurarse es que cuando estas damas trepen al cielo serán fácilmente identificadas por algún personaje de Crommelynck.

La señora Carpenter tiene la decencia de confesar que esto de escribir no concuerda con sus neuronas. Por lo tanto dicta sus recuerdos a Mr. Orin Borsten, personaje con evidente oficio de periodista amarillento. En consecuencia dejo de lado todas las groserías que don Orin cuenta de la personísima intimidad de Faulkner, que deben haber causado gracia a la triste chusma para la que parece escrito el libro. Y no olvidemos que si tales cosas no fueron escritas por la Carpenter ella autorizó que fueran publicadas.

En larga síntesis, se trata de la tan aburrida, por frecuente, historia de la mujer que quiere llegar a esposa de un hombre o nombre famoso. Se deduce del libro escrito por Mr. Orin que ella, la «autora», nunca leyó ningún libro de su amado Billy; pero no ignoraba los elogios de la crítica europea.

Carpenter parece resuelta a conseguir que Faulkner diga adiós a la familia que abandonaba en el profundo Sur cada vez que Hawks le ofrecía un trabajo de guionista en Hollywood. Y recurrió con esperanza a casi todos los trucos femeninos que se acostumbra a usar en tales circunstancias. Cito, por ejemplo, que luego de permitir y desear que Faulkner pernottara sábados y domingos en el departamento de ella, le prohibiera, por siempre jamás, vivir en común durante las temporadas en que el escritor padecía la mugre adcentada de los estudios de Hollywood. Los fines de semana no configuraban pecado; pero vivir juntos las demás noches era, simplemente, adulterio mientras Faulkner no se divorciara de su esposa sureña.

Y aquí tenemos al macho rogando por siete días, o noches, sin solución de continuidad; y a la hembra negándose, imponiendo el amor semanal como aliciente para lograr la entrega total. Rendición imposible. Porque Faulkner estaba preso por sentimientos más poderosos que el anzuelo, carnada, que le ofrecían hebdomadarios; disfrutaba saboreando sin quedar nunca enganchado.

Faulkner estaba, estuvo, esclavizado por otro tipo de amores, incurables, éstos sí del tipo de «hasta que la muerte nos separe». Estelle, su esposa, con la que, según afirmaba, no tenía relaciones desde tiempo inmemorial, pero estaba obligado a cuidarla a causa de sus ataques de alcoholismo. Los de

ella. Por lo menos jamás recurrió al desmonetizado «mi mujer no me comprende». Qué podía importarle a Faulkner ser comprendido por nadie.

Luego, y supongo, sobre todo, su hija Jill, de tres años de edad. Sin olvidar Rowan Oak, su finca en eterna bancarrota. El profundo Sur le había impuesto una dependencia de por vida que Faulkner acataba necesitado y feliz.

He leído muchas veces artículos o ensayos en que se busca comparar psicologías de personajes de Faulkner con otros de Dostoievski. A veces se acierta y otras se fuerza la semejanza. Pero, leyendo la correspondencia de ambos genios, es fácil la prueba de que en cierto plano eran almas gemelas. Puede afirmarse que siempre se tomaron el trabajo de escribir cartas, en lugar de novelas, para pedir, reclamar o mendigar dinero. Dólares o rublos.

Convencida de que la dieta de cariño que le había impuesto no era bastante para alcanzar el éxito, Mrs. Carpenter recurrió a otro conocido artificio: los celos. Dijo amar a un pianista que estaba cumpliendo una gira mundial (y que por razones misteriosas terminó aporreando pianitos en alguno de los semiburdeles que llaman salas de alterne), y Faulkner escuchó y dijo que el amor era hermoso.

Fracasada, Mrs. Carpenter tuvo que llevar adelante su juego y terminó por casarse con el pianista. Bill les dio su bendición y fue llamado otra vez por el profundo Sur cuyas cosechas rendían invariablemente nuevas pérdidas, más deudas. Y a Rowan Oak se habían agregado parientes parásitos que confiaban en Bill para mal sobrevivir.

Pero no debo olvidar que tanto Mrs. Carpenter como Mr. Orin confirman algo de importancia fundamental en la historia del talento de William Faulkner. Entre las incursiones al dormitorio de la señora, las malas noticias que llegaban de Rowan Oak, la cotidiana estupidez de su trabajo como guionista hollywoodense, el hombre robó fuerzas y tiempo al mismo demonio para escribir el más importante y faulkneriano de sus libros: *¡Absalón, Absalón!*

A esta altura, la historia escrita por Mr. Orin se hace monótona por reiteración. Cuando Hollywood necesitaba al Ro-

meo, entonces sí; cuando ordenaba el profundo Sur, era no. Mrs. Carpenter, tal vez sin esperanzas de que su pianista conquistara, sin dudas, la fama, decidió divorciarse. Pero esto no alteró el ritmo de sus amores con Bill.

Historia aburrida por la que pido perdón a mis lectores. Personalmente estoy obligado a seleccionar de entre tanto libro memorioso el que publicó el notable actor italiano Vittorio Gassman, *Un gran porvenir a la espalda*. El artista acudió a la presentación de su libro, actuó en escenarios españoles ratificando la excelencia de sus dotes histriónicas. En cuanto al libro, debo decir que está escrito con inteligencia y fino buen humor. Sus lectores disfrutarán página tras página y podrán comprobar el sutil acierto de los gustos literarios de Vittorio Gassman.

Noviembre de 1984

Divagaciones sobre rebeldes

A principios del pasado siglo Napoleón dejaba a España sin rey. Como era inevitable, las colonias de América tuvieron que debatirse entre dos grandes tendencias. En Argentina, una, formada por los colonizadores nacidos en España, agregó insultos al corso y proclamó que era imperioso mantener los juramentos de lealtad al soberano, ya estuviera secuestrado, ya gobernara por telepatía. Otra fracción de colonos pugnó por derivar la coyuntura y atreverse a tomar el mando para mandarse a sí mismos.

Como era urgente una resolución que decidiera el destino de todo un país, se reunieron cinco o siete pelucones, cinco o siete notables. Y la gente, llena de impaciencia y temeraria curiosidad por conocer su destino, se agrupó frente al edificio del conciliábulo gritando la frase consigna: «El pueblo quiere saber de qué se trata».

Y tenía razón y derecho, aunque al enterarse no quedara muy satisfecho.

Según mi rescoldo de recuerdo Ortega planteaba en aquel libro el hecho de que las masas quisieran enterarse y hasta participar. Ortega siempre descubrió o averiguó problemas con sagacidad e inteligencia admirables. Jamás ofreció soluciones concretas. Creía en la aristocracia del talento y tal vez no estuviera muy desacertado. Dejó más de un mejor discípulo.

En este tema de su tiempo Ortega no anticipó la llegada de un lógico problema; se limitó a comprobarlo y denunciarlo. No nos dijo que fuera malo o bueno. La rebelión incruenta y a veces graciosa era irreprimible. Mucho tiempo atrás los indios sudamericanos que padecían la dicha de estar siendo civilizados eran muertos a latigazos si, por descuido imperdonable, habían aprendido a leer. En Europa esto de leer y escribir era privilegio de monjes. La nobleza, analfabeta y

muy bruta, despreciaba esas tareas, así como se burlaba de los practicantes. La cultura residía en la espada y sus provechos. La historia contemporánea nos muestra que esta agudeza del pensamiento suele repetirse bajo la advocación de algún Tirano Banderas ávido de poder y los disfrutes consiguientes.

Aquel claro propósito elitista quedaba establecido mediante una barrera entre concededores y la gran mayoría de la gente de a pie. La rebelión triunfó incontenible, y cada día da un pasito más adelante. Veo los periódicos y constato que, en apariencia, todas las formas de la cultura son expuestas y el acceso es libre.

Los rebeldes de Ortega también quieren saber de qué se trata. Quieren enterarse. Y hoy deben estar satisfechos, si no hartos. No es posible afirmar que por fin se enteran, pero las puertas se abrieron generosas para que miren y escuchén. Basta hojear los periódicos que me llegan para asombrarse por la magnitud de sus ofertas culturales. Diariamente, a veces a mediodía, en general a las 19.30, los rebeldes pueden elegir entre exposiciones de pintura, conferencias, recitales, conciertos, etcétera.

La pintura jamás es figurativa a pesar de que aún queda arrinconado algún grupo de artistas que conspiran contra poderes constituidos basándose en el argumento caprichoso de que aprendieron a dibujar y pintar. Hago punto y prosigo, huérfano del placer de inventar: copio que las masas pueden distraer ocios y curiosidades en tan numerosos actos que, por razones de horario, obligan a elegir.

Como dije, copio. Hay, entrada libre, conferencias sobre «mineralogía en las tierras irredentas»; sobre «la irrefutable existencia de Dios»; sobre «secretos milenarios, hoy revelados, del arte de cocinar pollos al barro»; sobre «lo malo y lo bueno de la terapéutica»; sobre «sobredeterminación en psicoanálisis»; sobre «recuperación de La Habana vieja». La buena gente queda enfrentada diariamente a ofertas equivalentes a esas comidas escandinavas, deliciosas, compuestas de unos cincuenta platos. Claro está que sólo mostré dos o tres opciones entre docenas. Y se agrega, con saña, que todas

las tardes un poeta inédito presenta la obra de otro poeta inédito. Sucede en varios locales y estos actos tienen su público, familiares aparte.

Estas ofertas culturales se publican en diarios madrileños que están a mi alcance. Pero las hay en todas las ciudades de España. Creo que en general son muestras, cebos que se engullen en paz y pueden dar tema para conversaciones que no nazcan de variaciones meteorológicas. Y nada impide que este ver y escuchar caiga como semilla y se muera para fecundar en algún cerebro receptivo, que descubra una vocación y nos dé mañana la alegría de una obra admirable.

Como se ha visto, sólo traté de los rebeldes orteguianos. Por respeto o grafomanía. Espero ocuparme de los míos en artículo próximo. Pero la buena conciencia me impide retarme antes de señalar un problema que estremece. Según cálculos y encuestas España cobija unos dos millones de parados junto con otros dos millones de bardos inéditos. Sin tener en cuenta que pocos o muchos de los parados dediquen algún tiempo de su ocio forzoso a distraer el hambre puliendo sonetos o a retozar en la libertad de la llamada poesía en prosa conversada.

Y cuando pienso que lo mismo debe ocurrir en Hispanoamérica, mi natural pesimismo se convierte en una depresión muy dura de soportar.

Diciembre de 1984

Buenas noticias

Como ejercicio de precalentamiento empiezo con una anécdota o un recuerdo. No importa que se ajuste o no a la verdad de la pequeña historia.

Trata de dos hombres cuyas carreras tuvieron paralelismo hasta que la fabulosa buena suerte de uno de ellos, ayudada por una ambición que dejó todo escrípulo dormido o difunto en diversas cunetas, los separó, aunque no definitivamente. El triunfador se llamaba John D. Rockefeller; al otro lo bautizo John Doe. John D. Rockefeller llegó a tener tantos millones de dólares y tanto poder en países de todos los continentes que su carrera se apartó forzosamente de la de Doe. Éste, satisfecho y agrado, se convirtió en «relaciones públicas» de su ex casi compañero. Por entonces John D. Rockefeller estaba padeciendo sin dolor su propia conversión. Gradualmente fue dejando de ser persona para convertirse en ese monstruo que llamamos Standard Oil.

Honrando a la verdad debo escribir que cuando John D. Rockefeller, con sólo un millón, pretendió ingresar en la AMWS (Asociación de Multimillonarios de Wall Street), tropezó con una bolilla negra. Investigaciones y sobornos le permitieron saber que era rechazado por no haber cumplido una tarea imprescindible para llegar a millonario en la tierra de las barras y las cada vez más numerosas estrellas: no había repartido periódicos en su infancia.

Para el furioso trepador esto no pasaba de broma. Pocos meses después treinta y cuatro testigos, sin temer al perjurio, declararon haber visto al niño Juanito Davidson correr bajo neviscas y soles de intención mortal repartiendo periódicos conservadores en Richford. Se dice que el imaginario juicio fue aderezado con una docena de plañideras. Pobre niño —gemán—, trotando en helados febreros y agostos insufribles.

Caída así la barrera que le impedía ser un millonario de limpia estirpe, John D. Rockefeller inició su marcha triunfal; sus dólares se multiplicaban a medida que compraba pozos, empresas rivales, gobiernos y países. Hubo quiebras y tal vez suicidios que se compensaron mediante nuevas riquezas. Estas calumnias proceden de la segunda biografía de John D. Rockefeller escrita por John Doe, relaciones públicas de la Standard. Por hacer la primera se le ofrecieron y cobró unos cincuenta mil dólares. En ésta, John D. Rockefeller es una mezcla de San Francisco y doctor Schweitzer; su mano derecha tenía un gran agujero y cada dólar que le llegaba caía por él, duplicado, y era invertido de inmediato en obras de beneficencia. Impuestos deducidos, supongo.

Entre un libro y otro, Doe pudo liquidar deudas, cambiar su modelo de coche, ofrecer a su adorable mujercita la casa con pileta en forma de riñón que ella había elegido e impuesto; y sus hijos, si es que los tenía, ingresaron en templos de cultura como Princeton y Vassar.

Hasta que vino, infatigable, la mala racha. Doe sintió y supo que estaba enfermo. Reunió a su familia para explicar las cincuenta mil razones que le habían impulsado a redactar la servil y mentirosa biografía. Agregando que ahora escribiría otra, la tan verdadera como calumniosa. Dios me guarde de un proceso por difamación; ya me escapé una vez.

La única vez que vi una foto de John D. Rockefeller era la de un muy anciano sentado en un sillón y exhibiendo un rostro que conformaban incontables miles de arrugas. Curiosamente distintos a los personajes, herederos presuntos, de la señora Christie, sus hijos hicieron todo lo posible para alejar la muerte. Nada de disgustos, nada que pudiera incidir en el fatigado bombo del corazón del padre. Para lograr esto hicieron un contrato con el *New York Times*, diario que prefería exclusivamente y del que sólo leía, con mucho trabajo ahora, la carátula dedicada a noticias del exterior.

La carátula que llegaba a sus manos era siempre una dulce canción navideña, una invariable historia de paz y dicha eternas. Nada que pudiera molestar, ninguna rebelión en los países esclavos que, por error de la Divinidad bautista o me-

todista, poseían el petróleo que, razonablemente, sólo debería subyacer en el suelo de Texas o en cualquier otro lugar de la gran democracia del norte. Para ahorrar fletes, pagos a militares de piel oscura, contrabando y golpes de Estado. Sí. Standard Oil era Dios y Rockefeller su profeta.

Hombres anónimos y generosos se dedicaron a recorrer los miles de librerías en que había sido distribuida la biografía bis y recogieron, con dólares y sin violencia, el incómodo *best-seller*. Ignoro el número de ediciones silenciadas, así como el argumento que las paralizó. De este modo, Rockefeller quedó para siempre en la historia como el hacedor de cosas buenas, el fundador y bautizador de su tan elogiada Fundación. Otro filántropo de la prolífica USA.

Para apartarme de esta enorme, oculta y que ya no puede demostrarse, parcela de la historia mundial de la infamia, la única persona que según creo lee todos mis artículos me alcanza el periódico del día. Comienzo a hojearlo y voy encontrando, como sedante insuperable, lo que copio:

«Ya han muerto 2.500 personas por el gas venenoso en la India». «Los secuestradores del avión kuwaití matan a cuatro rehenes más.» «Treinta y dos mineros muertos y sesenta y uno atrapados en una mina de Taiwan.» «La sequía asola a Etiopía: más de un millón de muertos.» «Nueve muertos al caer al mar un autobús cerca de Zumaya.» «Cincuenta mil mujeres denuncian anualmente malos tratos de los maridos.»

Y como aperitivo, basta.

Después de esto y de repetirme muchas veces, sin lograr convicción, *el hombre es bueno*, tuve la idea de crear mañanas de limbo y de mentiras.

Luego de largo meditar sobre las expuestas tristezas, se me ha ocurrido fundar un periódico llamado *Buenas Noticias*. Según calculo necesito cinco mil lectores que coticen cinco mil pesetas cada uno. Cosa de nada. En cambio, diariamente, ellos y miles de ciudadanos podrían leer, al despertar, noticias que les darán contento durante toda la jornada. Por ejemplo, aventura titulares como éstos:

«Shangrila. En una reunión espiritista las almas de Reagan y Chernienko se confunden en apretado abrazo. Por ser año nuevo, Lucifer concedió excedencias».

Ofrezco otro: «Todas las naciones del mundo, obedeciendo por primera vez a la ONU que ellas mismas conforman, han resuelto derivar sus presupuestos de la llamada defensa hacia los países donde adultos y niños agonizan hambrientos mientras usted me lee y come».

Acepto sugerencias para otras ediciones de *Buenas Noticias*, aunque no me lleguen acompañadas por las solicitadas cinco mil pesetas.

Enero de 1985

La gran jugada

Siempre recuerdo a aquel caballero que con la capa y el sombrero puestos escribía a un amigo dándole instrucciones sobre algún negocio. Imagino, en el exterior, diligencia y postillón. Este hombre, que no sé cómo se llamaba y es casi seguro que no era escritor profesional ni aficionado, dejó escrito con una sola frase un tratado literario: de pie ante su escritorio, mojiando en un tintero panzón su pluma de pluma, escribió: «Perdona si esta carta es demasiado extensa: ocurre que tengo mucha prisa».

Y, como decía mi amigo Mark Twain, que fusilen a todo el que caiga en la tentación de extraer moralejas de esta anécdota. En literatura, como en el amor, todo está bien mientras sea bueno. Bienvenidas las urgencias si obligan a parir muchos tomos de lectura placentera. En este orden de cosas florecen toda clase de plantas y agonizan los axiomas. Porque al comenzar su obra inmortal, Proust no estaba acuciado por ninguna prisa y fue bordando, como solía decir, tomo tras tomo, la novela más cargada de inteligencia que se haya escrito en este siglo. Tal vez, finalizando el libro, se sintiera hastigado por el temor de que el asma y los Albert de este mundo le impidieran rematar la tarea que justifica su aventura terrestre.

Ignoro qué espolea a esa gente para escribir tantas páginas. Acostumbran protegerse inventando revelaciones. A unos se les aparece la Virgen de Fátima, a otro la Virgen Madre y se minimiversal que le dicta sin pausas una extensa obra entera. También hay revelaciones laicas, creíbles e imperiosas.

La tan baboseada magdalena proustiana que, si bien se recuerda, le suscitó el pasado y lo fue ayudando hasta conocer un futuro añoso y lleno de íntimas peripicias.

Pienso que la deglución de bizcochos no crea facilidades para la memoria. Sólo fue un catalizador. Toda la *Bisqueda*

estaba ya dormitando en el cerebro del rastreador y la despertó la magdalena, impregnada en dos cuartos de té de Ceilán. Escribo con apuro y largo porque este artículo, la idea que le propuso las vértebras indispensables, nació de una falsa, repentina revelación.

Mantengo el deseo de suspender al recordar y escribir que he sabido de varios autores, o pre, de libros en exceso tomísticos. Un señor nos anuncia que va a sentarse a redactar su autobiografía, ya condenada a extenderse durante cinco voluminosos volúmenes. Como el nombre del autobiógrafo me resulta desconocido y exento de hazañas que merezcan tal esfuerzo, supongo que se tratará de otra versión de la vida secreta de Walter Mitty. En Tierra Caliente un joven escritor me reveló que iniciaría la tarea de construir una novela de cinco mil páginas. Que no haya error: ni cuatro mil noventa y cinco ni cinco mil cien.

Se me ocurre que algo semejante determinó que Arquímides, creyéndose una nueva Friné, saliera desnudo a recorrer las calles de Atenas al grito de «¡Eureka!», sólo para él comprensible. Había descubierto la base de su tratado de los cuerpos flotantes. Hecho que ocurrió mientras tomaba un baño y tuvo el capricho de mirarse las piernas.

Según la leyenda, siempre más linda que la verdad, cuando Isaac Newton decidió sestar bajo los árboles en un insólito día soleado de aquel año inglés, una manzana roja y madura cayó del árbol golpeando cerca del sabio, que hasta entonces ignoraba cuánta sabiduría dormitaba en su cerebro. Según biógrafos solventes, el primer pensamiento de Mr. Newton fue: «Dios hizo las manzanas pequeñas», y rezo agradecido. Pero luego de dar un mordisco a la que le había tocado, su pensar se convirtió en una confusión de preguntas. Según cuentan viejas, don Isaac interrumpió su merienda para interrogarse: «¿Por qué?». Esta eternamente repetida interrogación ha sido siempre el origen de todos los progresos humanos. Y cuando se la contesta con frivolidad y mentira, es origen de parálisis mental.

Aquí la manzana tenía, para su libre elección, cuatro puntos cardinales e incontables divisiones, milimétricas, para

cada uno de ellos. Pero prefirió obcecada, incorregible el Sur, la tierra. ¿Por qué? De esta comprobación, aplicable a toda la extensa tarea de vivir, surgió la Gravitación Universal. El mayor atrae al pequeño, como también ocurre en política, y en las bodas que llaman «por interés». Que si se profundiza, les cabe el calificativo al noventa por ciento.

Pero a la gente poco o nada le interesan los descubrimientos de verdades que no puedan ser modificadas. Las cosas son así y basta.

Muy otra es la tercera gran revelación que me ocurre recordar para escribir largo, ya que estoy muy apurado por llegar a la mía, la que cambiará el mundo y aliviará de temores.

Todos recuerdan a un judío colonizado por el Imperio Romano. La historia se repite, y no siempre en caricatura. Este judío, llamado Saúl o Saulo, se desempeñaba como cobrador de impuestos, muy indirectamente, del César que le deparó la mala suerte. Iba golpeando por las puertas de Judea para reclamar el óbolo para su amo o para el procónsul. Persona bastante odiada, como les ocurre a todos los colegas que le sucedieron a lo largo de los siglos.

Hasta que un día cambió de tarea. Supieron los romanos que en Damasco se había organizado un grupo de temibles subversivos que adoraban a un nuevo dios carente del omnímodo poder de los dioses ya admitidos y mucho más de la belleza e historia de las diosas que seducía el gran Júpiter.

Porque el nuevo dios en quien creían los subversivos no era ni siquiera concebible. Predicaba el amor entre los hombres, herejía que mucho irritó al hasta ahora llamado Saulo, servidor fanático del César. Dicen leyendas que cabalgaba, dicen otras que acercaba su destrucción justiciera a fuerza de gastar sandalias. Prefirió el animal, indudablemente estrellero y a medio domar, aquella bestia que se desembarazó de Saúl con el consiguiente porrazo y la aparición de Cristo en todo esplendor y hablando con palabra tan severa como cariñosa. A medias recuperado del golpe, Saúl dejó de ser y se convirtió en Pablo, alcanzó la santidad escribiendo más epístolas que Madame Staël y haciendo inmortal el consejo: más vale abrazarse que abrasarse.

Y ya van tres revelaciones, siendo la última la que más importó a la humanidad de Occidente. De modo, mis impacientes lectores, que ha llegado el turno para la mía, para la que considero decisiva para el mundo, para el planeta Tierra, cómica bolita de barro tal vez ignorada e inútil dentro de la enormidad infinita del universo. Aunque la última moda de que tengo noticia afirma que el aludido infinito es curvo.

Los hijitos de un vecino, que además de ser niños padecen de retardos mentales, me exigieron dinero para ir al cine. Vieron algo llamado *La guerra de las galaxias* y, según me cuentan, quedaron deslumbrados y felices. Al parecer, se trata de una película destinada a niños de primera o tercera edad. Pero fue recibida con entusiasmo de sonajero por las superpotencias que hoy conversan en Ginebra. Y la guerra de las galaxias arrastra e impone lo que a mí me interesa: las plataformas galácticas. Ésta fue mi revelación cuando tartamudeaban, babosos, los infantes al regresar del cine.

Lo que deseo y aconsejo es la pronta instalación de dos grandes plataformas en cualquier altura, la que gusten. Como ya habrán comprendido los lectores inteligentes, una estará ocupada —y equipada— por valientes soldados de USA y la otra por también valientes soldados de la URSS. Sería grandioso; misil va y misil viene. Se trata de dos deformaciones de la civilización muy desagradables. Ningún latino puede respirar dichoso en un país donde felicidad significa más dinero, ni tampoco en aquél donde disenter equivale a un viaje a Siberia. Si se extinguen a través de meses o años, allá ellas, las superpotencias. Y habrá paz en la Tierra para los países de buena voluntad.

Marzo de 1985

Anónimos diversos

Ningún teólogo me desmentirá si afirmo que al séptimo día de su injustificado trabajo de creación, Dios estaba cansado. Aventuro que se echó a dormir una siesta reparadora. Para el Señor, pasado, presente y futuro son un mismo suceso; de modo que, en una fracción de tiempo predecesora del sueño, ordenó que fuera inventada la televisión.

Si las masas orteguianas eran culpables por no querer enterarse, mis rebeldes anónimos sí se enteraron. Gracias a la tele reciben, no sé si asimilan, porciones adecuadas de cultura.

Las masas, cuya rebelión constatará la sagacidad aristocratizante de Ortega, ya se muestran apaciguadas. Querían enterarse y se enteran. Basta con hacer lo que hacen: dedicar unas cuantas horas al día para que, mientras se acelera el desgaste natural de los ojos, cerebros y almas se impregnen, pasito a pasito, de eso que llaman cultura, un algo que nadie acertó a definir y mucho menos a limitar. Y esta amplitud que cobija música, literatura, artes plásticas, teatro, cine y carreras de caballos, y qué pasó allá, en el mundo, está al alcance de todos.

El anónimo forma parte de la multitud, la integra y la enriquece numéricamente. El hombre de la multitud que interesó a Poe terminó mostrando su cara, muy trabajada por maldad y vicios.

No pasa lo mismo con mi anónimo multitudinario. Imagino su rostro, repetido en millones de fotocopias, tal vez un poco cansado y sin más huellas que las que nos van imprimiendo los tiempos de alegría o tristeza durante el «oficio de vivir» y la pesada caricia de los años. Pero, en verdad, mis anónimos no tienen cara o la tienen, brevemente, cuando surgen del anonimato. Y este deseo puede transformarse en ansia: entonces cualquier medio es aceptable.

A los más tímidos aunque fastidiosamente reiterativos los conocemos sin haberlos visto nunca. Sólo les permiten exhibir en fotos periodísticas dos dedos, allá en el fondo, haciendo la V de la victoria, que fue esperanza y voluntad de resistencia a la barbarie cuando la formaba la mano de Churchill. Pero los dueños de los dedos surgidos de la nada pueden recortar la foto y pasearla ante sonrisas congratulatorias de parientes, amistades, contertulios de café o taberna repitiendo, verdad o mentira, éste soy yo. Y tal vez los dedos sean para siempre la totalidad del yo que logró mostrar al mundo.

De los dedos en V que, con absoluta inocencia de los digitadores, aluden también a Beethoven, asciendo al más alto ejemplo de anónimo rebelde que vieran los siglos.

Se llamaba Eróstrato y así continuará llamándose mientras nos dure un futuro, a pesar de que los gobernantes de su tiempo, jueces, policías y verdugos inevitables hayan condenado a muerte a todo aquel que se atreviera a pronunciar su nombre.

Psicólogos consultados dictaminan, sin pruebas imposibles, que Eróstrato era un adolescente. Lo acepto sin esfuerzo y lo imagino vagando sin un destino convincente por tabernas, prostíbulos y casas de juego. Come aceitunas negras, bebe vinos de Creta, y por exceso de inteligencia rechaza todas las promesas de inmortalidad que le ofrecen las distintas religiones que disputan hegemonías en Éfeso y Atenas, su vecina.

No puedo imaginario labrador o funcionario de un Estado que no puede ser llamado existente. Un poder había, sin duda; alguien castigaba y recompensaba. Lo mismo sucedió desde que el primer homínido, respetuoso de ignotas teorías evolucionistas, se puso de pie y enarboló el más grueso garrote de la tribu.

Poco tiempo le queda a mi esperanza de paz en la tierra. Eróstrato debió sentir lo mismo. Desdeñó toda supersticiosa oferta de inmortalidad pero la impuso para su nombre. Tal vez una palabra, una denominación, equivalgan a una persona. Eróstrato en 356 a.C. y Eróstrato inmarcesible en 1985. Y de aquí hasta un siempre que no lograrán opacar los in-

genios asesinos, dictadores hoy del destino humano. Ni libros de historia ni enciclopedias me dicen qué materiales usó Eróstrato para su tan particular triunfo. Contó las maravillas del mundo, halló que eran siete y que una de ellas estaba allí mismo, en Éfeso, al alcance de su mano, próxima a su meditada piromanía. Supongo que eligió la noche porque entraña sorpresa y confusión. La misma noche que eligieran los hados para el nacimiento de Alejandro Magno. Transformado en ceniza el templo de la diosa Diana, Eróstrato se entregó a los guardias, y a la infaltable comisaría, abundante en torturadores, confesó en agonía su increíble *por qué*. Los decretos justicieros efésicos, sin necesidad de comprender, promulgaron la inaudita ley: pena de muerte para todo aquel que pronuncie el nombre del incendiario, nombre que debe regresar al infinito anónimo, a la nada.

El Consejo de ancianos, infaltable en toda época y país, olvidó, en el tartamudeo de su cólera, prohibir también el recuerdo. Pero, impuesta la ley del olvido, también olvidaron ellos. Olvidaron algo que ya era tradición en su tiempo. Olvidaron la vieja verdad o calumnia que afirma la imposibilidad femenina de guardar un secreto.

Sobre el tema recurro a mi defectuosa memoria y recuerdo que Oscar Wilde, contradictorio, definió a las mujeres como esfinges sin secreto. Insisto y parafraseo uno de sus más hermosos poemas. Trata de una mujer y dice algo semejante al secreto, como una crisálida en su capullo, roía el sonrojo de su mejilla. Personalmente afirmo que si las mujeres no pudieran mantener secretos la sociedad se derrumbaría. Siempre fui alegre cómplice de sus misterios. Y ellas han sabido y siguen sabiendo oponer una infranqueable barrera de negativas a las machistas indagaciones de padres, maridos, novios, hermanos. Los síes los guardan para curas, la mejor amiga, el psicoanalista y gente como el suscrito, que comprende y respeta.

Y volviendo al joven que ofreció su vida a cambio de que su nombre se salvara del anonimato, cabe señalar que el último de olvido dictado por las nobles testas que integran la nomenclatura efésica las contagió también a ellas.

Olvidaron, sin perdón, a una diosa ejemplo incomparable de infidencia femenina. Olvidaron a Psique.

Todos hemos conocido a Eros, dios del amor, en una u otra de sus formas. Y llanto por quienes no. Como hay amores que no osan decir su nombre, Eros, el dios de todos, no osaba mostrar su rostro. Nunca se supo el porqué; acaso su nombre figurara en algún escondido prontuario de teología pagana. Todos los amaneceres dispersaba sobre la redondez del mundo su tropa de angelotes, flecheros infalibles, que fueron llamados cupidos. Hago constar que a veces sus flechas cargaban la ponzoña de los querer imposibles.

Aventadas las criaturas, famosas hasta hoy por su humorismo, el dios continuó revoloteando por los cielos, sobre ciudades, aldeas y campiñas, indiferente a problemas urbanísticos u orográficos. Y como todo llega llegó el momento en que divisó deslumbrado a la moza más hermosa de toda la paginidad. Por voluntad de dioses más poderosos la hermosa muchacha también era diosa. Se llamaba Psique y su condición eludía todo problema social de castas diferentes.

Bien: para usar escasas palabras suprimiré delicadezas y revelaré sin pudores que Eros aguardó la negrura de la noche y se introdujo, primero, en la alcoba de Psique. Dos etcéteras y prosigo. Y antes de que la aurora de sonrosados dedos —también a mí me gusta sorprender con metáforas nunca usadas—, antes que se cumpliera el rito de la mañana implacable, Eros habló y dijo: «Si te ha sido grata mi visita, si deseas que vuelva, júrame que nunca tratarás de ver mi cara».

Psique, aún dormida y feliz, juró todo lo que Eros quiso. El dios le besó las rodillas y desapareció. Muy luego llegó a saber que también las diosas pueden mentir, acaso sin saberlo, como gitanas legítimas.

Ambos fueron dichosos. Eros nunca pensó que sus frecuentes nocturnas le impusieran, de forma muy indirecta, cuñadas y suegra. Todos los adolescentes enamorados sufren, antes o después, la existencia de estas ménades. El pobre dios del amor ignoraba cuántos talones de Aquiles iba dejando atrás en cada despedida. Por razones que ni siquiera la fisiología es capaz de explicar, Psique se fue mostrando, cada día

y sin propósito, más bella y rozagante. Lo que mucho alarmó a madre y hermanas solteras, provocando el asedio de preguntas formuladas con labios biliosos. Y luego el cerco implacable y diurno y finalmente la confesión. Según crónicas, aquellos tiempos eran tan paganos como licenciosos. No se indignó la familia pero fue inculcando en la psique de Psique la terrible sospecha de que su visitante nocturno y de rostro nunca expuesto fuera un monstruo de dos cabezas, un unicornio parlante o cualquiera de los animales fantásticos que inventó Borges. Roída por sugerencias, por curiosidad —profección: sus labores— y la supuesta imposibilidad femenina de mantener juramentos o secretos, Psique quiso enterarse.

Y una noche, cuidadosa de no turbar el merecido reposo del ser que dormía a su lado, la muchacha encendió una lámpara de aceite y pudo contemplar la extraordinaria belleza de aquel rostro que siempre nos mostrará el dios del amor. Sobre todo, al despertar. Y una gota de aceite interrumpió el sueño de Eros, que comprobó falsedad y traición y, convirtiéndose en recuerdo, desapareció para siempre jamás.

Eróstrato venció el anonimato y pudo incrustarse en la posteridad. Eros, al contrario, pretendió conservarse anónimo y bastó una justificada curiosidad, una gota de aceite, para que los mortales lo conociéramos, a veces con júbilo, otras con dolor.

Termino con un simple recuerdo que evoco, aunque sea inútil y alcanzo a los anónimos rebeldes. Es una frase que os tenta el viejo escudo de los San Martín y nos dice: «Vive tu vida de tal suerte que viva quede en la muerte».

Abril de 1985

De Juan a Juan

Querido Juan:

Por vía secreta y apresurada te envío estas líneas con el amistoso propósito de ponerte en guardia. El tortuoso fabricante de poemas y seductor diplomado que lleva, con vanidad incomprensible, el nombre de Félix Grande, sujeto que hace años destrozó, creo que para siempre, mi dichosa tranquilidad, tan apartada del mundo literario, se propone hoy hacer lo mismo contigo.

Por infidencias muy bien pagadas he podido enterarme de que los *Cuadernos Hispanoamericanos* están preparando sigilosa y traicioneramente un número monográfico dedicado a tu persona y a ese silencio que mantienes misterioso. Todos los corruptos colaboradores que logre sobornar Félix Grande para cumplir su inalicable propósito, se preguntarán por qué Juan Rulfo no ha escrito más que *Pedro Páramo* y *El llano en llamas* y mucho me temo que abunden sendos investigadores que den respuestas a tal fenómeno.

En apariencia, y para todo el mundo lector, que una revista cultural, y sobre todo cuando tiene el prestigio de *Cuadernos Hispanoamericanos*, dedique un número monográfico a Juan o a Pedro significa un homenaje, un reconocimiento de los valores literarios del monografiado. Pero la verdad es que el lector, pasando páginas, comprueba que absolutamente todos los colaboradores, en inocente conjura, sólo escriben, unos tras otros, sobre el mismo tema, y acaba por odiar al así homenajeado. Esto se llama saturación, puñalada a traición. Porque ni siquiera se consulta al infeliz victimado y tanto da que haya muerto o continúe respirando. En cualquiera de esas circunstancias le está vedada la defensa y sus lectores, enfermos de resaca, jamás volverán a leerlo.

Espero que por esta vez sepas callarte, hacer un esfuerzo para no contestar cartas, huir de reportajes y de cualquier

otra forma de publicidad. Haz un silencio aunque mucho te cueste y permanece quieto en tu rincón mexicano donde te dedicas a lograr la felicidad indígena.

Yo, por mi parte, dando satisfacción al legítimo deseo de molestar, molestias que fortifican la amistad, te abrazo y te pregunto por enésima vez:

-Querido Juan, ¿hay Cordillera?

Y tú contestarás que no, también por enésima vez, y seguirás embriagándote con la inmortal coca-cola, orgullo legítimo de la cultura yanqui.

Con el viejo cariño de siempre,

Juan Carlos Onetti

Madrid, 10 de mayo de 1985

Ciudad rica en mayor bondad

Coincido en calificar de odioso al yo, al yoísmo. Estoy seguro de que mi prédica al respecto no pasó de débil gemido en vasto desierto que, además, sólo alcanzó oído sordos. Así es o fue, y me presiento bien arropado, como dicen los cronistas de fútbol cuando no cuentan que el gran Pedriñez avanza pateando el balón hacia la meta enemiga, arropado por Danilevsky y Metagamba.

Bien arropado por varios yoes de calidad diversa en el caso de que se publiquen estas líneas.

Se me pide un artículo sobre Madrid, mi Madrid, porque cada uno de sus millones de habitantes ha vivido su Madrid, con felicidad o desdicha, pero siempre personal e intransferible. Y al arribar me tocó en suerte ser arropado por quienes dirigen el entonces llamado Instituto de Cultura Hispánica.

Su amistad, traducida generosamente, impidió que mi juventud fuera segada por la inanición.

Llegué hace diez años y dediqué muchos a recorrer la ciudad, tan bella como París, pero rica en mayor bondad. Conocí lugares, calles, edificios que no me eran extraños del todo por haber leído sus nombres y descripciones en las pocas novelas españolas que podía conseguir allá en el Sur. Y todo era, pero no del todo. La realidad se negaba a coincidir con las imágenes que habían creado para mí las lecturas ya tan distantes y súbitamente avejentadas en cada enfrentamiento.

Hoy las cosas han cambiado, mucho para mí y casi nada para la ciudad, Madrid, que no es alterada por manifestaciones favorables al sí o al no. La ciudad permanece invariable con sus palacios y sus chabolas.

Reconozco que el señor alcalde hace esfuerzos por embellecerla, según me cuentan. Ha hecho plantar tulipanes como si se esperara la visita de Guillermo Orange el Taciturno. Pero no; el que vino con tres carros blindados, desconcer-

tando a los terroristas (¿en cuál de los tres está?) y recorriendo el viejo juego de los sirleros, llamado *la siria*, el que vino fue el señor Reagan. El señor alcalde debió abrumar Madrid con la música de la muy antigua canción *La última rosa del verano*. Me dirán, cae aguanieve mientras escribo, que ni siquiera ha llegado la primavera. Pero yo me entiendo. Y tal vez también entienda M. Mitterrand.

Pero vuelvo al cambio, al mío, que éste sí sucedió. Es necesario un paréntesis y un recuerdo para Victoria Ocampo. Para quien no lo sepa, sintetizo: Victoria era varias veces millonaria, y en lugar de gastarse el dinero en modelitos de Parou o del modista francés de moda, lo empleó en fundar una revista y editorial literaria. Y también usó sus dineros para atraer especímenes importados. Recuerdo a Ortega, al conde de Keyserling que jugaba filosofando (¿y quién no?), al músico Ansermet, al ensayista Cillois, a Graham Greene, a Camus y otros nombres que ahora se me escapan. Aseguro aún sorprendido que en Buenos Aires ningún tonto del coxis se rebeló contra la presencia o los haceres de los importados. Reconocían agradecidos que personas de mayor inteligencia en sus diversas disciplinas estuvieran allí, con ellos.

Y menciono a Victoria porque alguno de los escribas invitados descubrió que los argentinos estaban afectados por un fenómeno llamado la gana. Mucho antes de leer ese descubrimiento, en días de mi infancia-adolescencia, mi madre me mandó a buscar a un conocido *bichicome*, como se dice en Montevideo, que obtenía su comida y su vino haciendo chapuzas, como se dice en Madrid.

Mi mensaje debía referirse a la bomba de agua, a un caño, a un cerrojo. Encontré al hombre tirado al sol, rodeado por perros flacos y sin hermandad racial, felices y barullentos. Lo defendían. Él se quitó la gorra que le cubría la cara y me parpadeó mirando muy desde abajo. Recité mi mensaje y el hombre sonrió, levantó un brazo para señalar el cielo luminoso y me dijo:

—Pero, botija, ¿cómo se te ocurre que con este día alguien tenga ganas de trabajar?

Y así, muchos años después de esta pregunta hecha por un hombre que se sentía feliz, me encontré en Buenos Aires con el descubrimiento de un gran pensador: la gana era el móvil de actuación de argentinos y, naturalmente, de los uruguayos también. Recuerdo que esto de tener gana era atribuido a herencia andaluza.

Pero así como polvos y lodos se han hecho inseparables, gana y desgana han contraído matrimonio indisoluble.

Y hace un año me atacó la desgana, imponiéndome una existencia en lecho blanco. Aquí escribo y aquí leo; ésta es mi diminuta vida literaria. Y cuando los ojos se cansan trato de mirar Madrid desde mi ventana. Ya sea que este mirar lo provoque la curiosidad o el deseo de ratificar mi arraigo madrileño, siempre fracasa. Veo, sí, un cielo celeste con algunas nubecillas decorativas, de la misma familia de las maravillosas nubes que hechizaban al extranjero de Baudelaire. Pero poco más de Madrid, porque mi mujer—sin carné verde ecológico—ha convertido la terraza en una selva liliplutense. Veo pinos, naranjos, adelfas, varios tipos de rosales, petunias y vegetaciones de nombre desconocido.

Pero no me aflijo mucho. La terraza, el departamento en que vivo está muy próximo a un edificio llamado Torres Blancas, y ahí tiene su taller o residencia Antonio López García. Y por indescrutable presentimiento, hace unos años, López García pintó un gran cuadro que muestra la esquina de mi casa actual. Gran cuadro por sus dimensiones y por el talento del pintor. De modo que él sí pudo ver el rincón de Madrid que me niega esta permanente explosión clorofílica e intricustarlo definitivamente en la historia de la ciudad que hoy honramos con palabras tal vez inútiles, porque no hay mejor homenaje que seguir queriéndola.

Mayo de 1985

Otro obsceno pájaro nocturno

Cierta fosca medianoche, mientras luchaba con el insomnio a brazo partido, pero sin fracturas, oí un repiqueteo en el cristal de mi ventana.

Me declaré durmiente vencido y espié; bajo la lluvia o garría un gran pájaro de presa interrumpía los picotazos para repetir: «Ore, ore, ore...». No demoré más de un minuto en reconocerlo y abrir del todo la ventana. Era mi amigo de la infancia, el viejo Never More, única ave inmortal, bendición o condena de la que estaba orgulloso aunque disimulara. Durante la charla, que duró hasta el final de la noche, cloqueó una vez sin esconder el triunfo: «Porque, dios y todo, el cisne de Leda nunca murió de consunción. Y la alondra de Shelley nunca pasó de pretexto literario. Yo, en cambio, aun pronunciando el inglés con fuerte acento de Bowery, tuve bastante con dos palabras para revivir en la memoria y en la desdicha de los hombres mientras sigan poblando este planeta tantas veces condenado por profetas o fabricantes de armas. Sin ir más lejos...».

No lo dejé ir más lejos porque, no siendo cobarde, soy prudente. Levanté una mano pidiendo suspenso, dije perdón con una sonrisa y fui escondiendo todos los animales más o menos domésticos que me acompañan en mi soledad. Regresé con mis anteojos de pesca submarina, asegurados contra mordiscos oblicuos de tiburón y contra «cría cuervos que sacarán los ojos», y continuó la forzada entrevista que, sin que se enterara mi visitante, fue grabada en su totalidad. Entonces noté que el cuervo tenía manchas verdes en un ala y amarillas en la otra. Él interpretó mi mirada y dijo:

—Una verdadera estafa del tintorero. Me aseguró teñido indeleble y bastó el chubasco para desmentirlo.

—¿Y por qué quiso teñirse?

—Ah, ésa es otra historia. Después le explico.

Las parrafadas sobre la teoría de la composición que él audazmente sostenía haber dictado a Poe fueron copiadas y hoy están en poder de la revista literaria *Ápice*. No sé si las publicará. En cuanto a las penas amorosas que tuve que soportar esa noche, las dirigí a una revista del corazón que promete pagarme una millonada desplumada. Porque en esta verídica historia corresponde un papel fundamental a un cuervo hembra.

Dijo el cuervo:

—En aquella también fosca medianoche yo no tuve intención de molestar a Mr. Poe. Simplemente busqué cobijo para huir de agua y viento, así como para evocar mi terrible pena. Porque horas o minutos antes mi cuervita me había dicho: «Never more» y me sacó del nido a picotazos. Esas dos palabras quedaron impresas en mi cabeza y en mi pico. Olvidé las demás, y durante mucho tiempo mi discurso quedó mutilado. Volé muchos países buscando consuelo inútilmente. Ahora, en procura de alivio y olvido, estoy dedicado a las bellas letras. Pero nada de escribir. Jamás. Soy crítico literario.

Al oír eso llegué hasta mi escritorio de un solo salto y volví con el grueso maletín donde guardo narraciones, ensayos, dramas en verso y en jornadas, poesías vacías, artículos periodísticos. Todo hermanado por su alta calidad y la irreductible voluntad ajena de permanecer inédito.

Vi el resplandor de sus ojos y, sin haber muerto, clavó el pico en el maletín.

—Esto —dijo—. Estas hojas agredidas por la audacia. Aunque indignantes, son buen remedio para la melancolía. Y le confieso, aunque parezca un vicio vergonzoso, que las preferí así, crudas pero tiernitas, como si acabaran de escapar de muchas noches de trabajo de cualquier ser al que llamamos autor.

Nada sabía yo de los antecedentes del pajaraco, pero comprendí que había tenido tiempo para aclimatarse, por que se puso solemne, habló de congresos, mesas redondas y recitales poéticos. Más ambiguo que un político, no pude saber si aprobaba o reía silencioso.

Dijo el cuervo:

—Comencemos, señores, por la novela. Aquí me es forzoso hacer un paréntesis para recordar un hecho histórico. Muchos siglos atrás, el país de los goliats tuvo noticia de que el país de los liliputienses no estaba civilizado. O que, por ignorancia o maldad, continuaba civilizándose de una manera distinta, dolorosamente heterodoxa. Así que los goliats fueron obligados a civilizar ortodoxamente a los liliputienses. En nombre del Dios que habían elegido pero nunca consultado sin transitar vicarías cómodas.

»Nunca se supo o ya se olvidó quiénes fueron los vencedores. Tucídides nos cuenta que los goliats emplearon todos los artilugios asesinos de que disponía su civilización. Los liliputienses se defendieron sin otras armas que la inteligencia que habían estado heredando milenio tras milenio: poblaron la tierra de agujeros y exactamente en el centro de cada uno clavaron una estaca tan vertical como afiladísima. Los disimularon con ramas y hojas y se escondieron en sus chozas y se hundieron en su antiquísima paciencia para esperar.

»Papiros de lectura trabajosa trataron de informarnos de cuántos goliats de fuerte pisada resultaron ensartados. Esto ya no interesa. Pero comparo esos pozos dramáticos con la novela. Los pozos novelísticos tienen, además, un temible poder de atracción. Consulte catálogos, librerías, publicaciones culturales y comprobará la preocupante cantidad de personas que, no satisfechas con haber descollado en sus respectivas profesiones, pisan en falso y caen en el foso de la novela con lamentables consecuencias. Y hasta hay algunos que reinciden. El resultado es que estos personajes, dañados por la dicha estraca, inventan a su vez personajes dañados. Y, como es inevitable, éstos se enamoran. Si el adorado objeto sin fisiología es rubio, la solución es simple. Sus cabellos serán siempre de oro sin precisión de quilates. Ya el mismísimo Quevedo escribió: "El cabello más dorado". Es tonto pero no ofende. Pero si el botarate se enamora de una morena, dirá sin remisión: su cabello, negro como el ala del cuervo. Esto me resulta intolerable. Llegó la explosión cuando leí, traducción castellana, que en la segunda página de *París era una*

fiesta mi ex amigo Hemingway mezcla sin rubor, él también, cabellos con alas de cuervo. Por eso procuré teñirlas; y que busquen negrura en sus propias almas.

Dijo el cuervo. Y en ese momento los restos de la tormenta abrieron con furia la ventana, lo que aprovechó el pájaro protervo para huir llevándose el maletín pesado de tesoros. Ahora, día tras día, noche tras noche, espero recibir sus noticias, su inapelable juicio crítico.

Mayo de 1985

Prohibido rasgar

En el villorrio en que nací y fui malcriado por exceso de cariño se publicaba un periódico semanal. Se llamaba *El Censor*, lo que me obliga a recordar que existieron en este mundo censores obligados por cuestión de hambre y otros por también condicionado congénito espíritu de oferta.

El Censor había sido fundado y luego mantenido por el boticario del pueblo, un tal Barthé, disgustado con el comisario de apellido olvidado e intercambiable. El origen de la enemistad, según recuerdo, fue una vaca habitualmente intrusa en pasto ajeno.

Tal vez por esto, y con cierta frecuencia, algunos de los editoriales de *El Censor* se remataban con esta tremenda frase: «Insistiremos, señor comisario».

Y el rencor de don Barthé aumentaba, sin razón, porque cada vez que había fiesta en el pueblo el caballo del comisario ganaba todas las carreras. Trotamundos con muchas etiquetas en sus valijas me han asegurado que lo mismo sucede en todo lugar.

Pero cuando llegaban a *El Censor* cartas con denuncias más graves que el caso de la vaca acusada de intrusismo, don Barthé se lavaba las manos y recurría a gruesas letras de imprenta para anunciar: «Recibimos y publicamos». Claro que el plural era gratuito.

Pero, sea como sea, es el título que debe encabezar la fiel reproducción de la carta que acaba de mandarme mi recordado cuervo visitante de una noche e imperdonable ladrón, o crítico literario, como él prefirió llamarse. Cuestión de gustos. Firma como Crown. Recibo y publico:

«Despreciable anfitrión: otra tormenta estuvo jugando con sus papeles y luego los miré a vuelo y vista de pájaro. Formaban una curiosa confusión: poesía con artículos periodísticos, dramas con fragmentos de novela. Cómico; pero

me dicen que tal entrevero de géneros es en estos días lo más *in de lo in*. Paso a trabajar.

»Dice usted por ahí que la exhibición en España de una película que nos cuenta el caso de una linda muchacha que se encontró preñada sin ayuda de varón determinó que docenas de alcaldes se *rasgaran las vestiduras*. Acompañados en su ejercicio de obscenidad por otras docenas de severos cabezas de familia con aspiraciones celestiales.

»Y uso el adjetivo obsceno porque vestiduras rasgadas, en estos casos, sólo pueden mostrar —como decía Wilde antes de que su obra fuese aumentada y corregida—, conservar rasgos de una notable fealdad. Supongo que se trata de prolíficos *paterfamilias*, con exclusión, claro, de los sacerdotes, también indignados y con rasgadas sotanas. Y uno de los frénéticos rasgadores de casimires enriqueció con una frase la historia contemporánea. Un periodista impertinente le preguntó: «¿Ha visto usted, señor alcalde, la película que prohibió?». A lo que repuso, indignado: «Jamás. Me lo prohíben mis convicciones religiosas».

»Por contraste, por la necesidad de refresco que me impone la noche sucia del alma, recuerdo a Friné. Era una linda muchacha griega que, burlándose de leyes sobre lo incompatible, ejercía de modelo y de cortesana. Miles de jovencitas, y otras más añosas, aspiran en el occidente cristiano o musulmán a ejercer el oficio de modelos, como primer paso a los millones de un tonto. Se sueñan *misses*, *cover girls*, afinan el oído para no perderse el no imposible llamado de algún cineasta.

»Pero, pobrecitas, ser modelo no era para Friné desfilando ante un público ilusionado de señoras gordas exhibiendo sorprendentes modelos de Periquín Peribáñez que hoy día no asustan a nadie, dejando de lado los precios. Friné era modelo con exclusiva para Praxíteles, el más admirable de los escultores griegos.

»La otra actividad profesional de Friné era, como está dicho, la de cortesana. Aquí considero que sobran consejos y reparos.

»El caso es que Friné fue acusada de no respetar un par de leyendas que alcanzaron categoría de sagradas. Es costum-

bre. Friné opinó en público que las historias contadas por Leda y Dánae sobre sus no deseadas seducciones, el cuento del cisne, el cuento del chorro de oro, no eran más que esos cuentos destinados a maridos o amantes alérgicos a la infidelidad.

»Dícese que escuchola un efebito y raudo corrió a declarar el chisme ante un su amigo sentimental que fungía de sarjento de guardia. Y hete aquí a Friné ante el Gran Jurado, que nunca pudo saberse si era puro o escabinado.

»Lo que sí se sabe es que los señores jueces, al enterarse del terrible pecado de la acusada, echaron chispas por los ojos (otra de sus burradas, anfitrión) y rasgaron sus vestiduras.

»Cosa que no hizo Friné por el pudor propio de su condición. Y ya iba a ser condenada a tres meses de castidad cuando su abogado criminalista, Hipérides, famoso en toda la dichosa tierra pagana, alargó el brazo hasta su veste y, con impío tirón, la dejó desnuda, rasgada ante jueces rasgados.

»Esto sucedió, nos cuenta Quintiliano, cuatro siglos antes de Cristo, y agrega que para entonces el gobierno de Atenas no había dictado ninguna ley que impusiera jubilación forzosa a los jueces llegados a una edad en que parecía conveniente que cuidaran resfríos en sus hogares jugando al mus, juego favorito de los antiguos griegos. De modo que la misión de juzgar y condenar era vitalicia, e innecesarias las pensiones.

»Imagine quien lea el estado semicataléptico que atacó a los canibarbados altos funcionarios al contemplar la desnudez de la mujer más bella del mundo, a la que le bastaba con serlo, y, reacia a todo anacronismo, jamás aspiró a ser coronada *miss* o *lady*.

»Tartamudos y levemente babosos, los magistrados lo graron murmurar: "Absuelta de todas tus culpas con efecto retroactivo y futuro".

»Aquí termino, despreciado anfitrión. Jura o promete que nunca volverás a escribir "Se rasgaron, o rasgó sus vestiduras".

Octubre de 1985

Bradomín, burocracia y demás

Hoy, en paz, leo mis periódicos y me entero de que en la Academia Española de Bellas Artes instalada en Roma fueron desenterrados objetos y copias de carras de don Ramón María del Valle-Inclán. Según mi recuerdo muy distante y acaso turbio, Valle-Inclán fue nombrado conservador de dicha academia por el Gobierno para tenerlo contento y afuera, a fin de que no molestara el lento discurrir de la noche ciudadana. Solía terminarlás en algún juzgado de guardia por haber insultado la memoria de Felipe II o Carlos V o al gobernante de turno. En el juzgado, frente a un funcionario uniformado o con ropas civiles, declaraba su profesión: temiente general de los ejércitos de Tierra Caliente. Los inquisidores fueron siempre tan borricos que don Ramón, aunque persistiese, nunca topó con alguien que le creyera, se cuadrara, le hiciera la venia, le pidiera excusas y lo acompañara, respetuoso, de vuelta a la noche.

Hago balance de la cosecha que obruvo la audaz exploración arqueológica y compruebo (s. e. u. o.) que se trata de una poderosa inyección vigorizante para la literatura en idioma castellano. Enumero y valoro: un pantalón listado compañero del chaqué con el que don Ramón se engalanaba para recibir al fantasma de un rey que sólo reinó para el autor de las sonatas; y con eso bastó. Luego aparecieron dos sombreros femeninos. Desconcertantes porque jamás pude ver, pese a disfrutadas relecturas, a la Niña Chole o a Concha soportando sombreros.

Sin temor a incurrir en ofensa al honor, imagen o intimidad de nadie, manifiesto mi muy firme creencia de que el marqués —el espaldarazo se lo había dado Darío— robó sin esfuerzo ambos sombreros de cuadros de Toulouse-Lautrec. Pienso también en *La cortesana del collar de gemas* que pintó Picasso y a la que visité casi semanalmente, como

novio formal, en el Museo de Bellas Artes de Buenos Aires. Esta mujer lucía un hermoso sombrero absolutamente *belle époque*.

Desciendo hasta un par de zapatos a florados por los arqueólogos y los veo cubiertos por el polvo de caminos que nunca pisaron; tienen gastados los tacones, y las punteras se alzan en la inútil rebeldía que trae la vejez.

No eran de Gucci, carecían de una distinción que ya está haciéndose cursi por abuso de famosos.

Estudio ahora los papeles. No son palimpsestos ni permiten generaciones de traductores o copistas incurran en errores. Pienso en los que inventaron un Jesús superrealista capaz de afirmar aquello sobre ricos, camellos y ojos de aguja. Cualquier costurera comprende que Jesús no habló de camellos, sino de cables. Los que amarraban las barcas pescadoras de sus discípulos. Supongo, como cristiano viejo, que esta opinión-profecía no involucraba a los sucesores de Pedro. Hoy la Iglesia vuelve a ser un misterio que sólo podría ser aclarado por el arzobispo yanqui Marcinkus.

Pero los papeles que don Ramón dejó en Roma son muy fáciles de leer y constituyen documentos que se incorporan a la historia cultural española y, creo, a la de todo el mundo.

Porque sus palabras nos hacen saber que existió un señor, cuyo nombre he olvidado para siempre, que, titulado burócrata, era, estaba por encima de don Ramón, era la superioridad a la que el más importante escritor que tuvo España en sus tiempos, y que todavía no fue renovado ni hay signos de tal milagro, debía elevar quejas, expedientes y consejo, tratándolo de su excelencia. Tan cómico como triste. Porque si excelencia viene de exceder, sería necesario, aunque no obligatorio, admitir que la burocracia con nombres y apellidos, aunque siempre quede anónima, está por encima del talento. Los burócratas, capaces o no, son siempre elegidos y nombrados por razones políticas, por amistad con algún gobernante. En la misma América del Norte—con perdón del PRI mexicano—es costumbre que, si gana las elecciones el Partido Republicano, todos los burócratas designados por el anterior Gobierno —demócrata, supongamos— son

barridos de sus puestos, y los que no fueron revisores, como la hormiguita laboriosa, saldrán a ofrecer por las calles rojas manzanas californianas o tratar de vender enciclopedias golpeando puerta tras puerta. O todo viceversa si triunfaran los demócratas. Pero ya no hay Roosevelt para hacer un cambio. Hoy sería como ofrecer una primogenitura y recibir un plato de lentejas.

Vuelvo a Valle y a sus papeles que, aunque redactados maliciosamente en impecable estilo burocrático, rezuman burda a la impuesta superioridad.

Pero no exageró su crueldad. Tuvo la generosidad de ofrecer a la superioridad un problema de esos llamados de ingenio para que el sufrido y meritorio burócrata pudiese distraer las terribles horas impuestas por el ocio, sufrimiento que aqueja a la burocracia en todo el mundo. Yo también cabrero fui.

Antes, como creo haber dicho, el marqués rubendariano había redactado numerosos textos, dirigidos a la excelentísima superioridad, señalando con minucia cada uno de los defectos y carencias que afectaban al edificio de la academia donde debía vivir y conservar. Todo inútil, todo señalado antes de nacer para el clásico «enterado, archívese». Habiendo enterrado de pobre para esos papeluchos cuando no los acompaña la muleta de un llamado telefónico de alguien superior al superior.

En apretada síntesis —así veo que se escribe y publica: a las desdichadas síntesis nunca las dejan respirar a gusto— planteo el problema, juego de ingenio con que Valle torturó el cerebro de la Superioridad. Ahí va: «Tengo nueve camas, ocho juegos de sábanas; tengo nueve almohadas, ocho fundas. Y todas las noches somos nueve los aspirantes a un dormir civilizado. Todavía quedan por el mundo herederos del Superior y de simples aficionados a resolver rompecabezas».

El hombre que estaba por encima de don Ramón, allá en Roma, no encontró solución para la esperpéntica tomadura de pelo, aplicó burocráticamente, derrotado, el «enterado, archívese» y movió influencias en Madrid para que lo aliviaran de semejante inferior.

Porque el superior también tenía un superior, el cual a su vez tenía un superior, el que...

Más vale detenerse y terminar aquí. No sea que tropiece con el gran último superior que no tiene superiores confesos. El que sería como un Dios omnipotente y omnipotente. Además podría tener casi mil nombres o calificativos y conservar el privilegio de ser el innombrable.

Para concluir, diré que escribo en un país cuyos pobladores son profundamente católicos, pero, tristemente, escasamente cristianos. Comprobable para todo el que abra un periódico. Mis lectores son tan fervorosos como incontables. Sospecho que entre ellos existe un pequeño número de politeístas. Les concedo disfrutar de su herejía. Pero, teniendo la reacción de alguna de las entidades-*yes men* que formaron el último sínodo, sólo les permito creer en hasta tres dioses. También ellos innombrables.

Octubre de 1985

Último graznido

Numerosos y fieles lectores de mis pobres escritos han sido deslumbrados por la sabiduría y el ingenio exhibidos en las cartas que, con irregularidad lamentable, me envía mi casi amigo y severo censor *mister* John Crow. Por ejemplo, carentes de delicadeza, los 1.280 habitantes alfabetos de San Polanco reclamarán -imponiendo referéndum- que ceda mi lugar al cuervo maldito y que sea él, y no yo, quien publique y firme esta serie de artículos. Es sólo un presentimiento, pero ya estoy sufriendo.

Demasiado humilde para sentirme humillado u ofendido, doy paso a la grosería del cuervo sin olvidar que cierta chusma preñó, hace siglos, a Barrabás. *But never more*.

Y excogitó el cuervo: «...nunca albergué esperanza alguna en la dimensión de su talento, pero jamás sospeché que fuera usted un sádico carente de piedad. Veamos, veo que en un conato de novela que pesa tres kilos de buen papel se agrade a lectores eventuales con el relato implacable de las peripecias domésticas de las muchas generaciones que ocuparon temporalmente las tierras del pueblo de San Polanco hasta que Dios las reclamó, sin aceptar excusas, para la paz del seno sin límites. Y así, generación va, generación viene, hasta que comienza a berrear en una cuna su héroe, don Antioñete de San Polanco. Aparte de muebles, inmuebles y semovientes, no quedó de los reiterados sampolanquinos, hembras o varones, otra cosa que la irrefutable síntesis que peregrinó Anatole France: nacieron, sufrieron y murieron. Pero no puedo enmarcar en un adjetivo que me satisfaga su crueldad de usted. El héroe de la llamada novela destaca de incontables antepasados destripaterrones, que generaron aristocracia y caciques. Escribe poemas, frecuenta el círculo, habla en homenajes de ateneos, asiste a mesas redondas, viaja y ama, organiza congresos, bebe calvados en el Flore y, finalmente,

vuelve glorioso a la tierra. Hay, como siempre, boticario, maestro y cura párroco. Y como premio a la detallada vida de penurias usted le ofrece: "Fue recibido en olor de multitud". Colmo de su crueldad. Bien sabe usted que la acumulación de humanos clama al cielo con una nube espesa y creciente de hediondez. Vaya, si nunca fue a un concierto de música posmoderna o *rockasco* en esos locales contruidos para albergar 800 y donde se venden 1.000 billetes y se agregan sin pagar -todos sabemos cómo- 200 otros sudores. O, mucho más barato, viaje en verano y en metro. Pero el olor multitudinario no es suficiente para su sadismo: tabernarios polanquinos amenazan con exigir al cacique-alcalde que lo proclame hijo dilecto de San Polanco, primer peidano del cadalso donde algún día lo coronarán con fresco laurel para sujetarlo con un tercer clavo a la cruz que se veía venir y el pobre hombre queda convertido en polanquino universal.

» Y nos cuenta usted varias cosas que me hacen gracia y de las que elijo dos. Según el novelón, que gracias a la providencia amarillleará inédito, el rotativo *Eco* de San Polanco dijo del personaje que tenía un talento como la copa de un pino. Completamente *sic*. Y significa la parte de mayor altura del árbol. Pues bien; en mis errantes viajes peregrinos me tocó en una ocasión hacer noche en la copa de un pino donde residía un amigo tan cuervo como millonario. Se estimaba en cuarenta metros la altura de su mansión. En otro de mis ambulares aéreos, allá por la inolvidable Hiroshima, un poco más al norte, pude contemplar, mientras vigilaba la inquietud de un pajarito, una colección de pinos enanos. Ninguno superaba el medio metro.

» A nosotros, cuervos, se nos ha impuesto una muy larga vida, pero estoy seguro de que moriré sin enterarme de cuál es la altura del talento de su héroe.

» Y otronó digo: mi vista privilegiada me hace sospechar que usted ambicionó escribir, con cierto disimulo, una novela épica, pero se le quedó en lírica. Como en todo novelón retroactivo cuyo fantasma sigue imperando sobre vivientes y destinos, era necesario inventarse una despiadada rivalidad, muy próxima al odio, entre capuletos y montescos.

» Mi vida se parece mucho a la de los perseguidos políticos, por lo que no debe asombrar que pierda los papeles con frecuencia. Los periódicos me hacen saber que lo mismo les ocurre a los perseguidores.

» Pero debo reconocer que su manuscrito contiene una vuelta de tuerca -perdón, James- que puede influir en la literatura comarcal. Los clanes enemigos eligen amistad. Julietta -la Lola- se casa con Romeo -el Farruco- y las increíbles uniones se reproducen.

» Ya no hay riñas ni muertes. Don Capuleto y don Montesco se abrazan con fuerza y sinceridad. Presiento, muy personalmente, que en un futuro tomo segundo este escandalete concluirá en alegre endogamia, con la imprescindible bendición del señor cura párroco de San Polanco.

» Me despidió señalando otro ejemplo de su infeliz antipatogorismo. Removiendo un folclor que nada tiene que ver con la fiesta nacional, ni con judíos, ni bailaoras, nos cuenta que al cuñado del señor cacique le robaron una cerda preñada -tan larguísima historia apesta de cuñados- con astucia y nocturnidad. Como es justo, el cacique se enfurece y ordena al muchacho que sacaron del servicio militar para que le hiciera de guardaespaldas, guardia de honor, lustrabotas y cocinero; ordena, dije, con ceño tempestuoso y voz tronituyente que se proceda a una investigación *en profundidad*. El casi soldado se cuadra, saluda y cumple. Pero al pobrecito se le olvida, o teme preguntar, de qué profundidad se trata. Porque las hay para todos los disgustos. Profundidades kilométricas, métricas, centimétricas y hasta algunas que sólo perforan milímetros.

» Suspendo porque ya se me abre el pico y me tiemblan las alas: me parece distinguir, no muy lejos, una palomita blanca sosteniendo una rama de olivo con hojas que ya tienen color de otoño. Y hace tanto tiempo que ni tierras ni mares albergan el refugio de un Arca».

Noviembre de 1985

Por la caza que cazó

Leo mucho sobre ese encanto de los hogares que constituyen los niños precoces. Pienso en Mozart, a veces muerto por venenos del botiquín de los Borgia y otras por un reumatismo tan feroz como apresurado.

Pienso en Beethoven —no tengo a mano mi Romain Rolland—, que odiaba su calidad de prodigioso infante y las torturas musicales que le fueron impuestas por su padre. Es indudable que esta vez un padre tenía razón. Hasta tal punto que un compositor amigo me ha dicho: «Si me dejas aparte, no se conoce obra musical que pueda compararse en grandeza con la que escribió el Ludwig van». Esto nace de la historia, de la vida. Es cómico, triste y determinado.

Pero también existen adultos precoces. Dicho sin crueldad, agotan sus años persiguiendo tenaces la madurez del genio. Tal vez ya tengan la admiración de parientes y amigos y del pueblo en que nacieron, y Babel la Pequeña —que pongo por caso e invención— llegue a proclamarlos *babelense universal*. Tal vez la alcaldía de Babel les conceda ese título cincuenta años después de su muerte.

Probablemente haya una ceremonia sin concurrencia de políticos e intelectuales, ausentes para no turbar la paz de sus huesos. Un no estar que revela profunda delicadeza y prudencia. Porque es seguro que si los ausentes no lo hubieran sido, ni siquiera las meigas amigas del difunto podrían haber impedido la logomaquia. Y así como hubo una calavera inquietada por un nido de víboras, es seguro que esta viejísi-ma calavera hubiera chillado: «¡Basta de gerundios!». Hablo de don Ramón María del Valle-Inclán.

Se cumplieron dos actos en su recuerdo. Uno, en el Ateneo de Madrid. El otro, en un cementerio. Aseguro que mi amigo Thomas Gray (1716-1771) recibió en la ocasión su famosa *Elegía escrita en un cementerio de aldea*. Aquí se trataba

de exhumar huesos y cenizas para inhumarlos en otro cementerio de aldea.

Al mismo Gray, que seguramente no me dejará mentir, el autollamado *sepolterero* manifestó no comprender. Resumió: «Tanta paz tendrá allí como la que acá le damos».

Supé que los ilustres irritados no concurrieron ni a la ceremonia macabra ni al homenaje del Ateneo. Aquí estuvo y habló Torrente Ballester, cuya sola presencia bastó para com-pensar ciertos ausentismos.

Pienso, como posible, que la huelga sin fisuras de los ausentes haya sido producto del respeto a la convicción indudable de que les correspondía estar en otro lugar.

Ahora me asalta la ecuanimidad, la duda, la presunción de inocencia. Amo la ecuanimidad. Es una palabra tan larga como bonita. Tantos veces escuché a su hija en discusiones de día lunes. Mientras soportaba el vocerío de los que tomaban el café de las once y comentaban derrotas inexplicables, goles que fueron o no, tarjetas exhibidas con maldad, la justicia del botellazo que le abrió la cabeza a un árbitro, el más alfabeto de la oficina insistía, intercalaba: «Hay que ser ecuaníme».

Según me permitió comprender la gripe, se proyectaron, más o menos, dos homenajes a Valle-Inclán, frustrados o no. Sospeché que su causa provenía de haberse descubierto un manuscrito inédito de don Ramón. Estos hallazgos están adquiriendo frecuencia. Sin señalar, que queda feo, a la última viuda —y la menos simpática— de Hemingway, que nos quiere acostumbrar a un descubrimiento por año.

Pero, por desgracia, no se trataba de otro Valle-Inclán, sino simplemente que se cumplían cincuenta años de su muerte. Fue en enero de 1936, y mi querido Brandomín eligió esa fecha para librarse de presentar el asco ambivalente que se aproximaba.

Cada cincuenta años queda bien que algunos se acuerden de un muerto que fue ilustrísimo de verdad. Los de broma abundan, y sólo recordarán el cumpleaños nietos o biznietos. Más adelante, gracias a la terca voluntad de los difuntos de mantenerse en el no ser, a los que sí fueron ilustres les llega la celebración de su centenario, sea por defunción o nacimiento. Entonces los recordamos, repetimos elogios, abrumamos los

periódicos con latas de calidad semejante a la de los discursos con chuleta, que parecen buscar con empeño la hora del alba, para cesar con esta noticia sorprendente: «He dicho».

También he dicho en este artículo, y resumo. Dos homenajes a don Ramón y dos deserciones de las que no me toca a mí avergonzarme.

En el cementerio de aldea habló *mister* Gray con palabras que llegaban desde siglos y que continuarán sonando. En el Ateneo habló Gonzalo Torrente Ballester. Estuvo rodeado por señores socios con las cuotas al día. Y Torrente dijo esta frase, que hoy comparto como indiscutible y condenatoria: «Valle-Inclán es el mejor escritor español de este siglo».

No vaciló mi fe ante la sentencia del maestro. Pero era inevitable que presintiera las dolorosas consecuencias de sus palabras. Se me turbó la noche con un imaginario coro de interrogantes. Tan gimientes como coléricas voces, tan desconcertadas como preguntonas y recordatorias. Pobre de mí, con el sueño impedido por innombrables «¿Y yo?». Tal vez muchos yo fueron pronunciados con griega mayúscula. Y también creo escuchar protestas de parientes en diverso grado.

De modo que gocé y padecí los altibajos de la literatura española a partir del primer día de enero de este siglo. Y supe que Torrente tenía razón hasta hoy. Luego miré alrededor y nada vi para discrepar. Y mirando hacia el 2000, examinando las eternamente renovadas brillantes promesas, volví a decirme que Torrente había dicho verdad.

Concluida la tarea, mi psiquiatra me ordenó una urgente depuración: releer todo Valle-Inclán y nada más. Ni siquiera periódicos.

He mejorado, pero no puedo evitar el asalto de una duda, un temor. Faltan catorce años para que se cumpla el siglo y, por ahora, don Ramón, ganador. Pero uno, otro, muchísimos gozan de la libertad de pensar que si hay energías, paciencia y voluntad, no es imposible que en un decenio se escriba algo tan importante como, por ejemplo, el *Ulises* o *En busca del tiempo perdido*. Aunque el título proustiano tenga un no sé qué de agorero y disuasorio.

Enero de 1986

Otro abrazo, Juan

Hace pocos meses o días volví a abrazarme con Juan en las páginas de *Cuadernos Hispanoamericanos*, revista que dirige con brillantez Félix Grande. Luego Juan Rulfo estuvo una vez más en Madrid, pero me lo escondieron. Ahora volvemos a saludarnos sin preguntas, sin las tonterías de la multitud ilustrada. Tal vez esto suceda en los cielos aztecas, donde continúa resonando la frase terrible y condenatoria: mi lecho no es de rosas.

Acaso en un cielo cristiano o islámico. Tanto da. Todos inventos humanos destinados al alivio de culpas y de la conciencia de la muerte inevitable. Hay otro cielo parcial: el de la memoria.

A Juan Rulfo debió habersele otorgado el Premio Cervantes y darle las gracias por aceptarlo. Pero es verdad que sólo publicó dos libros.

Y también es verdad que durante treinta años se resignó al silencio. Sabía que su obligación literaria había concluido. Era un hombre honrado y respetó su decadencia. Hermoso ejemplo para aquellos que, en el vasto mundo, siguen fatigando máquinas impresoras fingiendo no enterarse.

En la narrativa castellana permanecerá por mucho tiempo la belleza literaria de *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*.

Enero de 1986

Hijo y padre de la selva

La única vez que vi a Quiroga *in corpore* fue en una esquina de Buenos Aires. Lo había leído tanto, sabía tanto de él, que me resultó imposible no reconocerlo con su barba, su expresión adusta, casi belicosa. Su pedido silencioso de que lo dejaran en paz ya que el destino no lo había hecho.

Era inevitable ver, mientras él esperaba el paso de un taxi sin pasajero, que su cara había estado retrocediendo dentro del marco de la barba. Continuaban quedando la nariz insolente y la mirada clara e impassible que imponía distancias.

Y cuando apareció el coche y Quiroga revolvió su abrigo oscuro para subirse recordé un verso de Borges, de aquellos de los tiempos de la revista *Martin Fierro*, cuando Borges decía felizmente fervor de Buenos Aires, y que dice, en mi recuerdo, «el general Quiroga va en coche al muere».

Estoy seguro de que en aquel viaje –al hospital, según supé él ya sospechaba lo que yo sabía: un común amigo, Julio Payró, muy querido por mí, se cartaba con Quiroga y éste lo visitó brevemente, a su estilo, cuando bajó de la selva, para consultar médicos en Buenos Aires.

Hay quien afirma, audazmente, que a veces, en una porción del millón, el paciente tiene un promedio intelectual superior al del médico. Éste fue el caso de Quiroga. El director del hospital, que ya había afilado el bisturí, estuvo conversando con el enfermo en el jardín del hospital. Quiroga mostró la mansana curiosidad de enterarse de la gravedad de su dolencia. Y obtuvo sonrisas, optimismo, circunloquios, engaños mal disfrazados. Quiroga supo que la operación proyectada era una simple y dolorosa postergación de la muerte.

Prefirió una agonía más breve y abandonó por la noche el hospital para comprar los bastantes gramos de cianuro para eludir para siempre la insistencia de una vida compleja y admirable, ahora ya inútil.

Poco después de que las cenizas de Quiroga viajaran hasta su ciudad natal, Salto, Uruguay, dos amigos suyos desde la mocedad, Delgado y Brignone, publicaron una biografía del escritor. Me detengo aquí para comprobar y decir que esta biografía, impresionante por su fidelidad, consecuencia de la permanente amistad que mantuvieron sus autores con Quiroga hasta su muerte, la muerte del biografiado, mantiene hoy su carácter de única. La tuve, la perdí en vaya a saber cuál de mis traslados. Ahí, en ella, está todo Quiroga, desde los insinceros, decadentes *Arceifes de coral* y el derrotado viaje a París hasta su muerte en el refugio de un hospital.

Luego, pasado el tiempo de silencio e ignorancia que es costumbre otorgar e imponer a los difuntos que importaron, se sucedieron muchos libros sobre Quiroga y varios críticos e intelectuales de diversa especie viajaron a la selva misionera con el absurdo propósito de ver allí algo que se le hubiera escapado al maestro.

Mucho antes, un gran escritor se instaló durante meses en una casa próxima a la que habitaba el cuentista genial. Proximidad que fue aceptada con la condición de que las visitas se realizaran solamente cuando Quiroga estuviera con un *mood* propicio. Para anunciar estos no frecuentes estados de ánimo, el uruguayo izaba una bandera.

Pero ni los pre-muerte ni los post agregaron nada de importancia a la biografía de Brignone y Delgado, nunca reeditada –que yo sepa– e imposible de encontrar ni en librerías de viejo ni en bibliotecas de amigos.

Cuando su obra ya era definitiva, hecha con cuentos tremendos escritos sin tremendismo, con cuentos para niños inteligentes que delatan una escondida y rebelde ternura, con un par de mediocres novelas que confirman su sincero aserto de que una novela es sólo un cuento alargado, aceptó la tentación de bajar a Buenos Aires. Dejaba detrás las alegres fatigas del machete y la congoja de una muerte trágica que tal vez, sin quererlo, él mismo había estado conjurando al exigir a otros el coraje incansable en la lucha con el destino, coraje que él mantuvo hasta el fin.

Este viaje a la capital tuvo forzosamente la calidad de una

visita más o menos larga. Quiroga era ya padre e hijo de la selva y no resistió mucho su llamado.

Aquel viaje visita tuvo tres consecuencias que, sin duda, afectaron al escritor con intensidad diversa.

La más importante y nada literaria fue provocada por la imprudencia de su hija Eglé —maravillosa persona— al presentarle a una compañera de colegio, muchacha de gran belleza. Poco tiempo después, Quiroga se casó con ella y la llevó, como cazador y presa, a su casa en la selva norteaña.

La segunda consistió en una larga temporada de fiestas y reuniones en las que admiradores y aspirantes a buenos discípulos rodearon al maestro tanto en su residencia de las afueras, en la localidad de Vicente López, como en hogares y restaurantes porteños. Aquí el hombre huraoño, tan parco en tolerar visitas y habituado a cerrar las puertas de la casa recia y humilde que había construido con sus manos, bajó la guardia, supo ser amable, cordial y receptivo. Confirmaba que su tarea de escritor no había sido vana y tenía a su lado la hermosura demasiado blanca, demasiado rubia, de su nueva esposa.

Tantos meses de merecida dicha tenían que provocar la tercera consecuencia.

Ahora, una aparente digresión: otro suicida famoso, Hemingway, obtuvo, más o menos un año después de volarse la cabeza, un curioso reconocimiento a su obra y a su vida. Cáfilas de criticiones, de fracasados, de adictos incurables a la envidia, se abalanzaron con furia a la conquista de espacio en diarios y revistas para atacar al muerto.

Recuerdo que la ola de baba verdosa llegó a tal altura que la revista *Life* cedió una doble página a Malcolm Cowley para que intentara un dique contra las hienas comecadáveres.

Este artículo fue reforzado con un dibujo que representaba a Hemingway desnudo y muerto, tenazmente visitado por cucarachas, moscas, toda la sabandija pensable.

Tal vez hubiera alguna rata en el festín.

Algo muy parecido ocurrió con Quiroga vivo.

Partidos a consecuencia de un cruce misteriosamente fértil

entre dos viejas prostitutas llamadas envidia y ambición, decenas de enanitos declararon perimido el arte de Quiroga. Era necesario que los cuentos del maestro se hicieran a un lado en la historia literaria para dar paso a los que ellos, los nuevos y novísimos, pergeñaban para deleite propio y de la pretendida elite en que flotaban. Es decir, que los relatos quiroguianos, de ciudad o selva, que son para mí grabados en metal, exentos de adornos, se olvidaran para aplaudir acuarelas pintadas en el país de algún abanico.

El maestro cometió el error de darse por enterado y publicó una respuesta que era desafío y afirmación. Sucedió lo inevitable. Ya ni Funes el memorioso recuerda los nombres ni los engendros de los aspirantes a iconoclastas.

Todos los cuentos de Quiroga, cualquiera fuera su tema, están contruidos de manera impecable. Pero debo señalar que aquellos que se sitúan en Misiones están impregnados del misterio, la pobreza, la amenaza latente de la selva. Allí es imposible descubrir arte por el arte, regodeos puramente literarios.

Porque la selva amparaba el horror del que supo el escritor y que venció la ferocidad de su individualismo. Supo de la miserable sobrevivencia —o persistencia del no morir— de los mensús, de sus sufrimientos callados porque conocían la esterilidad de expresarlos con la dulzura exótica de su idioma guaraní. Tal vez, raras veces, se les escapara un «añamembuí» dirigido al patrón invisible y de crueldad cotidiana e interminable. O al capataz de revólver y látigo; o al destino tan sabio en torturar y en suprimir explicaciones.

Para el mensú, mantenido siempre al borde de la agonía, el patrón nunca visto tenía forma de hombre, pero era una empresa lejana e inubicable, una oficina con aire acondicionado, una compañía que seguiría floreciente mientras la selva conservara árboles para hachar y hombres para ir desangrando.

El aire acondicionado es brujería impensable para esclavos famélicos cuya soñada fuga estaba vedada por policía mercenaria, asesina y privada, por perros expertos en alcanzar gargantas de fugitivos. El aire acondicionado es indispensable en

las lejanas oficinas de los gringos porque en Misiones la temperatura diurna es de 45 centígrados a la sombra para declinar, cuando desfallece el sol, a cinco grados bajo cero.

Pero la explotación de hombres tiene una muy rigurosa cobertura legal. Cada mensú tiene que firmar un papel, *la contrata*, por el que se compromete a trabajar en los obrajes durante un tiempo determinado y en las condiciones que disponga el patrón oculto.

Allí no se acepta la excusa de analfabetismo: hay que firmar con una cruz, un garabato o con la huella del pulgar. Y luego reventar de cansancio o paludismo o por gracia de Dios, que todo lo ve. Terminada *la contrata*, los supervivientes, llenos de sana alegría y libres como pájaros, se embarcan hasta Posadas, capital de Misiones, para festejar. Los acompañan, cariñoso, un subcapataz. Allí pasan algunos días y, sobre todo, noches. La caña corre, las mujeres abundan y todas casualmente se llaman Venérea. El sub simula acompañarlos en la gran orgía y aguarda con paciencia de buitre. No muchas horas después todos los mensús están borrachos y endeudados hasta el cuello.

Porque también en Posadas la empresa es generosa y fía, como les fiaba en el clásico y canallesco almacén del obraje. El buitre está atento y sabe actuar. Las deudas de la fiesta quedan saldadas si la víctima firma otra contrata. Días después, los mensús remontan el río, amontonados como animales, y vuelven, por otros dos o tres años, al martirio del infierno breve.

Termino con una confesión. En uno de sus cuentos, llamando «La bofetada», Quiroga escribe que un mensú, amenazado por el revólver de un capataz rubio, le hace saltar mano y arma con un voleo certero del machete. Luego le obliga a caminar, chorreando sangre, hasta que el gringo cae exánime. Entonces el mensú se dirige en busca de la frontera de Brasil. La violencia me repugnó siempre. Pero mientras leía el cuento mis simpatías acompañaban al mensú durante su viaje al destierro.

Abril de 1986

Uno de los más grandes del castellano

Hace unos pocos años una amiga que estaba viviendo en Francia me visitó para pedirme mi adhesión a un acto de homenaje a Carlos Gardel que se iba a celebrar en Toulouse, lugar de nacimiento del cantor. Le contesté que estaba completamente de acuerdo, pero que no olvidaran que allí mismo, en Toulouse, estaba viviendo, y muy pobremente, uno de los más grandes escritores en idioma castellano, aventado por el exilio y con pasaporte español, cuyo nombre era Augusto Roa Bastos. Se han publicado muchos libros sobre dictadores latinoamericanos, pero Roa Bastos no podrá ser acusado de reiteración, porque apartándose de numerosas y algunas excelentes obras que se hayan escrito sobre tiranos suramericanos, él hizo algo distinto.

En lugar de escribir sobre un canalla de turno que algunas veces llamó ilustrado, escribió él. Se introdujo en la piel, los huesos, el pasado y el presente de un tirano anómalo, fue el dictador Francia que obligó a dictarle sus pensamientos y sus recuerdos. Fue *Yo, el Supremo*.

Y así como un doctor Jekill por voluntad y sin drogas, Roa Bastos se transformó en José Gaspar de Francia durante meses y años de trabajo de prosista admirable. Y es tan bueno el libro que historiadores abundantes en talento y fantasía afirman que *Yo, el Supremo* no pudo ser escrito por Roa Bastos.

Aseguran tener pruebas de que cuando el falso autor imitó la escritura del libro, don José Gaspar de Francia lo hizo fusilar junto a un naranjo enano. Envió el cadáver a Europa y dedicó sus ratos de ocio a escribir el libro. Me informan desde Asunción que los funcionarios que integran la Magistratura se reúnen diariamente cuando el sol empieza a perdonar y cada uno se inventa un respiro antes de que la ciudad se estremezca con el frío nocturno para discutir y fallar

a quién corresponden los derechos de autor, si a Francia o a Roa Bastos.

En una dimensión muy pequeña este reconocimiento del talento de Roa Bastos es también para mí una gran satisfacción. Desde que se modificó la organización del premio Cervantes todos los años, porfiadamente, he propuesto su candidatura y siempre resulté defraudado. Pero creo que si se compara, sin prejuicios ni presiones, el nombre de Roa con los que fueron premiados es muy posible que se me dé la razón.

En un momento en que Paraguay vive un instante de esperanza, la vida aperreada de este exiliado incomprendido recibe hoy también la luz que se merece.

Noviembre de 1989

Julio Llamazares

A diferencia de otros ancianos tengo mucha curiosidad por la producción de los jóvenes novelistas españoles. Claro que uno se siente un poco desconcertado por causa de los *slogans* de que han abusado varios editores. Se habla y se escribe por ejemplo: «nueva novelística española», «el boom de los jóvenes escritores», etcétera, y, casi fuera de intenciones vendedoras, recuerdo que la eclosión de los nuevos y novísimos fue ayudada generosamente por un poeta que declaró en una entrevista: «Los jóvenes poetas estamos creando un nuevo siglo de oro...». En resumen, el panorama es bastante confuso y pródigo en motivos para entristecerse y sonreír. Muchos son los escritores jóvenes que son llamados por las editoriales, con el apoyo cordial de amigos periodistas o críticos de ocasión. De los muchos llamados hay pocos elegidos y hoy quiero destacar las dos novelas que conozco de Julio Llamazares. Se trata de un escritor de raza y adelanto mi seguridad de que el resto de su obra confirmará estas mis palabras. Hace pocos días pude leer en *El País* (14 de noviembre) un artículo cuyo nada retórico y despojado de grandilocuencia y barroquismo. Artículo muy bueno y exacto que mucho me gustaría haber firmado.

Noviembre de 1989

IncurSIONES EN FAULKNER

Hace tiempo y allá lejos pude mantenerme vivo durante un año haciendo traducciones. Durante doce meses tuve techo y alimento. Pero nada más. Debo considerar también la felicidad de no tener que cumplir un horario, salvo los que yo mismo me marcaba y muy raras veces cumplía.

Poco quedaba de esa felicidad cuando se acercaba la fecha en que me había comprometido a entregar la traducción. Entonces, como hacen muchos estudiantes en el día anterior al terror del examen, se imponía un día con su noche y la ayuda de la bencedrina.

A un amigo le encargaron la traducción de cuentos de Faulkner. Le pedí que me dejara traducir *Todos los pilotos muertos*, para mi placer y sin cobrar nada. Como este cuento es mi favorito de entre todos los que escribió Faulkner, encaré mi tarea con mucho respeto. Traté de conseguir traducciones anteriores y me encontré con una en castellano bonaerense, muy mala. También había otra en francés con errores insoportables y que alteraban la psicología del personaje. Poco tiempo después me dediqué a rasrear algunas de las infamias que se habían hecho al traducir obras del genial norteamericano.

Comienzo con Lena, muchacha tan fácil de querer. Ningún esfuerzo es necesario para verla caminar kilómetros de caminos polvorientos desde el profundo Sur hasta el profundo Sur. Lleva, indomable, el peso de un feto de varios meses y debe encontrar al padre de su hijo. Calcula dar a luz en el mes de agosto y recuerda, con restos de dulzura, por qué.

Así, Guillermo de Torre en la editorial Losada se encontró con que una traducción literal del título, *Luz en agosto*, resultaría confusa para los lectores. Se inclinó entonces por *Luz de agosto*, aunque la luz de este mes en Buenos Aires, donde estaba la editorial, es gris y trisona. Agosto se soporta porque antecede a septiembre y su primavera.

De todos modos, luz de cualquiera de los doce meses se puede titular algún libro inédito de poemas.

Prosiguiendo con mis recuerdos, me encuentro ahora con un libro llamado, en su primera traducción al castellano, *Intruso en el polvo*. Hay, a propósito, una divertida anécdota. Cuando Faulkner fue descubierto en Europa, sus compatriotas sospecharon, sin mayor entusiasmo, que en su país existía un gran escritor. Faulkner empezó a divertirse cambiando los títulos de sus libros, y así *Intruder in the Dust* también se llamó *Flags in the Dust* y, ya más seguro de la aceptación de su talento, alteró también el título de algún cuento.

La novela *The Stealers (Los ladrones)* se llamó *The reavers*. Pero a Faulkner le gustaba más deletrearlo en un escocés arcaico: *The Reivers*. Decía: «Esto suena más fanfarroresco que *reavers*, que es la palabra americana que significa lo mismo, pero resulta más suave, demasiado parecido a *weavers*, urdidores de cuentos».

Luego de la publicación de *The Reivers* solía decir: «Generalmente, mis lectores se quedan perplejos con el contenido de mis libros. Esta vez solamente se quedarán perplejos con el título».

Cuando alguien le preguntó por qué hacía eso, dijo que estaba hartado de que muchos de sus compatriotas dijeran que no habían entendido algunas de sus novelas y que estaba más que hartado de aconsejar que las leyeran otra vez. Ahora, por lo menos, se preguntarían qué querría decir ese título.

Intruder in the Dust fue traducido en Buenos Aires como *Intruso en el polvo*. Con gran expectativa, compré el libro convencido de que asistiría a la caída de algún intruso derrotado y mordiendo el polvo.

Pero nada de eso había en el libro, ya que el traductor había interpretado la palabra *dust* de acuerdo con la primera acepción que ofrecía el Appleton o diccionario equivalente. No tuvo paciencia para encontrar una línea más abajo que *dust* también quería decir «pelea, riña, polvareda». Señalo que como novela es bastante floja y que está llena de la mal-dita buena intención. Pero lo que quiso decir Faulkner en el título y en el texto fue que el norte no debía intervenir

en el problema blanco-negro del sur del país. Prometió, sin mayor esperanza, que algún día o año situado en el infinito, los blancos y los negros sueños darían fin a sus diferencias y todo terminaría en un fraternal abrazo, final feliz.

Leí dos versiones en idioma castellano de *The Reivers*. Una se llamaba *Los ladrones*, otra *Los rateros*. En una de ellas volví a encontrarme con el prostíbulo de Miss Reba. Ahora ya no estaba ahí Popeye, a quien le había hecho el verdugo un peinado casi instantáneo. Recuerdo que en cambio había un negro alto y robusto que, según creo, tenía el vientre cruzado por una gruesa cadena de reloj. Además era el *manager* de un adolescente que ostentaba el récord de hacer el amor muchas veces en un solo encuentro. El negro aceptaba desafíos con los pupilos de otro *manager*. Se hacían apuestas por dinero, hasta que un triste día, por ambición del negro y por vanidad de su pupilo, éste fracasó de forma lamentable.

En otra versión no recuerdo haber encontrado ni *manager* negro y tal vez ni siquiera a Miss Reba y su hospitalaria casa. Desconozco si esta amputación en una de las dos versiones es culpa del traductor o de instancias superiores. Confío en que algún día me lo explicarán.

Y para terminar por ahora, recuerdo que en la traducción firmada por Borges de *Palmeras salvajes*, en la parte llamada «El viejo», se dice al final que el penado alto, luego de escuchar las peripecias que el Mississippi le impuso a su compañero de prisión, resumió su opinión en una sola palabra: mujeres.

Muchas veces, cuando me cuentan alguno de esos pequeños disturbios aldeanos provocados por una dulce señora o señorita, me he limitado a comentar la anécdota o chisme re- pitendo: «Mujeres, dijo el penado alto».

Pero hoy, al documentarme muy severamente para escribir este artículo, descubro que la totalidad del comentario del penado alto fue:

—*Women shit.*

Con perdón de Borges.

Abril de 1991

Diecisiete disparos

Hace unos cuantos años me encontraba caminando por la calle Corrientes de Buenos Aires y miraba cuidadoso las vidrieras de las librerías en busca de novedades. También se puede decir: que me dedicaba a otear escaparates. Pude descubrir un libro que despertó mi interés. Se titulaba *17 disparos contra lo porvenir*. Su autor, Matías Sacastrú, me resultó totalmente desconocido. Aquel mismo día leí el libro y me entusiasmé la furiosa personalidad con que había sido escrito. Mucho indagué entre mis pocos amigos infectados de literaturitis pero nadie supo decirme quién era este «Matías el escritor».

Misteriosamente la edición desapareció de las librerías. Pasaron los años y en un encuentro Borges me hizo jurar que nunca revelaría el nombre verdadero de Matías Sacastrú. Luego, con muchas risas, desveló el misterio. Se trataba de Adolfo Bioy Casares, hoy premio Cervantes bajo las restricciones involuntarias de Jorge Luis Borges.

Los diecisiete disparos fueron silenciándose y el señor Sacastrú dejó de ser aquel muchacho vital, casi insolente que tanto me había deslumbrado y supe que, para castigarlo por ese cruel abandono, las musas se habían vengado haciéndole heredar muchos millones de aquellos de verdad que existieron antes del llamado Proceso.

Repito, con perdones, el nombre del maestro: conversando con Borges en un restaurante de Barcelona, coincidimos en que el mejor libro que había publicado Bioy Casares (nada que ver con Sacastrú) era *El sueño de los héroes*. En cuanto a los diecisiete disparos, eran usados en la casa de Bioy o en la de Borges para divertir a los asistentes a tertulias literarias.

Abril de 1991

Un jinete muy bienvenido

Hace un par de años envié al Ministerio de Cultura mi lista de tres candidatos para el Premio Cervantes. Siempre creí que las votaciones estaban amparadas por el secreto y que no se hacía público quién votó a quién. Aunque quizá resultara a la vez lastimoso y divertido que no existiera en este caso el secreto del voto. Pero esto que acabo de escribir es una expresión de egoísmo. En ese supuesto, estoy seguro de que yo me divertiría mucho. Nada me importa que se divulguen mis opiniones literarias porque son exclusivamente mías, limpias de influencias de generaciones, de cofradías, de amiguismos y amistades coterráneas y hasta de compañerismo en tertulias de café.

Alguien afirma que hay tertulias donde concurren personas que leen en voz alta sus creaciones literarias. Y que hay personas que escuchan y festejan. Sobre esto escribía Hemingway: «En aquellos días llegué hasta lo más bajo a que puede caer un escritor: leer en voz alta ante un grupo de personas fragmentos de la obra que está escribiendo».

Lo de cofradía va porque recuerdo que hace unos años actué como jurado en un concurso novelístico bonaerense que patrocinaba el diario *La Opinión* y la Editorial Sudamericana. Los jueces fuimos la muy querida María Rosa Oliver, Severo Sarduy y un servidor. Como estábamos alojados en el mismo hotel, me pareció útil charlar con Sarduy respecto a las treinta o cuarenta obras presentadas. Fui a visitarlo y le pregunté si había encontrado algún inédito valioso. Y no había descubierto ninguno hasta el momento. Y no hubo conversación porque mi compañero de jurado me dijo: «No pienso leer ni uno. Vine sólo para votar el libro de Manuel Puig».

Ya se ha dicho que uno vuelve siempre al primer párrafo. Es lo que hago.

Como decía, envié al Ministerio de Cultura una lista de mis candidatos para el Premio Cervantes. Claro está que el señor ministro no podía evitar la asombrosa agilidad de la burocracia a sus órdenes. Agilidad que es intrínseca a todas las burocracias del mundo. Y así fue como un tinterillo ministerial filtró mi voto a un tinterillo periodístico y éste pudo aliviar un poco de amargura publicando un comentario que presumió burlón.

En un brillante artículo, el periodista atribuía a mi semi-hermosura el haber propuesto para el Cervantes a tres escritores jóvenes españoles sin tener en cuenta que había muchos otros, ya maduros y con una obra literaria que podría considerarse extensa y valiosa. Afirmando haber considerado todo esto antes de enviar mi voto. Y, como consecuencia, pensé en la necesidad de que se produjera una renovación de la literatura de España. También influyó en mí el recuerdo de un consejo de Cyril Connolly, que consideraba como ideal que a un escritor joven y talentoso se le diera un montón de dinero y se le dijera: «Vete donde quieras y trae de regreso algo hermoso». La lista de mis tres candidatos estaba encabezada por Antonio Muñoz Molina, que hoy, en uno de sus registros, nos ha hecho el favor de publicar una novela que es admirable sin discusión.

Ignoro los comentarios críticos que haya tenido *El jinete polaco* porque me es imposible adquirir todos los diarios y semanarios que se editan en este país. He leído un solo comentario que me reavivó la vieja constatación de que el crítico persiste en la creencia de que sabe más de literatura que el propio autor. Como, repito, *El jinete polaco* me pareció, tal vez por no ser crítico pero sí lector apasionado, una novela extraordinaria y que ojalá marque nuevos rumbos y tendencias para beneficio de todos aquellos que escribimos en España. La única crítica que he podido leer pone en práctica, con sabiduría y vigor, la ya conocida técnica de dar una de cal y otra de arena. Destaco, porque es un aspecto de la novelística que mucho me interesa, que este crítico dice que Antonio Muñoz Molina ha cometido errores en el plano de la composición del libro, sin ocurrírsele que el autor compuso la obra

de acuerdo con sus propios y exclusivos conceptos. Me permito sospechar que el crítico puede haber escrito una novela respetando sus personales criterios constructivos y tal vez la haya presentado a algún concurso.

Para terminar y para tranquilidad de mi familia, declaro que mi médico de cabecera no me ha visto ningún síntoma de senilidad por el hecho de haber propuesto para el Premio Cervantes el nombre del gran escritor que hoy me ocupa.

Diciembre de 1991

Un uruguayo en España

Hace un tiempo una voz simpática y convincente me explicó que este periódico había planeado publicar una serie de artículos que responderían a la pregunta: cómo ven a España los escritores suramericanos.

La idea me pareció muy buena desde un punto de vista periodístico, pero algunos peligros contiene si estas líneas llegan a publicarse junto con otras más valiosas de colegas sudacas.

Sospecho que todos los colaboradores dirán, como yo, que su patria de nacimiento es cosa distinta. Parodiando un tanto escribiré que ya adivino gorgoritos de profesores, licenciados y académicos proclamando las perfecciones de sus diferencias. Tendrán parte de razón evocando culturas pretéritas y destrozadas. Pero si se atreven a insinuar quién destrozó, lo harán con suavidad que no hiera.

Porque los gobernantes sudacas reunidos hace muy poco en Madrid representan una veintena entre repúblicas y repúblicas. El autor de *El salario del miedo* fue muy mezquino en su prefacio. Y se puede afirmar que gran parte de los veinte aprovecharon la visita para pedir dinero. Tú, que no puedes, ayúdame. La diplomacia española supo zafarse y quedar bien mediante pactos de intercambios culturales y promesas que no creo lleguen a cumplirse.

Al decir de un poeta sudaca y mestizo de indio, hubo una poderosa barrera opuesta a la hegemonía continental de EE.UU. Estaba formada por mil cachorros del león español. Hoy las llamadas turbulencias de los mercados monetarios han avejentado mucho a la temible fiera. Y los mil cachorros maúllan gatunos en los portones de Barajas cerrados para ellos y para el recuerdo de cuando sus padres recibían con cariño a muchos miles de cachorritos hispanos. Éstos, como los «vips» de Barajas, tenían la poco seria ambición de sobrevivir.

Y aumenta mi curiosidad de lector de periódicos saber que los sudacas que pretenden violar este nuevo grito -hoy técnicamente asordinado- de «No pasarán», lo están haciendo en este V Centenario del Primer Descubrimiento o encuentro entre la hidalguía y la barbarie.

Es imposible negar el genocidio. Pero me limito a transcribir lo que dijo Cuauhtemoc, último rey azteca, mientras sufría martirio: «Mi lecho, no es de rosas».

Reitero que el país donde nació es distinto. Todas las repúblicas hispanoamericanas desprecian a sus vecinas. Cuanto más cercanas, más desdén y a veces odio. Abundan los ejemplos y algunos persisten latentes.

Pero me alargué demasiado y afirmo que el muy pequeño trozo de tierra que hoy se llama Uruguay nunca tuvo, y hoy sigue sin tener, motivo alguno para mirar a España con ojo torvo. Por los tiempos llamados de conquista o colonización, la Península nos envió un adelantado. Se llama Juan Díaz de Solís y tanto él como su tropa terminaron en los estómagos de la india, que no tuvo más cultura que la de arcos y flechas amén de la gastronómica y algunos mazos de piedra. Todavía se discute si aquellos indios pertenecían a tribus guaraníes o charúas. Después vino Hernandarias con cien vacas y un toro. Pasaron años y lo que llamamos hoy Uruguay fue riquísimo por su ganadería. Muy bien explotada luego por frigoríficos o saladeros ingleses. Todo esto lo aprendí en las clases de enseñanza primaria. Nunca llegué a secundaría.

Ahora abrevio. Llegaron las guerras de independencia, los españoles volvieron a su Península, cada una de las nacientes repúblicas tuvo su libertador y sus fracciones políticas que se degollaron entre ellas.

Y con la paz regresaron los españoles, ahora muy distintos, sin más armas que sus brazos y su hambre. Todos fueron bautizados gallegos, con total ignorancia del lugar de España en que hubieran nacido. Hoy somos todos uruguayos y nadie necesitó visado ni la posesión de dólares. Tan todos uruguayos que el actual presidente del país es nieto de un español.

Todo esto lo dice quien sólo tiene motivos para dar las gracias a España, que me dio becas y el más prestigioso de sus premios literarios. Para mí, una verdadera y muy querida Madre Patria.

Octubre de 1992

ANEXO

Artículos sin datar e inéditos